

AUTOBIOGRAFÍAS

PRIMERA EDICIÓN

Publicada en noviembre de 1059

SEGUNDA EDICIÓN

Publicada en agosto de 1960

TERCERA EDICIÓN

Publicada en julio de 1962

CUARTA EDICIÓN

Publicada en julio de 1963

QUINTA EDICIÓN

Publicada en setiembre de 1966

SEXTA EDICIÓN

Publicada en agosto de 1967

SIMONE DE BEAUVOIR

**MEMORIAS
DE UNA
JOVEN FORMAL**

Traducción de
SILVINA BULLRICH

**EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES**

IMPRESO EN LA ARGENTINA
*Queda hecho el depósito que previene
la ley 11.723. © 1967, Editorial
Sudamericana Sociedad Anónima, calle
Humberto 11 545, Buenos Aires.*

TÍTULO DEL ORIGINAL EN FRANCÉS:
"MEMOIRES D'UNE JEUNE FILLE RANGÉE"

PRIMERA PARTE

Nací a las cuatro de la mañana el 9 de enero de 1908, en un cuarto con muebles pintados de blanco que daba sobre el Bulevar Raspail. En las fotos de familia tomadas el verano siguiente veo a unas jóvenes señoras con vestidos largos, con sombreros empenachados de plumas de avestruz, señores con ranchos de paja y panamás que le sonríen a un bebé: son mis padres, mi abuelo, tíos, tías y soy yo. Mi padre tenía treinta años, mi madre veintiuno, y yo era la primogénita. Doy vuelta una página del álbum; mamá tiene entre sus brazos un bebé que no soy yo; llevo una falda tableada, una boina, tengo dos años y medio y mi hermana acaba de nacer. Sentí celos, según parece, pero durante poco tiempo. Por lejos que me remonte en el tiempo encuentro el orgullo de ser la mayor: la primera. Disfrazada de Caperucita Roja, llevando en mi cesta una torta y un tarro de manteca, me sentía más interesante que un lactante clavado en su cuna. Tenía una hermanita: ese bebito no me tenía.

De mis primeros años sólo encuentro una impresión confusa: algo rojo y negro y cálido. El departamento era rojo, rojo el alfombrado, el comedor Enrique II, la seda acanalada que tapaba las puertas ventanas y en el escritorio de papá las cortinas de terciopelo; los muebles de ese antro sagrado eran de peral ennegrecido; yo me cobijaba en el nicho que se abría bajo el escritorio y me enroscaba en las tinieblas; estaba todo oscuro, hacía calor y el rojo de la moqueta gritaba dentro de mis ojos. Así pasó toda mi primera infancia. Yo miraba, palpaba, aprendía el mundo, al amparo.

Le debía a Louise la seguridad cotidiana. Ella me vestía por la mañana, me desvestía de noche y dormía en el mismo cuarto que yo. Joven, sin belleza, sin misterio, puesto que sólo existía –al menos yo lo creía– para velar sobre mi hermana y sobre mí, nunca elevaba la voz, nunca me reprendía sin motivo. Su mirada tranquila me protegía mientras yo jugaba en el Luxemburgo, mientras acunaba a mi muñeca Blondine bajada del cielo una noche de Navidad con el baúl que contenía su ajuar. Al caer la noche se sentaba junto a mí, me mostraba imágenes y me contaba cuentos. Su presencia me resultaba tan necesaria y me parecía tan natural como la del suelo bajo mis pies.

Mi madre, más lejana y más caprichosa, me inspiraba sentimientos amorosos; me instalaba sobre sus rodillas, en la dulzura perfumada de sus brazos, y cubría de besos su piel de mujer joven; a veces, de noche aparecía junto a mi cama, hermosa como una aparición, con su vestido vaporoso adornado con una flor malva o con su centelleante vestido de lentejuelas negras. Cuando estaba enojada me miraba con ira. Yo temía ese fulgor tempestuoso que desfiguraba su rostro; tenía necesidad de su sonrisa.

A mi padre lo veía poco. Se iba todas las mañanas "al Palacio", llevando bajo el brazo un portadocumentos lleno de cosas intocables llamadas expedientes. No usaba ni barba ni bigotes, sus ojos eran celestes y alegres. Cuando volvía al anochecer le traía a mamá violetas de Parma; se besaban y reían. Papá también reía conmigo, me hacía cantar: *Era un auto gris...* o *Tenía una pierna de madera*; me dejaba boquiabierta sacando de mi nariz monedas de un franco. Me divertía y me alegraba verlo ocuparse de mí; pero no tenía en mi vida un papel muy definido.

La principal función de Louise y de mamá era alimentarme; su tarea no era siempre fácil. Por mi boca el mundo entraba en mí más íntimamente que por mis ojos y mis manos. Yo no lo aceptaba entero. Las insulsas cremas de trigo verde, las sopas de avena, las pastas lechosas me arrancaban lágrimas; las grasas untuosas, el misterio blanduzco de los mariscos me sublevaban; sollozos, gritos, vómitos, mis repugnancias eran tan obstinadas que renunciaron a combatir las. En cambio, aprovechaba apasionadamente del privilegio de la infancia para quien la belleza, el lujo, la felicidad, son cosas que se comen; ante las confiterías de la calle Vavin quedaba petrificada, fascinada por el brillo luminoso de las frutas brillantadas, el tono más apagado de los bombones de fruta, la flora abigarrada de los caramelos ácidos; verde, rojo, naranja, violeta; yo codiciaba los colores por sí mismos tanto como el placer que me prometían. A menudo tenía la suerte de que mi admiración termi-

nara en placer. Mamá mezclaba peladillas en un mortero, mezclaba el polvo granulado a una crema amarilla; el color rosado de los bombones se degradaba en matices exquisitos, hundía mi cuchara en una puesta de sol. Las noches en que mis padres recibían, los espejos de la sala multiplicaban las luces de una araña de caireles. Mamá se sentaba ante el piano de cola, una señora vestida de tul tocaba el violín y un primo el violoncelo. Yo hacía crujir entre mis dientes la cáscara de una fruta abrigada, una pompa de luz estallaba contra mi paladar con un gusto de casis o de ananá: yo poseía todos los colores y todas las llamas, las bufandas de gasa, los diamantes, los encajes; yo poseía toda la fiesta. Los paraísos donde corren la leche y la miel nunca me han atraído pero envidiaba las casas de caramelo: si este universo en que vivimos fuera totalmente comestible, ¡qué fuerza tendríamos sobre él! Adulta, hubiera querido comer los almendros en flor, morder en las peladillas del poniente. Contra el cielo de Nueva York las luces de neón parecían golosinas gigantes y me sentí frustrada.

Comer no era solamente una exploración y una conquista sino el más serio de mis deberes. "Una cucharada para mamá, una para abuelita... si no comes no crecerás." Me ponían contra la pared del vestíbulo, trazaban al ras de mi cabeza una raya que confrontaban con otra más antigua: tenía dos o tres centímetros más, me felicitaban, yo me enorgullecía; a veces, sin embargo, me asustaba. El sol acariciaba el piso encerado y los muebles pintados de blanco. Yo miraba el sillón de mamá y pensaba: "Ya no podré sentarme sobre sus rodillas." De pronto el porvenir existía; me transformaría en otra, qué diría yo, y ya no sería yo. Presentí todos los rompimientos, los renunciamientos, los abandonos, y la sucesión de mis muertos. "Una cucharada para abuelito..." Sin embargo, comía y me enorgullecía de crecer; no deseaba ser siempre un bebé. Debo de haber vivido ese conflicto con intensidad para recordar tan minuciosamente el álbum donde Louise me leía la historia de Carlota. Una mañana Carlota encontraba sobre una silla junto a la cabecera de su cama un huevo de azúcar rosada, casi tan grande como ella: a mí también me fascinaba. Era el vientre y la cuna y, sin embargo, una podía comerlo. Como rechazaba cualquier otro alimento, Carlota se achicaba de día en día, se había vuelto minúscula: estaba a punto de ahogarse en una cacerola, la cocinera la tiraba por descuido en el tacho de la basura, una rata se la llevaba. La salvaban; asustada, arrepentida, Carlota comía tan glotonamente que se hinchaba como un odre: su madre llevaba a casa del médico a un monstruoso globo. Yo contemplaba con juiciosa apetencia las imágenes que ilustraban el régimen recetado por el doctor: una taza de chocolate, un huevo pasado por agua, una costillita dorada. Carlota recobraba sus dimensiones normales y yo emergía sana y salva de la aventura que me había reducido a feto y me había transformado en matrona.

Seguí creciendo y me sabía condenada al destierro: buscaba auxilio en mi imagen. Por la mañana, Louise enroscaba mi pelo alrededor de un palo y yo miraba con satisfacción en el espejo mi rostro encuadrado de largos rizos: las morenas de ojos claros no son, según me habían dicho, una especie común y yo ya había aprendido a considerar preciosas las cosas singulares. Me gustaba a mí misma y me gustaba gustar. Los amigos de mis padres alentaban mi vanidad: me alababan cortésmente, me mimaban. Yo me acariciaba contra las pieles, contra los vertidos sedosos de las mujeres; respetaba más a los hombres, sus bigotes, su olor a tabaco, sus voces graves, sus brazos que me levantaban del suelo. Me importaba particularmente interesarles: tonteaba, me agitaba, acechando la palabra que me arrancaría de mis limbos y me haría existir, de veras, en el mundo de ellos. Una noche ante un amigo de mi padre rechacé con terquedad un plato de ensalada cocida. Sobre una tarjeta postal enviada durante las vacaciones él preguntó con ingenio: "¿Siempre le gusta a Simone la ensalada cocida?" La letra escrita tenía a mis ojos aun más prestigio que la palabra: yo exultaba. Cuando nos encontramos con el señor Dardelle en el atrio de Notre Dame des Champs, yo esperé bromas deliciosas; intenté provocarlas: no hubo eco. Insistí; me hicieron callar. Descubrí con despecho lo efímero de la gloria.

Por lo general esas decepciones me eran evitadas. En casa el menor acontecimiento suscitaba vastos

comentarios; escuchaban con gusto mis historias, repetían mis frases. Abuelos, tíos, tías, primos, una abundante familia me garantizaba mi importancia. Además todo un pueblo sobrenatural se inclinaba sobre mí con solicitud. En cuanto supe caminar mamá me llevó a la iglesia; me había mostrado de cera, de yeso, pintadas sobre las paredes, imágenes del niño Jesús, de tata Dios, de la Virgen, de los ángeles, uno de los cuales estaba como Louise, especialmente afectado a mi servicio. Mi cielo estaba estrellado de una constelación de ojos benévolos.

Sobre la tierra, la madre y la hermana de mamá se ocupaban activamente de mí. Abuela tenía mejillas rosadas, pelo blanco, aros de brillantes; chupaba pastillas de goma, duras y redondas como botones de botines, cuyos colores transparentes me encantaban; yo la quería porque era vieja; y quería a tía Lili porque era joven: vivía en casa de sus padres como una chica y me parecía más cercana que los demás adultos. Rojo, calvo, la barbilla cubierta de una espuma grisácea, abuelo me hacía saltar concienzudamente sobre la punta de su pie, pero su voz era tan rugosa que uno nunca sabía si bromaba o si rezongaba. Yo almorzaba en casa de ellos todos los jueves; fiambres, blanqueta, isla flotante; abuela me colmaba. Después de almorzar, abuelo dormitaba en un sillón de tapicería, y yo jugaba debajo de la mesa a juegos que no hacen ruido. Él se iba. Entonces abuela sacaba del aparador el trompo metálico sobre el cual colocábamos, mientras giraba, redondeles de cartón multicolores; en el trasero de un hombrecito de plomo que ella llamaba "Don Cólico" encendía una cápsula blanca de la cual salía una serpentina oscura. Jugaba conmigo al dominó, a la batalla, al *mahjong*. Yo me ahogaba un poco en ese comedor más abarrotado que una trastienda de anticuario; en las paredes, ni un blanco; tapicerías, platos de loza, cuadros de colores borrosos; un pavo muerto yacía en medio de un montón de repollos; las mesas estaban cubiertas de terciopelo, de moletón, de macramé; las flores aprisionadas en maceteros de cobre me entristecían.

A veces tía Lili me llevaba a pasear; no sé por qué azar me llevó varias veces al concurso hípico. Una tarde, sentada a su lado en una tribuna de Issy-les-Moulineaux vi hamacarse en el cielo biplanos y monoplanos. Nos entendíamos bien. Uno de mis más lejanos y más agradables recuerdos es una temporada que pasé con ella en Chateauvillain, en la Haute Mame, en casa de una hermana de abuelita. Habiendo perdido mucho tiempo atrás a su hija y a su marido, la vieja tía Alice vegetaba sola y sorda en un gran edificio rodeado de un jardín. La pequeña ciudad con sus calles estrechas, sus casas bajas, parecía sacada de uno de mis libros de imágenes; los postigos cribados de tréboles y de corazones estaban sujetos a la pared por hierros que figuraban pequeños personajes; los llamadores eran manos; una puerta monumental se abría sobre un parque por el cual corrían gamos; las eglantinas se enroscaban a una torre de piedra. Las viejas solteronas de la aldea me agasajaban. La señorita Elise me daba pan de especias en forma de corazón. La señorita Marthe poseía un ratón mágico encerrado en una caja de vidrio; había que introducir por una ranura un cartón sobre el cual había una pregunta escrita; el ratón giraba y enderezaba su hocico hacia un fichero; la respuesta estaba impresa sobre una hoja de papel. Lo que más me maravillaba eran los huevos decorados con dibujos al carbón, que ponían las gallinas del doctor Masse; yo los recogía con mis propias manos, cosa que me permitió más tarde contestar a una amiguita escéptica: "Los recogí yo misma." En el jardín de tía Alice me gustaban los arbustos bien podados, el piadoso olor de las palmas, y, bajo una glorieta, un objeto tan deliciosamente equívoco como sería un reloj de carne: una roca, que era un mueble, una mesa de piedra. Una mañana hubo una tormenta, yo jugaba con tía Lili en el comedor cuando el rayo cayó sobre la casa; era un serio acontecimiento que me llenó de orgullo: cada vez que me ocurría algo tenía la impresión de ser alguien. Conocí un placer más sutil. Sobre la pared de las dependencias crecían clematitas; una mañana tía Alice me llamó con voz seca; una flor yacía en el suelo: me acusó de haberla cortado. Tocar las flores del jardín era un crimen cuya gravedad yo no ignoraba; pero yo no lo había cometido y protesté. Tía Alice no me creyó. Tía Lili me defendió fogosamente. Era la delegada

de mis padres, mi único juez; tía Alice con su rostro manchado se parecía a las hadas malas que persiguen a los niños; yo asistía complacida al combate que las fuerzas del bien libraban en mi favor contra el error y la injusticia. En París, padres y abuelos tomaron mi partido con indignación y saboreé el triunfo de la virtud.

Protegida, regatoneada, divertida con la incesante novedad de las cosas, yo era una niña muy alegre. Sin embargo, algo andaba mal, puesto que unas rabietas terribles me arrojaban al suelo, violeta y convulsionada. Tengo tres años y medio, almorzamos en la terraza soleada de un gran hotel —era en Divonneles-Bains—; me dan una ciruela roja y empiezo a pelarla. "No", dice mamá, y caigo aullando sobre el cemento. Aúllo a lo largo del Bulevar Raspail porque Louise me arrancó de la plaza Boucicaut donde estaba jugando. En esos momentos ni la mirada tormentosa de mamá, ni la voz severa de Louise, ni las intervenciones extraordinarias de papá me alcanzaban. Aullaba tan fuerte, durante tanto tiempo, que en el Luxemburgo me tomaron varias veces por una niña mártir. "¡Pobrecita!", dijo una señora tendiéndome un caramelo. Le agradecí con un puntapié. Ése episodio fue muy comentado; una tía obesa y bigotuda que manejaba la pluma lo contó en *La muñeca modelo*. Yo compartía la reverencia que inspiraba a mis padres el papel impreso. A través del relato que me leyó Louise, me sentí un personaje; poco a poco, sin embargo, sentí un malestar. "La pobre Louise lloraba a menudo amargamente mirando sus ovejas", había escrito mi tía. Louise nunca lloraba, no poseía ovejas, me quería: ¿y cómo se puede comparar a una niña con unos corderos? Aquel día sospeché que la literatura sólo mantiene relaciones inciertas con la verdad.

A menudo me he interrogado sobre la razón y el sentido de mis rabietas. Creo que se explican en parte por una vitalidad fogosa y por un extremismo al cual nunca he renunciado del todo. Llevaba mis repugnancias hasta el vómito, mis deseos hasta la obsesión; un abismo separaba las cosas que me gustaban de las que no me gustaban. No podía aceptar con indiferencia la caída que me precipitaba de la plenitud al vacío, de la beatitud al horror; si la consideraba fatal, me resignaba; nunca me enojé contra un objeto. Pero me negaba a ceder a esa fuerza impalpable: las palabras; lo que me sublevaba es que una frase lanzada al descuido: "Debes hacerlo... no debes hacerlo", arruinara en un instante mis empresas y mis alegrías. Lo arbitrario de las órdenes y de las prohibiciones contra las que chocaba denunciaba su inconsistencia; ayer pelé un durazno: ¿por qué no esa ciruela?, ¿por qué dejar mis juegos justo en este minuto? En todas partes encontraba obligaciones, en ninguna parte su necesidad. En el corazón de la ley que me abrumaba con el implacable rigor de las piedras, yo entreveía una ausencia vertiginosa: me sumergía en ese abismo, la boca desgarrada por gritos. Aferrándome al suelo, pataleando, oponía mi peso de carne al aéreo poder que me tiranizaba; lo obligaba a materializarse; me encerraban en un cuarto oscuro entre escobas y plumeros; entonces podía golpear con los pies y las manos en muros verdaderos, en vez de debatirme contra inasibles voluntades. Yo sabía que esa lucha era vana; desde el momento en que mamá me había sacado de las manos la ciruela sangrienta, en que Louise había guardado en su bolsa mi pala y mis moldes, yo estaba vencida; pero no me rendía. Cumplía el trabajo de la derrota. Mis sobresaltos, las lágrimas que me cegaban, quebraban el tiempo, borraban el espacio, abolían a la vez el objeto de mi deseo y los obstáculos que me separaban de él. Me hundía en la noche de la impotencia; ya nada quedaba salvo mi presencia desnuda y ella explotaba en largos aullidos.

Los adultos no solamente contrariaban mi voluntad, sino que me sentía la presa de sus conciencias. Éstas solían representar el papel de un amable espejo; también tenían el poder de embrujarme; me transformaban en animal, en cosa. "¡Qué lindas pantorrillas tiene esta chica!", dijo una señora que se inclinó para palparme. Si hubiera podido decirme: "¡Esta señora es una tonta! Me considera como si fuera un perro", me habría salvado. Pero a los tres años no tenía ningún recurso contra esa voz melosa, esa sonrisa golosa, salvo la de arrojarme aullando contra la acera. Más adelante aprendí algunas defen-

sas; pero mis exigencias aumentaron: bastaba para herirme que me trataran como a un bebé; limitada en mis conocimientos y en mis posibilidades, no por eso dejaba de considerarme una verdadera persona. En la plaza San Sulpicio, de la mano de mi tía que no sabía hablarme muy bien, me pregunté de pronto: "¿Cómo me ve?", y sentí un agudo sentimiento de superioridad: porque yo conocía mi interior y ella lo ignoraba: engañada por las apariencias, no sospechaba, viendo mi cuerpo inconcluso, que dentro de mí nada faltaba; me prometí no olvidar cuando fuera grande que a los cinco años uno es un individuo completo. Es lo que negaban los adultos cuando me demostraban condescendencia y me ofendían. Tenía susceptibilidades de inválido. Si abuelita hacía trampa en las cartas para hacerme ganar, si tía Lili me proponía una adivinanza demasiado fácil, entraba en trance. A menudo sospechaba que las personas mayores representaban comedias; las apreciaba demasiado para imaginar que se engañaran a sí mismas: suponía que las inventaban a propósito para burlarse de mí. Al final de una comida de cumpleaños abuelito quiso hacerme brindar: tuve un ataque. Un día que había corrido, Louise tomó un pañuelo para secar mí frente bañada de sudor: me debatí, huraña, su gesto me había parecido falso. En cuanto presentía, razonablemente o no, que abusaban de mi ingenuidad para manejarme, me encabritaba.

Mi violencia intimidaba. Me reñían, me castigaban un poco, era raro que me abofetearan. "Cuando la tocan, Simone se vuelve violeta", decía mamá. Uno de mis tíos, exasperado, se atrevió a hacerlo: me quedé tan estupefacta que mi rabieta cayó de golpe. Quizá hubieran logrado dominarme fácilmente, pero mis padres no tomaban mis iras a lo trágico. Papá, parodiando no sé a quién se divertía en repetir: "Esta chica es insociable." También decían, no sin cierto orgullo: "Simone es terca como una mula." Saqué ventaja. Tenía caprichos; desobedecía por el mero placer de no obedecer. En las fotos de familia, saco la lengua, vuelvo la espalda: a mi alrededor, ríen. Esas leves victorias me alentaron a no considerar como insalvables las reglas, los ritos, la rutina: ellas son la raíz de cierto optimismo que sobrevivió a todas las educaciones.

En cuanto a mis derrotas, no engendraban en mí ni humillación ni resentimiento; cuando, cansada de llantos y gritos terminaba por capitular, estaba demasiado agotada para rumiar mis penas: a menudo hasta había olvidado la razón de mi rabia. Avergonzada de un exceso para el cual ya no encontraba en mí justificación, sólo sentía remordimientos; se disipaban pronto porque no me costaba obtener mi perdón. Después de todo, mis furias compensaban lo arbitrario de las leyes que me esclavizaban; me evitaron hundirme en silenciosos rencores. Nunca discutí seriamente la autoridad. Las conductas de los adultos sólo me parecían sospechosas en la medida en que reflejaban el equívoco de mi condición infantil: era contra ella que me sublevaba. Pero aceptaba sin la menor reticencia los dogmas y los valores que me proponían.

Las dos categorías mayores sobre las cuales se ordenaba mi universo eran el Bien y el Mal. Yo moraba en la región del Bien, donde reinaban –indisolublemente unidas– la dicha y la virtud. Tenía la experiencia de dolores injustificados; solía golpearme, lastimarme; una erupción eczematosa me había desfigurado: un médico quemaba mis pústulas con nitrato de plata y yo gritaba. Pero esos accidentes se solucionaban pronto y no hacían tambalear mi credo: las alegrías y las penas de los hombres corresponden a sus méritos.

Viviendo en la intimidad del Bien, supe enseguida que comprendía matices y grados. Yo era una niña buena y cometía faltas; mi tía Alice rezaba mucho, seguramente se iría al cielo, pero se había mostrado injusta conmigo. Entre las personas que yo debía amar y respetar las había que sobre ciertos puntos mis padres criticaban. Ni siquiera abuelita y abuelito escapaban a sus críticas; seguían enemistados con unos primos que mamá veía a menudo y que me parecían muy simpáticos. La palabra enemistad, que evocaba ovillos inextricablemente embarullados, me disgustaba: ¿por qué se enemista la gente?, ¿cómo?; me parecía lamentable estar enemistado. Yo adoptaba totalmente la causa de

mamá. "¿Adonde fueron ayer?", preguntaba tía Lili. "No se lo diré, mamá me lo ha prohibido." Ella cambiaba con mi madre una larga mirada. A veces hacían comentarios desfavorables: "¿Entonces, tu mamá siempre en la calle?" Su malevolencia los desprestigiaba sin rozar a mamá. Por otra parte no alteraba en nada el afecto que sentía por ellos. Me parecía natural, y en cierto sentido satisfactorio que esos personajes secundarios fuesen menos irreprochables que las divinidades supremas: Louise y mis padres tenían el monopolio de la infalibilidad.

Una espada de fuego separaba el Bien del Mal: nunca había visto a este último frente a frente. A veces la voz de mis padres se endurecía; esa indignación, esa ira, me permitían adivinar que aun entre las personas que los rodeaban había almas verdaderamente negras: no sabía cuáles e ignoraba sus crímenes. El Mal guarda sus distancias. Yo sólo imaginaba esos súcubos a través de figuras míticas: el diablo, el hada Carabosse, las hermanas de la Cenicienta; a falta de haberlos encontrado en carne y hueso los reducía a su pura esencia; el Malo pecaba como quema el fuego, sin excusa, sin recurso; el infierno era su lugar natural, la tortura su destino y me hubiera parecido sacrílego apiadarme por sus tormentos. A decir verdad los zapatos de hierro candente con que los enanos calzaban los pies de la madrastra de Blanca Nieve, las llamas donde ardía Lucifer, nunca evocaban en mí la imagen de una carne sufriente. Ogros, brujas, demonios, madrastras, y verdugos, esos seres sobrehumanos simbolizaban un poder abstracto y sus suplicios ilustraban abstractamente su justa derrota.

Cuando fui a Lyon con Louise y mi hermana abrigué la esperanza de afrontar al enemigo a rostro descubierto. Estábamos invitadas por unos primos lejanos que vivían en los alrededores de la ciudad, en una casa rodeada de un gran parque. Mamá me advirtió que los chicos Sirmione ya no tenían madre, que no siempre eran juiciosos y no recitaban bien sus oraciones; no debía preocuparme si se reían de mí cuando rezaba. Creí comprender que su padre, un viejo profesor de medicina, se burlaba de Dios. Me envolví en la blanca túnica de santa Blandine, arrojada a los leones: sufrí una decepción, pues nadie me atacó. El tío Sirmione decía al salir de casa: "Hasta luego; que Dios los bendiga." Por lo tanto no era un pagano. Mis primos –eran siete y tenían entre diez y veinte años– se conducían evidentemente de manera insólita; por las rejas del parque lanzaban piedras a los chicos de la calle, se peleaban, atormentaban a una huerfanita idiota que vivía con ellos; de noche para aterrorizarla sacaban del consultorio de su padre un esqueleto cubierto con una sábana. Aunque me desconcertaban, esas anomalías me parecían benignas; no descubrí en ellas la insondable negrura del mal. Jugué apaciblemente entre los macizos de hortensias y el reverso del mundo permaneció oculto para mí.

Una noche, sin embargo, creí que la tierra se había movido, bajo mis piel.

Mis padres habían venido a su vez. Una tarde Louise nos llevó a mi hermana y a mí a una kermesse donde nos divertimos mucho. Nos quedamos hasta el anochecer. Volvíamos conversando, riendo; yo mordisqueaba uno de esos objetos falsos que tanto me gustaban –un pájaro de caramelo– cuando mamá apareció en un recodo del camino. Llevaba la cabeza envuelta en una bufanda de muselina verde y tenía el labio superior hinchado: ¿qué horas de volver eran ésas? Era la mayor, era la "Señora", tenía derecho de reprender a Louise, pero no me gustaba su mueca, ni su voz; no me gustaba ver encenderse en los ojos pacientes de Louise algo que no era amistoso. Aquella noche –u otra noche pero en mi recuerdo los dos incidentes están estrechamente ligados– me encontraba en el jardín con Louise y otra persona que no identifico; estaba oscuro; en la fachada sombría brillaba una ventana iluminada y abierta; se veían dos siluetas y se oían voces agitadas: "El señor y la señora ya están riñendo", dijo Louise. Entonces el universo tambaleó. Imposible que papá y mamá fuesen enemigos, que Louise fuera la enemiga de ellos; cuando lo imposible ocurre, el cielo se mezcla con el infierno, las tinieblas se confunden con la luz. Me hundí en el Caos que precede a la Creación.

Esa pesadilla no duró: al día siguiente mis padres tenían su sonrisa y su voz de todos los días. El comentario de Louise me quedó en el corazón pero lo deseché: muchos pequeños hechos quedaban así

amortajados en la bruma.

Esa aptitud para desechar acontecimientos que, sin embargo sentía con bastante fuerza como para no olvidarlos nunca, es uno de los rasgos que más me impresionan cuando rememoro mis primeros años. El mundo que me enseñaban se disponía armoniosamente alrededor de coordinaciones fijas y de categorías estancas. Las nociones neutras habían sido desterradas: no había término medio entre el traidor y el héroe, el renegado y el mártir; todo fruto no comestible era venenoso: me aseguraban que yo "quería" a todos los miembros de mi familia incluso a mis tías abuelas menos atractivas. En cuanto empecé a balbucear, mi experiencia desmintió ese esencialismo. Lo blanco era raramente completamente blanco; la negrura del mal se esfumaba: sólo percibía tonos grisáceos. Pero en cuanto trataba de asir los matices indecisos, tenía que emplear palabras y me encontraba arrojada en el universo de conceptos de aristas duras. Lo que veía con mis ojos, lo que sentía de veras, debía entrar bien o mal en esos marcos; los mitos y los clisés prevalecían sobre la verdad: incapaz de fijarla, la dejaba deslizarse en la insignificancia.

Puesto que me veía abocada a pensar sin el auxilio del lenguaje, suponía que éste cubría exactamente la realidad; estaba iniciada por los adultos a los que consideraba depositarios de lo absoluto. Señalando una cosa exprimían la sustancia como el jugo de una fruta. Entre la palabra y su objeto yo no concebía ninguna distancia donde pudiera deslizarse el error; así se explica que me haya sometido al Verbo sin crítica, sin examen y aun cuando las circunstancias me invitaban a dudar de él. Dos de mis primos Sirmione chupaban azúcar de manzana: "Es una purga", me dijeron en tono burlón; comprendí por el tono que se reían de mí; sin embargo, la palabra se incorporó a los palitos blancos; dejé de codiciarlos, pues me parecían un dudoso intermedio entre la golosina y el remedio.

Recuerdo, sin embargo, un caso en que la palabra no fue más fuerte que mi convencimiento. En el campo, durante el verano, solían llevarme a jugar a casa de un primito lejano; habitaba una hermosa casa, en medio de un gran parque, y yo me divertía bastante con él. "Es un pobre idiota", dijo una noche mi padre. Mucho mayor que yo, Cendri me parecía normal por el hecho de que me era familiar. No sé si me habían mostrado o descrito a idiotas: les prestaba una sonrisa babosa, ojos vacíos. Cuando volví a ver a Cendri traté en vano de pegar esa imagen sobre su rostro; quizá en el interior de sí mismo, sin tener la apariencia se parecía a los idiotas, pero me resistía a creerlo. Impulsada por el deseo de cerciorarme y también por un oscuro rencor contra mi padre que había insultado a mi compañero de juegos interrogué a mi abuela: "¿Es verdad que Cendri es idiota?", le pregunté. "Pero no", contestó con aire ofendido. Conocía bien a su nieto. ¿Era posible que papá se hubiera equivocado? Me quedé perpleja.

No quería mucho a Cendri y el accidente si bien me asombró me conmovió poco. No descubrí la negra magia de las palabras hasta que me mordieron en el corazón.

Mamá acababa de estrenar un vestido de color vistoso. Louise dijo a la criada de enfrente: "¿Ha visto cómo se ha empilchado la señora? ¡Es una verdadera excéntrica!" Otro día Louise conversaba en el hall de entrada con la hija de la portera; dos pisos más arriba, mamá sentada al piano cantaba: "Ah, dijo Louise, otra vez la señora que chilla como un hurón." Excéntrica. Chillar.

Esas palabras sonaban atrocemente a mis oídos; ¿en qué concernían a mamá que era linda, elegante, música? Y sin embargo Louise las había pronunciado, ¿cómo desarmarlas? Contra las demás personas yo sabía defenderme; pero ella era la justicia, la verdad, y mi respeto me prohibía juzgarla. No hubiera bastado negarle buen gusto; para neutralizar su malevolencia había que imputarla a un ataque de mal humor y por consiguiente admitir que no se entendía bien con mamá; ¿en ese caso una de ellas tenía culpas! No. Yo las quería a ambas sin falla. Me apliqué a vaciar de su sustancia las palabras de Louise: sonidos extraños habían salido de su boca por razones que me eran ajenas. No lo logré completamente. En adelante cuando mamá llevaba un vestido vistoso o cuando cantaba a voz en cuello, solía sentir una

especie de malestar. Por otra parte, sabiendo que no había que tomar en cuenta todas las palabras que decía Luisa, ya no la escuchaba del todo con la misma docilidad que antes.

Pronta a esquivarme en cuanto mi seguridad me parecía amenazada, me apoyaba complacida en los problemas en los que no presentía peligro. El del nacimiento me inquietaba poco. Primero me dijeron que los padres compraban a sus hijos; este mundo era tan vasto y tan lleno de tantas maravillas desconocidas que muy bien podía haber una tienda de bebés. Poco a poco esa imagen se borró y me contenté con una solución vaga: "Dios crea a los chicos." Había sacado a la tierra del Caos, a Adán del barro, nada extraordinario que hiciera surgir un bebé en un moisés. El recurso a la voluntad divina tranquilizaba mi curiosidad: a *grosso modo* lo explicaba todo. En cuanto a los detalles, yo me decía que poco a poco los iría descubriendo. Lo que me intrigaba era el cuidado de mis padres por ocultarme ciertas conversaciones: cuando me oían llegar bajaban la voz o callaban. Había por lo tanto cosas que yo hubiera podido comprender y que no debía saber: ¿cuáles?, ¿por qué me las ocultaban? Mamá prohibía a Louise que me leyera uno de los cuentos de Madame de Segur: podía darme pesadillas. ¿Qué le ocurría a ese chico cubierto con pieles de animales que veía en las imágenes? En vano los interrogaba. "Osito" se me parecía como la encarnación misma del secreto.

Los grandes misterios de la religión eran demasiado lejanos y demasiado difíciles para sorprenderme. Pero el familiar milagro de Navidad me hizo reflexionar. Me pareció incongruente que el omnipotente niño Jesús se divirtiera en bajar por las chimeneas como un vulgar deshollinador. Agité largamente la cuestión en mi cabeza y terminé por confiarme a mis padres que me confesaron la verdad. Lo que me sorprendió fue el hecho de haber creído tan sólidamente en una cosa que no era verdad, que pudiera haber certidumbres falsas. No saqué de ello conclusiones prácticas. No me dije que mis padres me habían engañado, que podrían seguir engañándome. Sin duda, yo no les habría perdonado una mentira que me hubiera frustrado, o herido en mi carne; me habría sublevado y me habría vuelto desconfiada. Pero no me sentí más decepcionada que el espectador a quien el ilusionista explica una de sus pruebas; y hasta había sentido tal felicidad al descubrir junto a mi zapato a Blondine sentada sobre su baúl que más bien les estaba agradecida a mis padres por su superchería. Quizá también les habría guardado rencor si no me hubiera enterado de la verdad por boca de ellos: reconociendo que me habían engañado, me convencieron de su franqueza. Hoy me hablaban como a una persona mayor: orgullosa de mi nueva dignidad aceptaba que hubieran engañado a la bebida que ya no era; me pareció normal que siguieran mistificando a mi hermana menor. Yo había pasado del lado de los adultos y presumía que en adelante la verdad me estaba garantida.

Mis padres respondían con condescendencia a mis preguntas; mi ignorancia se disipaba en cuanto la formulaba. Había, sin embargo, una deficiencia de la que yo tenía conciencia: a los ojos de los adultos, las manchas negras alineadas en los libros se cambiaban en palabras; yo las miraba: para mí también eran visibles y no sabía verlas. Me habían hecho jugar desde temprano con letras. A los tres años repetía que la o se llama o; la s era una s como una mesa es una mesa; yo conocía más o menos el alfabeto, pero las páginas impresas seguían callándolo. Un día hubo un *declic* en mi cabeza. Mamá había abierto sobre la mesa de comedor el método Regimbeau; yo contemplaba la imagen de una vaca (vache) y las dos letras *ch* que se pronunciaban *ch*. Comprendí de pronto que no poseían un nombre a la manera de los objetos sino que representaban un sonido: comprendí lo que es un signo. Aprendí enseguida a leer. Sin embargo, mi pensamiento se detuvo en el camino. Yo veía en la imagen gráfica el exacto revés del sonido que le correspondía: emanaban juntos de la cosa que expresaban, de manera que su relación no tenía nada de arbitrario. La inteligencia del signo no implicó la de la convención. Por eso me resistí vivamente cuando abuelita quiso enseñarme las notas. Me indicaba con una aguja de tejer los redondeles inscriptos sobre una línea; esa línea, me explicó, indicaba tal tecla del piano. ¿Por qué? ¿Cómo? Yo no veía nada común entre el papel rayado y el teclado. Cuando pretendían

imponerme deberes injustificados, me rebelaba; también recusaba las verdades que no reflejaban lo absoluto. Sólo quería ceder a la necesidad; las decisiones humanas dependían más o menos del capricho, no pesaban bastante para forzar mi adhesión. Durante días me resistí. Terminé por rendirme: un día supe el solfeo pero tuve la impresión de aprender reglas de juego, no de adquirir un conocimiento. En cambio entré sin dificultad en la aritmética, pues creía en las realidades de las cifras.

En el mes de octubre de 1913 –yo tenía cinco años y medio– decidieron hacerme entrar en un curso de nombre tentador: el curso Désir. La directora de las clases elementales, la señorita Fayet, me recibió en un despacho solemne de puertas acolchadas. Mientras hablaba con mamá me acariciaba el pelo. "No somos institutrices, sino educadoras", explicaba. Llevaba una blusa cerrada, una falda larga y me pareció muy untuosa: me gustaba lo que ofrecía alguna resistencia. Sin embargo, la víspera de mi primera clase me puse a saltar de alegría: "¡Mañana voy al curso!" "No siempre te divertirá", me dijo Louise. Por una vez se equivocaba, yo estaba segura de ello. La idea de entrar en posesión de una vida propia me embriagaba. Hasta entonces yo había crecido al margen de los adultos. En adelante tendría mi cartera, mis libros, mis cuadernos, mis deberes; mi semana y mis días se recortarían según mis propios horarios; entreveía un porvenir que en vez de separarme de mí misma, se depositaría en mi memoria: de año en año me enriquecería aunque seguiría siendo fielmente esa colegiala cuyo nacimiento celebraba en aquel instante.

No sufrí ninguna decepción. Todos los miércoles, todos los sábados, participaba durante una hora en una ceremonia sagrada cuya pompa transfiguraba toda mi semana. Las alumnas se sentaban alrededor de una mesa ovalada; tronando en una especie de cátedra la señorita Fayet presidía; desde lo alto de su cuadro, Adeline Désir, una jorobada que las altas esferas se ocupaban de hacer beatificar, nos vigilaba. Nuestras madres instaladas sobre unos sofás de lustrina negra, bordaban y tejían. Según habíamos sido más o menos juiciosas, nos otorgaban notas de conducta que al final de la clase declinábamos en alta voz. La señorita las escribía en su registro. Mamá me clasificaba siempre con diez; un nueve nos hubiera deshonrado. La señorita nos distribuía unos bonos que cambiábamos al final del trimestre por libros de canto dorado. Luego se plantaba en el marco de la puerta, posaba un beso sobre nuestras frentes, buenos consejos en nuestros corazones. Yo sabía leer, escribir, contar un poco: era la estrella del grado "Cero". Para las fiestas de Navidad me pusieron un vestido blanco ribeteado de un galón dorado e hice de niño Jesús: las otras chicas se arrodillaban ante mí.

Mamá supervisaba mis deberes y me hacía recitar cuidadosamente mis lecciones. Me gustaba aprender. La Historia Sagrada me parecía aun más divertida que los cuentos de Perrault, puesto que los prodigios que relataba habían ocurrido de verdad. Me encantaban también los mapas de mi atlas. Me conmovía la soledad de las islas, la osadía de los cabos, la fragilidad de esa lengua de tierra que une las penínsulas a los continentes; conocí de nuevo ese éxtasis geográfico cuando, adulta, vi desde el avión la Córcega y la Cerdeña inscribirse en el azul del mar, cuando vi a Calchis iluminada por un sol verdadero, la idea perfecta de un istmo estrangulado entre dos mares. Formas rigurosas, anécdotas firmemente talladas en el mármol de los siglos: el mundo era un álbum de imágenes de colores brillantes que yo hojeaba en un encantamiento.

Si tomé tanto gusto por el estudio es porque mi vida cotidiana ya no me llenaba. Yo vivía en París, en un decorado plantado por la mano del hombre y perfectamente domesticado; calles, casas, tranvías, faroles, utensilios: las cosas chatas como conceptos se reducían a sus funciones. El Luxemburgo con macizos intocables, césped prohibido, no era para mí un terreno de juego. Por momentos, un desgarrón dejaba entrever tras la tela pintada profundidades confusas. Los túneles del subterráneo huían al infinito hacia el corazón secreto de la tierra. En el Bulevar Montparnasse, sobre el emplazamiento que hoy ocupa *La Coupole*, se extendía un depósito de carbón "Juglar", de donde salían hombres con los rostros embadurnados, las cabezas cubiertas con bolsas de arpillera: entre los montones de coque y de

antracita como entre el hollín de las chimeneas, rondaban en pleno día esas tinieblas que Dios había separado de la luz. Pero yo no tenía ninguna vinculación con ellos. En el universo regimentado en que yo estaba encerrada, pocas cosas me asombraban, pues ignoraba dónde empieza y dónde termina el poder del hombre. Los aviones, los dirigibles que a veces atravesaban el ciclo de París, deslumbraban mucho más a los adultos que a mí. En cuanto a las distracciones no me ofrecían muchas. Mis padres me llevaron a ver desfilar sobre los Champs Elysées a los soberanos ingleses: asistí a algunos corsos de Carnaval, y más adelante, al entierro de Gallieni. Seguí procesiones, visité iglesias. No iba casi nunca al circo, rara vez a los títeres. Tenía algunos juguetes que me divertían: sólo muy pocos me cautivaron. Me gustaba pegar mis ojos contra el estereoscopio que transformaba dos fotografías chatas en una escena de tres dimensiones, o ver girar en el kineoscopio una banda de imágenes inmóviles cuya rotación engendraba el galope de un caballo. Me dieron unas especies de álbumes que un golpecito bastaba para animar: la niña petrificada sobre sus páginas se ponía a saltar, el boxeador a boxear. Juegos de sombras, proyecciones luminosas: lo que me interesaba en todos los espejismos ópticos, es que se componían y se recomponían bajo mis ojos. En conjunto, las magras riquezas de mi existencia de ciudadana no podían rivalizar con las que encerraban los libros.

Todo cambiaba cuando salía de la ciudad y me llevaban entre los animales y las plantas, en la naturaleza de innumerables recovecos.

Pasábamos el verano en el Limousin, con la familia de papá. Mi abuelo se había retirado cerca de Uzerche, en una propiedad comprada por su padre. Usaba patillas blancas, una gorra, la Legión de Honor, tarareaba durante todo el día. Me decía el nombre de los árboles, de las flores y de los pájaros. Los pavos reales se pavoneaban ante la casa cubierta de glicinas y de begonias; en la pajarera, yo admiraba a los cardenales de cabecita roja y a los faisanes dorados. Cortada por cascadas artificiales, florecida de nenúfares, la "laguna inglesa", donde nadaban peces de colores, encerraba en sus aguas una isla minúscula que dos puentes de troncos unían a la tierra. Cedros, velingtonias, hayas rojas, árboles enanos del Japón, sauces llorones, magnolias, araucarias, hojas persistentes y hojas caducas, macizos, zarzales, malezas: el parque rodeado de un cerco blanco no era grande, pero tan diverso que yo nunca terminaba de explorarlo. Lo abandonábamos en medio de las vacaciones para ir a casa de la hermana de papá que se había casado con un noble de los alrededores; tenían dos hijos. Venían a buscarnos con "el gran break" arrastrado por cuatro caballos. Después del almuerzo de familia nos instalábamos sobre los asientos de cuero azul, con olor a polvo y a sol. Mi tío nos escoltaba a caballo. Al cabo de veinte kilómetros llegábamos a *La Grillère*. El parque, más vasto y más salvaje que el de Meyrignac pero más monótono, rodeaba un castillo feo flanqueado de torrecillas y cubierto de pizarra. Tía Hélène me trataba con indiferencia. Tío Maurice, de bigotes, botas, un rebenque en la mano, tan pronto silencioso y tan pronto enojado, me asustaba un poco. Pero yo me sentía a gusto con Robert y Madeleine, que tenían cinco y tres años más que yo. En casa de mi tía como en casa de mi abuelo me dejaban correr libremente sobre el césped, y yo podía tocarlo todo. Cavando el suelo, amasando el barro, quebrando hojas y corolas, lustrando castañas, reventando bajo mi tacón vainas hinchidas de viento, yo aprendía lo que no enseñan ni los libros ni la autoridad. Aprendía la flor y el trébol, la madre selva azucarada, el azul fluorescente de las Santa Rita, la mariposa, el bichito de Dios, la luciérnaga, el rocío, las telas de araña y los hilos de la Virgen; aprendí que el rojo del muérdago es más rojo que el del laurel cereza, que el otoño vuelve los duraznos dorados y cobrizos los follajes, que el sol sube y baja en el cielo sin que se pueda ver su movimiento. El derroche de colores, de olores, me exaltaba. En todas partes, en el agua verdosa de los estanques, en el oleaje de las praderas, bajo los helechos cortantes, en el hueco de los matorrales, se escondían tesoros que yo ardía por descubrir.

Desde que iba al colegio mi padre se interesaba por mis éxitos, mis progresos, y contaba un poco más en mi vida. Me parecía de una especie menos corriente que el resto de los hombres. En esa época

de barbas y de patillas, su rostro liso de mímicas expresivas, asombraba: sus amigos decían que se parecía a Rigadin. Nadie a mi alrededor era tan divertido, tan interesante, tan brillante como él; nadie había leído tantos libros ni sabía de memoria tantos versos, ni discutía tan fogosamente. Apoyado en la chimenea hablaba mucho, con muchos gestos: lo escuchaban. En las reuniones de familia, era el centro: recitaba monólogos o *El Mono*, de Zamacois, y todo el mundo aplaudía. Su mayor originalidad era hacer teatro en sus horas de ocio; cuando lo veía en las fotografías, disfrazado de payaso, de camarero, de bailarina, de trágica, lo tomaba por una especie de mago; con vestido y delantal blanco, una cofia sobre la cabeza, abriendo sus ojos azules, me hizo llorar de risa en el papel de Rosalie, una cocinera idiota.

Todos los años mis padres pasaban tres semanas en Divonneles-Bains, con una compañía de aficionados que se presentaba en el escenario del Casino; distraían a los veraneantes y el director del gran hotel los albergaba gratis. En 1914 fuimos a esperarlos Louise, mi hermana y yo a Meyrignac. Encontramos a mi tío Gastón que era el hermano mayor de papá, a mi tía Marguerite cuya palidez y flacura me intimidaban, y a mi prima Jeanne, un año menor que yo. Vivían en París y nos veíamos a menudo. Mi hermana y Jeanne soportaban dócilmente mi tiranía. En Meyrignac yo las enganchaba a un carrito y me llevaban al trote a través de las avenidas del parque. Les daba lecciones, las arrastraba en fugas que luego detenía prudentemente en medio de la avenida. Una mañana, nos divertíamos en el depósito de leña en medio de la viruta fresca cuando oímos la sirena: la guerra había estallado. Yo había oído la palabra por vez primera en Lyon un año antes. En época de guerra, me habían dicho, la gente mata a otra gente, y yo me había preguntado: ¿adonde huiré? En el curso del año papá me había explicado que la guerra significaba la invasión de un país por extranjeros y empecé a temer a los innumerables japoneses que vendían entonces en las esquinas abanicos y faroles de papel. Pero no. Nuestros enemigos eran los alemanes de cascos puntiagudos que ya nos habían robado la Alsacia y la Lorena y cuya fealdad grotesca descubrí en los álbumes de Hansi.

Yo ya sabía que en una guerra sólo se matan entre soldados y también sabía bastante geografía para situar a la frontera muy lejos del Limousin. Nadie a mi alrededor parecía asustado y yo no me inquietaba. Papá y mamá llegaron de improviso polvorientos y conversadores; habían pasado cuarenta y ocho horas en el tren. Pincharon contra la puerta de la caballeriza una orden de requisición y los caballos de abuelito fueron llevados a Uzerche. La agitación general, los gruesos títulos del *Courrier du Centre* me estimulaban: siempre me alegraba cuando ocurría algo. Inventaba juegos apropiados a las circunstancias: encarnaba a Poincaré, mi prima a Jorge V, mi hermana al zar. Manteníamos "conferencias bajo los cedros y traspasábamos a los prusianos a sablazos.

En setiembre, en *La Grillère*, aprendí a cumplir mis deberes de francesa. Ayudé a mamá a fabricar vendas, tejí bufandas. Mi tía Héléne enganchaba el sulky e íbamos a la estación a distribuir manzanas a unos grandes hindúes de turbantes que nos daban puñados de pasas de uvas; llevábamos a los heridos pan con queso y con paté. Las mujeres de la aldea corrían a lo largo de los vagones con los brazos cargados de víveres. "Un recuerdo, un recuerdo", reclamaban: y los soldados les daban botones del capote, cartuchos vacíos. Un día una de ellas dio un vaso de vino a un soldado alemán. Hubo murmullos: "¿Qué hay? —dijo—, son hombres también." Los murmullos crecieron. Una santa ira iluminó los ojos distraídos de tía Héléne. Los alemanes eran criminales de nacimiento; suscitaban el odio más que la indignación: uno no se indigna contra Satanás. Pero los traidores, los espías, los malos franceses escandalizaban deliciosamente nuestros virtuosos corazones. Yo miré con prolijo horror a la que en adelante fue llamada "la alemana". Por fin el Mal se había encarnado.

Abracé apasionadamente la causa del Bien. Mi padre, eximido anteriormente por fenómenos cardíacos, fue "recuperado" y mandado a un batallón de *zuvavos*. Fui con mamá a verlo a Villetaneuse, donde estaba en guarnición; se había dejado crecer el bigote y me impresionó bajo la visera la

gravedad de su rostro. Tenía que mostrarme digna de él. Yo había probado enseguida mi patriotismo ejemplar pisoteando un bebé de celuloide "made in Germany" que por otra parte pertenecía a mi hermana. Les costó mucho impedirme que arrojara por la ventana unos portacuchillos de plata marcados con el mismo signo infamante. Planté banderas aliadas en todos los floreros. Jugué al soldado valiente, al niño heroico. Escribí con lápices de colores: "Viva Francia." Los adultos recompensaron mi servilismo. "Simone es terriblemente chauvinista", decían con un orgullo divertido. Yo soportaba la sonrisa y saboreaba el elogio. No sé quién le regaló a mamá una pieza de paño de oficial, azul horizonte: una costurera nos hizo a mi hermana y a mí abrigos que copiaban exactamente los capotes militares; "miren, hasta tienen una martingala", decía mi madre a sus amigas admirativas o asombradas. Ningún niño llevaba una vestimenta tan original, tan francesa como yo: me sentí elegida.

No se necesita mucho para que un niño se convierta en mono; antes yo solía darme importancia pero me negaba a entrar en el juego de las comedias concertadas por los adultos; demasiado crecida ahora para hacerme acariciar, regalonear, mimar por ellos, tenía cada vez una necesidad más aguda de su aprobación. Me proponían un papel fácil de representar y de los más sentadores: me precipité en él. Vestida con mi capote azul horizonte hacía colectas sobre los grandes bulevares en la puerta de un hogar franco-belga que dirigía una amiga de mamá: "¡Para los niños belgas refugiados!" Las monedas llovían en mi cesto florido y las sonrisas de los transeúntes me aseguraban que yo era una adorable pequeña patriota. Sin embargo, una mujer de negro me interpeló: "¿Por qué los refugiados belgas? ¿Y los franceses?" Me quedé desconcertada. Los belgas eran nuestros heroicos aliados; pero en fin, si uno se jactaba de ser patriota debía preferir a los franceses; me sentí vencida en mi propio terreno. Tuve otras decepciones. Cuando al caer la tarde entré al Hogar me felicitaron con condescendencia. "Voy a poder pagar mi carbón", dijo la directora. Protesté: "El dinero es para los refugiados." Me costó admitir que sus intereses se confundían; yo había soñado con caridades más espectaculares. Además la señorita Février había prometido a una enfermera el total de lo recolectado y no confesó que retenía la mitad. "Doce francos es magnífico", me dijo cortésmente la enfermera. Yo había juntado veinticuatro. Estaba indignada. No me apreciaban en mi justo valor: además, me había creído una estrella y sólo había sido un accesorio: me habían estafado.

Sin embargo, conservé de aquella tarde un recuerdo bastante glorioso y perseveré. Me paseé por la basílica del Sacré-Coeur con otras niñas agitando un estandarte y cantando. Recitaba letanías y rosarios en sufragio de nuestros queridos "poilus". Repetía todos los slogans, observaba todas las consignas. En los subterráneos y en los tranvías se leía: "Callen, desconfíen, los oídos enemigos los escuchan." Se hablaba de espías que clavaban agujas en los muslos de las mujeres y de otros que distribuían a los chicos caramelos envenenados. Fui muy prudente. Al salir de la escuela la madre de una de mis compañeras me ofreció pastillas de goma; las rechacé: olía a perfume, tenía los labios pintados, llevaba en los dedos pesadas sortijas y para colmo se llamaba Madame Malin.* No creía verdaderamente que sus caramelos fueran mortíferos, pero me parecía meritorio ejercitarme en la suspicacia.

En una parte del curso Désir habían instalado un hospital. En los corredores un edificante olor a farmacia se mezclaba al olor de la cera. Bajo sus velos blancos manchados de rojo las enfermeras parecían santas y yo me sentía emocionada cuando sus labios tocaban mi frente. Una refugiada del Norte entró a mi clase; el éxodo la había golpeado seriamente, tenía tics y tartamudeaba; me hablaban mucho de los pequeños refugiados y yo quería contribuir a suavizar su desdicha. Se me ocurrió guardar en una caja todas las golosinas que me daban: cuando la hube llenado de pasteles ya agrios, de chocolates blanqueados, de ciruelas secas, mamá me ayudó a embalarlos y lo llevé a las enfermeras.

* Mwlín – maligno.

Evitaron felicitarne demasiado ruidosamente pero corrieron sobre mi cabeza murmullos elogiosos.

La virtud se apoderaba de mí: basta de iras o de caprichos; me habían explicado que de mi obediencia y de mi piedad dependía que Dios salvara a Francia. Cuando el confesor del curso Désir me tomó entre sus manos me volví una niña modelo. Era joven, pálido, infinitamente suave. Me admitió en el catecismo y me inició en las dulzuras de la confesión. Me arrodillé frente a él en un confesionario y respondí concienzudamente a sus preguntas. Ya ni sé lo que le conté pero delante de mi hermana, que me lo repitió, felicitó a mamá por mi hermosa alma. Me enamoré de esa alma que imaginaba blanca y aureolada de rayos de luz como la hostia sobre el cáliz. Amontené méritos. El padre Martin nos distribuyó a principios del Adviento imágenes que representaban a un niño Jesús: a cada buena acción perforábamos con un alfilerazo los contornos del dibujo trazado con tinta violeta. El día de Navidad debíamos depositar nuestras tarjetas en el pesebre que brillaba en el fondo de la gran capilla. Inventé toda clase de mortificaciones, de sacrificios, de conductas edificantes para que la mía estuviera cribada de agujeros. Esos alardes erizaban a Louise. Pero mamá y las señoritas me alentaban. Entré en una cofradía infantil, "Los ángeles de la Pasión", lo que me dio el derecho a llevar un escapulario y el deber de meditar sobre los siete dolores de la Virgen. Conforme a las recientes instrucciones de Pío X, preparé mi comunión privada; seguí un retiro espiritual. No comprendía muy bien por qué los fariseos cuyo nombre se parecía de manera impresionante al de los habitantes de París* se habían encarnizado contra Jesús, pero compadecí sus desdichas. Vestida de tul y tocada de encaje de Irlanda tragué mi primera hostia. En adelante mamá me llevó tres veces por semana a comulgar a Notre Dame des Champs. Me gustaba oír en la mañana gris el ruido de nuestros pasos sobre las lajas. Respirando el olor del incienso, la mirada enternecida por el vaho de los cirios, me resultaba dulce abismarme a los pies de la Cruz, soñando vagamente con la taza de chocolate que me esperaba en casa.

Esas piadosas complicidades aumentaron mi intimidad con mamá; tomó netamente el primer lugar en mi vida. Como sus hermanos habían sido movilizados, Louise volvió a casa de sus padres para trabajar la tierra. Rizada, relamida, presuntuosa, Raymonde, la nueva criada, sólo me inspiró desdén. Mamá ya no salía casi, recibía poco, se ocupaba enormemente de mi hermana y de mí: me asoció a su vida más estrechamente que a mi hermana menor; era como una hermana mayor y todos decían que me parecía mucho a ella; tenía la impresión de que me pertenecía en forma privilegiada.

Papá partió para el frente en octubre; veo los corredores del subterráneo y mamá que caminaba a mi lado, los ojos llorosos; tenía lindos ojos color avellana y dos lágrimas se deslizaron sobre sus mejillas. Me emocioné mucho. Sin embargo, nunca tuve la impresión de que mi padre corriera peligro. Había visto heridos; sabía que había una relación entre la guerra y la muerte. Pero no concebía que esa gran aventura colectiva pudiera tocarme directamente. Y además, debí convencerme, sin duda, de que Dios protegería especialmente a mi padre: era incapaz de imaginar la desdicha.

Los acontecimientos confirmaron mi optimismo: a consecuencia de un ataque cardíaco mi padre fue evacuado al hospital de Coulommiers, luego afectado al Ministerio de la Guerra. Cambió de uniforme y se afeitó el bigote. Más o menos en esa misma época Louise volvió a casa. La vida reanudó su curso normal.

Me había transformado definitivamente en niña juiciosa. Los primeros tiempos había compuesto mi personaje; me había valido tantos elogios y me había proporcionado tan grandes satisfacciones que terminé por identificarme con él: se convirtió en mi sola verdad. Tenía la sangre menos ardiente que antes; el crecimiento, el sarampión, me habían anemiado: me daba baños de azufre, tomaba fortificantes; ya no molestaba a los adultos con mi turbulencia; por otra parte mis gustos coincidían

* Pharisieus y Parisiens.

con la vida que llevaba, por lo tanto, me contrariaban poco. En caso de conflicto ya era capaz de interrogar, de discutir. A menudo se limitaban a contestarme: "No se hace. Cuando he dicho no, es no." Ni aun así, me juzgaba oprimida. Me había convencido de que mis padres sólo deseaban mi bien. Y además era la voluntad de Dios que se expresaba por su boca: él me había creado, había muerto por mí, tenía derecho a una sumisión absoluta. Sentía sobre mis hombros el yugo tranquilizador de la necesidad.

Así abdiqué de la independencia que mi primera infancia había intentado salvaguardar. Durante varios años fui el dócil reflejo de mis padres. Es tiempo de decir, en la medida en que lo sé, quiénes eran.

Sobre la infancia de mi padre tengo pocos informes; mi bisabuelo, que era inspector de contribuciones en Argenton, debe de haber dejado a sus hijos una buena fortuna, puesto que el menor pudo vivir de sus rentas. El mayor, mi abuelo, heredó, entre otros bienes, una propiedad de doscientas hectáreas; se casó con una joven burguesa que pertenecía a una opulenta familia del Norte. Sin embargo, sea porque le gustaba o porque tenía tres hijos, entró en las oficinas de la ciudad de París: hizo una larga carrera de la que salió condecorado y jefe de servicio. Su tren de vida era más brillante que su situación. Mi padre pasó su infancia en un hermoso departamento del bulevar Saint Germain y conoció si no la opulencia al menos un comfortable bienestar. Tenía una hermana mayor que él y un hermano mayor haragán, bullicioso, a menudo brutal, que lo zamarreaba. Endeble, enemigo de la violencia, se ingenió por compensar su debilidad física con la seducción: fue el favorito de su madre y de sus profesores. Sus gustos se oponían sistemáticamente a los de su hermano mayor; refractario a los deportes, a la gimnasia, se apasionó por la lectura y por el estudio. Mi abuela lo estimulaba: vivía a su sombra y lo único que le importaba era complacerla. Producto de una austera burguesía que creía firmemente en Dios, en el trabajo, en el deber, en el mérito, exigía que un colegial cumpliera perfectamente sus deberes de colegial: todos los años George ganaba en el colegio Stanislas el premio de excelencia. Durante las vacaciones reunía imperiosamente a los chicos de los chacareros y les daba clase: una foto nos lo muestra en el patio de Meyrignac rodeado de una decena de alumnos, varones y mujeres. Una criada de delantal y cofia blancos sostiene una bandeja cargada de vasos de naranjada. Su madre murió el año en que él cumplió trece años; no solamente sintió un dolor violento, sino que se sintió bruscamente abandonado a sí mismo. Para él mi abuela encarnaba la ley. Mi abuelo no era capaz de asumir ese papel. Por supuesto era bien pensante: odiaba a los comuneros y declamaba versos de Déroulede. Pero se sentía más consciente de sus derechos que convencido de sus deberes. A mitad camino entre el aristócrata y el burgués, entre el terrateniente y el funcionario, respetuoso de la religión sin practicarla, no se sentía ni sólidamente integrado a la sociedad, ni cargado de serias responsabilidades: profesaba un epicureísmo de buen tono. Se dedicaba a un deporte casi tan distinguido como la esgrima, "la canne", y había obtenido el título de "prevoste" del que se mostraba muy orgulloso. No le gustaban ni las discusiones ni las preocupaciones y dejaba rienda suelta a sus hijos. Mi padre siguió brillando en las ramas que le interesaban: en latín, en literatura; pero ya no obtuvo el premio de excelencia, había dejado de esforzarse.

A cambio de ciertas compensaciones financieras, Meyrignac debía ser de mi tío Gastón: satisfecho de ese destino seguro, éste se entregó a la ociosidad. Su condición de hermano menor, su amor por su madre, sus éxitos escolares habían hecho que mi padre –cuyo porvenir no estaba garantido–, reivindicara su individualidad: se sabía dotado y quería sacar partido. Por su lado oratorio el oficio de abogado le gustaba, pues ya sabía expresarse muy bien. Se inscribió en la Facultad de Derecho. Pero me ha repetido a menudo que si las conveniencias no se lo hubieran vedado, habría entrado al Conservatorio. No era una frase: nada en su vida fue tan auténtico como su amor por el teatro.

Estudiante, descubrió con júbilo la literatura que gustaba en su época: pasaba sus noches leyendo a Alphonse Daudet, Maupassant, Bourget, Marcel Prévost, Jules Lemaitre. Pero conocía alegrías aun mayores cuando se sentaba en su butaca de la Comedie Francaise o Des Varietés. Asistía a todos los espectáculos, estaba enamorado de todas las actrices, idolatraba a los grandes actores; para parecerse a ellos se afeitaba el rostro. En esa época, difícilmente se representaban comedias en los salones: tomó clases de dicción, estudió maquillaje y se afilió a compañías de aficionados.

La insólita vocación de mi padre se explica, creo, por su estatuto social. Su nombre, ciertas relaciones de familia, camaraderías de infancia, amistades de juventud, lo convencieron de que pertenecía a la aristocracia; adoptó sus valores. Apreciaba los gestos elegantes, los sentimientos nobles, la desenvoltura, el andar, el orgullo, la frivolidad, la ironía. Las serias virtudes apreciadas por la burguesía lo aburrían. Gracias a su buenísima memoria aprobó sus exámenes pero consagró sobre todo sus años de estudio a sus placeres: teatros, hipódromos, cafés, salones. Le importaba tan poco el triunfo burgués que una vez obtenidos sus primeros diplomas no se dio el trabajo de presentar una tesis; se inscribió en la corte de apelaciones y entró como secretario en el estudio de un abogado importante. Despreció los éxitos que se obtienen con el trabajo y el esfuerzo. Según él si uno era "bien nacido" poseía condiciones más allá de todo mérito: ingenio, talento, encanto, raza. Lo malo era que en el seno de esa casta a la que pretendía, no era nadie: tenía un nombre con partícula, pero oscuro, que no le abría ni los clubs ni los salones elegantes; le faltaban los medios para vivir como gran señor. A lo que podía ser en el mundo burgués –un abogado distinguido, un padre de familia, un ciudadano honorable–, concedía muy poco precio. Se embarcaba en la vida con las manos vacías y despreciaba los bienes que se adquieren. Para salvar esa indigencia sólo le quedaba un recurso: parecer.

Para parecer hacen falta testigos; mi padre no apreciaba ni la naturaleza ni la soledad: sólo se sentía bien en sociedad. Su oficio lo divertía en la medida en que un abogado cuando defiende se da en espectáculo. De muchacho era atildado como un dandy. Acostumbrado a seducir desde la infancia se hizo una fama de conversador brillante y de hombre encantador; pero sus éxitos lo dejaban insatisfecho; sólo lo elevaban a un rango mediocre en los salones donde contaban sobre todo la fortuna y los cuartos de nobleza; para recusar las jerarquías admitidas en su mundo, tenía que negarle importancia a éste, por lo tanto –puesto que a sus ojos las clases bajas no contaban–, situarse fuera del mundo. La literatura permite vengarse de la realidad esclavizándola a la ficción; pero si bien mi padre fue un lector apasionado, sabía que escribir exige repelentes virtudes, esfuerzo, paciencia; es una actividad solitaria donde el público no existe más que como esperanza. El teatro, en cambio, aportaba a sus problemas una solución privilegiada. El actor elude las angustias de la creación; le ofrecen, ya constituido, un universo imaginario donde hay un lugar reservado para él; se mueve en carne y hueso, frente a una audiencia de carne y hueso; reducida al papel de espejo ésta le devuelve dócilmente su imagen; en el escenario es soberano y existe de verdad: se siente verdaderamente soberano. A mi padre le gustaba particularmente disfrazarse: al ponerse la peluca y las patillas, se escamoteaba; así esquivaba cualquier confrontación. Ni señor, ni plebeyo: esa indeterminación se cambiaba en plasticidad; habiendo dejado de ser radicalmente, se volvió cualquiera: los sobrepasaba a todos.

Se comprende que nunca haya pensado en vencer los prejuicios de su medio y en abrazar la profesión de actor. Se daba al teatro porque no se resignaba a la modestia de su posición: no encaraba la posibilidad de decaer. Logró doblemente su objetivo. Al buscar un recurso contra una sociedad que sólo se abría a él con reticencia forzó las puertas. Gracias a sus talentos de aficionado tuvo acceso a círculos más elegantes y menos austeros que el medio en el cual había nacido; apreciaban a la gente de ingenio, a las mujeres bonitas, al placer. Actor y hombre de mundo, mi padre había encontrado su camino. Consagraba a la comedia y a la pantomima todos sus ocios. La misma víspera de su boda apareció en una escena. Apenas de regreso de su luna de miel hizo representar a mamá, cuya belleza

compensaba la inexperiencia. He dicho que todos los años, en Divonneles-Bains participaban en espectáculos presentados por una compañía de aficionados. Iban a menudo al teatro. Mi padre recibía *Comedia* y estaba al corriente de todos los chismes de las bambalinas. Contó entre sus amigos íntimos a un actor del Odéon. Durante su permanencia en el hospital de Coulommiers, compuso y representó una revista en colaboración con otro enfermo, el joven cantante Gabriello, que luego invitó varias veces a casa. Más adelante cuando ya no dispuso de los medios necesarios para llevar una vida mundana, encontró todavía oportunidades de subir a las tablas, aunque fuera en las fiestas de beneficencia.

En esa terca pasión se resumía su singularidad. Por sus opiniones mi padre pertenecía a su época y a su clase. Consideraba utópica la idea de un restablecimiento de la monarquía; pero la República le desagradaba. Sin estar afiliado a la *Action Française* tenía amigos entre los "Camelots du roi" y admiraba a Maurras y a Daudet. Prohibía que se discutieran los principios del nacionalismo; si alguien mal encaminado pretendía discutirlos se negaba con una gran carcajada: su amor por la Patria se situaba más allá de los argumentos y de las palabras: "Es mi única religión", decía. Odiaba a los mestizos, se indignaba de que permitieran a los judíos mezclarse en el manejo del país, y estaba tan convencido de la culpabilidad de Dreyfus como mi madre de la existencia de Dios. Leía *Le Matin* y un día se enfureció porque uno de sus primos, Sirmione, había introducido en casa *L'Oeuvre*, "ese pasquín". Consideraba a Renán como a un gran espíritu, pero respetaba a la iglesia y sentía horror por las leyes Combes. Su moral privada se basaba sobre el culto a la familia; la mujer, como madre, era para él sagrada; exigía de las esposas fidelidad, de las jóvenes inocencia, pero consentía a los hombres grandes libertades, lo que lo llevaba a considerar con indulgencia las mujeres llamadas livianas. Como es clásico, el idealismo se aliaba en él a un escepticismo que rozaba el cinismo. Vibraba en *Cyrano*, apreciaba a Clément Vautel, se deleitaba con Capus, Donnay, Sacha Guitry, Flers y Caillavet. Nacionalista y paseadero, amaba la grandeza y la frivolidad.

De muy chiquita me había subyugado por su alegría y su labia; al crecer aprendí a admirarlo muy seriamente: me maravillé de su cultura, de su inteligencia, de su admirable sentido común. En casa su preeminencia era indiscutida; mi madre, ocho años más joven que él, la reconocía sin discutir: él la había iniciado a la vida y a los libros. "La mujer es lo que su marido hace de ella, es él quien debe formarla", decía él a menudo. Le leía en voz alta los *Orígenes de la Francia contemporánea* de Taine y el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de Gobineau. No mostraba pretensiones excesivas; por el contrario, se jactaba de conocer limitaciones. Trajo del frente argumentos de relatos que mi madre encontró interesantísimos y que él no se arriesgó a escribir por temor a la mediocridad. Con esa modestia, manifestaba una lucidez que lo autorizaba a verter, en cada caso particular, un juicio sin apelación.

A medida que yo crecía él se ocupaba más de mí. Vigilaba todo, especialmente mi ortografía; cuando le escribía me devolvía mis cartas corregidas. Durante las vacaciones me dictaba textos espinosos, generalmente elegidos en Víctor Hugo. Como yo leía mucho cometía pocas faltas y él decía con satisfacción que tenía ortografía natural. Para formar mi gusto literario, había constituido en un anotador de hule negro una breve antología: *Un Evangelio* de Copee, *La marioneta de la Juanita* de Banville, *¡Ay, si hubiera sabido!* de Hégésippe Moreau, y algunos otros poemas. Me enseñó a recitarlos con el tono adecuado. Me leyó los clásicos en voz alta: *Ruy Blas*, *Hernani*, las piezas de Rostand, *La historia de la literatura francesa* de Lanson, y las comedias de Labiche. Yo le hacía muchas preguntas y él me contestaba con paciencia. No me intimidaba en el sentido de que nunca experimenté ante él el menor malestar: pero no trataba de salvar la distancia que lo separaba de mí; había cantidad de temas de los cuales ni siquiera se me ocurría hablarle; no era para él ni un cuerpo, ni un alma, sino un espíritu. Nuestras relaciones se situaban en una esfera límpida donde no podía producirse ningún choque. No se inclinaba hasta mí sino que me elevaba hasta él y yo tenía el orgullo

de sentirme entonces una persona mayor. Cuando yo volvía a caer al nivel ordinario dependía de mamá; papá le había abandonado sin reservas el cuidado de velar sobre mi vida orgánica y de dirigir mi formación moral.

Mi madre había nacido en Verdun, en una piadosa y rica familia burguesa; su padre, un banquero, había sido educado con los jesuitas; su madre en un convento. Françoise tenía un hermano y una hermana menores que ella. Entregada en cuerpo y alma a su marido, abuelita sólo demostraba a sus hijos un afecto distante; abuelito prefería a Lili, su benjamina; mamá sufrió de esa frialdad. Medio pupila en el convento *des Oiseaux* encontró consuelos en la cálida estima con que la rodearon las monjas; se precipitó en el estudio y en la devoción; después de su diploma elemental perfeccionó su cultura bajo la dirección de la madre superiora. Otras decepciones entristecieron su adolescencia. Infancia y juventud le dejaron en el corazón un resentimiento que nunca se calmó del todo. A los veinte años, encerrada en sus corsés con ballenas, acostumbrada a reprimir sus impulsos y a hundir en el silencio secretos amargos, se sentía sola e incomprendida; a pesar de su belleza carecía de seguridad y de alegría. Sin entusiasmo fue a Houlgate a unirse con un joven desconocido. Se gustaron. Conquistada por la exuberancia de papá, fortalecida por los sentimientos que él le demostraba, mi madre floreció. En mis primeros recuerdos la veo joven, sonriente y alegre. Había también en ella algo íntegro e imperioso que después de su casamiento se liberó. Mi padre gozaba a sus ojos de un gran prestigio y ella pensaba que la mujer debe obedecer al hombre. Pero con Louise, con mi hermana y conmigo se mostraba autoritaria, a veces enfurecida. Si uno de sus íntimos la contrariaba o la ofendía, reaccionaba con ira y con violentos estallidos de franqueza. En sociedad, sin embargo, fue siempre tímida. Bruscamente trasplantada a un círculo muy distinto de su ambiente provincial, no se adaptó sin esfuerzos. Su juventud, su inexperiencia, su amor por mi padre la hacían vulnerable; temía las críticas y, para evitarlas, puso todo su cuidado en "obrar como todo el mundo". Su nuevo medio respetaba a medias la moral *des Oiseaux*. No quiso pasar por beata y renunció a juzgar según su propio código: tomó el partido de fiarse de las costumbres. El mejor amigo de papá vivía maritalmente, es decir en el pecado; eso no le impedía venir a menudo a casa: pero no recibían a su concubina. Mi madre nunca pensó en protestar —en un sentido ni en el otro— contra una inconsecuencia sancionada por las costumbres mundanas. Aceptó muchas otras concesiones; no rozaron sus principios; quizá hasta fue para compensar esas concesiones que preservó interiormente una rigurosa intransigencia. Aunque fue, sin lugar a dudas, una recién casada dichosa, apenas distinguía el vicio de la sexualidad: asoció siempre estrechamente la idea de carne a la de pecado. Como la costumbre la obligaba a disculpar ciertas libertades de los hombres, concentró sobre las mujeres su severidad; entre las "mujeres honestas" y las "locas" no concebía intermediario. Los temas "físicos" le repugnaban tanto que nunca los tocó conmigo; ni siquiera me advirtió de las sorpresas que me esperaban en el umbral de la pubertad. En todos los demás terrenos compartía las ideas de mi padre sin parecer encontrar dificultades en conciliarlas con la religión.

Mi padre se asombraba de las paradojas del corazón humano, de las herencias biológicas, de la extrañeza de los sueños; nunca he visto a mi madre asombrarse de nada.

Tan penetrada de sus responsabilidades como papá estaba liberado de ellas, tomó a pecho su tarea de educadora. Pidió consejos a la cofradía de las "Madres cristianas" y conferenció a menudo con las señoritas. Ella misma me llevaba al curso, asistía a mis clases, revisaba mis deberes, me tomaba las lecciones; aprendió el inglés y empezó a estudiar el latín para seguirme. Dirigía mis lecturas, me llevaba a misa y a vísperas; recitábamos en común, ella, mi hermana y yo, nuestras oraciones, por la mañana y por la noche. En todo momento, hasta en el secreto de mi corazón, era mi testigo, y para mí no había ninguna diferencia entre su mirada y la de Dios. Ninguna de mis tías —ni siquiera tía Marguerite que había sido educada en el Sagrado Corazón— practicaba la religión con tanto fervor:

comulgaba a menudo, rezaba asiduamente, leía numerosas obras piadosas. Su conducta se conformaba a sus creencias: pronta a sacrificarse, se dedicaba por entero a los suyos. Yo no la consideraba como a una santa porque la conocía demasiado y porque se enojaba demasiado fácilmente; su ejemplo me parecía aun más convincente; yo podía, por lo tanto debía, igualarme a ella en piedad y en virtud. El calor de su afecto rescataba sus momentos de enojo. Más implacable y más lejana no hubiera obrado tan profundamente en mí.

Su ascendiente, en efecto, dependía en gran parte de nuestra intimidad. Mi padre me trataba como a una persona hecha y derecha; mi madre cuidaba a la niña que yo era. Me manifestaba más indulgencia que él: le parecía natural oírme decir tonterías mientras él se fastidiaba; a ella le divertían mis salidas, mis borroneos que a él no le parecían divertidos. Yo quería que me consideraran; pero necesitaba esencialmente ser aceptada en mi verdad con las deficiencias de mi edad; la ternura de mi madre me aseguraba una total justificación. Los elogios más halagadores eran los de mi padre; pero si me recriminaba porque yo había desordenado su despacho o si exclamaba:

"Estas chicas son estúpidas", yo tomaba a la ligera palabras a las cuales visiblemente daba poca importancia; en cambio cualquier reproche de mi madre, su ceño fruncido, ponía en juego mi seguridad: privada de su aprobación ya no me sentía con derecho a existir.

Si sus críticas me importaban tanto es porque esperaba su benevolencia. Cuando yo tenía siete u ocho años no me forzaba con ella, le hablaba con una gran libertad. Un recuerdo preciso me da esa certidumbre. Sufrí, después del sarampión, una ligera escoliosis; un médico trazó una línea a lo largo de mi columna vertebral como si mi espalda hubiera sido un pizarrón y me recetó gimnasia sueca. Tomé algunas lecciones privadas con un profesor alto y rubio. Una tarde mientras lo esperaba, me ejercitaba trepando en la barra; al llegar arriba sentí una extraña comezón entre los muslos; era agradable y decepcionante; volví a empezar; el fenómeno se repitió. "Es raro", le dije a mamá; y le describí lo que había sentido. Con aire indiferente habló de otra cosa y yo pensé haber dicho una de esas tonterías que no provocan respuesta.

Más adelante, sin embargo, mi actitud cambió. Cuando me interrogué uno o dos años más tarde sobre "los lazos de la sangre", a menudo evocados en los libros, y sobre "el fruto de sus entrañas" del Dios Te Salve María, no comuniqué mis sospechas a mi madre. Es posible que entretanto ella, haya opuesto a algunas de mis preguntas resistencias que he olvidado. Pero mi silencio partía de una consigna más general: ya guardaba reservas. Rara vez mi madre me castigaba y si bien tenía la mano pronta, sus bofetadas no dolían mucho. Sin embargo, sin por eso quererla menos que antes, yo me había puesto a temerla. Había una palabra que ella usaba a menudo y que nos paralizaba a mi hermana y a mí: "¡Es ridículo!" A menudo le oíamos pronunciar ese veredicto cuando criticaba, con papá, la conducta de un tercero; dirigida contra nosotros nos precipitaba de la cumbre familiar a los bajos fondos donde se arrastraba el resto del género humano. Incapaces de prever qué gesto, qué palabra podía desencadenarla, toda iniciativa implicaba para nosotras un peligro: la prudencia aconsejaba quedarse quietas. Recuerdo nuestra sorpresa cuando, habiendo pedido a mamá permiso para llevar nuestras muñecas al salir de vacaciones, ella contestó: "¿Por qué no?" Durante años habíamos refrenado ese deseo. Por cierto, la primera razón de mi timidez era mi preocupación por evitar su desprecio. Pero también cuando sus ojos brillaban con una luz tormentosa, o cuando simplemente su boca se fruncía, yo creo que temía tanto como mi propia decadencia el disgusto que le causaba. Si me hubiera pescado en una mentira yo habría sentido su escándalo más fuerte que mi vergüenza: la idea me resultaba tan intolerable que siempre decía la verdad. Evidentemente no me daba cuenta de que mi madre, apresurándose en condenar la diferencia y la novedad, prevenía el desasosiego que despertaba en ella cualquier duda: pero yo sentía que las palabras insólitas, los proyectos imprevistos turbaban su serenidad. Mi responsabilidad aumentaba mi dependencia.

Así vivíamos, ella y yo, en una especie de simbiosis y sin aplicarme en imitarla fui modelada por ella. Me inculcó el sentido del deber así como las consignas del olvido de sí, y de austeridad. A mi padre no le disgustaba ponerse en evidencia, pero aprendí de mi madre a pasar inadvertida, a cuidar mi lenguaje, a censurar mis deseos, a decir y a hacer exactamente lo que debía ser dicho y hecho. No reivindicaba nada y osaba muy poco.

El acuerdo que reinaba entre mis padres fortalecía el respeto que yo sentía por cada uno de ellos. Eso me permitió eludir una dificultad que hubiera podido ponerme en un serio aprieto: papá no iba a misa, sonreía cuando tía Marguerite comentaba los milagros de Lourdes: no creía. Ese escepticismo me impresionaba, a tal punto me sentía investida por la presencia de Dios: sin embargo, mi padre nunca se equivocaba: ¿cómo explicar que pudiera cegarse sobre la más evidente de las verdades? Mirando las cosas de frente era una terrible contradicción. No obstante, dado que mi madre, tan piadosa, parecía encontrarla natural, acepté tranquilamente la actitud de papá. La consecuencia fue que me acostumbé a considerar que mi vida intelectual –encarnada por mi padre– y mi vida espiritual –encarnada por mi madre– eran dos terrenos radicalmente heterogéneos, entre los cuales no podía producirse ninguna interferencia. La santidad pertenecía a otro orden que la inteligencia; y las cosas humanas –cultura, negocios, política, usos y costumbres– nada tenían que ver con la religión. Así relegué a Dios fuera del mundo, lo que debía influir profundamente en mi futura evolución.

Mi situación familiar recordaba a la de mi padre: él se había encontrado en una situación falsa entre el escepticismo de mi abuelo y la seriedad burguesa de mi abuela. En mi caso también, el individualismo de papá y su ética profana contrastaban con la severa moral tradicional que me enseñaba mi madre. Ese desequilibrio que me creaba un conflicto explica en gran parte que me haya vuelto una intelectual.

Por el momento me sentía protegida y guiada a la vez sobre la tierra y en los caminos del cielo. Me felicitaba además de no estar entregada sin recurso a los adultos; no vivía sola mi condición de chica; tenía una semejante: mi hermana, cuyo papel cobró una importancia considerable alrededor de mis seis años.

La llamaban Poupette; tenía dos años y medio menos que yo. Decían que se parecía a papá. Rubia, de ojos celestes, en sus fotos de chica su mirada parece nublada de lágrimas. Su nacimiento había decepcionado porque toda la familia quería un varón; por supuesto, nadie le guardó rencor, pero acaso no sea indiferente que hayan suspirado alrededor de su cuna. Se esforzaban en tratarnos con una exacta justicia; nuestra ropa era idéntica, salíamos casi siempre juntas, teníamos una sola vida para las dos; no obstante, como mayor yo gozaba de ciertas ventajas. Tenía un cuarto que compartía con Louise y dormía en una cama grande, falsamente antigua, de madera esculpida y a la cabecera una reproducción de la Asunción, de Murillo. Para mi hermana instalaban una cama plegadiza en un corredor estrecho. Durante el servicio militar de papá, yo acompañaba a mamá cuando iba a verlo. Relegada a un lugar secundario, "la más chiquita" se sentía casi superflua. Yo era para mis padres una experiencia nueva: a mi hermana le costaba mucho más desconcertarlos y asombrarlos; a mí no me habían comparado con nadie, a ella sin cesar la comparaban conmigo. En el curso Désir las señoritas tenían la costumbre de dar a las mayores como ejemplo de las menores; hiciera lo que hiciera Poupette, la perspectiva que da el tiempo, las sublimaciones de la leyenda querían que yo lo hubiera logrado mejor que ella; ningún esfuerzo, ningún éxito le permitían nunca pasar ése "plafond". Víctima de una oscura maldición sufría, y a menudo de noche, sentada en su sillita, lloraba. Le reprochaban su carácter rezongón: era otra inferioridad. Hubiera podido aborrecerme; paradójicamente sólo se sentía bien en su pellejo cuando estaba junto a mí. Confortablemente instalada en mi papel de mayor, no me jactaba de ninguna otra superioridad salvo de la que me daba la edad; consideraba a Poupette muy despierta para la suya; la veía exactamente como era: una igual un poco menor que yo; me agradecía mi estima y respondía a

ella con una absoluta devoción. Era mi homónimo, mi segundo, mi doble: no podíamos estar la una sin la otra.

Yo compadecía a los hijos únicos; las diversiones solitarias me parecían insulsas: apenas una manera de matar el tiempo. Entre dos un partido de pelota o de rayuela se convertía en una hazaña, una carrera detrás de un arco, en un concurso. Hasta para hacer calcomanías o para pintarrapear un catálogo, necesitaba una socia; rivalizando, colaborando, la obra de cada una encontraba en la otra su destino, escapaba a la gratuidad. Los juegos que más me gustaban eran aquellos en que yo encarnaba personajes: exigían una cómplice. No teníamos muchos juguetes; los más lindos –el tigre que daba un salto, el elefante que levantaba las patas– nuestros padres los guardaban bajo llave; en algunas oportunidades los hacían admirar a sus invitados. No me hacían falta. Me agradaba poseer objetos con los cuales se divertían las personas mayores; los prefería preciosos y no cotidianos. De todas maneras los accesorios –almacén, batería de cocina, panoplia de enfermera–sólo ofrecían a la imaginación un socorro muy leve. Para animar las historias que yo inventaba, una compañera me resultaba indispensable.

Un gran número de anécdotas y de situaciones que poníamos en escena eran banales y lo sabíamos: la presencia de los adultos no nos molestaba para vender sombreros o para desafiar las balas alemanas. Otros argumentos, los que preferíamos, reclamaban la clandestinidad. Eran, en apariencia, perfectamente inocentes; pero sublimando la aventura de nuestra infancia o anticipando el porvenir, halagaban en nosotros algo íntimo y secreto. Hablaré más adelante de los que desde mi punto de vista me parecen más significativos. En efecto, era sobre todo yo la que me expresaba a través de ellos puesto que los imponía a mi hermana, asignándole papeles que ella aceptaba dócilmente. A la hora en que el silencio, la sombra, el hastío de las casas burguesas invadían el vestíbulo, yo largaba mis fantasmas; los materializábamos con gran refuerzo de ademanes y de palabras, y a veces hechizándonos la una a la otra conseguíamos remontar de este mundo hasta que una voz imperiosa nos llamara a la realidad. Al día siguiente volvíamos a empezar. "Vamos a jugar a *eso*", decíamos. Llegaba el día en que el tema había sido demasiado manoseado y ya no nos inspiraba más; entonces elegíamos otro al que permanecíamos fieles durante algunas horas o algunas semanas.

Le debí a mi hermana el poder, jugando, aplacar muchos sueños; también me permitió salvar mi vida cotidiana del silencio: tomé junto a ella la costumbre de la comunicación. En su ausencia yo oscilaba entre dos extremos: la palabra era, o bien un ruido inútil que yo producía con mi boca, o, dirigiéndose a mis padres, un acto serio; cuando conversábamos, Poupette y yo, las palabras tenían un sentido y no pesaban demasiado. No conocí con ella los placeres del intercambio puesto que todo nos era común; pero, comentando en voz alta los incidentes y las emociones del día, multiplicábamos el precio.

Nuestros propósitos no tenían nada sospechoso; no obstante, por la importancia que mutuamente les concedíamos, creaban entre nosotras una connivencia que nos aislaba de los adultos: juntas, poseíamos nuestro jardín secreto.

Éste nos resultaba muy útil. Las tradiciones nos ataban a un cierto número de tareas fastidiosas, sobre todo alrededor de Año Nuevo: había que asistir en casa de tías lejanas, a comidas de familia que no terminaban nunca y visitar a solteronas mohosas. A menudo nos salvábamos del aburrimiento refugiándonos en los vestíbulos y jugando "a eso". En el verano, abuelito organizaba expediciones a los bosques de Chaville o de Meudon; para conjurar la languidez de esos paseos, no teníamos más recurso que nuestras charlas; hacíamos proyectos, deshollinábamos recuerdos; Poupette me hacía preguntas; yo le contaba episodios de la historia romana, de la historia de Francia, o relatos inventados por mí.

Lo que más apreciaba yo en nuestras relaciones era tener sobre ella un poder real. Los adultos me

tenían a su merced.

Si les arrancaba alabanzas seguían siendo ellos los que decidían discernírmelas. Algunas de mis conductas afectaban directamente a mi madre pero sin ninguna relación con mis intenciones. Entre mi hermana y yo las cosas ocurrían de veras. Nos peleábamos, ella lloraba, yo me irritaba, nos lanzábamos el supremo insulto: "Eres tonta", y luego nos reconciliábamos. Sus lágrimas no eran fingidas y si reía de una broma era sin complacencia. Sólo ella me reconocía autoridad; los adultos me cedían a veces, ella me obedecía.

Uno de los lazos más sólidos que se establecieron entre nosotras fue el de maestra a alumna. Me gustaba tanto estudiar que encontraba apasionante enseñar. Dar clase a mis muñecas no podía de manera alguna satisfacerme: no se trataba de parodiar gestos, sino de transmitir auténticamente mi ciencia.

Enseñando a mi hermana lectura, escritura, cálculo, conocí desde los seis años el orgullo de la eficiencia. Me gustaba borrar sobre páginas en blanco frases o dibujos: pero sabía que estaba fabricando objetos falsos. Cuando cambié la ignorancia en saber, cuando imprimí verdades en un espíritu virgen, entonces creé algo real. No imitaba a los adultos: los igualaba y mi éxito desafiaba la opinión de ellos; satisfacía en mí aspiraciones más serias que la vanidad. Hasta entonces me había limitado a hacer fructificar los cuidados de que era objeto: ahora, a mi vez, yo servía. Escapaba a la pasividad de la infancia, entraba en el gran circuito humano donde, segur pensaba, cada uno es útil a todos. Desde que yo trabajaba seriamente el tiempo no huía, se inscribía en mí: confiando mis conocimientos a otra memoria los salvaba dos veces.

Gracias a mi hermana –mi cómplice, mi sujeto, mi criatura– yo afirmaba mi autonomía. Está claro que sólo le reconocía "la igualdad en la diferencia", lo que es una manera de pretender la preeminencia. Sin formulármelo del todo suponía que mis padres admitían esa jerarquía y que yo era su favorita. Mi cuarto daba sobre el corredor donde dormía mi hermana y a cuyo extremo se abría el escritorio; desde mi cama oía a mi padre conversar de noche con mi madre y ese apacible murmullo me mecía; una noche mi corazón casi se paró de latir; con una voz pausada, apenas curiosa, mamá interrogaba: "¿A cuál de las dos chicas prefieres?" Esperé que papá pronunciara mi nombre, pero durante un instante que me pareció infinito vaciló: "Simone es más reflexiva, pero Poupette es tan cariñosa..." Siguieron pesando el pro y el contra y diciendo lo que les pasaba por el corazón; finalmente se pusieron de acuerdo en querernos tanto a la una como a la otra; era conforme a lo que se lee en los libros: los padres quieren igual a todos sus hijos. No obstante sentí algún despecho. No hubiera soportado que uno de ellos prefiriera a mi hermana; si me resignaba a una repartición imparcial era porque estaba convencida de que sería en mi favor. Mayor, más sabia; más despierta que la menor, si mis padres sentían por nosotros la misma ternura, al menos debían considerarme más y sentirme más cerca de su madurez.

Consideraba una suerte insigne que el cielo me hubiera dado precisamente esos padres, esa hermana, esa vida. Sin duda alguna tenía muchas razones para felicitarme de mi suerte. Además estaba dotada de lo que se llama un carácter feliz; siempre encontré la realidad más alimenticia que los espejismos; las cosas que existían para mí, con más evidencia, eran las que yo poseía; el valor que les concedía me defendía contra las decepciones, las nostalgias, los lamentos; mis afectos eran más fuertes que mis codicias. Blondine estaba vieja, ajada, mal vestida; no la hubiera cedido por la más suntuosa de las muñecas que tronaban en los escaparates: el amor que sentía por ella la hacía única, irremplazable. No habría cambiado por ningún paraíso el parque de Meyrignac, ni por ningún palacio nuestro departamento. La idea de que Louise, mi hermana, mis padres pudieran ser diferentes de lo que eran ni siquiera me rozaba. Yo misma no me imaginaba con otra cara, ni en otro pellejo: me sentía bien en el mío.

No hay mucha distancia entre la satisfacción y la suficiencia. Satisfecha del lugar que ocupaba en el mundo, lo creía privilegiado. Mis padres eran seres de excepción y yo consideraba nuestro hogar como ejemplar. A papá le gustaba burlarse, a mamá criticar; pocas personas obtenían la aprobación de ellos y en cambio no oía que nadie los denigrara: por lo tanto, su manera de vivir representaba la norma absoluta. Su superioridad decaía sobre mí. En el Luxemburgo nos prohibían jugar con chicas desconocidas: era, evidentemente, porque estábamos hechas de una tela más refinada. No teníamos derecho a beber, como cualquiera, en los vasos de metal encadenados a las fuentes; abuelita me había regalado una concha anacarada, de un modelo exclusivo, como nuestros capotes celeste cielo. Recuerdo un martes de Carnaval en que llevábamos bolsas llenas, no de confettis sino de pétalos de rosa. Mi madre se surtía en ciertas confiterías; las bombas de crema de las panaderías me parecían tan poco comestibles como si hubieran sido de yeso: la delicadeza de nuestros estómagos nos distinguía del vulgo. Mientras la mayoría de los chicos que me rodeaban recibían *La Semaine de Suzette*, yo estaba abonada a *L'Étoile Noéliste* que mamá consideraba de un nivel moral más elevado. No seguía mis estudios en un liceo, sino en un instituto privado, que manifestaba por una cantidad de detalles su originalidad; las clases, por ejemplo, estaban curiosamente numeradas: cero, primera, segunda, tercera-primer, tercera-segunda, cuarta-primer, etc. Estudiaba el catecismo en la capilla del curso, sin mezclarme al rebaño de los chicos de la parroquia. Pertenecía a una *élite*.

Sin embargo, en ese círculo elegido, ciertos amigos de mis padres se beneficiaban de una seria ventaja: eran ricos; como soldado de segunda clase, mi padre ganaba veinticinco centavos diarios y pasábamos las de Caín. A veces nos invitaban a mi hermana y a mí a fiestas de un lujo marcador; en inmensos departamentos, llenos de arañas, de rasos, de terciopelos, una multitud de niños englutían cremas heladas y acaramelados; asistíamos a una sesión de títeres o a las pruebas de un prestidigitador, formábamos rondas alrededor de un árbol de Navidad. Las otras chicas estaban vestidas de seda brillante, de encajes; nosotras llevábamos vestidos de lanita de colores apagados. Yo sentía un cierto malestar; pero al final del día, cansada, sudorosa, con el estómago repugnado, hacía recaer mi repugnancia contra las arañas, las alfombras, las sedas; me alegraba volver a casa. Toda mi educación me aseguraba que la virtud y la cultura cuentan más que la fortuna: mis gustos me llevaban a creerlo; por lo tanto aceptaba con serenidad la modestia de nuestra condición. Fiel a mi decisión de ser optimista, hasta me convencí de que era envidiable: vi, en nuestra mediocridad, un justo medio. A los mendigos, a los atorrantes, los consideraba como excluidos; pero los príncipes y los millonarios también estaban separados del mundo verdadero: su situación insólita los apartaba. En lo que a mí respectaba creía poder acceder a las más altas como a las más bajas esferas de la sociedad; en verdad en las primeras no me aceptaban y estaba radicalmente separada de las segundas.

Pocas cosas turbaban mi tranquilidad. Encaraba la vida como una aventura dichosa; contra la muerte, la fe me defendía: cerraría los ojos y en un santiamén las níveas manos de los ángeles me transportarían al cielo. En un libro de canto dorado leí un apólogo que me colmó de certidumbre; un gusanito que vivía en el fondo de un estanque se inquietaba; uno tras otro sus compañeros se perdían en la noche del firmamento acuático. ¿Él también desaparecería? De pronto se encontró del otro lado de las tinieblas: tenía alas, volaba, acariciado por el sol, entre flores maravillosas. La analogía me pareció irrefutable; un leve tapiz de cielo me separaba de los paraísos donde resplandecía la verdadera luz; de pronto me acostaba sobre la alfombra, los ojos cerrados, las manos juntas, y ordenaba a mi alma que se escapara. Era sólo un juego; si hubiera creído que era mi última hora habría gritado de terror. Al menos la idea de la muerte no me asustaba. Una noche, sin embargo, el vacío me estremeció. Leía; al borde del mar una sirena expiraba; por el amor de un hermoso príncipe había renunciado a su alma inmortal, se transformaba en espuma. Esa voz que en ella repetía sin tregua: "Aquí estoy", se había callado para siempre: me pareció que el universo entero se había hundido en el silencio. Pero no,

Dios me prometía la eternidad: nunca dejaría de ver, de oír, de hablarme. No habría fin.

Había habido un comienzo: eso a veces me turbaba; los chicos nacían, pensé, de un *fiat* divino; pero contra toda ortodoxia, limitaba las capacidades del Todopoderoso. Esa presencia en mí que me afirmaba que yo era yo, no dependía de nadie, nunca nada la rozaba, imposible que alguien, aunque fuera Dios, la hubiera fabricado: se había limitado a proporcionarle una envoltura. En el espacio sobrenatural, flotaban, invisibles, impalpables, infinidad de almilas que esperaban para encarnarse. Yo había sido una de ellas y lo había olvidado todo; ellas rondaban entre el cielo y la tierra y no lo recordarían. Me daba cuenta con angustia de que esa ausencia de memoria equivalía a la nada; todo ocurría como si, antes de aparecer en mi cuna, yo no hubiera existido en absoluto. Había que llenar esa falla: yo captaría, al pasar, los fuegos fatuos cuya luz ilusoria no iluminaría nada, les prestaría mi mirada, disiparía su noche, y los chicos que nacieran mañana recordarían... Me perdía hasta el vértigo en esos sueños ociosos, negando vanamente el escandaloso divorcio de mi conciencia y del tiempo.

Al menos había emergido de las tinieblas; pero las cosas a mi alrededor permanecían en ellas. Me gustaban los cuentos que prestaban a una gran aguja ideas en forma de aguja, al aparador pensamientos de madera; pero eran cuentos; los objetos de corazón opaco pesaban sobre la tierra sin saberlo, sin poder murmurar: "Aquí estoy." He contado en otra oportunidad cómo, en Meyrignac, contemplaba estúpidamente una vieja chaqueta abandonada sobre el respaldo de una silla; trataba de decir en su lugar: "Soy una vieja chaqueta cansada"; era imposible y el pánico se apoderó de mí. En los siglos transcurridos en el silencio de los seres inanimados, yo presentía mi propia ausencia: presentía la verdad, falazmente conjurada, de mi muerte.

Mi mirada creaba luz; durante las vacaciones sobre todo yo me embriagaba de descubrimientos; pero por momentos una duda me corroía: lejos de revelarme el mundo, mi presencia lo desfiguraba. Por supuesto, no creía que mientras yo dormía las flores de la sala se fueran al baile, ni que en la vitrina se tejieran idilios entre los personajes de porcelana. Pero sospechaba que a veces el campo domesticado imitaba a esos bosques encantados que se disfrazaban en cuanto un intruso los viola; los espejismos nacen bajo sus pasos, se extravían, las abras y los cercos le escatiman sus secretos. Escondida detrás de un árbol yo trataba en vano de sorprender la soledad de la arboleda; un relato que se titulaba "Valentín, o el demonio de la curiosidad", me hizo gran impresión. Un hada madrina paseaba a Valentín en carroza; le decía que afuera había paisajes maravillosos, pero las cortinas cegaban los cristales y él no debía levantarlas; impulsado por su demonio, Valentín desobedecía; sólo veía tinieblas: la mirada había matado a su objeto. No me interesaba lo que venía después: mientras Valentín luchaba contra su demonio, yo me debatía ansiosamente contra la noche del no saber.

Agudas, a veces, mis inquietudes se disipaban pronto. Los adultos me garantizaban el mundo y yo raramente intentaba penetrarlo sin la ayuda de ellos. Prefería seguirlos en los universos imaginarios que habían creado para mí.

Me instalaba en el vestíbulo, frente al armario normando y al reloj de madera esculpida que encerraba en su vientre dos pinas cobrizas y las tinieblas del tiempo; en la pared se abría la boca de un calorífero; a través del enrejado dorado respiraba un soplo nauseabundo que subía de los abismos. Ese abismo, el silencio cortado por el tic-tac del reloj, me intimidaban. Los libros me tranquilizaban: hablaban y no disimulaban nada; en mi ausencia, callaban; yo los abría y entonces decían exactamente lo que decían; si una palabra se me escapaba, mamá me la explicaba. De bruces sobre la alfombra roja leía a Madame de Segur, Zénaïde Fleuriot, los cuentos de Perrault, de Grimm, de Madame d'Aulnoy, del canónigo Schmidt, los álbumes de Tóppfer, Bécassine, las aventuras de la familia Fenouillard, las del bombero Camember, *Sans Famille*, Jules Veme, Paul d'Ivoi, André Laurie, y la serie de los "Libros rosa" editados por Larousse, que relataban las leyendas de todos los países del mundo y, durante la guerra, historias heroicas.

Sólo me daban libros infantiles elegidos con circunspección, que admitían las mismas verdades y los mismos valores que mis padres y mis institutrices; los buenos eran recompensados, los malos castigados; las desgracias sólo ocurrían a las personas ridículas y estúpidas. Me bastaba que esos principios esenciales fueran salvaguardados; generalmente no buscaba ninguna relación entre las fantasías de los libros y la realidad; me divertían, como reía en los títeres, a distancia; por eso, pese a los extraños segundos planos que descubren ingeniosamente los adultos, las novelas de la condesa de Segur nunca me asombraron. La señora Bonbec, el general Dourakine, así como el señor Cryptogame, el barón de Crac, Bécassine, no tenían sino una existencia de fantoches. Un relato era un hermoso objeto que se bastaba a sí mismo, como un espectáculo de marionetas o una imagen; yo era sensible a la necesidad de esas construcciones que tienen un principio, un orden, un fin, donde las palabras y las frases brillan con su brillo propio, como los colores de un cuadro. A veces, sin embargo, el libro me hablaba más o menos confusamente del mundo que me rodeaba o de mí misma; entonces me hacía soñar o reflexionar, y a veces trastornaba mis certidumbres. Andersen me enseñaba la melancolía: en sus cuentos los objetos sufren, se quiebran, se consumen sin merecer su desdicha; la sirenita, antes de desaparecer, sufría a cada paso como si hubiera caminado sobre brasas candentes y, sin embargo, no había cometido ninguna falta: sus torturas y su muerte me trastornaron el corazón. Una novela que leí en Meyrignac que se llamaba *El aventurero de las junglas* también me trastornó. El autor narraba aventuras extravagantes con suficiente habilidad como para hacerme participar de ellas. El héroe tenía un amigo llamado Bob, corpulento, lleno de vida, abnegado, que ganó enseguida mi simpatía. Aprisionados juntos en una celda hindú, descubrí un corredor subterráneo por el cual un hombre podía deslizarse arrastrándose. Bob pasaba primero: de pronto pegó un grito atroz: había encontrado una serpiente pitón. Las manos húmedas, el corazón palpitante, asistí al drama: la serpiente lo devoraba. Esa historia me obsesionó durante mucho tiempo. Por supuesto la sola idea de ser tragado bastaba para helarme la sangre; pero me habría sentido menos conmovida si hubiera detestado a la víctima. La muerte atroz de Bob contradecía todas las reglas; cualquier cosa podía ocurrir.

Pese a su conformismo, los libros ampliaban mi horizonte; además, como buena neófita me encantaba el hechizo que transmiten los signos impresos en forma de relato; sentí el deseo de invertir esa magia. Sentada ante una mesita empecé a escribir frases que serpenteaban en mi cabeza: la hoja en blanco se cubría de manchas violáceas que contaban una historia. A mi alrededor el silencio del vestíbulo se volvía solemne: me parecía que oficiaba. Como no buscaba en la literatura un reflejo de la realidad, tampoco tuve la idea de transcribir mi experiencia o mis sueños; lo que me divertía era formar un objeto con palabras como lo había hecho antaño con los cubos; sólo los libros y no el mundo en su crudeza podían, proporcionarme modelos; copiaba. Mi primera obra llevaba por título *Las desdichas de Margarita*. Una heroica alsaciana, huérfana, por añadidura, atravesaba el Rhin con un montón de hermanos y hermanas para llegar a Francia. Supe con pena que el río no corría por donde yo necesitaba y mi novela abortó. Entonces plagué *La familia Fenouillard* que en casa nos gustaba mucho a todos: el señor, la señora Fenouillard y sus dos hijas, eran el negativo de nuestra propia familia. Mamá le leyó una noche a papá *La Familia Cornichon* con risas aprobadoras; él sonrió. Abuelito me regaló un volumen de tapas amarillas cuyas páginas eran vírgenes; tía Lili copió allí mi manuscrito con una letra clara de colegio de monjas: yo miraba con orgullo ese objeto que era casi verdadero y que me debía su existencia. Compuse otros dos o tres libros que tuvieron menos éxito. A veces me contentaba con inventar los títulos. En el campo jugaba a la librera; llamé *Reina de azul* a la hoja plateada del álamo, *Flor de las nieves* a la hoja barnizada de la magnolia, y organicé sabias exposiciones. No sabía muy bien si deseaba, de grande, escribir libros o venderlos, pero a mis ojos el mundo no contenía nada más precioso. Mi madre estaba abonada a una biblioteca circulante, calle Saint-Placide. Infranqueables barreras defendían los corredores tapizados de libros y que se perdían en

el infinito como los túneles del subterráneo. Yo envidiaba a las solteronas de cuello emballenado que manipulaban a lo largo de su vida volúmenes vestidos de negro, cuyo título se destacaba sobre un rec-tángulo naranja o verde. Envueltas en el silencio, enmascaradas por la sombría monotonía de las tapas, todas las palabras estaban ahí esperando que las descifrarán. Yo soñaba con encerrarme en esos caminos polvorientos y no salir nunca de ellos.

Una vez por año íbamos al Châtelet. El consejero municipal, Alphonse Deville, de quien mi padre había sido secretario en la época en que ambos ejercían la profesión de abogado, ponía a nuestra disposición el palco reservado para la Ciudad de París. Vi así, *La carrera por la felicidad*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, y otras piezas fantásticas de gran espectáculo. Yo admiraba el telón rojo, las luces, los decorados, los *ballets* de las mujeres flores; pero las aventuras que se desarrollaban sobre la escena me interesaban poco. Los actores eran demasiado reales y no bastante. Los trajes más suntuosos brillaban menos que los rubíes de los cuentos. Yo aplaudía, y lanzaba exclamaciones, pero, en el fondo, prefería mi tranquila soledad con el papel impreso.

En cuanto al cine, mis padres lo consideraban una diversión vulgar. Consideraban a Carlitos Chaplin demasiado infantil aun para los niños. Sin embargo, como un amigo de papá nos procuró una invitación para una proyección privada, vimos una mañana en una sala de los bulevares *El amigo Fritz*; todo el mundo admitió que el film era encantador. Algunas semanas más tarde asistimos, en las mismas condiciones, al *Rey de Camarga*. El héroe, de novio con una dulce paisana rubia, paseaba a caballo al borde del mar; encontraba a una gitana desnuda, de ojos brillantes, que fustigaba su montura; durante un largo rato permanecía absorto; luego se encerraba con la hermosa morena en una casita en medio de los pantanos. Noté que mamá y abuelita cambiaban miradas aterradas; su inquietud terminó por alertarme y adiviné que esa historia no era para mí; pero no comprendí bien por qué. Mientras la rubia corría desesperadamente por el cangrejal y era devorada por él no comprendí que el más atroz de los pecados se consumaba. El orgulloso impudor de la gitana me había dejado de piedra. Había conocido en *La leyenda dorada*, en los cuentos del canónigo Schmidt, desnudeces más voluptuosas. No obstante no volvimos más al cine.

No lo lamenté; tenía mis libros, mis juegos y por doquier, a mi alrededor, objetos de contemplación más dignos de interés que esas imágenes chatas: hombres y mujeres de carne y hueso. Dotadas de conciencia, las personas, contrariamente a las cosas mudas, no me inquietaban; eran mis semejantes. A la hora en que las fachadas se vuelven transparentes aceché las ventanas iluminadas. No ocurría nada extraordinario; pero si un niño se sentaba ante una mesa y leía, me conmovía ver mi propia vida convertirse ante mis ojos en un espectáculo. Una mujer ponía la mesa, una pareja conversaba; representadas a distancia bajo la luz de las arañas y de las lámparas, las escenas familiares rivalizaban en brillo con las fantasías del Châtelet. No me sentía excluida de ellas; tenía la impresión de que a través de la diversidad de los decorados y de los actores, una historia única se desarrollaba. Indefinidamente repetida de edificio en edificio, de ciudad en ciudad, mi existencia participaba de la riqueza de sus innumerables reflejos; se abría así sobre el universo entero.

Por la tarde permanecía sentada largo rato en el balcón del comedor a la altura del follaje, que echaba su sombra sobre el Bulevar Raspail y seguía con los ojos a los transeúntes. Conocía demasiado poco las costumbres de los adultos para tratar de adivinar hacia qué citas se apresuraban, qué preocupaciones, qué esperanzas arrastraban. Pero sus rostros, sus siluetas, el ruido de sus voces me cautivaban. A decir verdad hoy me explico bastante mal esa dicha que me daban; pero cuando mis padres decidieron instalarse en un quinto piso, calle de Rennes, recuerdo mi desesperación: "¡Ya no veré a la gente que se pasea por la calle!" Me apartaban del mundo, me condenaban al exilio. En el campo me importaba poco estar relegada en una ermita: la naturaleza me colmaba; en París tenía hambre de presencias humanas; la verdad de una ciudad son sus habitantes: a falta de un lazo más

íntimo, al menos necesitaba verlos. Ya empezaba a desear transgredir el círculo en que estaba confinada. Un andar, un gesto, una sonrisa me conmovían; hubiera querido correr tras el desconocido que doblaba la esquina y que no volvería a cruzar nunca más. En el Luxemburgo, una tarde, una muchacha alta, de traje sastre verde, hacía saltar a unos niños a la cuerda; tenía mejillas rosadas, una sonrisa deslumbrante y tierna. Esa noche le declaré a mi hermana: "¡Sé lo que es el amor!" Había entrevisto, en efecto, algo nuevo. Mi padre, mi madre, mi hermana: los que yo quería, eran míos. Presentí por primera vez que uno puede sentirse tocado en el propio corazón por un resplandor venido de *otra parte*.

Esos breves impulsos no me impedían sentirme sólidamente anclada sobre mi zócalo. Curiosa de los demás, no soñaba con una suerte distinta de la mía. En particular no deploraba ser mujer. Evitando, lo he dicho, perderme en vagos deseos, aceptaba alegremente lo que me era concedido. Por otra parte, no veía ninguna razón positiva para considerarme defraudada.

No tenía hermano: ninguna comparación me reveló que algunas licencias me eran negadas a causa de mi sexo; sólo imputaba a mi edad las privaciones que me infligían; sentí vivamente mi infancia, nunca mi femineidad. Los varones que yo conocía no tenían nada prestigioso. El más despierto era el pequeño Rene, excepcionalmente admitido a cursar sus primeros estudios en el curso Désir; yo obtenía mejores notas que él. Y mi alma no era menos preciosa a los ojos de Dios que la de los chicos varones: entonces ¿por qué envidiarlos?

Si consideraba a los adultos mi experiencia era ambigua. Desde ciertos puntos de vista, papá, abuelito, mis tíos me parecían superiores a sus mujeres. Pero en mi vida cotidiana, Louise, mamá, las señoritas, ocupaban los primeros papeles. Madame de Segur, Zénaide Fleuriot, tomaban como héroes a los niños y subordinaban a ellos las personas mayores: por lo tanto, las madres ocupaban en sus libros un lugar preponderante. Los padres eran ceros a la izquierda. Yo misma veía esencialmente a los adultos en sus relaciones con la infancia: desde ese punto de vista mi sexo me aseguraba la preeminencia. En mis juegos, mis reflexiones, mis proyectos, nunca me transformé en hombre; toda mi imaginación se empleaba en anticipar mi destino de mujer.

Yo acomodaba ese destino a mi manera. No sé por qué, pero el hecho es que los fenómenos orgánicos dejaron de interesarme muy pronto. En el campo yo ayudaba a Madeleine a dar de comer a sus conejos, a sus gallinas, pero esas tareas me aburrían enseguida y era poco sensible a la dulzura de una piel o de una pluma. Nunca me gustaron los animales. Rojizos, arrugados, los bebés de ojos lechosos me importunaban. Cuando me disfrazaba de enfermera era para recoger heridos en los campos de batalla pero no los cuidaba. Un día, en Meyrignac, administré con una jeringa de goma un simulacro de lavativa a mi prima Jeanne cuya sonriente pasividad incitaba al sadismo: no tengo ningún otro recuerdo que se asemeje a éste. En mis juegos sólo admitía la maternidad a condición de negar los aspectos alimenticios. Despreciando a los demás chicos que se divierten con incoherencia, teníamos mi hermana y yo una manera particular de considerar a nuestras muñecas; sabían hablar y razonar, vivían dentro del mismo tiempo que nosotros, con el mismo ritmo, envejecían veinticuatro horas por día: eran nuestros dobles. En la realidad era más curiosa que metódica, más fervorosa que detallista, pero solía perseguir sueños esquizofrénicos de rigor y de economía; utilizaba a Blondine para saciar esa manía. Madre perfecta de una niña modelo, dispensándole una educación ideal de la que ella sacaba el mayor provecho, recuperaba mi existencia cotidiana bajo la imagen de la necesidad. Aceptaba la discreta colaboración de mi hermana a la que ayudaba imperiosamente a educar a sus propios hijos. Pero no aceptaba que un hombre me frustrara de mis responsabilidades: nuestros maridos viajaban. En la vida, lo sabía, es totalmente distinto: una madre de familia está siempre flanqueada de un marido; mil tareas fastidiosas la abruma. Cuando evocaba mi porvenir, esas servidumbres me parecieron tan pesadas que renuncié a tener hijos propios; lo que me importaba era

formar espíritus y almas: decidí ser profesora.

Sin embargo, la enseñanza, tal como la practicaban las señoritas, no daba al maestro un ascendiente definitivo sobre el alumno; era necesario que me perteneciera exclusivamente: planificaría sus menores detalles, eliminaría cualquier azar; combinando con una ingeniosa exactitud ocupaciones y distracciones explotaría cada instante sin desperdiciar ninguno. Sólo vi un medio de llevar a bien ese designio: me haría institutriz en una familia. Mis padres se escandalizaron. Yo no imaginaba que un preceptor pudiera ser un subalterno. Comprobando los progresos de mi hermana conocí la alegría soberana de haber cambiado el vacío en plenitud; no concebía que el porvenir pudiera proponerme empresa más alta que la de modelar a un ser humano. No cualquiera, por supuesto. Hoy me doy cuenta de que en mi futura creación como en mi muñeca Blondine, me proyectaba yo misma. Tal era el sentido de mi vocación: adulta, retomaría entre mis manos a mi infancia y haría de ella una obra maestra sin falla. Me soñaba como el absoluto: fundamento de mí misma y mi propia apoteosis.

Así en el presente y en el porvenir me jactaba de reinar sola sobre mi propia vida. Sin embargo, la religión, la historia, la mitología me sugerían otro papel. Imaginaba a menudo que era María Magdalena y que secaba con mis largos cabellos los pies de Cristo. La mayoría de las heroínas reales o legendarias –santa Blandine, Juana en la hoguera, Griselda, Genoveva de Brabante– no conseguían en este mundo o en el otro la gloria y la dicha sino a través de dolorosas pruebas infligidas por los hombres. Me gustaba jugar a la víctima. A veces exageraba esos triunfos: el verdugo era sólo un insignificante mediador entre el mártir y sus palmas. Mi hermana y yo hacíamos concursos de resistencia: nos pellizcábamos con la pinza del azúcar, nos lastimábamos con el asta de nuestras banderitas; había que morir sin abjurar; yo hacía trampas vergonzosas, pues expiraba a la primera herida y en cambio hasta que mi hermana no hubiera cedido yo sostenía que sobrevivía. Monja encerrada en una celda desafiaba a mi carcelero cantando himnos. La pasividad a la que me condenaba mi sexo la convertía en desafío. A menudo, sin embargo, empezaba por complacerme largamente: saboreaba las delicias de la desventura, de la humillación. Mi piedad me predisponía al masoquismo; postrada a los pies de un joven dios rubio, o, en la noche del confesionario ante el suave abate Martin, gozaba éxtasis exquisitos; las lágrimas corrían sobre mis mejillas, caía postrada en brazos de los ángeles. Llevaba esas emociones al paroxismo cuando, revistiendo la camisa ensangrentada de santa Blandine, me exponía a las garras de los leones y a las miradas de la muchedumbre. O bien inspirándome en Griselda o en Genoveva de Brabante, entraba en la piel de una esposa perseguida; mi hermana, obligada a encarnar a los Barba-Azul, me arrojaba cruelmente de su palacio, yo me perdía en la selva hasta el día en que estallaba mi inocencia. A veces, modificando ese libreto, me soñaba, culpable de una falta misteriosa, me estremecía de arrepentimiento a los pies de un hombre hermoso, puro y terrible. Vencido por mi remordimiento, mi abyección, mi amor, el justiciero posaba su mano sobre mi cabeza inclinada y yo me sentía desfallecer. Algunos de mis fantasmas no soportaban la luz; yo sólo los evocaba en secreto. Me sentí extraordinariamente conmovida por la suerte de ese rey cautivo que un tirano oriental utilizaba como estribo cuando subía a caballo; solía sustituirme temerosa, semidesnuda, a la esclava cuya espalda era desgarrada por una dura espuela.

Más o menos claramente, en efecto, la desnudez intervenía en esos encantamientos. La túnica desgarrada de santa Blandine revelaba la blancura de su carne; sólo su cabellera cubra a Genoveva de Brabante. Sólo había visto a los adultos herméticamente vestidos; a mí misma, aparte de mis baños –y Louise me friccionaba entonces con un vigor que me impedía cualquier complacencia–, me habían enseñado a no mirar mi cuerpo, a cambiar de ropa sin descubrirme. En mi universo la carne no tenía derecho a la existencia. Sin embargo, yo había conocido la dulzura de los brazos maternos; en el escote de algunas blusas nacía un surco oscuro que me molestaba y me atraía. No fui bastante ingeniosa para reeditar los placeres entrevistados en el curso de gimnasia; pero a veces un contacto suave

contra mi piel, una mano que rozaba mi cuello me hacían estremecer. Demasiado ignorante para inventar la caricia, usaba rodeos. A través de la imagen de un hombre-estribo, operaba la metamorfosis del cuerpo en objeto. La realizaba en mí misma cuando caía postrada a los pies de un dueño soberano. Para absolverme posaba sobre mi cabeza su mano de justiciero: implorando mi perdón obtenía la voluptuosidad. Pero, cuando me abandonaba a esas exquisitas decadencias, no olvidaba nunca que se trataba de un juego. En la realidad no me sometía a nadie: era, y seguiría siendo siempre, mi propia dueña.

Hasta tenía tendencia a considerarme, al menos en el nivel de la infancia, como la única. De carácter sociable, frecuentaba con gusto a algunas de mis condiscípulas. Jugábamos al enano amarillo o a la lotería, nos prestábamos libros. Pero en conjunto no sentía la menor estima por ninguno de mis amiguitos, varones o mujeres. Quería que jugaran seriamente respetando las reglas y disputando ásperamente la victoria; mi hermana satisfacía esas exigencias; pero la habitual frivolidad de mis otros compañeros me impacientaba. Supongo que a mi vez debí excederlos a menudo. Hubo una época en que yo llegaba al curso Désir media hora antes de la clase; me mezclaba en el recreo con las medio-pupilas; al verme atravesar el patio una chica hizo con la mano un ademán expresivo: "¡Ya está de nuevo ésta! ¡Qué plomo!" Era fea, tonta y llevaba anteojos: me asomé un poco, pero no me sentí herida. Un día fuimos a las afueras a casa de unos amigos de mis padres cuyos chicos tenían un juego de croquet; en *La Grillère* era nuestro pasatiempo favorito; mientras tomábamos el té, mientras paseábamos, no dejé de hablar de eso. Ardía de impaciencia. Nuestros amigos se quejaron a mi hermana: "¡Qué pesada es con su croquet!" A la noche cuando me repitió esas palabras las oí con indiferencia. No podía sentirme herida por unos chicos que demostraban su inferioridad no gustándoles el croquet tan apasionadamente como me gustaba a mí, Empecinadas en nuestras preferencias, nuestras manías, nuestros principios y nuestros valores, nos entendíamos mi hermana y yo para reprochar a los otros chicos su tontería. La condescendencia de los adultos hace de la infancia una especie en que todos los individuos se equivalen: nada me irritaba tanto. En *La Grillère*, como yo comía avellanas, una solterona institutriz de Madeleine declaró doctamente: "Los chicos adoran las avellanas." Me burlé de ella con Poupette. Mis gustos no me eran dictados por mi edad; yo no era "un chico"; era yo.

Mi hermana se beneficiaba en su calidad de vasallo, de la soberanía que yo me atribuía: no me la disputaba. Yo pensaba que si hubiera tenido que compartirla, mi vida habría perdido todo sentido. En mi clase había dos mellizas que se entendían a las mil maravillas. Yo me preguntaba cómo puede una resignarse a vivir desdoblada; me parecía que ya no hubiera sido sino una media persona; y hasta tenía la impresión de que, repitiéndose idénticamente en otra persona, mi experiencia hubiera cesado de pertenecerme. Una melliza hubiera quitado a mi existencia lo que le daba precio: su gloriosa singularidad.

Durante mis ocho primeros años sólo conocí a un chico cuyo juicio contara: tuve la suerte de que no me desdeñara. Mi tía abuela bigotuda tomaba a menudo como héroes en *La Poupée modele*, a sus nietos Titite y Jacques; Titite tenía tres años más que yo, Jacques me llevaba seis meses. Habían perdido a su padre en un accidente de automóvil; su madre había vuelto a casarse y vivía en Châteaouvillain. Durante el verano de mis ocho años hicimos una estadía bastante larga en casa de mi tía Alice. Las dos casas eran casi contiguas. Yo asistía a las lecciones que una dulce muchacha rubia daba a mis primos; menos adelantada que ellos, me quedé deslumbrada por las brillantes redacciones de Jacques, por su saber, por su seguridad. Con su tez rosada, sus ojos dorados, su pelo brillante como la corteza de una castaña, era un chico muy lindo. En el descanso del primer piso había una biblioteca en que él me elegía libros; sentados en los peldaños de la escalera leíamos el uno junto al otro, yo *Los Viajes de Gulliver*, y él una *Astronomía popular*. Cuando bajábamos al jardín él inventaba nuestros

juegos. Había resuelto construir un avión al que había bautizado de antemano *El viejo Carlos* en honor de Guynemer; para proporcionarle materiales yo recogía todas las latas de conserva que encontraba en la talle.

El avión no fue ni siquiera esbozado pero el prestigio de Jacques no sufrió mella. En París vivía no en un inmueble corriente sino en una vieja casa del Bulevar Montparnasse donde fabricaban vitrales; abajo estaban las oficinas, arriba el departamento, más arriba los talleres y en las bohardillas las salas de exposición; era su establecimiento y él me hacía los honores con la autoridad de un joven patrón; me explicaba el arte del vitral y lo que lo distingue de un vulgar vidrio pintado; hablaba a los obreros en tono protector; yo escuchaba boquiabierta a ese chico que ya parecía gobernar a un equipo de adultos: me imponía. Trataba de igual a igual a las personas mayores y hasta me escandalizaba un poco cuando se impacientaba con la abuela. Por lo general despreciaba a las chicas y eso me hacía apreciar más su amistad. "Simone es una chica precoz", había declarado. La palabra me gustó mucho. Un día fabricó con sus manos un auténtico vitral cuyas listas azules, rojas, blancas estaban rodeadas de plomo; había escrito una dedicatoria en letras negras: "Para Simone." Nunca había recibido un regalo tan halagador. Decidimos que estábamos "casados por amor" y yo llamaba a Jacques "mi novio". Hicimos nuestro viaje de bodas en la calesita del Luxemburgo. Yo tomé en serio nuestro compromiso. Sin embargo, en su ausencia nunca pensaba en él. Cada vez que lo veía estaba contenta pero nunca lo echaba de menos.

Por lo tanto, alrededor de la edad de razón me veo como una niña formal, dichosa y pasablemente arrogante. Dos o tres recuerdos desmienten ese retrato y me hacen suponer que hubiera bastado muy poca cosa para hacer tambalear mi seguridad. A los ocho años ya no era gallarda como en mi primera infancia sino enclenque y timorata. Durante las clases de gimnasia de que he hablado, estaba vestida con una fea malla estrecha y una de mis tías le había dicho a mamá: "Parece un monito." Al final del tratamiento el profesor me reunió con los alumnos de un curso colectivo: una banda de chicos y chicas acompañados por una gobernanta. Las chicas llevaban trajes de jersey celeste, de faldas cortas y graciosamente plegadas; sus trenzas lustrosas, sus voces, sus modales, todo en ellas era impecable. Sin embargo, corrían, saltaban, brincaban, reían con una libertad y una osadía que yo creía patrimonio de los villanos. De pronto me sentí torpe, cobarde, fea: un monito; sin duda alguna, así me veían esos hermosos chicos; me despreciaban; peor, me ignoraban. Yo contemplaba desamparada su triunfo y mi vacío.

Algunos meses más tarde, una amiga de mis padres, cuyos chicos me divertían a medias, me llevó a Villers-sur-Mer. Me separé por vez primera de mi hermana y me sentí mutilada. El mar me pareció chato; los baños me resultaron un suplicio: el agua me cortaba la respiración, tenía miedo. Una mañana en mi cama, sollocé. La señora Rollin me tomó con torpeza sobre sus rodillas y me preguntó la razón de mis lágrimas: me parecía que las dos representábamos una comedia, y no supe qué contestar: no, nadie me había defraudado, todo el mundo era bueno. La verdad era que separada de mi familia, privada de los afectos que me aseguraban mis méritos, de las consignas y de los puntos de referencia que definían mi lugar en el mundo, ya no sabía cómo situarme, ni lo que había venido a hacer sobre la tierra. Tenía necesidad de encontrarme dentro de los marcos cuyo rigor justificaba mi existencia. Me daba cuenta, pues temía los cambios. No tuve que sufrir ni lutos ni destierros y es una de las razones que me permitieron perseverar bastante tiempo en mis pueriles pretensiones.

Mi serenidad conoció, sin embargo, un eclipse durante el último año de la guerra.

Hizo mucho frío aquel invierno y faltó el carbón; en el departamento mal calentado, yo pegaba en vano contra el radiador mis dedos hinchados de sabañones. La era de las restricciones había comenzado. El pan era gris o demasiado blanco. En vez de chocolate tomábamos por la mañana sopas insulsas. Mi madre hacía tortillas sin huevos y postres con margarina, en los cuales la sacarina

reemplazaba el azúcar; nos servía carne de frigorífico, bifes de caballo y tristes legumbres. Para economizar el vino tía Lili fabricaba una bebida fermentada, abominable, "la figuette". Las comidas habían perdido su antigua alegría. A menudo, de noche las sirenas aullaban; afuera, los faroles y las ventanas se apagaban; se oían pasos apresurados y la voz irritada del jefe de la zona, el señor Dardelle, que gritaba: "Luz." Dos o tres veces mi madre nos hizo bajar al sótano; pero como mi padre se quedaba obstinadamente en su cama, al final decidió no moverse. Algunos inquilinos de los pisos superiores venían a cobijarse en nuestro vestíbulo; allí instalaban sillones donde dormitaban. A veces, algunos amigos, retenidos por la sirena, prolongaban hasta horas insólitas un partido de *bridge*. A mí me gustaba ese desorden y detrás de las ventanas cerradas el silencio de la ciudad, luego su brusco despertar cuando el peligro había pasado. Lo malo es que mis abuelos que vivían en un quinto piso cerca del León de Belfort tomaban los alertas en serio; se precipitaban al sótano y a la mañana siguiente debíamos ir a cerciorarnos si estaban sanos y salvos. Después de las primeras bombas tiradas por "la gruesa Bertha", abuelo, convencido de la inminente llegada de los alemanes, mandó a su mujer y a su hija a la Charité-sur-Loire: él, llegado el día, huiría a pie hasta Longjumeau. Abuelita, agotada por el vigoroso enloquecimiento de su marido, cayó enferma. Para atenderla hubo que traerla de nuevo a París; pero como estaba imposibilitada de salir de su quinto piso, en caso de bombardeo, la instalaron en casa. Cuando llegó, acompañada por una enfermera, sus mejillas rojas, su mirada vacía me asustaron: no podía hablar y no me reconoció. Ocupó mi cuarto y acampamos, Louise, mi hermana y yo, en la sala. Tía Lili y abuelito almorzaban y comían en casa. Con su voz voluminosa éste profetizaba desastres o bien anunciaba de pronto que la fortuna acababa de caerle del cielo. En efecto, su catastrofismo iba unido a un optimismo extravagante. Banquero en Verdun, sus especulaciones habían desembocado en una quiebra en la que habían naufragado sus capitales y el de un gran número de gente. No por eso tenía menos confianza en su estrella y en su olfato. Por el momento dirigía una fábrica de calzado que gracias a los encargos del ejército marchaba bastante bien; esa modesta empresa no aplacaba su apetito: manejar negocios, ideas, dinero. Desgraciadamente para él ya no podía disponer de ningún fondo sin el consentimiento de su mujer y de sus hijos: trataba de obtener el apoyo de papá. Un día le trajo un pequeño lingote de oro, que un alquimista había sacado bajo sus ojos de un pedazo de plomo; ese secreto debía hacernos millonarios a todos con sólo darle un adelanto al inventor. Papá sonreía, abuelito se congestionaba, mi madre y tía Lili tomaban partido, todo el mundo gritaba. Ese género de escena se repetía a menudo. Extenuadas, Louise y mamá se excitaban enseguida; se decían cosas desagradables; hasta ocurría que mamá riñera con papá; nos reprendía a mi hermana y a mí y nos abofeteaba al azar de sus nervios. Yo ya no tenía cinco años. Había pasado el tiempo en que una disputa entre mis padres era como si se viniera el mundo abajo; ya no confundía tampoco la impaciencia y la injusticia. No obstante, cuando de noche a través de la puerta con vidrios que separaba el comedor de la sala, oía el odio borrascoso de la ira, me escondía entre mis sábanas con el corazón hecho trizas. Pensaba en el pasado como en un paraíso perdido. ¿Renacería? El mundo no me parecía un lugar seguro.

Lo que lo ensombrecía sobre todo era que mi imaginación maduraba. A través de los comunicados y las conversaciones que oía, la verdad de la guerra se evidenciaba: el frío, el barro, el miedo, la sangre que corre, el dolor, las agonías. Habíamos perdido en el frente amigos, primos. A pesar de las promesas del cielo, yo me estremecía de horror al pensar en la muerte que sobre la tierra separa para siempre a la gente que se quiere. A veces decían delante de mi hermana y de mí: "¡Tienen suerte de ser chicas! No se dan cuenta..." Yo protestaba en mis adentros: "¡Decididamente, los adultos no saben nada de nosotros!" Solía sentirme sumergida por algo tan amargo, tan definitivo, que estaba segura de que nadie podía conocer un desamparo mayor. ¿Por qué tantos sufrimientos?, me preguntaba. En *La Grillère* unos prisioneros alemanes y un joven belga eximido por obesidad, comían en la cocina junto

a los trabajadores franceses: todos se entendían muy bien. Después de todo, los alemanes eran hombres; ellos también sangraban y morían. ¿Por qué? Me puse a rezar desesperadamente para que esa desgracia terminara. La paz me importaba más que la victoria. Al subir una escalera iba conversando con mamá; me decía que quizá la guerra terminaría pronto: "¡Si! –dije con fervor–, ¡que termine!, no importa cómo ¡pero que termine!" Mamá se paró de golpe y me miró con aire asustado: "¡No digas semejante cosa! ¡Francia debe vencer!" Me dio vergüenza no sólo haber dejado escapar una enormidad, sino hasta haberla concebido. Sin embargo, me costaba admitir que una idea pudiera ser culpable. Debajo de nuestro departamento frente al apacible Dome, donde el señor Dardelle jugaba al dominó, acababa de abrirse un café bullicioso, la Rotonde. Se veía entrar mujeres pintarrajeadas, de pelo corto, y hombres extrañamente vestidos. "Es una cueva de negros y de derrotistas", decía papá. Yo le pregunté qué era un derrotista. "Un mal francés que cree en la derrota de Francia", me contestó. No comprendí. Los pensamientos van y vienen a su antojo en nuestra cabeza, uno no cree a propósito lo que cree. En todo caso el acento ultrajado de mi padre, el rostro escandalizado de mi madre, me confirmaron que no hay que apresurarse a formular en voz alta todas las palabras inquietas que uno susurra en lo bajo.

Mi pacifismo vacilante no me impedía enorgullecerme del patriotismo de mis padres. Intimidadas por las bombas y por "la gran Bertha", la mayoría de las alumnas del instituto desertaron de París antes del final del año escolar. Me quedé sola en mi clase con una gran infeliz de doce años; nos sentábamos ante la gran mesa desierta frente a la señorita Gontran; ella se ocupaba sobre todo de mí. Esas clases solemnes, como cursos públicos, íntimas como lecciones privadas, me causaban un gran placer. Un día en que llegué con mamá y mi hermana a la calle Jacob encontramos el inmueble vacío; todo el mundo había bajado al sótano. La aventura nos hizo reír mucho. Decididamente con nuestro coraje y nuestra animación, demostrábamos que éramos gente aparte.

Abuelita se recobró, volvió a su casa. Durante las vacaciones y a principios del año escolar oí hablar mucho de dos traidores que habían tratado de vender Francia a Alemania: Malvy y Caillaux. No los fusilaron como hubieran debido pero sus maniobras fueron desbaratadas. El 11 de noviembre estaba estudiando en el piano bajo la vigilancia de mamá cuando sonaron las campanas del armisticio. Papá volvió a ponerse sus trajes de civil. El hermano de mamá murió apenas desmovilizado, de gripe española. Pero yo lo conocía poco y cuando mamá hubo secado sus lágrimas, la dicha, para mí al menos, resucitó.

En casa no se dejaba perder nada: ni un pedazo de pan, ni un piolín, ni una entrada regalada, ni ninguna ocasión de comer gratis. Mi hermana y yo usábamos nuestros vestidos hasta que no daban más y aun más allá. Mi madre no desperdiciaba nunca un segundo: mientras leía, tejía; cuando conversaba con mi padre o con amigos cosía, zurcía o bordaba; en los subterráneos y en los tranvías confeccionaba kilómetros de trencilla con la que adornaba nuestras enaguas. Por la noche hacía sus cuentas; hacía años que cada uno de los céntimos que habían pasado por sus manos había sido anotado en un gran libro negro. Yo pensaba que –no solamente en mi familia sino en todas partes– el tiempo, el dinero estaban tan estrechamente medidos, que había que administrarlos con la más rigurosa exactitud; esa idea me convenía puesto que yo deseaba un mundo sin caprichos. Jugábamos a menudo Poupette y yo a los exploradores perdidos en un desierto, a los naufragos arrojados en una isla; o bien en una ciudad sitiada resistíamos al hambre: desplegábamos tesoros de ingenio para sacar un máximo de provecho de los más ínfimos recursos; era uno de nuestros temas favoritos. Utilizarlo todo: yo pretendí aplicar en serio esa consigna. En las libretas donde anotaba de una semana a otra el programa de mis cursos, me puse a escribir en letra minúscula, sin dejar un espacio en blanco: las señoritas, asombradas, le preguntaron a mi madre si yo era avara. Renuncié bastante pronto a esa manía: hacer

gratuitamente economías es contradictorio, no es divertido. Pero seguía convencida de que había que emplear por completo todas las cosas y uno mismo. En *La Grillère* había a menudo –antes o después de las comidas o a la salida de la misa– momentos vacíos; yo me agitaba: "¿Esta chica no puede quedarse sin hacer nada?", preguntó con impaciencia mi tío Maurice; mis padres rieron conmigo: condenaban la ociosidad. Yo no sólo la consideraba condenable sino que me aburría. Mi deber se confundía con mis placeres. Por eso mi existencia fue tan dichosa en aquella época: me bastaba seguir mi inclinación y todo el mundo estaba encantado conmigo.

El instituto Adeline Désir contaba pupilas, medio-pupilas, externas vigiladas, y otras que, como yo, se limitaban a seguir los cursos; dos veces por semana tenían lugar las clases de cultura general que duraban dos horas cada una; además yo aprendía inglés, piano, catecismo. Mis emociones de neófita no se habían aplacado: en el momento en que la señorita entraba, el tiempo se volvía sagrado. Nuestras profesoras no nos contaban nada palpitante; les recitábamos nuestras lecciones, corregían nuestros deberes; pero yo sólo les pedía que sancionaran públicamente mi existencia. Mis méritos estaban escritos sobre un registro que eternizaba la memoria. Cada vez necesitaba, si no sobrepasarme, al menos igualarme a mí misma: la partida se jugaba siempre de nuevo; perder me habría consternado, la victoria me exaltaba. Mi año estaba equilibrado por esos momentos deslumbrantes: cada día conducía a algún lado. Compadecía a las personas mayores, cuyas semanas iguales estaban apenas coloreadas por los domingos insulsos. Vivir sin esperar nada me parecía atroz.

Yo esperaba, era esperada. Respondía sin tregua a una exigencia que me evitaba preguntarme: ¿por qué estoy aquí? Sentada ante el escritorio de papá, traduciendo un texto inglés o copiando una composición, ocupaba mi lugar sobre la tierra y hacía lo que debía hacer. El arsenal de ceniceros, tinteros, cortapapeles, lápices, lapiceras, desparramados alrededor del papel secante rosa, participaba de esa necesidad: ella penetraba el mundo entero. Desde mi sillón estudioso yo oía la armonía de las esferas.

Sin embargo, no cumplía con la misma animación todas mis tareas. Mi conformismo no había matado en mí deseos y rechazos. Cuando en *La Grillère* tía Héléne servía un plato de zapallo, yo me levantaba de la mesa llorando, con tal de no comerlo: ni amenazas ni golpes me hubieran decidido a comer queso. Tenía terquedades más serias. No toleraba el aburrimiento: enseguida se convertía en angustia; por eso, ya lo he dicho, aborrecía la ociosidad; pero los trabajos que paralizaban mi cuerpo sin absorber mi espíritu, dejaban en mí el mismo vacío. Abuelita consiguió interesarme en la tapicería y en el bordado sobre tul: había que plegar la lana o el algodón al rigor de un modelo o de un cañamazo y esa consigna me acaparaba bastante; confeccioné una docena de cubreteteras y tapicé con una tapicería horrible una de las sillas de mi cuarto. Pero sabotéaba los dobladillos, los remiendos, los zurcidos, los festones, el punto de cruz, el plumetí, el macramé. Para despertar mi amor propio la señorita Fayet me contó una anécdota; hablaban delante de un joven casadero de los méritos de una joven música, sabia, dotada de mil talentos. ¿Sabe coser?, preguntó. Pese a todo mi respeto, me pareció estúpido que pretendieran someterme a los caprichos de un joven desconocido. No me corregí. En todos los terrenos estaba ávida de instruirme, pero encontraba fastidioso obedecer. Cuando abría mis libros de inglés me parecía salir de viaje, los estudiaba con un fervor apasionado; pero nunca me aplicaba para adquirir un acento correcto. Descifrar una sonatina me divertía; aprenderla me repelía; hacía tan de prisa mis escalas y mis ejercicios, que en los concursos de piano siempre estaba entre las últimas. En solfeo sólo me interesaba la teoría; era desafinada para cantar y fracasaba lamentablemente en mis dictados musicales. Mi letra era tan deforme que trataron en vano de mejorarla con clases particulares. Si había que explicar el trazado de un río, los contornos de un país, mi torpeza descorazonaba la crítica. Ese rasgo debía perpetuarse. Nunca pude hacer medianamente bien ningún trabajo práctico.

Comprobaba con despecho mis deficiencias: me hubiera gustado destacarme en todo. Pero partían de razones demasiado profundas para que un efímero impulso de voluntad bastara para remediarlas. En cuanto supe reflexionar, descubrí en mí un poder infinito y límites irrisorios. Cuando yo dormía, el mundo desaparecía; necesitaba de mí para ser visto, conocido, comprendido; me sentía cargada de una misión que cumplía con orgullo; pero no suponía que mi cuerpo imperfecto tuviera que participar en ella. Sin duda, para hacer existir en su verdad un trozo musical, había que expresar sus matices y no asesinarlo; de todas maneras conseguiría bajo mis dedos su más alto grado de perfección; entonces ¿por qué encarnizarme? Desarrollar capacidades fatalmente limitadas y relativas, me parecía un esfuerzo demasiado modesto para mí que no tenía más que mirar, leer, razonar, para tocar el absoluto. Al traducir un texto inglés descubría total, único, el sentido universal, mientras la *th* en mi boca sólo era una modulación entre millones de otras; despreciaba ocuparme de ella. La urgencia de mi tarea me vedaba detenerme en esas futilidades: ¡tantas cosas me exigían! Había que despertar el pasado, iluminar los cinco continentes, bajar al centro de la tierra y girar alrededor de la luna. Cuando me obligaban a hacer ejercicios ociosos mi espíritu sentía hambre y me decía que estaba perdiendo un tiempo precioso. Me sentía frustrada y culpable: me daba prisa por terminar. Cualquier consigna se quebraba contra mi impaciencia.

También creo que consideraba desdeñable el trabajo del ejecutante porque me parecía que no producía más que apariencias. En el fondo pensaba que la verdad de una sonata estaba sobre el papel, inmutable, eterna como la de Macbeth en el libro impreso. Admiraba que se hiciera surgir en el mundo algo real y nuevo. No podía tratar de hacerlo sino en un solo terreno: la literatura. Dibujar, para mí, era copiar, y lo hacía tan mal que me aplicaba poco; reaccionaba al conjunto de un objeto sin prestar atención al detalle de mi percepción; no conseguía ni reproducir la flor más sencilla. En cambio, sabía emplear el idioma, y puesto que él expresaba la sustancia de las cosas, las iluminaba. Tenía una tendencia espontánea a contar todo lo que me pasaba: hablaba mucho, escribía con placer. Si relataba en una composición un episodio de mi vida, escapaba al olvido, interesaba a otras personas, estaba definitivamente salvado. También me gustaba inventar historias; en la medida en que se inspiraban en mi experiencia la justificaban; en un sentido no servían de nada pero eran únicas, irremplazables, existían y me sentía orgullosa de haberlas sacado de la nada. Concedía siempre mucha atención a mis "composiciones francesas", a tal punto que hasta copié algunas de ellas en el "libro de oro".

En julio, la perspectiva de las vacaciones me permitía despedirme sin pena del curso Désir. Sin embargo, de vuelta a París, esperaba febrilmente la iniciación de las clases. Me sentaba en el sillón de cuero junto a la biblioteca de madera oscura, hacía crujir entre mis manos los libros nuevos, respiraba su olor, miraba las imágenes, los mapas, recorría una página de historia: hubiera querido, con una sola mirada, animar todos los personajes, todos los paisajes ocultos en la sombra de las hojas negras y blancas. El poder que tenía sobre ellos me embriagaba tanto como su sorda presencia.

Además de los estudios, la lectura continuaba siendo lo más importante de mi vida. Mamá sacaba ahora los libros de la biblioteca Cardinale, plaza Saint-Sulpice. Una mesa cubierta de revistas ocupaba el medio de la gran sala rodeada por corredores tapizados de libros: los clientes tenían derecho a recorrerlos. Sentí una de las alegrías más grandes de mi infancia el día en que mi madre me anunció que me regalaba un abono personal. Me planté ante el panel reservado a las "Obras para la juventud", donde se alineaban centenares de volúmenes: "¡Todo esto es mío!", me dije deslumbrada. La realidad sobrepasaba mis sueños más ambiciosos: ante mí se abría el paraíso hasta entonces desconocido de la abundancia. Me llevé un catálogo a casa; ayudada por mis padres, elegí entre los libros marcados con una jota, e hice una lista; cada semana vacilaba deliciosamente entre múltiples codicias. Además, mi madre solía llevarme a una pequeña librería cerca del curso, a comprar novelas inglesas: duraban mucho porque yo las descifraba lentamente. Me causaba un gran placer levantar, con la ayuda del

diccionario, el velo opaco de las palabras: descripciones y relatos conservaban un poco de su misterio; eso me hacía encontrarles más encanto y profundidad que si los hubiera leído en francés.

Aquel año mi padre me regaló *El abate Constantin* en una hermosa edición ilustrada por Madeleine Lemaire. Un domingo me llevó a ver a la Comedie Francaise la pieza de la novela. Por primera vez era admitida en un teatro verdadero frecuentado por personas mayores; me senté con emoción en mi sillón rojo y escuché religiosamente a los actores; me decepcionaron un poco; el pelo teñido, el acento afectado de Cecile Sorel no convenían a la imagen que yo me había hecho de Madame Scott. Dos o tres años más tarde, llorando en *Cyrano*, sollozando en *L'Aiglon*, estremeciéndome en *Britannicus*, cedí cuerpo y alma a los sortilegios de la escena. Pero aquella tarde, lo que me encantó fue menos la representación que el hecho de estar a solas con mi padre; asistir sola con él a un espectáculo que él había elegido para mí, creaba entre nosotros tal complicidad, que durante algunas horas tuve la impresión embriagadora de que me pertenecía a mí sola.

Más o menos en aquella época mis sentimientos por mi padre se exaltaron. Estaba a menudo preocupado. Decía que Foch se había dejado manejar, que hubiera habido que ir hasta Berlín, hablaba mucho de los bolcheviques cuyo nombre se parecía peligrosamente al de los *Boches* que lo habían arruinado. Auguraba tan mal del porvenir, que no se atrevió a reabrir su estudio de abogado. Aceptó en la fábrica de su suegro un cargo de codirector. Ya había conocido decepciones: a causa de la quiebra de abuelito la dote de mamá nunca había sido pagada. Ahora con su carrera quebrada, con los rusos que constituían la mayor parte de su clientela, completamente desmoronados, se alineaba suspirando en la categoría de "los nuevos pobres". Conservaba, sin embargo, su buen carácter y le inquietaba más la suerte del mundo que apiadarse de sí mismo; me conmovía que un hombre superior como mi padre se acomodara con tal simplicidad a la mezquindad de su condición. Un día lo vi representar en beneficio de una obra de caridad *La paz en su casa* de Courteline. Representaba el papel de un escritor de folletines, abrumado por los problemas de dinero y excedido por los caprichos costosos de una mujer-niña; ésta no se parecía en nada a mamá; no obstante identifiqué a mi padre con el personaje que encarnaba; le prestaba una ironía desesperanzada que me emocionó casi hasta las lágrimas; había melancolía en su resignación, la silenciosa herida que yo adivinaba en él lo dotó de un nuevo prestigio. Lo quería con romanticismo.

En los lindos días de verano, solía llevarme después de comer a dar una vuelta por el Luxemburgo; tomábamos helados en una terraza de la plaza Médicis y atravesábamos de nuevo el jardín mientras un clarín anunciaba el cierre. Yo envidiaba a los habitantes del Senado, sus sueños nocturnos en los senderos desiertos. La rutina de mis días era tan rigurosa como el ritmo de Las temporadas: el menor cambio me, arrojaba en lo extraordinario. Caminar en la dulzura del crepúsculo a la hora en que generalmente mamá corría el cerrojo de la puerta de entrada era tan sorprendente, tan poético, como en el corazón del invierno un rosal en flor.

Hubo un anochecer totalmente insólito en que tomamos chocolate en la terraza de Prévost frente al edificio del *Matir*. Un noticiero luminoso anunciaba las peripecias del *match* que tenía lugar en Nueva York entre Carpentier y Dempsey. La esquina estaba negra de gente. Cuando Carpentier quedó k.o. hubo hombres y mujeres que se echaron a llorar; volví a casa muy orgullosa de haber asistido a ese gran acontecimiento. Pero no por eso me gustaban menos nuestras noches cotidianas en el despacho bien abrigado; mi padre nos leía *El viaje del señor Perrichon*, o bien cada cual leía por su cuenta. Yo miraba a mis padres, a mi hermana y sentía algo cálido en el corazón. "¡Nosotros cuatro!", me decía con felicidad. Y pensaba: "¡Qué dichosos somos!"

Una sola cosa, por momentos, me entristecía: un día, lo sabía muy bien, ese período de mi vida terminaría. Eso no parecía posible. Cuando uno ha querido a sus padres durante veinte años, ¿cómo puede, sin morir de dolor, dejarlos para seguir a un desconocido? ¿Y cómo es posible cuando uno ha

vivido sin él durante veinte ponerse a querer del día a la mañana a un hombre que no tiene nada que ver con uno? Interrogué a papá: "Un marido es otra cosa", contestó; tuvo una sonrisita que no me aclaró nada. Siempre consideré con disgusto el casamiento. No veía en él una servidumbre pues mamá no tenía nada de oprimida; era la promiscuidad lo que me chocaba. "¡De noche en la cama, uno ni siquiera puede llorar tranquilamente si tiene ganas!", me decía aterrada. No sé si mi dicha solía estar cortada por ataques de tristeza, pero a menudo, de noche, lloraba por placer; obligarme a refrenar mis lágrimas hubiera sido negarme ese mínimo de libertad de la que tenía una necesidad imperiosa. Durante todo el día sentía miradas posadas sobre mí; quería a los que me rodeaban, pero cuando me acostaba de noche sentía un gran alivio ante la idea de vivir, por fin, algunos instantes sin testigos; entonces podía interrogarme, recordar, emocionarme, prestar oído a esos rumores tímidos que la presencia de los adultos sofoca. Me hubiera resultado odioso que me privaran de ese descanso. Tenía que escapar, al menos por unos instantes, de toda solicitud, y hablar en paz conmigo misma sin que nadie me interrumpiera.

Era muy piadosa; me confesaba dos veces por mes con el abate Martín, comulgaba tres veces por semana, leía todas las mañanas un capítulo de la *Imitación*; entre una y otra clase, me deslizaba en la capilla del instituto y rezaba largamente, la cabeza entre mis manos; a menudo durante el día elevaba mi alma a Dios. Ya ni me interesaba en el niño Jesús pero adoraba perdidamente a Cristo. Había leído, al margen del Evangelio, novelas turbadoras de las cuales era el héroe, y contemplaba con ojos de enamorada su hermoso rostro tierno y triste; seguía a través de las colinas cubiertas de olivares el brillo de su túnica blanca, mojaba con mis lágrimas sus pies desnudos, y él me sonreía como le había sonreído a María Magdalena. Cuando había besado largamente sus rodillas y llorado sobre su cuerpo ensangrentado, lo dejaba remontar al cielo. Él se fundía con el ser más misterioso al que yo debía la vida, y de cuyo esplendor, un día, yo podría gozar para la eternidad.

¡Cómo me reconfortaba saberlo allí! Me habían dicho que amaba a cada una de sus criaturas como si hubiera sido única; ni siquiera un instante su mirada me abandonaba y todos los demás quedaban excluidos de nuestro coloquio; yo los borraba, no había en el mundo más que Él y yo y me sentía necesaria a su gloria: mi existencia tenía un precio infinito. Él no dejaba escapar nada: más definitivamente que en los registros de las señoritas, mis actos, mis pensamientos, mis méritos se inscribían en él para la eternidad; mis debilidades también, evidentemente, pero tan bien lavadas por mi arrepentimiento y por su bondad, que brillaban tanto como mis virtudes. No se cansaba de admirarme en ese puro espejo sin comienzo y sin fin. Mi imagen, deslumbrante por la alegría que él suscitaba en el corazón de Dios, me consolaba de todas mis decepciones terrenales; me salvaba de la indiferencia, de la injusticia y de los malentendidos humanos. Pues Dios siempre tomaba mi partido; si había cometido algún error, en el instante en que le pedía perdón él soplabá sobre mi alma y ella recobraba todo su lustre; pero, por lo general, bajo su luz, las faltas que me imputaban se desvanecían; juzgándome, me justificaba. Era el lugar supremo donde yo siempre tenía razón. Lo quería con toda la pasión que ponía en vivir.

Cada año hacía un retiro; todo el día escuchaba las instrucciones de un predicador, asistía a los oficios, desgranaba rosarios, meditaba; almorzaba en el curso y, mientras comíamos, una celadora nos leía la vida de una santa. De noche, en casa, mi madre respetaba mi silencioso recogimiento. Yo anotaba en una libreta las efusiones de mi alma y mis resoluciones de santidad. Deseaba ardientemente acercarme a Dios pero no sabía cómo hacerlo. Mi conducta dejaba tan poco que desear que no podía mejorarla; además me preguntaba en qué medida ésta concernía a Dios. La mayoría de las faltas por las cuales mi madre nos reprendía a mi hermana o a mí eran torpezas o atolondramientos. Poupette fue severamente retada y castigada por haber perdido una corbata de piel. Un día en que pescando con mi tío Gastón en el "arroyo inglés" caí al agua, lo que me aterró, lo que más temí fueron las reprimendas

aunque me fueron ahorradas. Esos errores no tenían nada que ver con el pecado y al evitarlos no me perfeccionaba. Lo que había de molesto era que Dios prohibía muchas cosas, pero no reclamaba nada positivo, sino algunas oraciones, algunas prácticas que no modificaban el curso de los días. Hasta me parecía raro cuando la gente volvía de comulgar, verla hundirse tan pronto en los quehaceres cotidianos; yo hacía lo mismo, pero sentía un malestar. En el fondo, los que creían, los que no creían, llevaban exactamente la misma existencia; me convencí cada vez más de que en el mundo profano no había lugar para la vida sobrenatural. Y sin embargo, era ella la que contaba: sólo ella. Una mañana tuve bruscamente la evidencia de que un cristiano convencido de la beatitud futura no hubiera tenido que conceder el menor precio a las cosas efímeras. ¿Cómo la mayoría de ellos aceptaba permanecer en el siglo? Más reflexionaba, más me asombraba. Resolví que en todo caso yo no los imitaría: entre el infinito y lo finito mi elección estaba hecha. "Entraré al convento", decidí.

Las actividades de las hermanas de caridad también me parecían demasiado fútiles; no había otra ocupación razonable que la de contemplar, a lo largo del tiempo, la gloria de Dios. Me haría carmelita. No confié mis proyectos: no los hubieran tomado en serio. Me contenté con declarar con aire entendido: "Yo, no me casaré nunca." Mi padre sonreía: "Ya veremos cuando tenga quince años." Interiormente yo le devolvía su sonrisa. Sabía que una lógica implacable me llevaba al claustro: ¿cómo preferir nada a todo?

Mi felicidad alcanzaba su apogeo durante los dos meses y medio que pasaba todos los años en el campo. Mi madre tenía mejor carácter que en París; mi padre se consagraba más a mí; yo disponía de mucho tiempo para leer y jugar con mi hermana. No echaba de menos el curso Désir: esa necesidad que el estudio confería a mi vida rebotaba sobre mis vacaciones. Mi tiempo ya no estaba reglamentado por exigencias precisas; pero su ausencia quedaba ampliamente compensada por la inmensidad de los horizontes que se abrían ante mi curiosidad. Yo los exploraba sin ayuda: la mediación de los adultos no se interponía entre el mundo y yo. La soledad, la libertad, que en el curso del año me eran dispensadas parsimoniosamente, en ese momento me embriagaban. Todas mis aspiraciones se conciliaban: mi fidelidad al pasado y mi gusto por la novedad, mi amor hacia mis padres y mis deseos de independencia.

Generalmente empezábamos por pasar algunas semanas en *La Grillère*. El castillo me parecía inmenso y antiguo; contaba apenas cincuenta años, pero ninguno de los objetos que entraron durante ese medio siglo, mueble o adorno, volvió a salir jamás. Ninguna mano se aventuraba a barrer las cenizas del tiempo: se respiraba el olor de las viejas vidas apagadas. Colgados de las paredes del vestíbulo de piso de mármol, una colección de cuernos de caza, de cobre, brillante, evocaba —falsamente, lo sé— los fastos de las antiguas cacerías. En "la sala de billar" que era nuestro lugar de estar, los zorros, los halcones, los milanos embalsamados perpetuaban esa tradición mortífera. No había billar en la habitación, sino una chimenea monumental, una biblioteca cuidadosamente cerrada con llave, una mesa cubierta de ejemplares del *Chasseur Francais*; fotografías amarillentas, penachos de plumas de pavo real, piedras, yesos, barómetros, relojes silenciosos, lámparas siempre apagadas, abrumaban las mesas. Salvo el comedor, las otras habitaciones se utilizaban raramente: una sala amortajada en naftalina, una salita, una sala de estudios, una especie de escritorio con los postigos siempre cerrados que servía de desván. En un cuartito con violento olor de cuero descansaban generaciones de botas y de botines. Dos escaleras accedían a los pisos superiores sobre cuyos corredores daban unos doce cuartos generalmente inhabitados, y llenos de cachivaches polvorientos. Yo compartía uno de ellos con mi hermana. Dormíamos en camas de columnas. Unas imágenes recortadas de *l'Illustration* y puestas bajo vidrio decoraban las paredes.

El lugar más lleno de vida de la casa era la cocina que ocupaba la mitad del sótano. Yo tomaba allí

mi desayuno: café con leche, pan negro. Por la banderola se veían pasar gallinas, perros, a veces pies humanos. Me gustaba la madera masiva de la mesa, de los bancos, de los arcones. La cocina de hierro lanzaba llamas. Los cobres rutilaban: cacerolas de todos tamaños, ollas, espumaderas, bols; me divertía la alegría de las fuentes esmaltadas en colores infantiles, de la variedad de las tazas, de los vasos, de los platos, de las ensaladeras, de los tarros, de las jarras, de los botellones. De hierro, de barro, de porcelana, de aluminio, de estaño, cuántas ollas, sartenes, cazuelas, cazoletas, soperas, fuentes, coladores, tamices, cuchillas, molinetes, moldes, morteros. Del otro lado del corredor donde arrullaban las tórtolas estaba la lechería. Jarros y jarras barnizadas, tachos de madera lisa, panes de manteca, quesos blancos de carne lisa bajo las blancas muselinas: esa desnudez higiénica y ese olor a crío me harían huir. Pero me sentía a gusto en el cuarto donde las manzanas y las peras maduraban sobre repisas, y en las bodegas entre los toneles, las botellas, los jamones, los salchichones, los rosarios de cebollas y de hongos puestos a secar. En esos subterráneos se concentraba todo el lujo de *La Grillère*. El parque era tan rústico como el interior de la casa: ni un macizo de flores, ni una silla de jardín, ni un rincón donde fuera cómodo o agradable instalarse. Junto a la casa había un estanque donde a menudo las sirvientas lavaban la ropa golpeándola vigorosamente; un césped bajaba en barranca empinada hasta un edificio más antiguo que el castillo: la "casa de abajo", llena de arneses y de telas de araña. Tres o cuatro caballos relinchaban en las caballerizas cercanas.

Mi tío, mi tía, mis primos llevaban una existencia de acuerdo con ese marco. Tía Hélène a las seis de la mañana inspeccionaba sus armarios. Servida por una numerosa domesticidad, no acomodaba, cocinaba rara vez, no cosía ni leía nunca, y sin embargo se quejaba de no tener un minuto disponible: corría sin descanso del sótano al altillo. Mi tío bajaba alrededor de las nueve; lustraba sus polainas en la zapatería e iba a ensillar su caballo. Madeleine cuidaba sus animales. Robert dormía. Se almorzaba tarde. Antes de sentarse a la mesa tío Maurice aderezaba meticulosamente la ensalada y la revolvía con espátulas de madera. Al comienzo de la comida se discutía acaloradamente la calidad de los melones; al final comparaban el sabor de las diversas clases de peras. Entre tanto se comía mucho y se hablaba poco. Mi tía volvía a sus armarios y mi tío a sus establos haciendo silbar su rebenque. Madeleine iba a jugar croquet con Poupette y conmigo. En general, Robert no hacía nada; a veces se iba a pescar truchas; en setiembre cazaba un poco. Viejos preceptores, con míseros sueldos, habían intentado inculcarle algunos rudimentos de cálculo y de ortografía. Luego una vieja de piel amarillenta se consagró a Madeleine, menos reacia, y la única de toda la familia que leía. Se empachaba de novelas, soñaba con ser muy hermosa y muy amada. A la noche todo el mundo se reunía en la sala de billar; papá reclamaba luz. Mi tía protestaba: "¡Todavía hay luz de día!" Por fin se resignaba a poner sobre la mesa una lámpara de kerosene. Después de comer se le oía trotar por los corredores sombríos. Robert y mi tío, inmóviles en sus sillones, la mirada fija, esperaban en silencio la hora de acostarse. Excepcionalmente uno de ellos hojeaba durante algunos minutos *Le Chasseur Français*. Al día siguiente, el mismo día volvía a empezar, salvo el domingo en que después de haber atrancado las puertas, todo el mundo iba en cochecito a caballo a oír la misa a Saint-Germain-les-Belles. Mi tía no recibía nunca y no visitaba a nadie.

Yo me adaptaba muy bien a esas costumbres. Pasaba la mayor parte de mis días en la cancha de croquet con mi hermana y mi prima, y leía. A veces nos íbamos las tres a buscar hongos entre los árboles. Desdeñábamos los insulsos hongos de los prados, los *filleuls*, la *barbe de capucin*, las *girolles*; evitábamos con cuidado los *bolets de Satán* de cola roja y los falsos *cépes* que reconocíamos por su color opaco, la rigidez de su línea. Despreciábamos los *cépes* de edad madura cuya carne empezaba a ablandarse y a proliferar en barba verdosa. Sólo recogíamos los *cépes* jóvenes de cola enhiesta, cuya cabeza estaba cubierta de un hermoso terciopelo pardo o violáceo. Hurgando entre el musgo, apartando los helechos, golpeábamos con el pie los "*vesses de loup*" que al estallar lanzaban

un polvo inmundado. A veces íbamos con Robert a pescar cangrejos; o bien para alimentar a los pavos reales de Madeleine, reventábamos con una pala los hormigueros y llevábamos en una carretilla cargamentos de huevos blancuzcos.

El "gran break" no salía más de la cochera. Para ir a Meyrignac andábamos durante una hora en un trencito que se detenía cada diez minutos; los baúles eran cargados sobre un carrito tirado por un asno, y a pie, a campo traviesa llegábamos a la propiedad: yo no imaginaba que existiera sobre la tierra, ningún lugar más agradable para vivir. En un sentido nuestros días eran austeros. Poupette y yo no teníamos ni croquet ni ningún juego al aire libre; mi madre no había aceptado que nuestro padre nos comprara bicicletas; no sabíamos nadar, y además la Vézère no quedaba muy cerca.

Cuando por casualidad se oía por la avenida pasar un automóvil, mamá y tía Marguerite se alejaban precipitadamente del parque para ir a embellecerse; nunca había chicos entre los visitantes. Pero yo no necesitaba distracciones. La lectura, el paseo, los juegos que inventaba con mi hermana me bastaban.

La primera de mis felicidades era, de mañanita, sorprender el despertar de las praderas; con un libro en la mano me alejaba de la casa dormida, empujaba la tranquera; imposible sentarse en el pasto cubierto de escarcha; caminaba por la avenida plantada de árboles elegidos que abuelito llamaba "el parque apaisajado"; caminaba a pasitos cortos y leí; sentía contra mi piel la frescura del aire entumecerse; la delgada capa de escarcha que velaba la tierra se derretía dulcemente; el roble púrpura, los cedros azules, los álamos plateados brillaban con un brillo tan nuevo como en la primera mañana del paraíso: y yo estaba sola para llevar la belleza del mundo y la gracia de Dios con un sueño de chocolate y de pan tostado en el hueco del estómago. Cuando las abejas zumbaban, cuando los postigos verdes se abrían en el perfume asoleado de las glicinas yo ya compartía con aquel día que para los demás empezaba apenas, un largo pasado secreto. Después de las efusiones familiares y del desayuno, me sentaba bajo el alero ante una mesa de hierro y hacía mis "deberes de vacaciones"; me gustaban esos momentos en que, falsamente ocupada por una tarea fácil, me abandonaba a los rumores del verano: el zumbido de las avispas, el cacareo de las gallinas, el llamado angustiado de los pavos reales, el murmullo del follaje; el perfume de los flox se mezclaba con los olores de caramelo y de chocolate que me llegaban por bocanadas de la cocina; sobre mi cuaderno bailaban redondeles de sol. Cada cosa y yo misma teníamos nuestro lugar justo, aquí, ahora, para siempre.

Abuelito bajaba a eso de mediodía, la barbilla recién afeitada entre sus patillas blancas. Leía *L'Echo de París* hasta el almuerzo. Le gustaban los alimentos fuertes: perdices con repollo, pasteles de pollo, pato con aceitunas, guiso de liebre, tartas, tortas, pasteles de almendras, milhojas, bizcochuelos. Mientras la fuente de música tocaba las *Campanas de Comeville*, él bromeaba con papá; durante toda la comida se arrancaban la palabra; reían, declamaban, cantaban, agotaban los recuerdos, anécdotas, citas, frases al caso, chistes del folklore familiar. Luego yo solía salir a pasear con mi hermana; rasguñándonos las piernas con los juncos, los brazos con las zarzas, explorábamos a kilómetros a la redonda, los bosques, los campos, los prados. Hacíamos grandes descubrimientos: estanques; una cascada; en medio de un bosque, bloques de granito gris que escalábamos para ver a lo lejos la línea azul de Monédières. En camino probábamos las avellanas y las moras de los cercos; probábamos las manzanas de todos los manzanos; nos guardábamos muy bien de chupar la leche de los enuforbios y de tocar esas hermosas espigas que llevan altaneramente el nombre enigmático de "sello de Salomón". Aturdidas por el olor del rastrojo recién cortado, por el olor de la madreSelva, por el olor del trigo negro en flor, nos acostábamos sobre el musgo o sobre el pasto y leíamos. A veces, también, yo pasaba la tarde sola en el parque apaisajado, y me embriagaba de lectura mirando alargarse las sombras y volar las mariposas.

Los días de lluvia nos quedábamos en casa. Pero si bien yo sufría por las prohibiciones que me infligían las voluntades humanas, no me disgustaban las que me imponían las cosas. Me sentía a gusto

en el salón con sillones recubiertos de felpa verde, con los ventanales velados de muselina amarillenta; sobre el mármol de la chimenea, sobre las mesas y los arcones, una cantidad de cosas muertas acababan de morir; los pájaros embalsamados perdían sus plumas, las flores marchitas se deshojaban, las conchillas perdían su brillo. Yo me trepaba sobre un banco y hurgaba en la biblioteca; siempre descubría algún Fenimore Cooper, o alguna "Revista pintoresca" con las hojas salpicadas de herrumbre que yo todavía no conocía. Había un piano con varias teclas mudas y sonidos discordantes; mamá abría sobre el pupitre la partitura del *Gran Mogol* o la de *Las bodas de Jeannette* y cantaba los aires preferidos de abuelito: él repetía todos los refranes.

Los días lindos yo iba después de comer a dar una vuelta por el parque; respiraba bajo la Vía Láctea el olor patético de las magnolias, mientras acechaba las exhalaciones. Y luego con un candelero en la mano subía a acostarme. Tenía un cuarto mío: daba sobre el patio, frente al leñero, al lavadero, a la cochera que encerraba anticuadas como antiguas carrozas, una victoria y una berlina; su exigüidad me encantaba: una cama, una cómoda y sobre una especie de cofre la palangana y la jarra. Era una celda, justo a mi medida, como antes el nicho en que me acurrucaba bajo el escritorio de papá. Aunque la presencia de mi hermana fuera por lo general liviana, la soledad me exaltaba. Cuando estaba en humor de santidad aprovechaba para dormir sobre el piso. Pero, sobre todo, antes de acostarme, me demoraba largamente en la ventana y a menudo volvía a levantarme para espiar el soplo apacible de la noche. Me inclinaba, hundía mis manos en la frescura de un macizo de laureles-cerezas; el agua de la fuente corría haciendo glu-glu sobre una piedra verdosa; a veces una vaca golpeaba con su pezuña la puerta del establo; yo adivinaba el olor de paja y de heno. Monótona, testaruda como un corazón que late: una langosta estridulaba; contra el silencio infinito, bajo el infinito del cielo parecía que la tierra hiciera eco a esa voz que sin descanso susurraba en mí: aquí estoy; mi corazón oscilaba de su calor vivo a la luz helada de las estrellas. Allí arriba estaba Dios, me miraba acariciada por la brisa, embriagada de perfumes, esa fiesta en mi sangre me daba la eternidad.

Había una palabra que estaba a menudo en la boca de los adultos: es inconveniente. El contenido era un poco incierto. Yo, al principio, le había atribuido un sentido más o menos escatológico. En *Las Vacaciones* de Madame de Segur, uno de los personajes cantaba una historia de fantasmas, de pesadillas, de sábana manchada que me chocaba tanto como a mis padres; yo uní entonces la indecencia con las bajas funciones del cuerpo; luego aprendí que él participaba por entero en su grosería: había que ocultarlo; dejar ver su ropa interior o su piel salvo en algunas zonas bien definidas—era una incongruencia. Algunos detalles de vestimenta, algunas actitudes eran tan reprensibles como una exhibición indiscreta. Esas prohibiciones apuntaban particularmente a la especie femenina; una señora "como se debe" no debía ni escotarse abundantemente, ni llevar faldas cortas, ni teñirse el pelo, ni cortarlo, ni pintarse, ni echarse sobre un diván, ni abrazar a su marido en el subterráneo: si transgredía esas reglas estaba mal vista. La inconveniencia no se confundía totalmente con el pecado, pero suscitaba críticas más severas que el ridículo. Sentimos muy bien, mi hermana y yo, que bajo sus apariencias anodinas, algo importante se disimulaba y para protegernos contra ese misterio nos apresurábamos a burlarnos de él. En el Luxemburgo nos codeábamos al pasar entre las parejas de enamorados. La inconveniencia tenía en mi espíritu una relación, pero extremadamente vaga, con otro enigma: los libros prohibidos. A veces, antes de entregarme un libro, mamá pinchaba algunas hojas juntas; en *La Guerra de los Mundos* de Wells, encontré un capítulo condenado. Nunca quitaba los alfileres, pero a veces me preguntaba: ¿de qué se trata? Era extraño. Los adultos hablaban libremente ante mí; yo circulaba en el mundo sin encontrar obstáculos; sin embargo, en esa transparencia algo se ocultaba; ¿qué? ¿dónde?, en vano mi mirada hurgaba el horizonte buscando la manera de situar la zona oculta que ningún biombo ocultaba y que, sin embargo, permanecía invisible.

Un día, mientras estudiaba, sentada ante el escritorio de papá, advertí al alcance de mi mano una novela de tapa amarilla: *Cosmopolis*. Cansada, con la cabeza vacía, lo abrí con un gesto maquinal; no tenía intención de leerlo, pero me parecía que aun sin reunir las palabras en frases, una mirada lanzada al interior del volumen me revelaría su secreto. Mamá apareció detrás de mí: "¿Qué haces?", balbuceó. "¡No debes! –dijo ella–. Nunca debes tocar los libros que no son para ti." Su voz suplicaba y había en su rostro una inquietud más convincente que un reproche: entre las páginas de *Cosmopolis* un gran peligro me acechaba. Me confundí en promesas. Mi memoria ha ligado indisolublemente ese episodio a un incidente más antiguo: de chiquita, sentada en ese mismo sillón, había metido mi dedo en el agujero negro del enchufe; la sacudida me había hecho gritar de sorpresa y de dolor. ¿Mientras mi madre me hablaba habré mirado el círculo negro, en medio del redondel de porcelana, o sólo lo asocié más adelante? En todo caso, tenía la impresión de que un contacto con los Zola, los Bourget de la biblioteca, provocaría en mí un choque imprevisible y repentino. Y como ese riel del subte, que me fascinaba porque la mirada se deslizaba sobre su superficie lisa, sin percibir su energía mortífera, las viejas novelas de tapas fatigadas me intimidaban aun más porque nada señalaba su poder maléfico.

Durante el retiro que precedió a mi solemne primera comunión, el predicador, para ponernos en guardia contra las tentaciones de la curiosidad, nos contó una historia que exasperó la mía. Una niñita asombrosamente inteligente y precoz, pero educada por padres poco vigilantes, había ido un día a confiarse a él: había hecho tantas malas lecturas que había perdido la fe y la vida le horrorizaba. Él intentó devolverle la esperanza, pero ella estaba demasiado gravemente contaminada; poco después, se enteró de su suicidio. Mi primer impulso fue un ataque de admiración celosa por esa niña solamente un año mayor que yo que sabía tanto más que yo. Luego me hundí en la perplejidad. La fe era mi seguro contra el infierno: lo temía demasiado para cometer jamás un pecado mortal; pero si uno dejaba de creer todos los abismos se abrían; ¿una desdicha tan atroz podía ocurrir sin que uno la hubiera merecido? La pequeña suicida ni siquiera había pecado por desobediencia; solamente se había expuesto sin precaución a fuerzas oscuras que habían devastado su alma; ¿por qué Dios no la había socorrido? ¿Y cómo palabras enlazadas por los hombres pueden destruir evidencias sobrenaturales? Lo que menos comprendía era que el conocimiento condujera a la desesperación. El predicador no había dicho que los malos libros pintaban la vida bajo colores falsos: en ese caso, él hubiera barrido fácilmente sus mentiras; el drama de la niña que él no había logrado salvar es que había descubierto prematuramente el verdadero rostro de la realidad. De todos modos, me dije, yo también la veré un día frente a frente y no moriré por eso: la idea de que hay una edad en que la verdad mata repugnaba a mi racionalismo.

Por otra parte, la edad no era lo único que contaba: tía Lili sólo tenía derecho a los libros "para señoritas"; mamá había arrancado de manos de Louise *Claudina en la escuela* y a la noche había comentado el incidente con papá: "¡Felizmente que no comprendió!" El casamiento era el antídoto que permitía absorber sin peligro los frutos del árbol de la Ciencia: no me explicaba por qué. Nunca se me ocurrió tratar esos problemas con mis compañeras. Una alumna había sido despedida del curso por haber tenido "malas conversaciones", y yo me decía virtuosamente que si hubiera querido hacerme su cómplice no habría prestado mi oído.

Mi prima Madeleine, sin embargo, leía cualquier cosa. Papá se había indignado al verla a los doce años sumida en *Los Tres Mosqueteros*: tía Hélène se había encogido distraídamente de hombros. Indigestada de novelas "encima de su edad", Madeleine no parecía por eso pensar en el suicidio. En 1919, mis padres, que habían encontrado en la calle de Rennes un departamento menos costoso que el del Bulevar Montparnasse, nos dejaron a mi hermana y a mí en *La Grillère* hasta la primera semana de octubre, para mudarse tranquilamente. De la mañana a la noche estábamos solas con Madeleine. Un día, sin premeditación, entre dos partidas de croquet le pregunté de qué trataban los libros prohibidos;

no tenía la intención de hacerme revelar el contenido: solamente quería comprender por qué razones estaban prohibidos.

Habíamos dejado nuestros palos, nos habíamos sentado las tres sobre el césped, en el borde de la cancha donde estaban plantados los arcos. Madeleine vaciló, se echó a reír y se puso a hablar. Nos mostró su perro y nos hizo notar dos bolas entre sus piernas. "Y bien, dijo, los hombres también las tienen." En un volumen intitulado *Novelas y Relatos* había leído una historia melodramática: una marquesa celosa de su marido le había hecho cortar "las bolas" mientras éste dormía. Él moría. Esa lección de anatomía me pareció ociosa y sin darme cuenta de que había iniciado una "mala conversación" insté a Madeleine: ¿qué más había? Entonces me explicó lo que querían decir las palabras *amante* y *querida*: si mamá y tío Maurice se quisieran ella sería su querida, él su amante. No precisó bien el sentido de la palabra *querer*, a tal punto que su hipótesis incongruente me desconcertó sin instruirme. Sus palabras sólo empezaron a interesarme cuando me informó de la manera en que nacen los hijos; el recurso de la voluntad divina ya no me satisfacía porque sabía que aparte de los milagros, Dios opera siempre a través de causalidades naturales: lo que ocurre en la tierra exige una explicación terrestre. Madeleine confirmó mis sospechas: los bebés se forman en las entrañas de su madre; algunos días antes abriendo una coneja, la cocinera había encontrado en su interior seis conejitos. Cuando una mujer espera un chico se dice que está encinta y su vientre se hincha. Madeleine no nos dio más detalles. Continuó diciéndome que de aquí a uno o dos años ciertas cosas ocurrirían en mi cuerpo; tendría "pérdidas blancas" y después sangraría todos los meses y tendría que llevar entre las piernas unas especies de vendas. Le pregunté si eso se llamaba "pérdidas rojas", y mi hermana se inquietó por saber cómo se las arreglaba una con esos vendajes: ¿cómo se hacía para orinar? La pregunta exasperó a Madeleine: dijo que éramos unas tontas, se encogió de hombros y se fue a darles de comer a sus gallinas. Quizá midió nuestra puerilidad y nos consideró indignas de una iniciación más completa. Me quedé confundida de asombro: había imaginado que los secretos guardados por los adultos tenían mucho más importancia. Por otra parte, el tono confidencial y burlón de Madeleine coincidía mal con la barroca insignificancia de sus revelaciones; algo andaba mal, yo no sabía qué. Ella no había tocado el problema de la concepción que yo medité los días siguientes; habiendo comprendido que la causa y el efecto son necesariamente homogéneos, no podía admitir que la ceremonia del casamiento hiciera surgir en el vientre de la mujer un cuerpo de carne; debía ocurrir entre los padres algo orgánico. Las costumbres de los animales hubieran podido abrirme los ojos: yo había visto a Criquette, la pequeña foxterrier de Madeleine pegada a un gran perro de policía, y Madeleine llorando trataba de separarlos: "¡Tendrá cachorros demasiado grandes: Criquette va a morir!" Pero yo no asociaba esos juegos –ni tampoco el de las aves y de las moscas– con las relaciones humanas. Las expresiones "lazos de la sangre", "hijos de la misma sangre", "reconozco mi sangre", me sugirieron que el día de la boda y una vez por todas se hacía una transfusión de un poco de sangre del marido en las venas de la mujer; era una operación solemne, a la cual asistían el sacerdote y algunos testigos elegidos.

Aunque decepcionante, el parloteo de Madeleine debe de habernos agitado mucho, porque nos entregamos mi hermana y yo a grandes orgías verbales. Cariñosa, poco moralizadora, tía Hélène con su aire de estar siempre ausente, no nos intimidaba. Nos pusimos a tener delante de ella un montón de conversaciones "inconvenientes". En la sala de muebles enfundados, tía Hélène solía sentarse al piano para cantar con nosotras canciones de 1900; tenía toda una colección; elegimos las más sospechosas y las tarareamos con complacencia. "Tus senos blancos son mejores para mi boca golosa –que las fresas de los bosques– y la leche que bebo en ellos." Ese comienzo de romanza nos intrigaba mucho: ¿había que entenderlo literalmente? ¿Ocurre que el hombre beba la leche de la mujer?, ¿es un rito amoroso?, en todo caso esa copla era sin lugar a duda "inconveniente". La escribíamos con el dedo en los vidrios empañados, la recitábamos en alta voz en las narices de tía Hélène a quien abrumábamos de preguntas

disparatadas dándole a entender que ya no nos tragábamos las mentiras. Pienso que nuestra exuberancia desordenada estaba en verdad dirigida; no estábamos acostumbradas a la clandestinidad, queríamos advertir a los adultos que habíamos adivinado sus secretos; pero nos tallaba audacia y hasta teníamos necesidad de aturdimos; nuestra franqueza tomó la forma de la provocación. Alcanzamos nuestros fines. De regreso a París, mi hermana, menos inhibida que yo, se atrevió a interrogar a mamá; le preguntó si los chicos salían por el ombligo. "¿A qué viene esa pregunta? –dijo mi madre con cierta sequedad–. ¡Si saben todo!" Evidentemente tía Hélène la había puesto al corriente. Aliviadas de haber dado ese primer paso nos arriesgamos más adelante; mi madre nos dio a entender que los recién nacidos salían por el ano y sin dolor. Hablaba con aire desenvuelto; pero nunca más toqué con ella esos problemas y ella no dijo una sola palabra.

No recuerdo haber rumiado los fenómenos del embarazo y del parto, ni haberlos integrado a mi porvenir; era refractaria al casamiento y a la maternidad, no me sentí sin duda involucrada. Esa iniciación abortada me turbó por otros aspectos. Dejaba en suspenso muchos enigmas. ¿Qué relación había entre ese asunto tan serio, el nacimiento de un chico, y las cosas inconvenientes? Si no la había ¿por qué el tono de Madeleine, las reticencias de mamá lo hacían suponer? Sólo porque la habíamos instigado mi madre había hablado, someramente, sin explicarnos el casamiento. Los hechos fisiológicos dependen de la ciencia como la rotación de la tierra. ¿Qué podía impedirle informarnos con la misma simplicidad? Por otra parte, si los libros prohibidos sólo contenían, como lo había sugerido mi prima, indecencias divertidas, ¿de dónde sacaban su veneno? Yo no me hacía explícitamente esas preguntas, pero me atormentaban. Era preciso que el cuerpo fuera en sí un objeto peligroso para, que toda alusión austera o frívola, a su existencia, pareciera peligrosa.

Presumiendo que detrás del silencio de los adultos algo se ocultaba no los acusé de andar con vueltas sin motivo. Sobre la naturaleza de sus secretos, sin embargo, había perdido mis ilusiones: no tenían acceso a esferas ocultas donde la luz era más deslumbrante, el horizonte más vasto que en mi propio mundo. Mi decepción reducía el universo y los hombres a su cotidiana trivialidad. No me di cuenta enseguida, pero el prestigio de las personas mayores se encontró considerablemente disminuido.

Me habían enseñado cuan vana es la vanidad y fútil la futilidad; me habría dado vergüenza darle demasiado importancia a la vestimenta y mirarme largamente en los espejos; sin embargo, cuando las circunstancias me autorizaban miraba mi reflejo complacientemente. A pesar de mi timidez aspiraba como antaño a ser una estrella. El día de mi comunión solemne me fascinó; familiarizada desde tiempo atrás con la santa mesa gocé sin escrúpulos de los atractivos profanos de la fiesta. Mi vestido, prestado por una prima, no era nada notable; pero en lugar de la clásica cofia de tul, llevábamos en el curso Désir una corona de rosas; ese detalle indicaba que yo no pertenecía al rebaño vulgar de los chicos de las parroquias. El abate Martin administraba la hostia a una "élite" cuidadosamente elegida. Fui además elegida para renovar en nombre de mis compañeras los votos solemnes por los cuales habíamos renunciado el día de nuestro bautismo a Satanás, a sus pompas y a sus obras. Mi tía Marguerite dio en mi honor un gran almuerzo que presidí; a la tarde hubo un té en casa y expuse sobre el piano de cola los regalos que había recibido. Me felicitaban y yo me sentía bonita. A la noche me desprendí con pena de mis ropas; para consolarme me convertí durante un instante al casamiento: llegaría el día en que en la blancura de los rasos, en el esplendor de los cirios y de los órganos me convertiría de nuevo en una reina.

Al año siguiente llené con gran placer el papel más modesto de dama de honor. Tía Lili se casó.. La ceremonia fue sin fasto; pero mi arreglo me encantó.. Me gustaba la caricia sedosa de mi vestido de fular azul; una cinta de terciopelo negro retenía mis rizos y llevaba una capelina de paja tostada con

amapolas y centauros. Mi compañero era un apuesto muchacho de diecinueve años que me hablaba como a una persona mayor: estaba convencida de que me encontraba encantadora.

Empecé a interesarme en mi futura imagen. Además de los libros serios y de los relatos de aventuras que sacaba de la biblioteca circulante, leía también las novelas de la *Bibliothèque de ma filie* que habían distraído la adolescencia de mi madre y que ocupaban todo un estante de mi armario; en *La Grillère* tenía derecho a las *Veillées des Chaumières* y a los volúmenes de la colección *Stella* con que se delectaba Madeleine; Dely, Guy Chantepleure, *La Novena de Colette*, *Mi tío y mi cura*: esos virtuosos idilios me divertían a medias; las heroínas me parecían tontas, sus amores insulsos. Pero hubo un libro en que creí reconocer mi rostro y mi destino: *Little women* de Luisa Alcott. Las chicas March eran protestantes, su padre era un pastor y su madre les había dado como libro de cabecera, no *La Imitación de Cristo*, sino *The pilgrim's progress*: ese retroceso subrayaba aun más los rasgos que teníamos en común. Me emocionó ver a Meg y a Joe ponerse unos pobres vestidos de poplin color avellana para ir a una fiesta donde todas las demás chicas estaban vestidas de seda; les enseñaban como a mí que la cultura y la moral son más importantes que la riqueza; su modesto hogar tenía como el mío un no sé que excepcional. Me identifiqué apasionadamente con Joe, la intelectual. Brusca, angulosa, Joe se trepaba, para leer, a la copa de los árboles; era mucho más varonil y más osada que yo; pero yo compartía su horror por la costura y los cuidados de la casa, su amor por los libros. Escribía: para imitarla reanudé con mi pasado y compuse dos o tres relatos. No sé si soñaba con resucitar mi antigua amistad con Jacques o si, más vagamente, deseaba que se borrara la frontera que me cerraba el mundo de los varones, pero las relaciones de Joe y de Laurie me llegaron al corazón. Más tarde, yo no lo dudaba, se casarían; por lo tanto, era posible que la madurez cumpliera las promesas de la infancia en vez de renegarla: esa idea me colmaba de esperanza. Pero lo que sobre todo me encantaba era la parcialidad decidida que Louise Alcott manifestaba por Joe. Yo aborrecía, ya lo he dicho, que la condescendencia de las personas mayores nivelara la especie infantil. Las cualidades y los defectos que los autores prestaban a sus jóvenes héroes, parecían generalmente accidentes sin consecuencia: al crecer todos serían personas de bien; por otra parte, sólo se distinguían los unos de los otros por su moralidad: nunca por su inteligencia; habríase dicho que desde ese punto de vista la edad los igualaba a todos. Por el contrario, Joe se destacaba sobre sus hermanas más virtuosas o más bonitas por su fervor de conocimiento, por el vigor de sus pensamientos; su superioridad, tan evidente como la de algunos adultos, le garantizaba un destino insólito; estaba marcada. Me sentí autorizada, yo también, a considerar mi gusto por los libros, mis éxitos escolares, como la prueba de un valor que mi porvenir confirmaría. Me convertí a mis propios ojos en un personaje de novela. Como toda intriga novelesca exige obstáculos y fracasos, los inventé. Una tarde jugaba al croquet con Poupette, Jeanne y Madeleine. Llevábamos delantales de tela color crudo, festoneados de rojo y bordados con cerezas. Los macizos de laurel brillaban al sol, la tierra olía bien. De pronto me inmovilicé: estaba viviendo el primer capítulo de un libro del que era la heroína, ésta salía apenas de la infancia, pero íbamos a crecer; más bonitas, más graciosas, más dulces que yo, mi hermana y mis primas gustarían más, resolví; ellas encontrarían marido, yo no. No sentiría ninguna amargura; sería justo que las prefirieran; pero algo ocurriría que me exaltaría más allá de toda preferencia; ignoraba bajo qué forma y por quién, pero sería reconocida. Imaginaba que ya una mirada abrazaba la cancha de croquet y las cuatro chiquillas de delantal color crudo; se detenía sobre mí y una voz murmuraba: "Ésta no es como las otras." Era bien irrisorio compararme con tanta pompa con una hermana y dos primas que carecían de toda pretensión. Pero a través de ellas yo apuntaba a todas mis semejantes. Afirmaba que sería, que era, fuera de serie.

Por otra parte me entregaba raramente a esas reivindicaciones orgullosas: la estima que me concedían me dispensaba de hacerlo. Y si a veces me consideraba excepcional ya no llegaba nunca

hasta crearme única. En adelante mi suficiencia estaba atemperada por los sentimientos que otra me inspiraba. Había tenido la suerte de encontrar la amistad.

El día en que entré en cuarta primera –estaba por cumplir diez años–, el banco contiguo al mío estaba ocupado por una nueva alumna. Mientras esperábamos a la señorita, a la salida de la clase, conversamos. Se llamaba Elizabeth Mabile, tenía mi edad. Sus estudios comenzados en familia habían sido interrumpidos por un accidente grave: estaba asando papas en el campo cuando su vestido empezó a arder; con el muslo quemado al tercer grado, había pasado noches enteras aullando; pasó un año acostada; bajo la pollera plegada la piel estaba todavía ampollada. Nunca me había ocurrido nada tan importante; Elizabeth me pareció enseguida un personaje. La manera en que se dirigía a las profesoras me asombró; su naturalidad contrastaba con la voz estereotipada de las demás alumnas. Durante la semana siguiente terminó de seducirme: imitaba maravillosamente a la señorita Bodet; todo lo que decía era interesante o divertido.

Pese a las lagunas debidas a su ociosidad forzada, Elizabeth no tardó en colocarse entre las primeras de la clase; en las composiciones yo le ganaba raspando. Nuestra emulación agradó a nuestras institutrices: alentaron nuestra amistad. En los actos recreativos que tenían lugar cada año en vísperas de Navidad, nos hicieron representar un sainete a las dos juntas. Vestidas de rosa, el rostro encuadrado de largos rizos, yo encarnaba a Madame de Sevigné, en su infancia; Elizabeth representaba el papel de un primo turbulento; su traje varonil le sentaba y encantó al auditorio por su vivacidad y su soltura. Los ensayos, nuestra complicidad entre las candilejas, apretaron aun más nuestros lazos; en adelante nos llamaron: "las dos inseparables".

Mi padre y mi madre se interrogaron largamente sobre las diferentes ramas de la familia Mabile de que habían oído hablar; sacaron en conclusión que tenían con los padres de Elizabeth vagas relaciones comunes. Su padre era un ingeniero de ferrocarriles, que ocupaba un cargo muy alto; su madre, cuyo nombre de soltera era Larivière, pertenecía a una dinastía de católicos militantes; tenía nueve hijos y se ocupaba activamente de las obras de Santo Tomás de Aquino. A veces aparecía en la calle Jacob. Era una hermosa cuarentona, morena, de ojos ardientes, de sonrisa insistente, que llevaba alrededor del cuello una cinta de terciopelo cerrada por una joya antigua. Atemperaba con una cuidadosa amabilidad su soltura de soberana. Conquistó a mamá, llamándola "joven señora" y diciéndole que parecía mi hermana mayor. Elizabeth y yo quedamos autorizadas a ir a jugar la una a casa de la otra.

La primera vez mi hermana me acompañó a la calle Varennes y ambas quedamos espantadas. Elizabeth –llamada Zaza en la intimidad– tenía una hermana mayor, un hermano mayor, seis hermanos y hermanas menores que ella, una seguidilla de primos y de amigos. Corrían, saltaban, se peleaban, se trepaban sobre las mesas, tiraban los muebles gritando. Al final de la tarde la señora Mabile entraba a la sala, levantaba una silla, enjugaba sonriendo una frente sudorosa; me asombraba su indiferencia ante los chichones, las manchas, los platos rotos: nunca se enojaba. A mí no me gustaban mucho esos juegos desordenados y a menudo Zaza se cansaba también. Nos refugiábamos en el despacho del señor Mabile y, lejos del tumulto, conversábamos. Era un placer nuevo. Mis padres me hablaban y yo les hablaba, pero no conversábamos juntos; entre mi hermana y yo no había la distancia indispensable para los intercambios. Con Zaza tenía conversaciones verdaderas, como de noche papá con mamá. Conversábamos de nuestros estudios, de nuestras lecturas, de nuestras compañeras, de nuestras profesoras, de lo que conocíamos del mundo: no de nosotras mismas. Nunca nuestras conversaciones tomaban un cariz confidencial. No nos permitíamos ninguna familiaridad. Nos decíamos "usted" ceremoniosamente y salvo por correspondencia nunca nos dábamos un beso.

Zaza amaba como yo los libros y el estudio; además estaba dotada de una cantidad de talentos que a mí me faltaban. A veces cuando yo llegaba a la calle de Varennes, la encontraba ocupada cocinando

bizcochuelos o caramelos; pinchaba en una aguja de tejer cascotes de naranja, dátiles, ciruelas, y las metía en una cacerola donde hervía un almíbar con olor a vinagre caliente: sus frutas disfrazadas tenían tan buen aspecto como el de las confiterías. Policopiaba ella misma en una decena de ejemplares, una *Crónica familiar*, que redactaba todas las semanas para sus abuelas, tíos, tías, ausentes de París; yo admiraba tanto como la vivacidad de sus relatos, su habilidad para fabricar un objeto que se parecía a un diario verdadero. Tomó conmigo algunas lecciones de piano, pero no tardó en pasar a una división superior. Enclenque, con piernas flacuchas, lograba, sin embargo, hacer mil proezas con su cuerpo; en los primeros días de primavera la señora Mabilie nos llevó a las dos a un suburbio florido, creo que era en Nanterre. Zaza hizo toda clase de saltos y vueltas de camero sobre el pasto; se trepaba a los árboles, se colgaba a las ramas por los pies. En todas sus conductas demostraba una soltura que me deslumbraba. A los diez años circulaba sola por las calles; en el curso Désir nunca adoptó mis modales rebuscados; les hablaba a las señoritas en tono cortés, pero desenvuelto, casi de igual a igual. Un año se permitió, en el curso de una audición de piano, una audacia que rozó el escándalo. La sala de actos estaba llena. En las primeras filas las alumnas con sus mejores vestidos, onduladas, rizadas, con moños en el pelo, esperaban el momento de exhibir sus talentos. Detrás de ellas estaban sentadas las maestras y las celadoras, con blusas de seda, guantes blancos. En el fondo los padres y sus invitados. Zaza, vestida de tafetán azul, tocó un trozo que su madre consideraba demasiado difícil para ella y que por lo general asesinaba; esta vez lo ejecutó sin una falla, y lanzando a la señora Mabilie una mirada triunfante le sacó la lengua. Las chicas se estremecieron bajo sus rizos y la reprobación petrificó el rostro de las señoritas. Cuando Zaza bajó del estrado su madre la besó tan alegremente que nadie se atrevió a reprenderla. A mis ojos ese hecho la aureolaba de gloria. Sometida a leyes, a deberes, a prejuicios, me gustaba, sin embargo, lo que era nuevo, sincero, espontáneo. La vivacidad y la independencia de Zaza me subyugaban.

No me di cuenta enseguida del lugar que esa amistad ocupaba en mi vida; no era más sutil que en mi primera infancia para encontrar un nombre para lo que ocurría en mí. Me habían enseñado a confundir lo que debe ser con lo que es: no examinaba lo que se ocultaba bajo la convención de las palabras. Se daba por sentado que sentía un tierno afecto por toda mi familia, incluso por mis primos más lejanos. A mis padres, a mi hermana, los quería: esa palabra lo cubría todo. Los matices de mis sentimientos, sus fluctuaciones, no tenían derecho a existir. Zaza era mi mejor amiga: no había nada más que decir. En un corazón bien ordenado, la amistad ocupa un lugar honorable, pero no tiene ni el brillo del misterioso Amor, ni la dignidad sagrada de las ternuras filiales. Yo no ponía en tela de juicio esa jerarquía.

Ese año, como los demás años, el mes de octubre me trajo la alegre fiebre de la iniciación de las clases. Los libros nuevos crujían entre los dedos, olían bien: sentada en el sillón de cuero, me embriagaba con promesas de porvenir.

Ninguna promesa se cumplió. Reencontré en los jardines del Luxemburgo el olor y los tonos rojizos del otoño: ya no me conmovían; el celeste del cielo se había empañado. Las clases me aburrían, aprendía mis lecciones, hacía mis deberes sin alegría, y empujaba con indiferencia la puerta del curso Désir. Era mi pasado que resucitaba y, sin embargo, no lo reconocía: había perdido todo su colorido; mis días ya no tenían gusto. Todo me era dado y mis manos permanecían vacías. Caminaba por el Bulevar Raspail junto a mamá y me preguntaba de pronto con angustia: "¿Qué ocurre? ¿Es esto mi vida? ¿No es más que esto? ¿Esto seguirá siempre así?" Ante la idea de enhebrar a vista perdida, semanas, meses, años que ninguna espera, ninguna promesa iluminaría, mi respiración se detuvo: parecía que sin prevenir, el mundo había muerto. Tampoco sabía cómo nombrar ese desamparo.

Durante diez o quince días me arrastré de hora en hora, de un día al siguiente, las piernas flojas. Una tarde me estaba desvistiendo en el vestuario del instituto, cuando apareció Zaza. Nos pusimos a hablar,

a contar, a comentar; las palabras se precipitaban sobre mis labios y en mi pecho giraban mil soles; en un deslumbramiento de alegría me dije: "¡Es ella lo que me faltaba!" Era tan radical mi ignorancia de las verdaderas aventuras del corazón que no había pensado en decirme: "Sufro por su ausencia." Necesitaba su presencia para comprender la necesidad que tenía de ella. Fue una evidencia fulgurante. Bruscamente convenciones, rutinas, clisés, volaron hechos añicos, y me sentí sumergida por una emoción que no estaba prevista en ningún código. Me dejé levantar por esa alegría que me inundaba violenta y fresca como el agua de las vertientes, desnuda como un hermoso granito. Pocos días más tarde llegué al curso antes de hora y miré con una especie de estupor el asiento de Zaza: "¿Si no se sentara nunca más en él, si muriera, qué sería de mí?" Y de nuevo una evidencia me golpeó: "Ya no puedo vivir sin ella." Era un poco aterrador: ella iba, venía, lejos de mí y toda mi dicha, mi existencia misma descansaban entre sus manos. Imaginé que la señorita Gontran iba a entrar barriendo el piso con su larga falda y nos diría: "Orad, hijas mías: vuestra compañerita, Elizabeth Mabile, ha vuelto al seno del Señor anoche." Y bueno, me dije, moriré de golpe. Me deslizaré de mi asiento y caeré al suelo, expirante. Esa solución me tranquilizó. No creía en serio que una gracia divina me quitaría la vida; pero tampoco temía realmente la muerte de Zaza. Había llegado hasta a confesarme la dependencia en que me sumía mi afecto por ella: no me atrevía a afrontar todas las consecuencias.

No pretendía que Zaza sintiera por mí un sentimiento tan definitivo: me bastaba ser su compañera preferida. La admiración que sentía por ella no me disminuía a mis propios ojos. El amor no es la envidia. No concebía nada mejor en el mundo que ser yo misma y querer a Zaza.

SEGUNDA PARTE

Nos habíamos mudado. Nuestra nueva casa, dispuesta más o menos como la anterior, amueblada en forma idéntica, era más estrecha y menos confortable. No había cuarto de baño; un simple excusado sin agua corriente, con un lavatorio donde mi padre vaciaba todos los días el gran tacho instalado en el suelo. No había calefacción, en invierno el departamento estaba helado, a excepción del despacho donde mi madre encendía una salamandra; pero aun en verano, yo siempre trabajaba, estudiaba allí. El cuarto que yo compartía con mi hermana –Louise dormía en los altos– era demasiado exiguo para poder estar de día. En vez del espacioso vestíbulo donde me había gustado refugiarme, sólo existía un corredor. Cuando había salido de mi cama, no había un rincón que fuera mío; ni siquiera tenía un pupitre para guardar mis útiles. Mi madre solía recibir visitas en el escritorio; allí conversaba de noche con mi padre. Aprendí a hacer mis deberes, a estudiar mis lecciones entre el bullicio de las voces. Pero me resultaba penoso no poder aislarme nunca. Envidiábamos ardientemente mi hermana y yo a las chicas que tienen un cuarto propio; el nuestro era sólo un dormitorio.

Louise se enamoró con un plomero; un día la sorprendí en la cocina torpemente sentada sobre las rodillas de un hombre pelirrojo, ella tenía una piel blancuzca y él mejillas rubicundas; sin saber por qué me sentí triste; sin embargo, todos aprobaban su elección: aunque era obrero, su prometido era bien conceptuado. Nos dejó. Catherine, una joven campesina fresca y alegre con quien habíamos jugado en Meyrignac, la reemplazó; era casi una compañera, pero salía de noche con los bomberos del cuartel de enfrente: "la corría". Mi madre la regañó, luego la despidió y resolvió que se las arreglaría sola, pues los negocios de mi padre marchaban mal. La fábrica de calzado había quebrado. Gracias a la protección de un primo lejano e influyente, mi padre entró en la "publicidad financiera". Trabajó primeramente en el *Gaulois*, luego en diversos otros diarios; ese oficio reportaba poco y le aburría. Por compensación, iba de noche más a menudo que antes a jugar al bridge a casa de amigos o al café; durante el verano pasaba sus domingos en las carreras. Mamá se quedaba mucho sola. No se quejaba; pero odiaba trajinar y la pobreza le pesaba; adquirió una nerviosidad extrema. Poco a poco mi padre perdió su parejo buen humor. No se peleaban verdaderamente, pero gritaban muy fuerte por cosas insignificantes y a menudo se las tomaban contra mi hermana y contra mí.

Frente a las personas mayores continuábamos estrechamente ligadas; si una de las dos volcaba un tintero era nuestra culpa común, ambas reclamábamos la responsabilidad. Sin embargo, nuestras relaciones habían cambiado un poco desde que yo conocí a Zaza; no juraba más que por mi nueva amiga. Zaza se burlaba de todo el mundo; no ahorra sus pullas a Poupette y la trata de "chiquita"; yo la imitaba. Mi hermana se sintió tan desdichada que trató de apartarse de mí. Una tarde estábamos solas en el despacho y acabábamos de pelearnos cuando me dijo en tono dramático: "¡Tengo algo que confesarte!" Yo había abierto un libro de inglés sobre el secante rosado y empezaba a estudiar, volví apenas la cabeza: "Bueno –dijo mi hermana–, creo que no te quiero tanto como antes"; me explicó en voz pausada la nueva indiferencia de su corazón; yo escuchaba en silencio y las lágrimas rodaban sobre mis mejillas; dio un salto: "¡No es verdad! ¡No es verdad!", gritó abrazándome; nos abrazamos y sequé mis lágrimas. "Sabes –le dije–, no te creí en serio." Sin embargo, no había mentido del todo; empezaba a rebelarse contra su condición de menor y, como yo la descuidaba, me englobaba en su rebeldía. Estaba en la misma clase que mi prima Jeanne, a la que quería mucho, pero con la cual no compartía los gustos, y de la cual le obligaban a compartir las amigas; eran chiquilinas necias y presuntuosas, ella las aborrecía, y rabiaba de que las consideraran dignas de su amistad; no la escuchaban. En el curso Désir seguían considerando a Poupette como un reflejo, necesariamente imperfecto de su hermana mayor; a menudo se sentía humillada, por eso decían que era orgullosa y las señoritas, en buenas educadoras, cuidaban de humillarla más. Por el hecho de estar más adelantada, mi padre se ocupaba más de mí; sin compartir la devoción que yo sentía por él, mi hermana sufría de su parcialidad; un verano, en Meyrignac, para probar que tenía tan buena memoria como yo, aprendió la

lista de todos los mariscales de Napoleón con sus nombres y sus títulos; la recitó de un tirón: nuestros padres sonrieron. En su exasperación cambió su manera de mirarme: buscaba mis fallas. Yo me irritaba que pretendiera, aun tímidamente, rivalizar conmigo, criticarme, huir de mí. Siempre habíamos reñido porque yo era brutal y ella lloraba fácilmente; lloraba menos, pero nuestras disputas se volvieron más serias: poníamos amor propio en ellas; cada una se empeñaba en tener la última palabra. Sin embargo, terminábamos siempre por reconciliarnos; necesitábamos la una de la otra. Juzgábamos de la misma manera a nuestras compañeras, a las señoritas, a los miembros de la familia; no nos ocultábamos nada; y jugar juntas nos daba siempre el mismo placer. Cuando nuestros padres salían de noche hacíamos nuestra fiesta; confeccionábamos un "soufflé" y lo comíamos en la cocina, desordenábamos el departamento lanzando grandes gritos. Ahora que dormíamos en el mismo cuarto, proseguíamos largamente en la cama nuestros juegos y nuestras conversaciones.

El año en que nos instalamos en la calle de Rennes empecé a tener sueños agitados. ¿Había digerido mal las revelaciones de Madeleine? Sólo un tabique separaba ahora mi cama de la de mis padres y solía oír roncar a mi padre; ¿fui sensible a esa promiscuidad? Tuve pesadillas. Un hombre saltaba sobre mi cama y clavaba su rodilla en mi estómago, me ahogaba; soñaba desesperadamente que me despertaba y de nuevo el peso de mi agresor me aplastaba. Hacia la misma época, levantarme se convirtió en un traumatismo tan doloroso que pensándolo de noche, antes de dormirme, mi garganta se anudaba, mis manos se humedecían. Cuando oía por la mañana la voz de mi madre deseaba caer enferma, a tal punto me horrorizaba arrancarme al sopor de las tinieblas. De día tenía vértigos; me anemiaba. Mamá y los médicos decían: "Es la formación." Yo aborrecía esa palabra y el sordo trabajo que se efectuaba en mi cuerpo. Envidiaba a "las muchachas grandes" su libertad; pero me repugnaba la idea de ver mi torso hincharse; había oído antes a las mujeres adultas orinar con un ruido de catarata; al pensar en los odres henchidos de agua que encerraban sus vientres yo sentía el mismo espanto que Gulliver el día en que las jóvenes gigantes le descubrieron sus senos.

Desde que había descubierto el misterio los libros prohibidos me asustaban menos que antes; a menudo dejaba deslizarse mi mirada sobre los pedazos de papel de diario colgados del w.c. Así leí un fragmento de novela por entregas en que el héroe posaba sobre los senos blancos de la heroína sus labios ardientes. Ese beso me quemó; a la vez macho, hembra y espectador yo lo daba, lo recibía y me llenaba con él los ojos. Seguramente si sentí una emoción tan fuerte era porque ya mi cuerpo se había despertado; pero mis sueños se cristalizaron alrededor de esa imagen; no sé cuántas veces la evoqué antes de dormirme. Inventé otras: me pregunto de dónde las sacaba. El hecho de que los esposos se acostaran apenas vestidos en una misma cama, no había bastado hasta entonces para sugerirme la posesión ni la caricia: supongo que las fui creando a partir de mi necesidad. Pues durante algún tiempo, fui la presa de deseos torturantes; me revolvía en mi cama, la garganta reseca, llamando un cuerpo de hombre contra mi cuerpo, manos de hombre sobre mi piel. Calculaba con desesperación: "¡Una no tiene derecho a casarse antes de los quince años!" Y aun así era una edad límite: tendría que esperar años antes de que terminara mi suplicio. Empezaba dulcemente en la tibieza de las sábanas y el hormigueo de mi sangre, mis fantasmas me hacían latir deliciosamente el corazón; casi creía que iban a materializarse; pero no, se desvanecían, ninguna mano, ninguna boca aplacaba mi carne irritada; mi camisón de madapolán se convertía en una túnica envenenada. Sólo el sueño me liberaba. Nunca asocié esos desórdenes con la idea de pecado: su brutalidad desbordaba mi complacencia y me sentía más bien víctima que culpable. No me preguntaba tampoco si las otras chicas conocían ese martirio. No tenía la costumbre de compararme.

Pasábamos una temporada en casa de amigos, en la humedad sofocante del mes de julio, cuando una mañana me desperté aterrada: mi camisón estaba manchado. Lo lavé; me vestí: de nuevo ensucié mi

ropa. Había olvidado las imprecisas profecías de Madeleine y me preguntaba qué era esa ignominiosa enfermedad. Inquieta, sintiéndome vagamente culpable, tuve que recurrir a mi madre; me explicó que me había vuelto "una niña grande" y me envolvió en forma incómoda. Sentí un vivo alivio enterándome de que no era culpable de nada; y como cada vez que me ocurría algo importante, hasta sentí una especie de orgullo. Yo soportaba sin demasiada molestia que mi madre hablara en voz baja con sus amigas. En cambio, aquella noche cuando llegó papá, e hizo en broma algunas alusiones a mi estado, me consumí de vergüenza. Había imaginado que la cofradía femenina disimulaba cuidadosamente a los hombres su tara secreta. Frente a mi padre me creía un espíritu puro: me horrorizó que me considerara de pronto como un organismo. Me sentí caída para siempre.

Me desfiguré, mi nariz enrojeció; me salieron en la cara y en la nuca granos que me pellizcaba con nerviosidad. Mi madre, excedida de trabajo, me vestía con negligencia; mis vestidos informes acentuaban mi torpeza. Incómoda en mi pellejo, desarrollaba fobias: no soportaba, por ejemplo, beber en un vaso donde ya había bebido. Tuve tics; no paraba de encogerme de hombros, de mover mi nariz. "No pellizques tus granos, no muevas tu nariz", me repetía mi padre. Sin maldad, pero sin miramientos hacía, sobre mi color, mi acné, mi torpeza, observaciones que exasperaban mi malestar y mis manías.

El primo rico a quien papá debía su situación organizó una fiesta para sus hijos y sus amigos. Compuso una revista en verso. Mi hermana fue elegida como comadre. Con un vestido de tul azul, sembrado de estrellas, sus hermosos cabellos desparramados sobre su espalda, encarnaba la Bella de la Noche. Después de haber dialogado poéticamente con un Pierrot lunar, presentaba en coplas rimadas a los jóvenes invitados que desfilaban, disfrazados, sobre un estrado. Disfrazada de española yo debía pavonearme abanicándome, mientras ella cantaba con el aire de *Funiculi-funicula*:

*Veo venir hacia nosotros a una linda persona
que mueve el cuello (bis)
Es la perfecta elegancia de Barcelona
el paso español (bis)
No oculta sus grandes ojos en su bolso,
está llena de audacia...*

Todas las miradas clavadas en mí y sintiendo mis mejillas inflamadas, estaba en el suplicio. Poco después asistí a la boda de una prima del norte; pero si bien el día del casamiento de tía Lili mi imagen me había seducido, esta vez me abrumó. Mamá se dio cuenta solamente esa misma mañana en Arras de que mi vestido nuevo de espumilla beige pegado a mi pecho que ya no tenía nada de infantil, lo subrayaba con indecencia. Lo vendó tan bien que tuve durante todo el día la impresión de estar ocultando bajo mi blusa un defecto molesto. En el aburrimiento de la ceremonia y de un interminable banquete, yo tenía tristemente conciencia de lo que confirman las fotos: mal vestida, pesada, vacilaba entre la niña y la mujer.

Mis noches se habían vuelto tranquilas. En cambio, en forma indefinible, el mundo se turbó. Ese cambio no afectó a Zaza: era una persona y no un objeto. Pero había en la clase superior a la mía una alumna a la que yo miraba como a un lindo ídolo, rubia, sonriente y rosada: se llamaba Marguerite de Théricourt y su padre poseía una de las más grandes fortunas de Francia; una gobernanta la acompañaba al curso en un vasto automóvil negro conducido por un chofer: ya a los diez años con sus bucles impecables, sus vestidos cuidados, sus guantes que no se sacaba hasta el momento de entrar a clase, me parecía una princesita. Se convirtió en una bonita joven de largo pelo pálido y lacio, de ojos de porcelana, de sonrisa graciosa: yo era sensible a su soltura, a su reserva, a su voz pausada y cantante. Buena alumna, manifestándoles a las señoritas una extremada deferencia, éstas, halagadas

por el esplendor de su fortuna, la adoraban. Me hablaba siempre con mucha amabilidad. Contaban que su madre era una mujer muy enferma: esto dotaba a Marguerite de una aureola romántica. A veces, yo me decía que si me invitara a su casa desfallecería de alegría, pero ni siquiera me atrevía a desearlo: vivía en esferas para mí tan lejanas como la corte de Inglaterra. Por otra parte, no deseaba tener intimidad con ella, sino solamente poder contemplarla de más cerca.

Cuando alcancé la pubertad mi sentimiento se acusó. Al final de la clase llamada sexta primera asistí al examen solemne que pasaban en el interior del instituto las alumnas de la clase superior y que tenía como recompensa un "diploma Adeline Désir". Marguerite llevaba un vestido de vestir, de espumilla gris, cuyas mangas dejaban ver en transparencia bonitos brazos redondos: esa púdica desnudez me impresionó. Yo era demasiado ignorante y demasiado respetuosa para esbozar el menor deseo; ni siquiera imaginaba que alguna mano pudiera profanar los blancos hombros; pero durante todo el tiempo que duraron los exámenes no aparté de ellos los ojos y algo desconocido me oprimía la garganta.

Mi cuerpo cambiaba; mi existencia también: el pasado se alejaba de mí. Ya nos habíamos mudado y Louise se había ido. Mirábamos, mi hermana y yo, viejas fotografías cuando un día reparé de pronto en que uno de esos días perdería Meyrignac. Abuelito era muy viejo, moriría; cuando la propiedad fuera de mi tío Gastón –que ya era el nudo propietario– no me sentiría más en casa; iría como una extraña, luego no iría más. Me quedé consternada. Mis padres repetían, y su ejemplo parecía confirmarlo, que la vida deshace las amistades de la infancia, ¿olvidaría acaso a Zaza? Nos preguntábamos con inquietud Poupette y yo si nuestro afecto resistiría a la edad. Las personas mayores no compartían nuestros juegos ni nuestros placeres. Yo no conocía a ninguna que pareciera divertirse mucho sobre la tierra: la vida no es alegre, la vida no es una novela, declaraban en coro.

La monotonía de la existencia adulta siempre me había apiadado; cuando me di cuenta de que, en un breve plazo, sería ése mi destino, la angustia se apoderó de mí. Una tarde, estaba ayudando a mamá a lavar los platos; ella los lavaba y yo los secaba; por la ventana veía la pared del cuartel de bomberos y otras cocinas donde, otras mujeres frotaban cacerolas o pelaban verduras. Cada día, el almuerzo, la comida; cada día lavar platos; esas horas infinitamente repetidas y que no llevan a ninguna parte: ¿viviría yo así? Una imagen se formó en mi cabeza con una claridad tan desoladora que aún hoy la recuerdo: una hilera de cuadrados grises se extendía hasta el horizonte, disminuidos según las leyes de la perspectiva, pero todos idénticos y chatos; eran los días y las semanas y los años. Yo, desde mi nacimiento, me había dormido cada noche un poco más rica que la víspera; me elevaba de escalón en escalón; pero si sólo encontraba allí arriba una árida meseta sin ninguna meta hacia la cual dirigirse, ¿para qué andar?

No, me dije mientras ordenaba en la alacena una pila de platos; la vida mía conducirá a alguna parte. Felizmente no estaba condenada a un destino de ama de casa. Mi padre no era feminista; admiraba la sabiduría de las novelas de Colette Yver donde la abogada, la doctora, terminan por sacrificar su carrera a la armonía del hogar; pero necesidad es ley: "Ustedes, hijitas, no se casarán", repetía a menudo. "No tienen dote, tendrán que trabajar." Yo prefería infinitamente la perspectiva de un oficio a la del matrimonio; ella autorizaba esperanzas. Había gente que había hecho cosas: yo las haría. No preveía bien cuáles. La astronomía, la arqueología, la paleontología, me habían reclamado por turno y yo continuaba acariciando vagamente el proyecto de escribir. Pero esos proyectos carecían de consistencia, yo no creía bastante en ellos para encarar con confianza el porvenir. Llevaba por anticipado el luto de mi pasado.

Esa negación a cortar el cordón umbilical se manifestó con fuerza cuando leí la novela de Luisa Alcott, *Good wives*, que era la continuación de *Little Women*. Un año o más había pasado desde que yo había dejado a Joe y a Laurie, sonriendo juntos al porvenir. En cuanto tuve entre mis manos el pe-

queño volumen en rústica de la colección Tauchnitz donde se terminaba su historia, lo abrí al azar: caí sobre una página que me informó brutalmente del casamiento de Laurie con una hermana menor de Joe, la rubia, vana y estúpida Amy. Arrojé el libro como si me hubiera quemado los dedos. Durante varios días permanecí abrumada por una desdicha que me había tocado en lo más vivo de mí misma: el hombre que yo amaba y del que me creía amada me había traicionado por una tonta. Aborrecí a Luisa Alcott. Más tarde descubrí que Joe le había negado su mano a Laurie. Después de un largo celibato, de errores, de pruebas, encontraba a un profesor mayor que ella dotado de las más altas cualidades; la comprendía, la consolaba, la aconsejaba, se casaban. Mucho mejor que el joven Laurie, ese hombre superior que venía de afuera a la historia de Joe, encarnaba al juez supremo por quien yo soñaba ser reconocida un día; no obstante su intrusión me disgustó. Antaño, leyendo *Las Vacaciones* de Madame de Segur, yo había deplorado que Sophie no se casara, con Paul, su amigo de infancia, sino con un joven desconocido dueño de un rastillo. La amistad, el amor eran a mis ojos cosas definitivas, eternas, y no una aventura precaria. Yo no quería que el porvenir me impusiera rupturas: tenía que involucrar a todo mi pasado.

Había perdido la seguridad de la infancia, en cambio no había ganado nada. La autoridad de mis padres no se había relajado y como mi espíritu crítico se despertaba, la soportaba cada vez más impacientemente. Visitas, almuerzos de familia, todas esas tareas que mis padres consideraban obligatorias, yo no les veía la utilidad. Las respuestas: "Esto se hace; esto no se hace", ya no me satisfacían. La solicitud de mi madre me pesaba. Tenía "sus ideas", no se ocupaba de justificarlas, por lo tanto sus decisiones me parecían a menudo arbitrarias. Discutimos violentamente a propósito de un misal que regalé a mi hermana el día de su comunión solemne; yo lo quería encuadernado en cuero rojizo, como el que tenían la mayoría de mis compañeras; mamá consideraba que bastaba una tapa, de tela azul; yo protesté que el dinero de mi alcancía me pertenecía; protestó que no se debe gastar veinte francos por un objeto que puede costar catorce. Mientras comprábamos pan en la panadería, a lo largo de la escalera y de vuelta a casa me opuse a ella. Tuve que ceder, indignada, prometiéndome no perdonarle nunca lo que consideraba un abuso de autoridad. Si me hubiera contrariado a menudo creo que me habría precipitado en la rebeldía. Pero en las cosas importantes, mis estudios, la elección de mis amigas, intervenía poco; respetaba mi trabajo y hasta mis ocios, sólo me pedía pequeños servicios: que moliera el café, que bajara el tacho de basura. Yo estaba habituada a la docilidad y creía que en cierto modo Dios la exigía de mí; el conflicto que me oponía a mi madre no estalló; pero yo tenía sordamente conciencia de ello. Su educación, su medio, la habían convencido de que para una mujer la maternidad es el más hermoso de los papeles: no podía representarlo si yo no representaba el mío, pero yo me negaba tan tercamente como a los cinco años a entrar en el juego de los adultos. En el curso *Désir* la víspera de nuestra comunión solemne se nos exhortaba a ir a arrojarnos a los pies de nuestras madres para pedirles el perdón de nuestras faltas; no solamente no lo hice sino que cuando le llegó el turno a mi hermana la disuadí de hacerlo. Mi madre se enojó. Adivinaba en mí reticencias que la fastidiaban y me retaba a menudo. Yo le guardaba rencor por mantenerme bajo su dependencia y afirmar sus derechos sobre mí. Además yo estaba celosa del lugar que ella ocupaba en el corazón de mi padre, pues mi pasión por él no había hecho más que crecer.

Más ingrata se volvía su vida, más me cegaba la superioridad de mi padre; ésta no dependía ni de la fortuna ni del éxito, y me convencí de que las había despreciado deliberadamente; eso no me impedía compadecerlo: lo consideraba subvalorado, incomprendido, víctima de oscuros cataclismos. Por lo mismo le agradecía aun más sus accesos de alegría, todavía bastante frecuentes. Contaba viejas historias, se burlaba de todo, hacía juegos de palabras. Cuando se quedaba en casa nos leía a Víctor Hugo, a Rostand; hablaba de los escritores que le gustaban, de teatro, de los grandes acontecimientos pasados, de un montón de cosas elevadas y yo me sentía transportada muy lejos de la gris

mediocridad cotidiana. Yo no imaginaba que existiera un hombre tan inteligente como él. En todas las discusiones a las que yo asistía tenía la última palabra y cuando atacaba a los ausentes los aplastaba. Admiraba con fuego a ciertos grandes hombres; pero éstos pertenecían a esferas tan lejanas que me parecían míticos y además nunca eran irreprochables; el mismo exceso de su genio los condenaba al error: se hundían en el orgullo y su espíritu se falseaba. Era el caso de Víctor Hugo de quien mi padre declamaba los poemas con entusiasmo, pero cuya vanidad había terminado por perder; era el caso de Zola, de Anatole France, de muchos otros. Mi padre oponía a sus aberraciones una serena imparcialidad. Hasta la obra de aquellos a los que estimaba sin reserva tenía sus límites, mi padre hablaba con una voz viva, su pensamiento era inasible e infinito. La gente y las cosas comparecían ante él juzgaba soberanamente.

Desde el momento en que me aprobaba yo estaba segura de mí. Durante años sólo me había discernido elogios. Cuando entré en la edad ingrata lo decepcioné: apreciaba en las mujeres la elegancia, la belleza. No solamente no me ocultó su decepción sino que demostró más interés que antes por mi hermana que seguía siendo una chica bonita. Resplandecía de orgullo cuando ella se pavoneó disfrazada de Bella de la Noche. Solía participar en los espectáculos que su amigo M. Jeannot—gran celador del teatro cristiano— organizaba en los beneficios de los suburbios: hizo que Poupette trabajara con él. El rostro encuadrado de largas trenzas rubias, representó el papel de la niña en *El Farmacéutico* de Max Maurey. Le enseñó a recitar fábulas detallándolas y con efectos. Sin confesármelo, yo sufría por ese entendimiento y le guardaba un vago rencor a mi hermana.

Mi verdadera rival era mi madre. Yo soñaba con tener con mi padre relaciones personales; pero aun en las raras oportunidades en que estábamos los dos solos, hablábamos como si ella hubiera estado presente. Si en caso de conflicto yo hubiera recurrido a mi padre, él me habría contestado: "¡Debes hacer lo que te dice tu madre!" Sólo una vez busqué su complicidad. Nos había llevado a las carreras en Auteuil; el césped estaba negro de gente, hacía calor, no ocurría nada y yo me aburría; por fin largaron: la gente se precipitó sobre el cerco y sus espaldas me ocultaron la pista. Mi padre había alquilado para nosotros bancos plegadizos y quise subir sobre el mío. "No", dijo mamá que detestaba las muchedumbres y que se había puesto nerviosa cuando la gente empezó a atropellar. Insistí. "No y no", repitió. Cuando empezó a ocuparse de mi hermana me volví hacia mi padre y dije con rabia: "¡Mamá es ridícula! ¿Por qué no puedo subir sobre este banco?" Se encogió de hombros con aire molesto sin tomar partido.

Al menos ese gesto ambiguo me permitía suponer que en su fuero interno mi padre encontraba a mi madre demasiado imperiosa; me persuadí de que una silenciosa alianza existía entre él y yo. Perdí esa ilusión. Durante un almuerzo hablaron de un primo mayor, muy disipado, que consideraba a su madre tomo a una idiota: mi padre confesaba que en efecto lo era. Declaró, sin embargo, con vehemencia: "Un chico que juzga a su madre es un imbécil." Me puse roja y me levanté de la mesa pretextando un malestar: yo juzgaba a mi madre. Mi padre me había dado un doble golpe afirmando su superioridad y tratándome indirectamente de imbécil. Lo que más me enloquecía era que yo juzgaba esa misma frase que acababa de pronunciar: puesto que la tontería de mi tía saltaba a la vista ¿por qué su hijo no iba a reconocerlo? No está mal decirse la verdad y además a menudo uno no lo hace a propósito; en ese momento, por ejemplo, yo no podía impedirme pensar lo que pensaba: ¿estaba en falta? En un sentido no, y sin embargo las palabras de mi padre me impresionaban tanto que me sentía a la vez irreprochable y monstruosa. En adelante, y quizá a causa de ese incidente, yo ya no le concedería a mi padre una infalibilidad absoluta. Sin embargo, mis padres conservaron el poder de hacer de mi una culpable; yo aceptaba sus veredictos viéndome al mismo tiempo en otros ojos que los de ellos. La verdad de mi ser les pertenecía aún tanto como a mí; pero paradójicamente mi verdad en ellos podía ser sólo una mentira, podía ser falsa. Había un solo medio de prevenir esa extraña confusión: había que

disimularles las apariencias engañosas. Yo tenía la costumbre de vigilar mi lenguaje; redoblaba mi prudencia. Di un paso más. Puesto que no lo confesaba todo ¿por qué no osar actos inconfesables? Aprendí la clandestinidad.

Mis lecturas eran controladas con el mismo rigor que antaño; aparte de la lectura especialmente destinada a la infancia o purgada para ella, no me ponían entre las manos sino un número muy limitado de obras elegidas; aun así mis padres censuraban a menudo algunos pasajes; hasta en *L'Aiglon* mi padre hacía cortes. Sin embargo, confiados en mi lealtad, no cerraban la biblioteca con llave; en *La Grillère* me dejaban llevar las colecciones encuadernadas de la *Petite Illustration* después de haberme indicado las piezas que eran "para mí"; durante las vacaciones yo siempre estaba a corto de lectura; cuando había terminado *Prime rose* o *Los Bufones*, miraba con codicia la masa de papel impreso que yacía sobre el césped al alcance de mi mano, de mis ojos. Hacía tiempo que me permitía benignas desobediencias; mi madre me prohibía que comiera entre las comidas; en el campo llevaba todas las tardes en mi delantal una docena de manzanas: nunca el menor malestar me había castigado de mis excesos. Desde mis conversaciones con Madeleine dudaba que Sacha Guitry, Flers y Caillavet, Capus, Tristan Bernard, fuesen mucho más nocivos. Me arriesgaba en terreno prohibido. Me atreví a leer Bernstein, Bataille: no me hicieron el menor daño. En París, fingiendo restringirme a las *Noches* de Musset, me instalé ante el grueso volumen que contenía sus obras completas, leí todo su teatro, *Rolla*, *La Confesión de un hijo del siglo*. En adelante cada vez que me encontraba sola en casa me servía libremente en la biblioteca. Pasé horas maravillosas, en el hueco del sillón de cuero, devorando la colección de novelas a 90 centavos que habían encantado la juventud de papá: Bourget, Alphonse Daudet, Marcel Prévost, Maupassant, los Goncourt. Ellos completaron mi educación sexual, pero sin mucha coherencia. El acto de amor duraba a veces toda una noche, a veces algunos minutos, tan pronto parecía insípido, tan pronto extraordinariamente voluptuoso; encerraba refinamientos y variaciones que me resultaban completamente herméticos. Las relaciones visiblemente sospechosas de *Los Civilizados* de Farrère con sus boys, de Claudina con su amiga Rezi, embarullaron aun más la cuestión. Sea por falta de talento, sea porque sabía a la vez demasiado y demasiado poco, ningún autor logró conmoverme como me había conmovido antaño el canónigo Schmidt. En conjunto no relacionaba esos relatos con mi propia experiencia: me daba cuenta de que evocaban una sociedad en gran parte anticuada; aparte de *Claudina* y la *Señorita Dax* de Farrère, las heroínas –muchachas tontas o superficiales mujeres de mundo– me interesaban poco, consideraba mediocres a los hombres. Ninguno de esos libros me proponía una imagen del amor ni una idea de mi destino que pudiera satisfacerme, no buscaba en ellos un presentimiento de mi porvenir; pero me daban lo que yo les pedía: me desterraban; gracias a ellos me liberaba de mi infancia, entraba en un mundo complicado, aventurero, imprevisto. Cuando mis padres salían de noche yo prolongaba hasta muy tarde las alegrías de la evasión; mientras mi hermana dormía, apoyada en mi almohada, yo leía; en cuanto oía girar la llave en la cerradura apagaba; por la mañana después de haber hecho mi cama, escondía el libro bajo el colchón esperando el momento de volver a ponerlo en su lugar. Era imposible que mamá sospechara esas maniobras; pero, por momentos, la sola idea de que las *Semivirgenes* o *La mujer y el pelele* yacían contra mi colchón elástico, me hacía estremecer de terror. Para mí, mi conducta no tenía nada reprehensible: me distraía, me instruía; mis padres deseaban mi bien: yo no los contrarrestaba pues mis lecturas no me hacían daño. Sin embargo, una vez hecho público mi acto se volvió criminal. Paradojalmente fue una lectura lícita que me precipitó en las angustias de la traición. Yo había explicado en clase *Silos Mamer*. Antes de salir a veranear mi madre me compró *Adam Bede*. Sentada bajo los álamos del "parque apaisajado" seguí durante algunos días con paciencia el desarrollo de una lenta historia un poco insípida. De pronto, a consecuencias de un paseo en el bosque, la heroína que no

estaba casada se encontraba encinta. Mi corazón se puso a latir violentamente: ¡con tal que mamá no lea ese libro! Porque entonces sabría que yo sabía: yo no podía soportar esa idea. No temía una reprimenda. Era irreprochable. Pero tenía "un miedo pánico a lo que ocurriría en su cabeza. Quizá se creyera obligada a tener una conversación conmigo: esa perspectiva me espantaba porque por el silencio que ella siempre había guardado sobre esos problemas, yo inedia su repugnancia en abordarlos. Para mí la existencia de las madres solteras era un hecho objetivo que no me molestaba más que la de las antípodas; pero el hecho de que yo lo supiera se convertiría a través de la conciencia de mi madre, en un escándalo que nos mancharía a ambas.

Pese a mi ansiedad no busqué la solución más sencilla: ungir haber perdido mi libro en el bosque. Perder un objeto, aunque fuese un cepillo de dientes, desencadenaba en casa tales tempestades que el remedio me asustaba casi más que la enfermedad. Además si bien practicaba sin escrúpulo la restricción mental no hubiera tenido el coraje de decir ante mi madre semejante mentira positiva; mi rubor, mis vacilaciones me habrían traicionado. Tuve simplemente cuidado de que *Adam Bede* no cayera entre sus manos. No se le ocurrió leerlo y mi desazón se aplacó.

De esta manera, mis relaciones con mi familia se habían vuelto menos fáciles que antes. Mi hermana ya no me idolatraba sin reserva, mi padre me encontraba fea y no me lo perdonaba, mi madre desconfiaba del oscuro cambio que adivinaba en mí. Si hubieran leído en mi cabeza, mis padres me habrían condenado; en vez de protegerme como antaño su mirada me hacía peligrar. Ellos mismos habían bajado de su zócalo; no lo aproveché para recusar su juicio. Al contrario, me sentí doblemente atacada; ya no vivía en un lugar privilegiado y mi perfección estaba mellada; estaba insegura de mí misma y vulnerable. Mis relaciones con los demás tenían que estar modificadas.

Los dones de Zaza se afirmaban; tocaba el piano en forma bastante notable para su edad y empezaba a aprender el violín. Mientras mi letra era groseramente infantil, la suya me asombraba por su elegancia. Mi padre apreciaba como yo el estilo de sus cartas, la vivacidad de su conversación; se divertía en tratarla ceremoniosamente y ella se prestaba con gracia a ese juego; la edad ingrata no la desfiguraba; vestida, peinada sin rebuscamiento, tenía modales desenvueltos de señorita; no había perdido, sin embargo, su osadía varonil: durante las vacaciones galopaba a caballo a través de los bosques sin preocuparse de las ramas que la golpeaban. Hizo un viaje por Italia; a la vuelta me habló de los monumentos, de las estatuas, de los cuadros que le habían gustado; yo envidiaba los placeres que había saboreado en un país legendario y miraba con respeto la cabeza morena que encerraba tan lindas imágenes. Su originalidad me deslumbraba. Importándome menos juzgar que conocer me interesaba en todo: Zaza elegía; Grecia le encantaba, los romanos la aburrían; insensible a las desdichas de la familia real, el destino de Napoleón le entusiasmaba. Admiraba a Racine, Comeille la irritaba; detestaba *Horacio* y ardía de simpatía por *El Misántropo*. Siempre la conocí burlona, entre los doce y los quince años hizo de la ironía un sistema; ponía en ridículo no sólo a la mayoría de la gente sino también las costumbres establecidas y las ideas hechas; su libro de cabecera era *Las Máximas* de La Rochefoucauld y repetía sin cesar que el interés es lo que maneja a los hombres. Yo no tenía ninguna idea general sobre la humanidad y su terco pesimismo me imponía. Muchas de sus opiniones eran subversivas; escandalizó al curso Désir defendiendo en una composición a Alcestes contra Filinto, y otra vez colocando a Napoleón por encima de Pasteur. Sus audacias irritaban a algunas profesoras; otras las atribuían a su juventud y se divertían: era la bestia negra de algunas y la favorita de las otras. Generalmente yo tenía calificaciones superiores a las suyas aun en francés donde ganaba por "el fondo"; pero suponía que ella desdeñaba el primer lugar; aunque con notas menos buenas que las mías sus trabajos escolares debían a su desenvoltura un no sé qué del que me privaba mi asiduidad. Se decía que tenía personalidad: era ese su supremo privilegio. La complacencia confusa que yo había

sentido antaño por mí misma no me había dotado de contornos definidos; dentro de mí todo era blando, insignificante; en Zaza entreveía una presencia que surgía como una vertiente, robusta como un bloque de mármol, tan firmemente dibujada como un retrato de Durero. La comparaba a mi vacío interior y me despreciaba. Zaza me obligaba a esa confrontación, pues solía hacer paralelos entre su negligencia y mi fervor, sus defectos y mis perfecciones de las que le gustaba burlarse. Yo no estaba al amparo de sus sarcasmos.

"No tengo personalidad", me decía tristemente. Mi curiosidad se volcaba sobre todo; yo creía en lo absoluto de la verdad, en la necesidad de la ley moral; mis pensamientos se modelaban sobre su objeto, si a veces uno de ellos me sorprendía era porque reflejaba algo sorprendente. Yo prefería lo mejor a lo bueno, lo malo a lo peor, despreciaba lo que era despreciable. No veía ningún rastro de mi susceptibilidad. Me había querido sin límites: era informe como el infinito. La paradoja es que descubrí esa insuficiencia en el mismo momento en que advertí mi individualidad: mi pretensión a lo universal me había parecido hasta entonces algo que se daba por sentado, y ahora se convertía en un rasgo de carácter. "Simone se interesa por todo." Me encontraba limitada por mi rechazo de los límites. Conductas, ideas que se habían impuesto naturalmente a mí, traducían de hecho mi pasividad y mi defecto de sentido crítico. En lugar de seguir siendo la pura conciencia incrustada en el centro del todo, me encarnaba: fue una dolorosa decadencia. El rostro que de pronto me imputaban, no podía sino decepcionarme a mí que había vivido como Dios mismo, sin rostro. Por eso fui tan pronta en sumergirme en la humildad. Si hubiera sido solamente un individuo entre otros, cualquier diferencia en vez de confirmar mi soberanía corría el riesgo de convertirse en inferioridad. Mis padres habían dejado de ser para mí gerentes seguros; y quería tanto a Zaza que me parecía más real que yo: yo era su negativo; en vez de reivindicar mis propias particularidades, las soporté con despecho.

Un libro que leí alrededor de los trece años me proporcionó un mito en el que creí durante mucho tiempo. Era *El Colegial de Atenas* de André Laurie. Théagène, colegial serio, aplicado, razonable, estaba subyugado por el hermoso Euphorion; ese joven aristócrata, elegante, delicado, refinado, artista, espiritual, impertinente, deslumbraba a sus compañeros y a sus profesores aunque le reprochaban a veces su abandono y su desenvoltura. Moría en la flor de la edad y Théagène cincuenta años después contaba su historia. Yo identifiqué a Zaza con el hermoso efebo rubio y a mí misma con Théagène: había seres dotados y seres meritorios y yo pertenecía irremediabilmente a esa última categoría.

Mi modestia, sin embargo, era equívoca; los meritorios debían a los dotados admiración y abnegación. Pero en fin era Théagène que al sobrevivir a su amigo hablaba de él: era la memoria y la conciencia, el sujeto esencial. Si me hubieran propuesto ser Zaza lo habría rechazado; prefería poseer el universo y no una cara. Conservaba la convicción de que sólo yo lograba descubrir la realidad sin deformarla ni disminuirla. Sólo cuando me comparaba con Zaza deploraba amargamente mi mediocridad.

Hasta cierto punto yo era víctima de un espejismo; me sentía desde adentro, la veía a ella desde afuera: la partida no era pareja. Me parecía extraordinario que no pudiera ni siquiera ver un durazno sin erizarse; mientras mi horror por las ostras era natural. Sin embargo, ninguna otra compañera me asombró. Zaza era verdaderamente bastante excepcional.

De los nueve chicos Mabelle era la tercera, y la segunda de las mujeres; su madre no había tenido tiempo de empollarla; se había incorporado a la vida de sus hermanos, de sus primos, de los compañeros de éstos y había adquirido modales varoniles; desde temprano la habían considerado como a una chica grande y la habían cargado de las responsabilidades que incumben a los mayores. Casada a los veinticinco años con un católico practicante que además era su primo, la señora de Mabelle ya estaba sólidamente instalada en su condición de matrona cuando nació Zaza, espécimen cumplido de la burguesía bien pensante seguía su camino con la seguridad de esas grandes señoras que

autorizadas en su conocimiento de la etiqueta pueden infringirla si quieren; por eso toleraba en sus hijos anodinas impertinencias; la espontaneidad de Zaza, su naturalidad, reflejaba la orgullosa desenvoltura de su madre. Yo me había quedado estupefacta de que se atreviera en medio de una audición de piano a sacarle la lengua; era porque contaba con su complicidad: por encima de la cabeza del público ambas se reían de las convenciones. Si yo hubiera cometido semejante incongruencia mi madre la habría sentido con vergüenza: mi conformismo traducía su timidez.

El señor Mabile me gustaba a medias; era demasiado diferente de mi padre que además no simpatizaba con él. Tenía una barba larga, usaba lentes; comulgaba todos los domingos y consagraba gran parte de sus ocios a las obras sociales. Su pelo sedoso, sus virtudes cristianas lo afeminaban y lo rebajaban a mis ojos. Al principio de nuestra amistad, Zaza me contó que hacía llorar de risa a sus hijos leyendo en alta voz con mímicas *El enfermo imaginario*. Un poco más tarde ella lo escuchaba con deferencia interesada explicarnos en la gran galería del Louvre la belleza de un Coraggio cuando al salir de una proyección de *Los Tres Mosqueteros* él predecía que el cine mataría el Arte. Zaza evocaba ante mí con enternecimiento la noche en que sus padres, recién casados, habían escuchado de la mano, en el borde de un lago, la barcarola, *Bella noche –oh noche de amor...* Poco a poco se puso a hablar en otro tono. "¡Papá es tan serio!", me dijo un día con rencor. La mayor, Lili, se parecía al señor Mabile; metódica, detallista, categórica como él, brillaba en matemáticas: ambos se entendían maravillosamente. Zaza no quería a esa hermana mayor positiva y sermoneadora. La señora Mabile hacía gala de estimar mucho ese parangón, pero había entre ellas una sorda rivalidad y a menudo su hostilidad se transparentaba; la señora Mabile no ocultaba su predilección por Zaza: "Es mi retrato", decía con voz feliz. Por su parte Zaza prefería a su madre fervorosamente. Me contó que el señor Mabile había pedido varias veces en vano la mano de su prima; bonita, ardiente, vivaz. Guite Larivière temía a ese severo ingeniero; sin embargo, llevaba en el país vasco una existencia retirada, y los partidos no afluían; a los veinticinco años, bajo la imperiosa presión de su madre, se resignó a decir sí. Zaza me confió también que la señora Mabile –a quien atribuía tesoros de encanto, de sensibilidad, de fantasía– había sufrido por la incomprensión de un marido aburrido como un libro de álgebra; no pensaba mucho más allá; hoy me doy cuenta de que sentía por su padre una repulsión física. Su madre le enseñó muy pronto y con una cruel crudeza las realidades sexuales: Zaza comprendió precozmente que la señora Mabile había aborrecido desde la primera noche y para siempre los deberes conyugales. Extendió a toda la familia de su padre la repugnancia que éste le inspiraba. En cambio, adoraba a su abuela materna que compartía su cama siempre que venía a París. El señor Larivière había militado antaño en diarios y revistas provincianos junto a Luis Veuillot; había dejado detrás de sí algunos artículos y una vasta biblioteca; contra su padre, contra las matemáticas, Zaza optó por la literatura; pero muerto su abuelo, careciendo la señora Larivière y la señora Mabile de cultura, nadie podía dictarle a Zaza principios ni gustos: tuvo que pensar por sí sola. A decir verdad, su margen de originalidad era muy delgado; fundamentalmente, Zaza, como yo, expresaba su medio. Pero en el curso Désir y en nuestros hogares estábamos tan estrechamente sujetas a los prejuicios y a los lugares comunes que el menor impulso de sinceridad, la más mínima invención sorprendía.

Lo que más me impresionaba en Zaza era su cinismo. Caí de las nubes cuando, años más tarde, me dio las razones. Estaba lejos de compartir la alta opinión que yo tenía de ella. La señora Mabile tenía una progenitura demasiado numerosa, cumplía demasiados "deberes sociales" y obligaciones mundanas para conceder mucho de sí misma a ninguno de sus hijos; su paciencia, sus sonrisas, cubrían, según creo, una gran frialdad; de chiquita, Zaza se sintió más o menos descuidada; luego su madre le demostró un afecto particular pero muy medido: el amor apasionado que Zaza sentía por ella fue más celoso que feliz. No sé si en su rencor por su padre no entraba también despecho: no debió de serle indiferente la predilección del señor Mabile por Lili. De todos modos el tercer vástago de una familia

de nueve hijos no puede sino considerarse un número entre otros; se beneficia de una solicitud colectiva que no lo alienta a creerse alguien. Ninguna de las chicas Mabelle era apocada; colocaban demasiado arriba a su familia para sentir timidez ante los extraños; pero cuando Zaza, en vez de portarse como un miembro del clan, se sentía ella misma, se encontraba un montón de defectos: era fea, sin gracia, poco amable, mal querida. Compensaba con la ironía ese sentimiento de inferioridad. No lo noté entonces, pero nunca se rió de mis defectos: solamente de mis cualidades; nunca puso en evidencia sus dones ni sus éxitos, sólo se jactaba de sus debilidades. Durante las vacaciones de Pascuas, cuando teníamos catorce años, me escribió que no había tenido valor de estudiar sus deberes de física y que, sin embargo, la idea de fracasar en la próxima composición la desolaba: "Usted no puede comprenderme, porque si tuviera que aprender una composición, en vez de atormentarse por no saberla la aprendería." Me entristecí leyendo esas líneas que ponían en ridículo mis manías de buena alumna; pero su discreta agresividad también significaba que Zaza se reprochaba su indolencia. Si yo la crispaba era porque a la vez me daba la razón y me la quitaba; defendía sin alegría contra mis perfecciones a la chica desdichada que era ella ante sus propios ojos.

También había resentimiento en su desprecio por la humanidad. No se estimaba, pero el resto del mundo tampoco le parecía estimable. Buscaba en el cielo el amor que la tierra le negaba, era muy piadosa. Vivía en un medio más homogéneo que el mío, donde los valores religiosos eran afirmados unánimemente y con énfasis: el desmentido que la práctica infligía a la teoría cobraba un esplendor más escandaloso. Los Mabelle daban dinero para beneficencia. Todos los años iban a Lourdes en la peregrinación nacional; los varones hacían de camilleros; las chicas lavaban los platos en las cocinas de los hospicios. La gente que los rodeaba hablaba mucho de Dios, de caridad, de ideal; pero Zaza advirtió pronto que toda esa gente sólo respetaba el dinero y las dignidades sociales. Esa hipocresía la sublevó; se protegió de ella con una resolución de cinismo. Nunca comprendí lo que había de desgarrado y de crujiendo en lo que llamaban sus paradojas en el curso *Désir*.

Zaza tuteaba a sus demás amigas; en las Tullerías jugaba con cualquiera, tenía modales muy libres y hasta un poco atrevidos. Sin embargo, mis relaciones con ella eran bastante etiqueteras, ni abrazos, ni riñas; seguíamos diciéndonos de usted y nos hablábamos a distancia. Yo sabía que me quería mucho menos de lo que yo la quería; me prefería a nuestras otras compañeras, pero la vida escolar no contaba para ella tanto como para mí; muy ligada a su familia, a su medio, a su piano, a sus vacaciones, yo ignoraba el lugar que me concedía en su existencia; al principio no me había inquietado; ahora me interrogaba tenía conciencia de que mi fervor estudioso, mi docilidad la aburrían; ¿hasta qué punto me estimaba? No se trataba de recelarle mis sentimientos ni de tratar de conocer los suyos. Había logrado liberarme interiormente de los clisés con que los adultos abrumaban a la infancia: aceptaba mis emociones, mis sueños, mis deseos y hasta ciertas palabras. Pero no me imaginaba que se pudiera comunicar sinceramente con alguien. En los libros la gente se hace declaraciones de amor, de odio, pone su corazón en frases; en la vida uno nunca pronuncia palabras que pesan. Lo que "se dice" está tan bien regimentado como lo que "se hace". Nada más convencional que las cartas que cambiábamos. Zaza utilizaba los lugares comunes un poco más elegantemente que yo; pero ni la una ni la otra expresábamos nada de lo que nos importaba realmente. Nuestras madres leían nuestra correspondencia: esa censura no favorecía las libres efusiones. Pero aun en nuestra conversación respetábamos indefinibles conveniencias; teníamos un pudor exagerado, convencidas, ambas, de que nuestra íntima verdad no debía expresarse abiertamente. Por lo tanto, me encontré reducida a interpretar signos inciertos; el menor elogio de Zaza me llenaba de alegría; las sonrisas burlonas de las que era pródiga me destrozaban. La felicidad que me cabía nuestra amistad fue turbada durante esos años ingratos por el temor de disgustarle.

Un año, durante las vacaciones, su ironía me hizo sufrir enormemente. Yo había ido a admirar con

mi familia las cataratas de Gimel; ante lo que tenían de pintoresco reaccioné con un entusiasmo obligado. Por supuesto, dado que mis cartas expresaban mi vida pública, callaban cuidadosamente las alegrías solitarias que me daba el campo; en cambio traté de describirle a Zaza esa excursión colectiva, sus bellezas, mi entusiasmo. La criatura de mi estilo subrayaba deplorablemente la insinceridad de mis emociones. En su respuesta Zaza insinuó maliciosamente que le había mandado por equivocación uno de mis deberes de vacaciones: lloré. Sentí que me reprochaba algo más grave que la torpe grandilocuencia de mis frases: yo arrastraba siempre conmigo mis harapos de buena alumna. En parte era verdad; pero era verdad también que yo quería a Zaza con una intensidad que no tenía nada que ver con las costumbres ni con las obligaciones. Yo no era exactamente el personaje que ella creía; pero no encontraba la manera de destruirlo para mostrar a Zaza mi corazón al desnudo: ese malentendido me desesperaba. En mi respuesta fingí bromear reprochando a Zaza su crueldad; ella sintió que me había herido, pues se disculpó a vuelta de correo: yo había sido víctima, me decía, de un ataque de mal humor. Me tranquilicé.

Zaza no sospechaba hasta qué punto yo la veneraba, ni cómo había dimitido de todo orgullo en su favor. En una venta de candelabros del curso Désir, un grafólogo examinó nuestras letras; la de Zaza le pareció denotar una precoz madurez, una sensibilidad, una cultura, dotes artísticas asombrosas; en la mía sólo vio infantilismo. Acepté ese veredicto: sí, yo era una alumna aplicada, una niña juiciosa, nada más. Zaza se indignó con; una vehemencia que me reconfortó. Protestando en una carta contra otro análisis igualmente desfavorable, que yo le había comunicado, esbozó mi retrato: "Un poco de reserva, un poco de sumisión del espíritu a las doctrinas y a las costumbres; agrego mucho corazón y una ceguera sin igual y muy indulgente para sus amigas."

No solíamos hablar tan explícitamente de nosotras. ¿Era culpa mía? El hecho es que Zaza hacía gentilmente alusión a mi reserva: ¿deseaba entre nosotras más abandono? El afecto que yo sentía por ella era fanático; el suyo para mí reticente; pero sin duda yo fui la responsable de nuestro exceso de discreción.

Sin embargo, ésta me pesaba. Brusca, cáustica, Zaza era sensible; un día había llegado al curso con el rostro descompuesto porque se había enterado de la muerte de un primo lejano. Mi culto por ella la habría emocionado: me resultó intolerable que no lo adivinara. Puesto que no encontraba ninguna palabra, inventé un gesto. Era correr grandes riesgos; mamá encontraría mi iniciativa ridícula: o la misma Zaza la acogería con sorpresa. Pero tenía tal necesidad de expresarme que por una vez pasé por encima de todo. Confié mi proyecto a mi madre que lo aprobó. Le regalaría a Zaza para su cumpleaños un bolso que haría con mis propias manos. Compré una seda roja y azul bordada de oro que me pareció el colmo del lujo; con un molde de la *Moda Práctica* la cosí sobre una armazón de espartero y la forré con raso cereza: envolví mi obra en papel de seda. Llegado el día aceché la llegada de Zaza; cuando le tendí mi regalo me miró con estupor, luego el rubor le subió a las mejillas y su rostro cambió; durante un rato quedamos la una frente a la otra, confusas, por nuestra emoción, incapaces de encontrar en nuestro repertorio una palabra, un gesto apropiados. Al día siguiente nuestras madres se encontraron. "Agradece a la señora de Beauvoir –dijo la señora Mabilie con su voz afable–; toda la molestia ha sido de ella." Trataba de hacer entrar mi acto en el circuito de las cortesías de los adultos. Comprendí en ese instante que ya no la quería nada. Por otra parte fracasó. Algo había ocurrido que ya no podía ser borrado.

De todas maneras eso me alertó. Aun cuando Zaza se mostraba muy amistosa, aun cuando parecía estar a gusto conmigo, tenía miedo de importunarla. De esa secreta "personalidad" que la habitaba, sólo me revelaba migajas: me hacía una idea casi religiosa de su soledad consigo misma. Un día fui a buscar a la calle Varennes un libro que ella debía prestarme; no estaba en su casa; entonces me hicieron entrar en su cuarto: podía esperarla, no podía tardar. Miré la pared empapelada de azul, la

Santa Ana de Vinci, el crucifijo; Zaza había dejado abierto sobre su escritorio uno de sus libros favoritos, los *Ensayos* de Montaigne; leí la página que acababa de abandonar, que reanudaría: ¿que leía en ella? Los signos impresos me parecían más indescifrables que en la época en que no sabía el alfabeto. Trataba de ver el cuarto con los ojos de Zaza, de insinuarme en ese monólogo que tenía lugar entre ella y ella: en vano. Podía tocar todos esos objetos donde su presencia estaba impresa; pero no me la entregaban, anunciándomela, me la ocultaban; hasta parecía que me desafiaban de poder acercarme a ella jamás. La existencia de Zaza me pareció tan herméticamente cerrada sobre sí misma que el menor lugar me era negado. Tomé mi libro, huí. Cuando la vi al día siguiente me pareció sorprendida: ¿por qué me había ido tan pronto? No supe explicarle. No me confesaba a mí misma con qué torturas afiebradas pagaba la dicha que me daba.

La mayoría de los varones que yo conocía me parecían sin gracia y tupidos; sin embargo, sabía que pertenecían a una categoría privilegiada. Estaba dispuesta a sufrir su prestigio en cuanto tenían un poco de encanto y de vivacidad. Mi primo Jacques nunca había perdido el suyo. Vivía solo con su hermana y una vieja sirvienta en la casa del Bulevar Montparnasse y venía a menudo a pasar la velada a casa. A los trece años ya tenía modales de muchacho mayor; la independencia de su vida, su autoridad en las discusiones hacían de él un adulto precoz y me parecía normal que me tratara como a una primita. Nos alegrábamos mucho mi hermana y yo cuando reconocíamos su campanillazo. Una noche llegó tan tarde que ya estábamos en la cama; nos precipitamos al escritorio en camisón. "¡Vamos!" – dijo mi madre–. ¡Son muy grandes para presentarse en esa facha!" Quedé asombrada. Miraba a Jacques como a una especie de hermano. Me ayudaba a hacer mis traducciones del latín, criticaba la elección de mis lecturas, me decía versos. Una noche en el balcón recitó *La Tristeza de Olympio* y recordé con el corazón estrujado que habíamos sido novios. Ahora no tenía verdaderas conversaciones sino con mi padre.

Estaba externo en el colegio Stanislas donde brillaba; entre los catorce y quince años se entusiasmó con un profesor de literatura que le enseñó a preferir Mallarmé a Rostand. Mi padre se encogió de hombros, luego se irritó. Como Jacques denigraba a *Cyrano* sin saber explicar las tallas, como recitaba con aire goloso versos oscuros sin hacerme sentir las bellezas, admití con mis padres que posaba. No obstante aun discutiendo sus gustos admiraba que los defendiera con tanta soberbia. Conocía una cantidad de poetas y de escritores de los que yo ignoraba todo; con él entraban en la casa rumores de un mundo que me estaba vedado: ¡cómo hubiera querido penetrar en él! Papá solía decir: "Simone tiene un cerebro de hombre. Simone es un hombre." Sin embargo, me trataban como a una mujer. Jacques y sus camaradas leían los verdaderos libros, estaban al corriente de los verdaderos problemas; vivían a cielo abierto: a mí me confinaban en una nursery. No me desesperaba. Confiaba en mi porvenir. Por el saber o el talento las mujeres se habían hecho un lugar en el universo de los hombres. Pero me impacientaba ese retardo que me imponían. Cuando llegaba a pasar delante del colegio Stanislas mi corazón se oprimía; evocaba el misterio que se celebraba detrás de esas paredes: una clase de varones, y me sentía en el exilio. Tenían como profesores hombres de brillante inteligencia que les descubrían el conocimiento en su intacto esplendor. Mis viejas maestras sólo me lo comunicaban expurgado, insulso, gastado. Me alimentaban con sucedáneos, me retenían en una jaula.

En efecto, yo ya no miraba a las señoritas como a las augustas sacerdotisas del Saber sino como a beatas irrisorias. Más o menos afiliadas a la orden de los jesuitas se peinaban con la raya en el costado mientras eran todavía novicias, con raya al medio cuando habían pronunciado sus votos. Creían tener que manifestar su devoción con la extravagancia de sus vestimentas; llevaban blusas de tafetán tornasolado, con mangas tic farol y ballenas hasta el cuello; sus faldas barrían el piso. Eran más ricas en virtudes que en diplomas. Consideraban notable que la señorita Dubois terminara una licencia de

inglés; la señorita Billón, que tenía unos treinta años, había sido vista en la Sorbona, pasando el oral de su bachillerato, ruborizada y con guantes. Mi padre no ocultaba que esas piadosas mujeres le parecían un poco atrasadas. Le fastidiaba que me obligaran cuando contaba en una redacción un paseo o una fiesta, a terminar mi relato "agradeciendo a Dios ese lindo día". Apreciaba a Voltaire, a Beaumarchais, sabía de memoria a Víctor Hugo: no admitía que detuvieran la literatura francesa en el siglo XVII. Hasta llegó a proponerle a mamá que nos pusiera a mi hermana y a mí en el liceo. Rechacé impetuosamente esa sugestión. Habría perdido el gusto de vivir si me hubieran separado de Zaza. Mi madre me sostuvo. Sobre ese punto, yo estaba dividida. Quería quedarme en el curso *Désir* y, sin embargo, ya no me encontraba a gusto. Seguí trabajando con fuego, pero mi conducta se alteró. La directora de las clases, superiores, la señorita Lejeune, una mujer alta, seca y vivaz, de palabra fácil me imponía; pero me burlaba con Zaza y algunas compañeras de las ridiculeces de las otras profesoras. Las celadoras no lograban mantenernos tranquilas. Pasábamos las horas huecas que separaban las clases en un gran habitación llamada "la sala de estudio de los cursos". Conversábamos, ironizábamos, provocábamos a la celadora encargada de mantener el orden y que habíamos apodado "el espantapájaros de los gorriones". Mi hermana, exacerbada, había decidido volverse francamente insoportable. Con una amiga que ella había elegido, Anne-Marie Gendron, fundó *El Eco del curso Désir*; Zaza le prestó pasta para policopiar y de tanto en tanto yo colaboraba; redactábamos panfletos sangrientos. Ya no nos daban notas de conducta, pues las señoritas nos sermoneaban y se quejaban a nuestra madre. Ella se inquietaba un poco, pero como mi padre reía con nosotras, lo dejaba pasar. Nunca me rozó la idea de atribuirle una significación moral a esas travesuras. Las señoritas habían dejado de poseer las llaves del bien y del mal desde el momento en que yo había descubierto que eran tontas.

La tontería: antaño se la reprochábamos mi hermana y yo a los chicos que nos aburrían; ahora acusábamos a muchas personas mayores, en particular a las señoritas. Los sermones untuosos, las repeticiones solemnes, las grandes palabras, las afectaciones, eso era la tontería; era tonto conceder importancia a nimiedades, empecinarse en usos y costumbres, preferir los lugares comunes, los prejuicios a las evidencias. El colmo de la tontería era creer que nos tragábamos las virtuosas mentiras que nos endilgaban. La tontería nos hacía reír, era uno de los grandes temas de diversión; pero también tenía algo aterrador. Si ella ganaba habríamos perdido el derecho a pensar, a burlarnos, a experimentar verdaderos deseos, verdaderos placeres. Había que combatirla o renunciar a vivir.

Mi insubordinación terminó por irritar a las señoritas y me lo hicieron saber. El instituto Adeline *Désir* ponía un cuidado especial en distinguirse de los establecimientos laicos donde adornan los espíritus sin formar las almas. En vez de distribuirnos a fin de año premios correspondientes a nuestros éxitos escolares –cosa que habría podido crear entre nosotras rivalidades profanas– nos discernían en el mes de marzo, bajo la presidencia de un obispo, nominaciones y medallas que recompensaban sobre todo nuestra dedicación, nuestra formalidad, y también nuestra antigüedad en la casa. La reunión tenía lugar en la sala Wagram con una enorme pompa. La más alta distinción era "la nominación de honor" concedida en cada clase a un puñado de elegidas que se destacaban en todo. Las otras sólo tenían derecho a menciones especiales. Ese año, cuando mi nombre hubo resonado solemnemente en el silencio, oí con sorpresa a la señorita Lejeune proclamar: "Nominaciones especiales de matemáticas, de historia y de geografía." Hubo entre mis compañeras un murmullo semiconsternado, semisatisfecho, pues no tenía solamente amigas. Me tragué con dignidad la afrenta. A la salida mi profesora de historia se acercó a mamá: la influencia de Zaza me era nefasta; no tenían que dejarnos sentar a la una junto a la otra durante los cursos. Pese a mis esfuerzos las lágrimas asomaron a mis ojos; eso alegró a la señorita Gontran que creyó que lloraba mi nominación de honor; yo me ahogaba de ira porque pretendían alejarme de Zaza. Pero mi angustia era más profunda. En ese triste corredor, presentía oscuramente que mi infancia tocaba a su fin. Los adultos me tenían todavía bajo su tutela, sin

poder ya asegurarme la paz del corazón. Yo estaba separada de ellos por esa libertad de la que no sacaba ningún orgullo pero que soportaba solitariamente.

Yo ya no reinaba sobre el mundo; las fachadas de los edificios, las miradas indiferentes de los transeúntes me exilaban. Por eso mi amor por el campo cobró colores místicos. En cuanto llegaba a Meyrignac las murallas se derrumbaban, el horizonte retrocedía. Me perdía en el infinito sin dejar de ser yo misma. Sentía sobre mis párpados el calor del sol que brilla para todos y que allí, en ese instante, sólo me acariciaba a mí. El viento giraba alrededor de los álamos: venía de otra parte, de todos lados, atropellaba el espacio y yo giraba inmóvil, hasta los confines de la tierra. Cuando la luna se alzaba en el cielo, yo comulgaba con las lejanas ciudades, los desiertos, los mares, las aldeas que en el mismo momento se bañaban en su luz. Ya no era una conciencia vacante, una mirada abstracta sino el olor ondulante de los trigos negros, el olor íntimo de los brezos, el espeso calor del mediodía o el estremecimiento de los crepúsculos; pesaba mucho; y sin embargo, me evaporaba en el espacio, ya no tenía límites.

Mi experiencia humana era breve; por falta de una buena iluminación y de palabras apropiadas no lograba asirlo todo. La naturaleza me descubría, tangibles, cantidad de maneras de existir a las que nunca me había acercado. Admiraba el aislamiento soberbio del pino que dominaba el paisaje; me entristecía por la soledad en común, de las briznas de pasto. Aprendí las mañanas ingenuas y la melancolía crepuscular, los triunfos y las decadencias, los renacimientos, las agonías. Algo en mí un día coincidiría con el perfume de las madre selvas. Todas las noches iba a sentarme junto a los mismos matorrales y miraba las ondulaciones azuladas de las *Monedières*; todas las noches el sol se ocultaba detrás de la misma colina; pero los rojos, los rosados, o carmines, los purpúreos, los violáceos, no se repetían nunca. En las praderas inmutables zumbaba desde el alba hasta la noche una vida siempre nueva. Frente al cielo cambiante la fidelidad se distinguía de la rutina, y envejecer no era necesariamente renegarse.

De nuevo era única y era exigida; mi mirada era necesaria para que el rojo del haya encontrara el azul del cedro y la plata de los álamos. Cuando me iba el paisaje se deshacía, ya no existía para nadie: no existía en absoluto.

Sin embargo, con mucho más fuerza que en París sentía a mi alrededor la presencia de Dios; en París los hombres y sus andamiajes me la ocultaban; aquí veía las hierbas y las nubes tal como él las había arrancado del caos y llevaban su marca. Más me pegaba a la tierra, más me acercaba a él y cada paseo era un acto de adoración. Su soberanía no me quitaba la mía. Conocía todas las cosas a su manera, es decir, absolutamente; pero me parecía que de cierta manera necesitaba mis ojos para que los árboles tuviesen colores. El ardor del sol, la frescura del rocío, ¿cómo puede sentirlos un puro espíritu sino a través de mi cuerpo? Había hecho esta tierra para los hombres, y los hombres para rendir testimonio de sus bellezas: la misión de que siempre me había sentido oscuramente encargada, él me la había dado. Lejos de destronarme aseguraba mi reino. Privada de mi presencia la creación se hundía en un oscuro sueño; al despertarla cumplía el más sagrado de mis deberes, mientras los adultos indiferentes traicionaban los designios de Dios. Cuando por la mañana cruzaba corriendo las tranqueiras blancas para ir a hundirme en el bosque era él mismo que me llamaba. Me miraba con complacencia admirar ese mundo que él había creado para que yo lo viera.

Aun si el hambre me atenaceaba, aun si estaba cansada de leer y de rumiar, me costaba reintegrarme a mi esqueleto y entrar en el espacio cerrado, en el tiempo esclerótico de los adultos. Una noche me olvidé de la hora. Era en *La Grillère*. Había leído largo rato al borde de un estanque una historia de San Francisco de Asís; en el crepúsculo había cerrado el libro; acostada sobre el pasto miraba la luna; brillaba sobre la Ombría mojada por los primeros llantos de la noche: la dulzura de esa hora me

sofocaba. Hubiera querido pescarla al vuelo y fijarla para siempre sobre el papel con palabras; habrá otras horas, me decía, y aprenderé a retenerlas. Permanecía clavada a la tierra, los ojos fijos en el cielo. Cuando empujé la puerta de la sala de billar mi familia acababa de comer. Fue un escándalo; hasta mi padre mantuvo bulliciosamente su papel. Como represalias mi madre decretó que al día siguiente no pondría los pies fuera del parque. No me atreví a desobedecer francamente. Pasé el día sentada en el césped, o bien recorriendo los senderos, con un libro en la mano y loca de rabia. Allá, las aguas del estanque se arrugaban, se aplacaban, la luz se exasperaba, se suavizaba, sin mí, sin ningún testigo; era intolerable. "Si lloviera, si hubiera una razón –me decía–, me resignaría." Pero encontraba intacta la rebeldía que antaño me convulsionaba; una palabra lanzada al azar bastaba para impedir una alegría, una plenitud; y esa frustración del mundo y de mí misma no servía para nadie, para nada. Felizmente esa penitencia no se repitió. En general, a condición de estar de vuelta a la hora de las comidas, disponía de mis días. Mis vacaciones me evitaron confundir las alegrías de la contemplación con el aburrimiento. En París, en los museos solía hacer trampa; al menos conocía la diferencia entre las admiraciones forzadas y las emociones sinceras. Aprendí también que para entrar en el secreto de las cosas primeramente hay que darse a ellas. Por lo general mi curiosidad era glotona; creía poseer en cuanto conocía y conocer con sólo sobrevolar. Pero para domesticar un rincón de campo rondaba día tras día por los senderos, permanecía largas horas inmóvil al pie de un árbol: entonces la menor vibración del aire, cada matiz del otoño me llegaba.

Me resignaba mal a volver a París. Salía al balcón; sólo veía techos; el cielo se reducía a un lugar geométrico, el aire ya no era ni perfume ni caricia, se confundía con el espacio desnudo. Los ruidos de la calle no me decían nada. Me quedaba ahí, el corazón vacío, los ojos llenos de lágrimas.

En París volvía a caer bajo la férula de los adultos. Seguía aceptando sin criticarla su versión del mundo. No es posible imaginar enseñanza más sectaria que la que recibí. Manuales escolares, libros, clases, conversaciones: todo convergía. Nunca me dejaron oír, ni de lejos, ni en sordina, otra versión de las cosas.

Aprendí la historia tan dócilmente como la geografía, sin sospechar que pudiera prestarse más a discusión. De chiquita me emocioné en el museo Grévin ante los mártires arrojados a los leones, ante la noble figura de María Antonieta. Los emperadores que habían perseguido a los cristianos, las tejedoras y los "sans culones" me parecían las más odiosas encarnaciones del Mal. El Bien era la Iglesia y Francia. Me enseñaron en el curso los papas y los concilios; pero me interesaba más el destino de mi país: su pasado, su presente, su porvenir alimentaban en casa numerosas conversaciones; papá se delectaba con los libros de Madelin, de Lenótre, de Funck-Brentano; me hicieron leer cantidad de novelas y relatos históricos y toda la colección de memorias expurgadas por la señora Carette. A los nueve años lloré sobre las desdichas de Luis XVII y admiré el heroísmo de los *Chouans*; pero pronto renuncié a la monarquía; me parecía absurdo que el poder dependiera de la herencia y cayera la mayoría de las veces en manos de imbéciles. Me habría parecido normal que el gobierno fuera confiado a los hombres más competentes. En nuestro país, lo sabía, no era desgraciadamente el caso. Una maldición nos condenaba a ser dirigidos por los crápulas; por eso Francia, superior en esencia a todas las demás naciones, no ocupaba en el mundo el lugar que le correspondía. Algunos amigos de papá sostenían contra él que no era Alemania sino Inglaterra nuestra enemiga hereditaria; pero sus disensiones nunca iban muy lejos. Se ponían de acuerdo para considerar la existencia de cualquier país extranjero como una irrisión y un peligro. Víctima del idealismo criminal de Wilson, amenazada en su porvenir por el realismo brutal de los alemanes y de los bolcheviques, Francia, a falta de una mano firme, corría a su pérdida. Por otra parte, la civilización entera iba a naufragar. Mi padre, que estaba comiéndose su capital, decretaba la ruina para toda la humanidad; mamá opinaba lo mismo. Había el

peligro rojo, el peligro amarillo: desde los confines de la tierra y desde los bajos fondos de la sociedad una nueva barbarie no tardaría en arrasarnos; la revolución precipitaría al mundo en el caos. Mi padre profetizaba esas calamidades con una vehemencia apasionada que me consternaba; ese porvenir que describía con colores atroces era el mío; me gustaba la vida: no podía aceptar que se transformara mañana en un lamento sin esperanza. Un día en vez de dejar pasar sobre mi cabeza la catarata de palabras y de imágenes devastadoras inventé una respuesta: "De todas maneras, me dije, siempre serán hombres los que ganarán." Al oír a mi padre parecía que monstruos informes se disponían a hacer pedazos a la humanidad; pero no: en ambos campos se afrontaban los hombres. Después de todo, pensé, la mayoría ganará; los descontentos serán la minoría; si la felicidad cambia de manos no es una catástrofe. El Otro había dejado de pronto de parecerme el Mal absoluto; no veía *a priori* por qué preferir a sus intereses los que decían ser los míos. Respiré. La tierra no estaba en peligro.

La angustia me había estimulado; contra la desesperación había descubierto una salida porque la había buscado con desesperación. Pero mi seguridad y mis confortables ilusiones me hacían insensible a los problemas sociales. Estaba a cien leguas de discutir el orden establecido.

Decir que la propiedad me parecía un derecho sagrado es poco decir; como antes, entre la palabra y la cosa que designa, yo suponía entre el propietario y sus bienes una unión consustancial. Decir: *mi* dinero, *mi* hermana, *mi* nariz, era en los tres casos afirmar un lazo que ninguna voluntad podía destruir porque existía más allá de toda convención. Me contaron que para construir la línea de ferrocarril que iba a Uzerche, el Estado había expropiado a un buen número de campesinos y de terratenientes. Me escandalizó tanto como si hubiera mandado verter su propia sangre. Meyrignac pertenecía a mi abuelo tan absolutamente como su vida.

En cambio, no admitía que un hecho bruto, la riqueza, pudiera fundar ningún derecho ni conferir ningún mérito. El Evangelio predica la pobreza. Yo respetaba mucho más a Louise que a mía cantidad de señoras ricas. Me indignaba que mi prima Madeleine no quisiera saludar a los panaderos que venían en su carrito a traer el pan a *La Grillère*. "Ellos tienen que saludarme primero", declaraba. Yo creía en la igualdad abstracta de las personas humanas. En Meyrignac un verano leí un libro de historia que preconizaba el sufragio universal. Alcé la cabeza: "Pero es vergonzoso impedir que los pobres voten." Papá sonrió. Me explicó que una nación es un conjunto de bienes; a los que los poseen les corresponde normalmente administrarlos. Para concluir me citó la palabra de Guizot: "Enriqueceos." Su demostración me dejó perpleja. Papá no había logrado enriquecerse: ¿le hubiera parecido justo que lo privaran de sus derechos? Si yo protestaba era en nombre del sistema de valores que él mismo me había enseñado. Él no consideraba que la calidad de un hombre se midiera por su cuenta bancaria; solía burlarse de los "nuevos ricos". La *élite* se definía según él por la inteligencia, la cultura, una ortografía correcta, una buena educación, ideas sanas. No me costaba seguirlo cuando objetaba al sufragio universal la tontería y la ignorancia de la mayoría de los electores: sólo las personas ilustradas tendrían derecho a opinar. Me inclinaba ante esa lógica completada por una verdad empírica: las "luces" son el patrimonio de la burguesía. Ciertos individuos de capas inferiores logran proezas intelectuales, pero conservan algo "primario" y tienen generalmente el espíritu falseado. En cambio, todo hombre de buena familia posee un "no sé qué" que lo distingue del vulgo. No me chocaba demasiado que el mérito estuviera ligado al azar de un nacimiento puesto que la voluntad de Dios decidía la suerte de cada uno. En todo caso el hecho me parecía patente: moralmente, por lo tanto absolutamente, la clase a la cual yo pertenecía era mucho más importante que todo el resto de la sociedad. Cuando iba con mamá a visitar a los chacareros del abuelo, el olor de estiércol, la suciedad de los interiores por donde corrían las gallinas, la rusticidad de los muebles, me parecían reflejar la grosería de sus almas; los veía trabajar en los campos, embarrados, con olor de sudor y de tierra, y nunca contemplaban la armonía del paisaje, ignoraban las bellezas de las puestas de sol. No leían, no

tenían ideales; papá decía, sin animosidad por otra parte, que eran "bestias". Cuando me leyó, el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de Gobineau, adopté enseguida la idea de que su cerebro era diferente del nuestro.

Me gustaba tanto el campo que la vida de los campesinos me parecía feliz. Si hubiera entrevistado a los obreros no habría podido evitar hacerme preguntas; pero lo ignoraba todo. Antes de su casamiento tía Lili, ociosa, se ocupaba de beneficencia; a veces fui con ella a llevar juguetes a chicos que había elegido; los pobres no me parecieron desdichados. Una cantidad de almas caritativas les hacían caridad y las hermanas de San Vicente de Paul se consagraban especialmente a su servicio. Entre ellos había descontentos: eran falsos pobres que se llenaban de pavo asado la noche de Navidad, o malos pobres que bebían. Algunos libros –Dickens, *Sin familia* de Héctor Malot– describían existencias duras; me parecía terrible la suerte de los mineros encerrados durante todo el día en galerías oscuras, a la merced de una exposición. Pero me aseguraron que los tiempos habían cambiado. Los obreros trabajaban mucho menos y ganaban mucho más; desde la creación de los sindicatos los verdaderos oprimidos eran los patronos. Los obreros, mucho más favorecidos que nosotros, no tenían necesidad de "aparentar" y podían comer pollo todos los domingos; en el mercado sus mujeres compraban los mejores trozos y usaban medias de seda. La dureza de sus oficios, la incomodidad de sus viviendas, estaban acostumbrados a eso; no sufrían como hubiéramos sufrido nosotros. Sus recriminaciones no tenían la excusa de la necesidad. Por otra parte, mi padre decía encogiéndose de hombros: "¡Nadie se muere de hambre!" No, si los obreros aborrecían a la burguesía era porque tenían conciencia de su superioridad. El comunismo, el socialismo, sólo se explicaban por la envidia. "Y la envidia, decía mi padre, es un sentimiento muy feo."

Una sola vez presenté la miseria. Louise vivía con su marido, el plomero, en su cuarto de la calle Madame, en el altillo; tuvo un bebé, fui con mamá a verla. Nunca había puesto los pies en una bohardilla. El triste corredor sobre el que daban una docena de puertas, todas iguales, me estrujó el corazón. El cuarto de Louise, minúsculo, contenía una cama de hierro, una cuna, una mesa y sobre ella un calentador; ella dormía, cocinaba, comía, vivía con un hombre entre esas cuatro paredes; a lo largo del corredor las familias se ahogaban, emparedadas en covachas idénticas; la promiscuidad en la cual yo vivía y la monotonía de mis días burgueses ya me oprimían. Entreví un universo donde el aire que se respiraba tenía gusto de hollín, donde jamás una luz horadaba la mugre: la existencia era una lenta agonía. Poco después Louise perdió a su chico. Sollocé durante horas: era la primera vez que me enfrentaba con la desgracia. Imaginaba a Louise en su cuarto sin alegría, privada de su chico, privada de todo: semejante desamparo debería hacer explotar la tierra. "¡Es demasiado injusto!", me decía. No pensaba solamente en el chico muerto sino en el zaguán del sexto piso. Terminé por secar mis lágrimas sin haber puesto a la sociedad en tela de juicio.

Me resultaba difícil pensar por mí misma, pues el sistema que me enseñaban era a la vez monolítico e incoherente. Si mis padres no hubieran estado de acuerdo yo habría podido oponer el uno al otro. Una doctrina única y rigurosa hubiera proporcionado a mi joven lógica sólidas presas. Pero alimentada a la vez por la moral de los *Oiseaux* y por el nacionalismo paterno, me hundía en las contradicciones. Ni mi madre ni las señoritas dudaban que el Papa fuera elegido por el Espíritu Santo; sin embargo, mi padre no admitía que se mezclara en los asuntos civiles y mi madre pensaba como él; León XIII al consagrar encíclicas a las "cuestiones sociales" había traicionado su misión; Pío XII que no se había inmiscuido era un santo. Yo tenía, por lo tanto, que digerir esa paradoja: el hombre elegido por Dios para representarlo sobre la tierra no debía ocuparse de las cosas terrenales. Francia era la hija mayor de la Iglesia; debía obediencia a su madre. No obstante, los valores nacionales pasaban antes que las virtudes católicas; cuando en San Sulpicio hicieron una colecta para "los chicos hambrientos de Europa Central" mi madre se indignó y se negó a dar "para los alemanes". En todas las circunstancias

el patriotismo y la preocupación por el orden prevalecían sobre la caridad cristiana. Mentir es ofender a Dios; sin embargo, papá profesaba que habiendo hecho una falsificación el coronel Henry se conducía como un gran hombre honesto. Matar era un crimen, pero no había que abolir la pena de muerte. Me enseñaron desde temprano las conciliaciones de la casuística, a separar radicalmente a Dios de César y a darle a cada uno lo que le es debido; sin embargo, seguía siendo desconcertante que César fuera siempre más importante que Dios. Mirando a la vez el mundo a través de los versículos de la Iglesia y de las columnas del *Matin*, la visión se nubla. No me quedaba otro recurso que refugiarme, cerrando los ojos, en la autoridad.

Me sometía ciegamente a ella. Un conflicto había estallado entre la *Action Francaise* y la *Democratié nouvelle*; como tenían la ventaja del número los *Camelots du roi* atacaron a los partidarios de Marc Sangnier y les hicieron beber frascos de aceite de ricino. Esto divirtió mucho a papá y a sus amigos. Yo había aprendido en mi tierna infancia a reír de los sufrimientos de los malvados; sin preguntar más, admití, confiando en papá, que la broma era muy graciosa. Mientras caminaba con Zaza por la calle Saint Benoit hice alusión, riendo. El rostro de Zaza se endureció: "¡Es infame!", dijo en tono sublevado. No supe qué contestar. Avergonzada, me daba cuenta de que había copiado atolondradamente la actitud de papá pero que mi cabeza estaba vacía. Zaza expresaba también la opinión de su familia. Su padre había pertenecido al *Sillón* antes de que la Iglesia lo hubiera condenado; seguía pensando que los católicos tenían deberes sociales y rechazaba las teorías de Maurras; era una posición bastante coherente para que una chica de catorce años pudiera adoptarla conociéndola bien; la indignación de Zaza, su horror por la violencia eran sinceros. Yo había hablado como un loro y no encontraba en mí el menor eco. Sufrí por el desprecio de Zaza, pero lo que más me turbó fue la disensión que acababa de manifestarse entre ella y mi padre; yo no quería estar en contra de ninguno de los dos. Hablé de esto con papá; se encogió de hombros y dijo que Zaza era una chica; esa respuesta no me satisfizo. Por primera vez me veía obligada a tomar partido; pero no conocía nada y no decidí nada. La única conclusión que saqué de ese incidente era que se podía tener otra opinión que la de papá. Ni siquiera la verdad estaba garantizada.

Fue la *Historia de las dos Restauraciones* de Vaulabelle que me inclinó hacia el liberalismo; leí en dos veranos los siete volúmenes de la biblioteca de mi abuelo. Lloré por la derrota de Napoleón; oí la monarquía, el conservadorismo, el oscurantismo. Quería que la razón gobernara a los hombres y me entusiasmaba por la democracia que les garantizaba a todos, pensaba, iguales derechos y la libertad. Ahí me detuve.

Me interesaba mucho menos en las lejanas cuestiones políticas y sociales que en los problemas que me incumbían: la moral, mi vida interior, mis relaciones con Dios. Sobre eso empecé a reflexionar.

La naturaleza me hablaba de Dios. Pero decididamente me parecía completamente extraño al mundo en que se agitaban los hombres. Así como el Papa en el fondo del Vaticano no tenía que inquietarse de lo que pasaba en el mundo, Dios, en el infinito del cielo, no tenía que interesarse en los detalles de las aventuras terrenales. Hacía tiempo que yo había aprendido a distinguir su Ley de la autoridad profana. Mis insolencias en clase, mis lecturas clandestinas no le concernían. Cada año mi piedad al fortificarse se depuraba y yo desdeñaba lo insulso de la moral en favor de la mística. Oraba, meditaba, trataba de hacer sensible a mi corazón la piedad divina. Alrededor de los doce años inventé mortificaciones: encerrada en la letrina –mi único refugio– me restregaba con una piedra pómez hasta sangrar, me fustigaba con la cadenita de oro que llevaba al cuello. Mi fervor dio pocos frutos. En mis libros de piedad se hablaba mucho de progresos, de ascensión; las almas escalaban senderos empinados, salvaban obstáculos, por momentos atravesaban áridos desiertos y luego un rocío celestial las consolaba: era toda una aventura; en verdad mientras intelectualmente me elevaba día a día, hacia el

saber, nunca tenía la impresión de haberme acercado a Dios. Anhelaba apariciones, éxtasis, que algo ocurriera dentro o fuera de mí: nada ocurría y mis ejercicios terminaban por parecerse a comedias. Me exhortaba a la paciencia contando con que un día me encontraría instalada en el corazón de la eternidad, maravillosamente desapegada de la tierra. Entre tanto vivía sin forzarme, pues mis esfuerzos se situaban sobre alturas espirituales cuya serenidad no podía ser turbada por trivialidades. Mi sistema sufrió un desmentido. Desde los siete años me confesaba dos veces por mes con el abate Martin; le contaba mis estados de ánimo; me acusaba de haber comulgado sin fervor, de haber orado distraídamente, de haber pensado poco en Dios; a esos etéreos desfallecimientos él contestaba con un sermón de estilo elevado. Un día, en vez de conformarse con esos ritos se puso a hablarme en un tono familiar: "Ha llegado a mis oídos que mi pequeña Simone ha cambiado... que es desobediente, turbulenta, que responde cuando la reprenden... En adelante habrá que cuidar esas cosas." Mis mejillas se encendieron; miré con horror al impostor que durante años yo había considerado como el representante de Dios: bruscamente acababa de levantarse la sotana, mostrando enaguas de beata; su sotana de sacerdote era sólo un disfraz; vestía a una comadre que se alimentaba de chismes. Me levanté del confesionario, la cabeza ardiente, decidida a no poner nunca más los pies en él: en adelante me hubiera parecido tan odioso arrodillarme ante el abate Martin como ante el espantapájaros para gorriones. Cuando veía en los corredores del instituto su falda negra, mi corazón palpitaba, huía: me inspiraba un malestar físico como si la superchería del abate me hubiera hecho cómplice de una obscenidad.

Supongo que se asombró mucho; pero sin duda se consideró ligado por el secreto profesional; no llegó a mis oídos que haya informado a nadie de mi desertión; no intentó explicarse conmigo. Del día a la mañana se estableció la ruptura.

Dios salió indemne de esa aventura; pero raspando. Si me apresuré en repudiar a mi director fue para conjurar la atroz sospecha que durante un instante entenebró el cielo: quizá Dios era mezquino y fastidioso como una vieja beata, ¡quizá Dios era tonto! Mientras el abate hablaba, una mano imbécil se había abatido sobre mi nuca, doblaba mi cabeza, pegaba mi cara al suelo; hasta mi muerte me obligaría a arrastrarme, cegada por el barro y la noche; había que decir adiós para siempre a la verdad, a la libertad, a toda alegría; vivir se volvía una calamidad y una vergüenza.

"Me desprendí de esa mano de plomo; concentré mi horror sobre el traidor que había usurpado el papel de mediador divino. Cuando salí de la capilla, Dios estaba reinstalado en su omnisciente majestad, yo había remendado el cielo. Erré bajo las bóvedas de San Sulpicio en busca de un confesor que no alterara con impuras palabras humanas los mensajes venidos de lo alto. Ensayé con un pelirrojo, luego uno moreno, al que conseguí interesar en mi alma. Me indicó temas de meditación y me prestó un *Compendio de teología ascética y mística*, pero en la gran iglesia desnuda no me sentía amparada como en la capilla del curso. Mi nuevo director no me había sido dado desde la infancia, yo lo había elegido, un poco al azar: no era un Padre, no podía abandonarme totalmente a él. Había juzgado y despreciado a un sacerdote: ya ningún sacerdote me parecería un Juez soberano. Nadie sobre la tierra encarnaba exactamente a Dios: yo estaba sola frente a Él. Y en el fondo del corazón me quedaba una inquietud: ¿quién era?, ¿qué quería exactamente?, ¿a qué bando pertenecía?

Mi padre no creía; los más grandes escritores, los mejores pensadores compartían su escepticismo; en conjunto, eran sobre todo las mujeres las que iban a la iglesia; empecé por considerar paradójico y turbador que la verdad fuera privilegio de ellas cuando los hombres, sin discusión posible, eran superiores. Al mismo tiempo pensé que no había mayor cataclismo que perder la fe y a menudo traté de asegurarme contra ese riesgo. Había profundizado bastante mi instrucción religiosa y había seguido cursos de apologética; a cualquier objeción dirigida contra las verdades reveladas, yo sabía oponer un argumento sutil: no conocía ninguno que las demostrara. La alegoría del reloj y del relojero no me

convencía. Ignoraba demasiado" radicalmente el sufrimiento para sacar de él un argumento contra la Providencia; pero la armonía del mundo no me parecía evidente. Cristo y cantidad de santos habían manifestado sobre la tierra lo sobrenatural: yo me daba cuenta de que la Biblia, los Evangelios, los milagros, las visiones, sólo estaban garantizados por la autoridad de la Iglesia. "El mayor milagro de Lourdes, es Lourdes mismo", decía mi padre. Los hechos religiosos sólo eran convincentes para los convencidos. Hoy no dudaba que la Virgen hubiera aparecido ante Bernadette, vestida de celeste y blanco: quizá dudara mañana. Los creyentes admitían la existencia de ese círculo vicioso, puesto que profesaban que creer exige una gracia. Yo no suponía que Dios me hiciera la mala pasada de negármela; pero asimismo hubiera deseado aferrarme a una prueba irrefutable; no encontraba sino una: las voces de Juana de Arco. Juana pertenecía a la historia; mi padre la veneraba tanto como mi madre. Ni mentirosa ni iluminada ¿cómo recusar su testimonio? Toda su extraordinaria aventura lo confirmaba: las voces le habían hablado; era un hecho científico establecido y yo no comprendía cómo mi padre se las arreglaba para eludirlo.

Una noche en Meyrignac me asomé como tantas otras noches a mi ventana: un cálido olor a establo subía hacia el cielo; mi oración se elevó débilmente, luego cayó. Yo había pasado el día comiendo manzanas prohibidas y leyendo, en un Balzac prohibido, el extraño idilio de un hombre y de una pantera; antes de dormirme iba a contarme historias raras que me pondrían en un estado raro. "Son pecados", me dije. Imposible seguir haciendo trampa: la desobediencia sostenida y sistemática, la mentira, los sueños impuros, no eran conductas inocentes. Hundí mis manos en la frescura de la enredadera, escuché el glu-glu del agua y comprendí que nada me haría renunciar a las alegrías terrenales. "Ya no creo en Dios", me dije sin gran asombro. Era una evidencia: de haber creído en él no hubiera aceptado alegremente ofenderlo. Siempre había pensado que frente al precio de la eternidad este mundo no contaba; contaba puesto que yo lo quería y de pronto el que no pesaba en la balanza era Dios: para eso era necesario que su nombre sólo sufriera un espejismo. Desde hacía tiempo la idea que me hacía de él se había depurado, sublimado, hasta el punto que había perdido todo rostro, todo lazo concreto con la tierra, y poco a poco el ser mismo. Su perfección excluía su realidad. Por eso me sorprendí tan poco cuando comprendí su ausencia en el corazón y en el cielo. No lo negué para liberarme de un importuno: por el contrario, advertí que ya no intervenía en mi vida y comprendí que había dejado de existir para mí.

Debía llegar fatalmente a esa liquidación. Era demasiado extremista para vivir bajo la mirada de Dios diciéndole a la vez sí y no al mundo. Por otra parte me hubiera repugnado saltar con mala fe de lo profano a lo sagrado y afirmar a Dios viviendo sin él. No concebía transacciones con el cielo. Por poco que le negáramos era demasiado si Dios existía; por poco que le concediéramos era demasiado si no existía. Discutir con su conciencia, tironear sobre sus placeres, esos regateos me asqueaban. Por eso no traté de trampear. En cuanto la luz se hizo en mí, corté de un golpe.

El escepticismo paterno me había abierto el camino; no me arriesgaba sola en una aventura azarosa. Hasta sentía un gran alivio de sentirme liberada de mi infancia y de mi sexo, de acuerdo con los espíritus libres que admiraba. Las voces de Juana de Arco no me turbaron mucho: otros enigmas me intrigaron; pero la religión me había habituado a los misterios. Y me resultaba más fácil imaginar un mundo sin creador que un creador cargado con todas las contradicciones del mundo. Mi incredulidad nunca vaciló.

Sin embargo, la faz del universo cambió. Más de una vez en los días siguientes, sentada al pie del haya purpúrea o de los álamos, plateados, sentí angustiada el vacío del cielo. Antaño me sentía en el centro de un cuadro vivo cuyos colores y luces Dios mismo había elegido; todas las cosas tarareaban dulcemente su gloria. De pronto todo callaba. ¡Qué silencio! La tierra giraba en un espacio que ninguna mirada atravesaba, y perdida sobre su superficie inmensa, en medio del éter ciego, yo estaba

sola. Sola: por primera vez comprendía el sentido terrible de esa palabra. Sola: sin testigo, sin interlocutor, sin recurso. Mi respiración en mi pecho, mi sangre en mis venas, y ese barullo en mi cabeza, no existían para nadie. Me levanté, corrí hacia el parque, me senté bajo el catalpa entre mamá y tía Marguerite, a tal punto necesitaba oír voces.

Hice otro descubrimiento. Una tarde, en París, comprendí que estaba condenada a la muerte. Estaba sola en el departamento y no refrené mi desesperación: grité, rasguñé la alfombra roja. Y cuando me levanté atontada me pregunté: "¿Cómo hacen las demás personas? ¿Cómo haré?" Me parecía imposible vivir toda mi vida con el corazón retorcido por el horror. Cuando el vencimiento se acerca, me decía, cuando uno ya tiene treinta, cuarenta años y piensa: "¿Será para mañana?" ¿Cómo se soporta? Más que la misma muerte temía ese espanto que pronto sería mío, y para siempre.

Felizmente durante el año escolar esas fulguraciones metafísicas se espaciaron: me faltaba tiempo y soledad. En cuanto a la práctica de mi vida, mi conversión no la modificó. Había dejado de creer al advertir que Dios no ejercía ninguna influencia sobre mis conductas: nada cambió en ellas cuando renuncié a él. Yo había imaginado que la necesidad de la ley moral emanaba de él; pero se había grabado tan profundamente en mí que permaneció intacta después de su supresión. Mi madre no debía su autoridad a un poder sobrenatural sino que mi respeto daba un carácter sagrado a sus decretos. Seguí sometiéndome a ellos. Ideas de deber, de mérito, tabús sexuales: todo fue conservado.

No encaré la posibilidad de abrirme a mi padre: lo hubiera hundido en un problema terrible. Por lo tanto, llevé sola mi secreto y lo encontré pesado: por primera vez en mi vida tenía la impresión de que el bien no coincidía con la verdad. No podía dejar de verme con los ojos de los demás –mi madre, Zaza, mis compañeras, las mismas señoritas– y con los ojos de esa otra que yo había sido. El año anterior había habido en la clase de filosofía una alumna mayor que nosotras de la que se susurraba que "no creía"; estudiaba bien, no mantenía conversaciones fuera de lugar, no la habían echado; pero yo sentía una especie de miedo cuando veía en los corredores su rostro aun más inquietante por la fijeza de un ojo de vidrio. Ahora me tocaba a mí sentirme una oveja descarriada. Lo que agravaba mi caso era que yo disimulaba: iba a misa, comulgaba. Tragaba la hostia con indiferencia y, sin embargo, sabía que según los creyentes cometía un sacrilegio. Ocultando mi crimen, lo multiplicaba, pero ¿cómo atreverme a confesarlo? Me hubieran señalado con el dedo, despedido del curso, hubiera perdido la amistad de Zaza, y en el corazón de mamá ¡qué escándalo! Estaba condenada a mentir. No era una mentira anodina: se extendía sobre mi vida entera y por momentos – sobre todo frente a Zaza de quien admiraba la rectitud– me pesaba como una tara. De nuevo era víctima de una brujería que no lograba conjurar: no había hecho nada malo y me sentía culpable. Si los adultos hubieran decretado que yo era una hipócrita, una impía, una chica solapada y desnaturalizada, su veredicto me habría parecido a la vez horriblemente injusto y perfectamente fundado. Parecía que yo existía de dos maneras; entre lo que yo era para mí y lo que era para los demás no había ninguna relación.

Por momentos sufría tanto de sentirme marcada, maldita, separada, que deseaba volver a caer en el error. Tenía que devolverle al abate Roullin el *Compendio de teología ascética y mística* que me había prestado. Volví a San Sulpicio, me hiqué en el confesionario, dije haberme alejado desde hacía muchos meses de los sacramentos porque ya no creía. Viendo en mis manos el *Compendio* y midiendo de qué alturas había caído, el abate se asombró y con una brutalidad concertada preguntó: "¿Qué grave pecado ha cometido?" Protesté. No me creyó y me aconsejó que rezara mucho. Me resigné a vivir proscripta. Leí en esa época una novela en la que vi la imagen de mi exilio: *El Molino sobre el Floss* de George Eliot me hizo una impresión aun más profunda que antaño *Little women*. Lo leí en inglés, en Meyrignac, acostada sobre el musgo entre los castaños. Morena, amante de la naturaleza, de la lectura, de la vida, demasiado espontánea para observar las convenciones respetadas por su medio, pero sensible a la crítica de un hermano que adoraba, Maggie Tulliver estaba como yo dividida entre

los otros y sí misma: me reconocí en ella. Su amistad con el jorobadito que le prestaba libros me emocionó tanto como la de Joe con Laurie: deseaba que se casaran... Pero también esta vez el amor terminaba con la infancia. Maggie se enamoraba del novio de una prima, Stephen, al que conquistaba involuntariamente. Comprometida por él se negaba a casarse por lealtad hacia Lucy; la aldea hubiera disculpado una perfidia sancionada por justas bodas: no le perdonaba a Maggie haber sacrificado las apariencias a la voz de su conciencia. Hasta su hermano estaba contra ella. Yo no concebía sino el amor-amistad; a mis ojos, libros prestados y discutidos juntos, creaban entre un muchacho y una chica lazos eternos: me costaba comprender la atracción que Maggie sentía por Stephen. No obstante, puesto que lo quería no debería haber renunciado a él. En el momento en que se retiraba al viejo molino, desconocida, calumniada, abandonada por todos, ardí de ternura hacia ella. Lloré su muerte durante horas. Los demás la condenaban porque valía más que ellos; yo me parecía y en adelante vi en mi aislamiento no una marca de infamia sino un signo de elección. No pensé morir por eso. A través de su heroína me identifiqué con el autor: un día una adolescente, otra yo misma, mojaría con sus lágrimas una novela en la que yo habría contado mi propia historia.

Había resuelto desde hacía tiempo consagrar mi vida a tareas intelectuales. Zaza me escandalizó declarando en tono provocativo: "Mandar nueve hijos al mundo como hizo mamá, vale tanto como escribir libros." Yo no veía una medida común entre esos dos destinos. Tener hijos que a su vez tendrían hijos era repetir al infinito el mismo aburrido retómelo; el sabio, el artista, el escritor, el pensador creaban otro mundo luminoso y alegre donde todo tenía su razón de ser. Allí quería yo pasar mis días: estaba decidida a tallarme un lugar. Cuando hube renunciado al cielo mis ambiciones terrenales se acusaron: tenía que surgir. Extendida en un prado contemplaba, justo a la altura de mi mirada, la sucesión de briznas de pasto, todas idénticas, cada una ahogada en la jungla minúscula que le ocultaba todas las demás. Esa repetición indefinida de la ignorancia, de la indiferencia, equivalía a la muerte. Alcé los ojos hacia el roble; dominaba el paisaje y no tenía semejante. Yo sería como él.

¿Por qué elegí escribir? De chica no tomaba en serio mis borroneos; mi verdadera preocupación era conocer; me divertía redactando mis composiciones, pero las señoritas me reprochaban mi estilo rebuscado; no me sentía "dotada". Sin embargo, cuando a los quince años escribí en el álbum de una amiga las predilecciones, los proyectos, que en principio debían definir mi personalidad frente a la pregunta: "¿Qué quiere hacer más tarde?", contesté de un tirón: "Ser una autora célebre." Respecto a mi músico preferido, a mi flor favorita, me había inventado gustos más o menos ficticios. Pero sobre ese punto no vacilé: codiciaba ese porvenir excluyendo a cualquier otro.

La primera razón era la admiración que me inspiraban los escritores; mi padre los ponía por encima de los sabios, de los eruditos, de los profesores. Yo también estaba convencida de su supremacía; aun si su nombre era ampliamente conocido, la obra de un especialista sólo se revelaba a un pequeño número de gente; los libros, todo el mundo los leía: llegaban a la imaginación, al corazón; conferían a su autor la gloria más universal y más íntima; como mujer esas glorias me parecían más accesibles que las demás; las más célebres de mis hermanas se habían hecho ilustres en la literatura.

Y además siempre me había gustado la comunicación. En el álbum de mi amiga cité como diversiones favoritas: la lectura y la conversación. Yo era locuaz. Todo lo que me impresionaba en el curso del día lo contaba o al menos intentaba hacerlo. Le temía a la noche, al olvido; lo que había visto, sentido, amado, era un desgarramiento abandonarlo al silencio. Emocionada por un claro de luna, deseaba una pluma, papel y saber emplearlos. A los quince años me gustaban las correspondencias, los diarios íntimos –por ejemplo el diario de Eugénie de Guérin– que se esfuerzan por retener el tiempo. Había comprendido también que las novelas, los relatos, los cuentos, no son objetos extraños a la vida sino que la expresan a su manera.

Si antaño había deseado ser profesora era porque deseaba ser mi propia causa y mi propio fin; ahora

pensaba que la literatura me permitiría realizar ese deseo. Me aseguraría una inmortalidad que compensaría la eternidad perdida: ya no habría Dios para quererme, pero yo estaría en millones de corazones. Escribiendo una obra alimentada por mi historia me crearía yo misma de nuevo y justificaría mi existencia. Al mismo tiempo serviría a la humanidad: ¿qué mejor regalo hacerle que libros? Me interesaba a la vez en mí y en los demás; aceptaba mi "encarnación", pero no quería renunciar a lo universal: ese proyecto lo conciliaba todo, halagaba todas las aspiraciones que se habían desarrollado en mí en el curso de esos quince años.

Yo siempre había dado mucha importancia al amor. Alrededor de los quince años en el semanario *Noel*, que recibí después de *l'Etoile Noéliste*, leí una edificante novelita titulada *Ninon-Rose*. La piadosa Ninon amaba a Andrés que la amaba; pero su prima Teresa, llorando, con su lindo cabello des-parramado sobre su corazón le confiaba que se consumía por Andrés; después de un combate interior y de algunos ruegos, Ninon se sacrificaba; le negaba su mano a Andrés que despechado se casaba con Teresa. Ninon era recompensada: se casaba con otro muchacho muy meritorio llamado Bernardo. Esa historia me indignó. Un héroe de novela tenía derecho a equivocarse sobre la persona a quien quería o sobre sus propios sentimientos; a un amor falso o incompleto —como el de David Copperfield por su mujer-niña— podía suceder el verdadero amor: pero éste, desde el momento en que estallaba en un corazón, era irremplazable; ninguna generosidad, ninguna abnegación autorizaba a rechazarlo. Zaza y yo nos quedamos impresionadísimas por una novela de Fogazzaro titulada *Daniel Cortis*. Daniel era un político importante y católico; la mujer que amaba y que lo amaba estaba casada; había entre ellos un entendimiento excepcional; sus corazones latían al unísono, todos sus pensamientos coincidían: estaban hechos el uno para el otro. Sin embargo, hasta una amistad platónica hubiera provocado chismes, arruinado la carrera de Daniel y comprometido la causa que él servía; jurándose fidelidad "hasta la muerte y más allá" se separaban para siempre. Esto me dejó desgarrada y furiosa. La carrera, la causa eran algo abstracto. Me parecía absurdo y criminal preferirlas a la felicidad, a la vida. Sin duda, mi amistad con Zaza era lo que me hacía conferirle tanto precio a la unión de dos seres; descubriendo juntos el mundo y ofreciéndoselo el uno al otro, tomaban posesión de él, pensaba, en forma privilegiada; al mismo tiempo cada uno encontraba la razón definitiva de su existencia en la necesidad que el otro tenía de él. Renunciar al amor me parecía tan insensato como desinteresarse de su salvación cuando se cree en la eternidad.

Yo no encaraba la posibilidad de dejar escapar ninguno de los bienes de este mundo. Cuando hube renunciado al claustro me puse a soñar con el amor por mi cuenta; pensaba sin repugnancia en el casamiento. La idea de la maternidad seguía resultándome extraña, me asombraba que Zaza se extasiara ante recién nacidos arrugados; pero ya no me parecía inconcebible vivir al lado de un hombre que uno había elegido. La casa paterna no era una prisión y si hubiera tenido que abandonarla inmediatamente el pánico se habría apoderado de mí; pero había dejado de considerar mi eventual partida como una atroz separación. Me ahogaba un poco en el círculo de familia. Por eso me impresionó mucho una película sacada del *Redil* de Bataille, a la cual el azar de una invitación me hizo asistir. La heroína se aburría entre sus hijos y un marido tan poco atrayente como el señor Mabile; una pesada cadena arrollada alrededor de sus muñecas simbolizaba su servidumbre. Un hermoso muchacho ardiente la arrancaba de su hogar. Con un vestido de brin, sin mangas, el pelo suelto, ella corría por las praderas de la mano de su enamorado; se lanzaban al rostro puñados de heno cuyo olor me parecía respirar, sus ojos reían: yo nunca había sentido, contemplado, imaginado semejantes delirios de alegría. No sé qué peripecias volvían a llevar al redil a una criatura herida que su marido acogía con bondad; arrepentida veía su pesada cadena de acero transformarse en una guirnalda de rosas. Ese prodigio me dejó escéptica. Me quedé deslumbrada por la revelación de las delicias

desconocidas que no sabía nombrar pero que un día me colmarían: era la libertad y era el placer. La opaca esclavitud de los adultos me asustaba; nada imprevisto les ocurría; soportaban entre suspiros una existencia donde todo estaba decidido de antemano sin que nunca nadie decidiera nada. La heroína de Bataille había osado un acto y el sol había brillado. Durante mucho tiempo cuando imaginé los inciertos años de mi madurez, la imagen de una pareja corriendo por un prado me hizo estremecer de esperanza.

Durante el verano de mis quince años, al final del año escolar, fui dos o tres veces a remar al Bosque con Zaza y otras compañeras. Vi en un sendero a una pareja que caminaba ante mí; el muchacho apoyaba levemente su mano sobre el hombro de la mujer. Emocionada de pronto me dije que debía ser dulce avanzar a través de la vida con una mano tan afectuosa sobre su hombro que apenas se sentía el peso, tan presente que la soledad estaría conjurada para siempre. "Dos seres unidos": soñaba con esas palabras. Ni mi hermana muy cercana, ni Zaza demasiado lejana, me habían hecho presentir el verdadero sentido. Después, cuando leía en el escritorio solía alzar la cabeza y preguntarme: "¿Encontraré un hombre hecho para mí?" Mis lecturas no me habían proporcionado ningún modelo. Me había sentido bastante cerca de Hellé, la heroína de Marcel Tinayre. "Las mujeres como tú, Hellé, están hechas para ser las compañeras de los héroes", le decía su padre. Esa profecía me había impresionado, pero me pareció más bien repelente el apóstol pelirrojo y barbudo con el cual Hellé terminaba por casarse. No prestaba a mi futuro marido ningún rasgo definido. En cambio, tenía una idea formada sobre nuestras relaciones: sentiría por él una admiración apasionada. En ese terreno como en todos los demás tenía sed de necesidad. El elegido tendría que imponerse a mí como se había impuesto Zaza, por una especie de evidencia; si no me preguntaría ¿por qué él y no otro?, esa duda era incompatible con el verdadero amor. Me enamoraría el día en que un hombre me subyugara por su inteligencia, su cultura, su autoridad.

Sobre este punto Zaza no compartía mi opinión; para ella también el amor implicaba la estima y el entendimiento; pero si un hombre tiene sensibilidad e imaginación, si es un artista, un poeta, poco importa, decía, que sea poco instruido y hasta mediocrementemente inteligente. "¡Entonces uno no puede decirse todo!", objetaba yo. Un pintor, un músico no me hubiera comprendido por completo y una parte de él habría permanecido opaca para mí. Yo quería que entre marido y mujer todo estuviera en común; cada uno debía cumplir frente al otro, ese papel de testigo exacto que antes yo había atribuido a Dios. Eso excluía que uno quisiera a alguien *diferente*: yo sólo me casaría si encontraba más cumplido que yo a mi semejante, a mi doble.

¿Por qué reclamaba que fuera superior a mí? No creo que haya buscado en él un sucedáneo de mi padre; me importaba mi independencia; ejercería un oficio, escribiría, tendría una vida personal; no me imaginaba nunca como la compañera de un hombre: seríamos dos compañeros. Sin embargo, la idea que me hacía de nuestra pareja fue directamente influida por mis sentimientos hacia mi padre. Mi educación, mi cultura y la visión de la sociedad tal como era, todo me convencía de que las mujeres pertenecían a una casta inferior. Zaza lo dudaba porque prefería mucho más a su madre que al señor Mabile; en mi caso, al contrario, el prestigio paterno había fortalecido esa opinión: en parte sobre él yo fundaba mi exigencia. Miembro de una especie privilegiada, beneficiario desde el principio de un adelanto considerable; si en el absoluto un hombre no valía más que yo, yo consideraría que relativamente valía menos: para que lo reconociera como a un igual tendría que sobrepasarme.

Por otra parte, pensaba en mí desde adentro como alguien que está formándose, y tenía la ambición de progresar al infinito; al elegido lo veía de afuera como a una persona terminada; para que estuviera siempre a mi altura le garantizaba desde el principio perfecciones que para mí sólo existían como esperanza; era de antemano el modelo de lo que yo quería ser: por lo tanto me ganaba. Cuidaba por otra parte de no poner demasiada distancia entre nosotros. Yo no hubiera aceptado que sus

pensamientos, sus trabajos me resultaran impenetrables: entonces habría sufrido por mis insuficiencias; el amor tenía que justificarme sin limitarme. La imagen que yo evocaba era la de un alpinismo en que mi compañero más ágil y robusto que yo me ayudaría a ir escalando cada tramo. Yo era más áspera que generosa, deseaba recibir y no dar; si hubiera tenido que remolcar a un zángano, me habría consumido de impaciencia. En ese caso el celibato era preferible al casamiento. La vida en común debía favorecer y no contrariar mi empresa fundamental: apropiarme del mundo. Ni inferior, ni diferente, ni injuriosamente superior, el hombre predestinado me garantizaría mi existencia sin quitarle su soberanía.

Durante dos o tres años ese esquema orientó mis sueños. Les concedía una cierta importancia. Un día interrogué a mi hermana con cierta ansiedad: ¿era definitivamente fea? ¿Tenía la posibilidad de ser una mujer bastante bonita como para que la quisieran? Acostumbrada a oír a papá declarar que yo era un hombre, Poupette no comprendió mi pregunta: me quería, Zaza me quería: ¿de qué me inquietaba? A decir verdad me atormentaba moderadamente. Mis estudios, la literatura, las cosas que dependían de mí seguían siendo el centro de mis preocupaciones. Me interesaba menos por mi destino de adulta que por mi porvenir inmediato.

A los quince años y medio fui a pasar las vacaciones del 14 de julio con mis padres a Châteauevillain. Tía Alice había muerto; vivíamos en casa de tía Germaine, madre de Titite y de Jacques. Éste estaba en París dando el examen oral del bachillerato. Yo quería mucho a Titite; resplandecía de frescura; tenía lindos labios carnosos y bajo su piel se adivinaba el latido de su sangre. De novia con un amigo de infancia, un espléndido muchacho de largas pestañas, esperaba el casamiento con una impaciencia que no ocultaba; algunas tías susurraban que cuando estaba sola con su novio se portaba mal: *muy* mal. La noche de mi llegada fuimos las dos, después de comer, a dar una vuelta por el "Mail" que daba al jardín. Nos sentamos en silencio sobre un banco de piedra; no teníamos mucho que decirnos. Ella estuvo un rato rumiando, luego me miró con curiosidad: "¿Te bastan verdaderamente tus estudios? –me preguntó–. ¿Eres feliz así? ¿No deseas nunca otra cosa?" Sacudí la cabeza: "Me bastan", dije. Era verdad; en ese final de año escolar no veía más lejos que el próximo año escolar y el título de bachiller que tenía que obtener. Titite suspiró y volvió a caer en sus sueños de novia que yo juzgaba *a priori* un poco tontos a pesar de mi simpatía por ella. Jacques llegó al día siguiente, bachiller, y lleno de suficiencia. Me llevó a la cancha de tenis, me propuso que peloteáramos un poco, me venció, se excusó con desenvoltura de haberme utilizado como "punching-ball". Yo no le interesaba mucho, lo sabía. Lo había oído hablar con estima de las chicas que mientras preparaban su bachillerato jugaban al tenis, salían, bailaban, se vestían bien. Sin embargo, su desdén resbaló sobre mí: ni un instante deploré mi torpeza en el juego, ni el corte rudimentario de mi vestido de *pongé* rosado. Yo valía más que las estudiantes regimentadas que Jacques prefería, él mismo lo advertiría un día.

Yo salía de la edad ingrata; en vez de lamentar mi infancia me volvía hacia el porvenir; estaba lo bastante lejos como para no asustarme y ya me deslumbraba. Ese verano entre todos los veranos me embriagué de su esplendor. Me sentaba sobre un bloque de granito gris al borde del estanque que había descubierto en *La Grillère* un año antes. Un molino se miraba en el agua donde vagabundeaban las nubes. Yo leía *Los paseos arqueológicos* de Gastón Boissier y me decía que un día pasearía sobre el Palatino. Las nubes en el fondo del estanque se teñían de rosa; me levanté, pero no me decidí a irme; me apoyé contra el cerco de avellanos, la brisa de la tarde acariciaba los bonteros, me rozaba, me abofeteaba, y yo me abandonaba a su dulzura, a su violencia. Los avellanos murmuraban y yo comprendía su oráculo; yo era esperada: por mí misma. Chorreando de luz, el mundo acostado a mis pies como un gran animal familiar, yo sonreía a la adolescente que mañana moriría y resucitaría en mi gloria: ninguna vida, ningún instante de ninguna vida podría cumplir las promesas con que yo

enloquecía mi crédulo corazón.

A fines de setiembre fui invitada con mi hermana a Meulan donde los padres de su mejor amiga tenían una casa. Anne-Marie Gendron pertenecía a una familia numerosa, con bastante fortuna y muy unida; no había nunca una pelea, nadie levantaba nunca la voz, sólo, sonrisas y atenciones: me encontraba en un paraíso cuyo recuerdo había perdido. Los muchachos nos pasearon en barco sobre el Sena: la mayor de las chicas, que tenía veinte años, nos llevó en taxi a Vernon. Seguimos la ruta sobre la cornisa que domina el río; fui sensible a los encantos del paisaje pero aun más a la gracia de Clotilde; me invitó aquella noche a ir a su cuarto y conversamos. Había terminado sus bachilleratos, leía un poco, estudiaba asiduamente el piano; me habló de su amor por la música, de la señora Swetchine, de su familia. Su escritorio estaba lleno de recuerdos: legajos de cartas, atados con cintas, anotadores –sin duda diarios íntimos–, programas de conciertos, fotografías, una acuarela que su madre había pintado y le había regalado el día en que cumplió dieciocho años. Me pareció extraordinariamente envidiable poseer un pasado propio casi tanto como tener una personalidad. Me prestó algunos libros; me trataba de igual a igual y me aconsejaba con una solicitud de hermana mayor. No vi más que a través de ella. No la admiraba como a Zaza y era demasiado etérea para inspirarme como Marguerite oscuros deseos. Pero la encontraba romántica; me mostraba una atrayente imagen de la joven que yo sería mañana. Nos acompañó a casa de nuestros padres; aun antes de que hubiera cerrado la puerta estalló una escena; ¡habíamos olvidado en Meulan un cepillo de dientes! Por contraste con los días serenos que yo acababa de vivir, la atmósfera agria en que volvía a hundirme me pareció de pronto irrespirable. Sollocé, la cabeza apoyada contra la cómoda del vestíbulo; mi hermana me imitó: "¡Qué agradable! ¡Apenas llegan se ponen a llorar!", decían mi padre y mi madre, indignados. Por primera vez me confesé hasta qué punto los gritos, las recriminaciones, la reprimendas que en general escuchaba en silencio me resultaban penosas de soportar. Todas las lágrimas que había retenido durante meses me sofocaban. No sé si mi madre adivinaba que interiormente empezaba a escaparme de ella, pero yo la irritaba y a menudo se enojaba conmigo; por eso buscaba en Clotilde a una hermana mayor consoladora. Fui a su casa bastante a menudo; me seducían sus bonitos vestidos, el decorado refinado de su cuarto, su gentileza, su independencia; cuando me llevaba a un concierto admiraba que tomara taxis –cosa que era a mis ojos el colmo de la magnificencia– y que marcara con decisión en el programa sus trozos preferidos. Esas relaciones asombraron a Zaza y aun más a las amigas de Clotilde; la costumbre quería que uno tuviera amigas de su edad más o menos. Un día tomé el té en casa de Clotilde, con Lili Mabilie y otras "grandes"; me sentí fuera de lugar y lo chato de la conversación me defraudó. Además Clotilde era muy piadosa: no podía servirme de guía a mí que ya no creía. Presumo que por su parte me consideraba demasiado joven; fue espaciando nuestros encuentros y yo no insistí; al cabo de algunas semanas dejamos de vernos. Poco después hizo, con mucho sentimentalismo, un casamiento "arreglado".

Al principio del año escolar, abuelito cayó enfermo. Todas sus empresas habían fracasado. Su hijo había imaginado, años atrás, un modelo de latas de conservas que se abrían con una moneda; quiso explotar ese invento, pero le robaron la patente; intentó hacerle un pleito a su competidor y lo perdió. En sus conversaciones volvían a menudo palabras inquietantes: acreedores, pagarés, hipotecas. A veces cuando yo almorzaba en su casa llamaban a la puerta: él ponía un dedo sobre sus labios y reteníamos nuestra respiración. En su rostro violáceo "su mirada se había petrificado. Una tarde en casa, cuando se levantó para irse se puso a farfullar: "¿Dónde está mi reparaguas?" Cuando volví a verlo estaba sentado en un sillón, inmóvil, los ojos cerrados; se desplazaba con dificultad y dormitaba todo el día. De tanto en tanto alzaba los párpados:

"Tengo una idea –le decía a abuelita–. Tengo una buena idea: vamos a ser ricos." Se paralizó por

completo y no se levantó más de su gran cama de columnas retorcidas; su cuerpo se cubrió de llagas que desparramaban un olor atroz. Abuelita lo cuidaba y tejía durante todo el día ropa de niño. Abuelito siempre había sido predestinado a las catástrofes; abuelita aceptaba su suerte con tanta resignación y los dos eran tan viejos que su desdicha me impresionó apenas.

Yo estudiaba con más fervor que nunca. La inminencia de los exámenes, la esperanza de ser pronto una estudiante universitaria, me aguijoneaban. Fue un año fasto. Mi cara mejoraba, mi cuerpo ya no me estorbaba; mis secretos eran menos pesados. Mi amistad por Zaza dejó de ser un tormento. Yo tenía nuevamente confianza en mí misma, y además Zaza cambió, no me pregunté por qué pero de irónica se volvió soñadora. Empezó a gustarle Musset, Lacordaire, Chopin. Seguía criticando el fariseísmo de su medio, pero sin condenar a toda la humanidad. Me ahorró sus sarcasmos.

En el curso Désir formábamos un grupo aparte. En el instituto sólo preparaban para latín y lenguas. El señor Mabilie quería que su hija tuviera una formación científica; a mí me gustaba lo que se resistía: las matemáticas me gustaban. Hicieron venir a una repetidora que nos enseñó el álgebra, la trigonometría, la física. Joven, vivaz, competente, la señorita Chassin no perdía tiempo en discursos morales: trabajábamos sin tonterías. Nos quería mucho. Cuando Zaza se perdía demasiado rato en sus sueños le preguntaba gentilmente: "¿Dónde está Elizabeth?" Zaza se sobresaltaba, sonreía. Teníamos como condiscípulas a dos mellizas siempre enlutadas y casi mudas. La intimidación de esas clases me encantaba. En latín habíamos obtenido saltar un año y pasar directamente al curso superior: la competencia con las alumnas de sexto año me hacía jadear. Cuando me encontré, el año del bachillerato, con mis condiscípulas corrientes, y que me faltó lo picante de la novedad, el saber del abate Trécourt me pareció más bien débil; no evitaba siempre los contrasentidos; pero ese hombre gordo de tez paspada era más abierto, más jovial que las señoritas y sentíamos por él una simpatía que visiblemente nos retribuía. Como a nuestros padres les divertía que también nos presentáramos a latín-lenguas, empezamos en enero a aprender italiano y supimos descifrar muy pronto *Cuore* y *Le mié priginne*. Zaza estudiaba alemán; no obstante como mi profesora de inglés no pertenecía a la cofradía y me demostraba amistad, seguí sus cursos con placer. En cambio, soportábamos con impaciencia los patrióticos sermones de la señorita Gontran, nuestra profesora de historia; y la señorita Lejeune nos irritaba por la estrechez de sus parcialidades literarias. Para ampliar nuestros horizontes leíamos mucho y discutíamos entre nosotras. A menudo en clase defendíamos tercamente nuestros puntos de vista: no sé si la señorita Lejeune fue bastante perspicaz para adivinarme pero parecía desconfiar más de mí que de Zaza.

Nos ligamos con algunas compañeras; nos reuníamos para jugar a las cartas y para conversar; en verano nos encontrábamos el sábado por la mañana en una cancha de tenis en la calle Boulard. Ninguna de entre ellas contó mucho ni para Zaza ni para mí. A decir verdad, las alumnas mayores del curso Désir carecían de seducción. Once años de asiduidad me habían valido una medalla de esmalte; mi padre aceptó sin entusiasmo asistir a la distribución de premios: a la noche se quejó de no haber visto más que chicas feas. Sin embargo, algunas de mis condiscípulas tenían rasgos agradables; pero para vestirnos nos endomingaban; la austeridad de los peinados, los colores violentos o almibarados de los rasos y de los tafetanes apagaban todos los rostros. Lo que debió impresionar sobre todo a mi padre fue el aire triste y oprimido de esas adolescentes. Yo estaba tan acostumbrada que cuando vi aparecer a una nueva recluta que reía con una risa verdaderamente alegre me quedé azorada; era campeona internacional de golf, había viajado mucho; su pelo corto, su blusa bien cortada, su ancha pollera tableada, su aspecto deportivo, su voz osada denotaban que había crecido muy lejos de Santo Tomás de Aquino; hablaba inglés perfectamente y sabía bastante latín tomo para presentarse a los quince años y medio a su primer bachillerato; Comeille y Racine la hacían bostezar. "La literatura me aburre", me dijo. Me escandalicé: "¡No diga eso!" "¿Por qué, si es verdad?" Su presencia refrescaba la fúnebre

"sala de estudios" del curso. Había cosas que la aburrían, otras que le gustaban, en su vida había placeres, y se adivinaba que esperaba algo del porvenir. La tristeza que se desprendía de mis otras compañeras venía menos de su apariencia opaca que de su resignación. Terminados sus dos bachilleratos, seguirían algún curso de historia y de literatura, la escuela del Louvre, o la Cruz Roja, pintura sobre porcelana, repujado, encuadernación y se ocuparían de algunas obras de beneficencia. De tanto en tanto las llevarían a oír *Carmen* o a dar vueltas alrededor de la tumba de Napoleón para entrever a algún muchacho; con un poco de suerte se casarían con él. Así vivía la mayor de las Mabile; cocinaba y bailaba, era la secretaria de su padre y la costurera de sus hermanas. Su madre la arrastraba de entrevista en entrevista. Zaza me contó que una de sus tías profesaba la teoría del "flechazo sacramental": en el minuto en que los novios pronuncian ante el sacerdote el sí que los une, la gracia baja sobre ellos y se quieren. Esas costumbres indignaban a Zaza; un día declaró que no veía diferencia entre una mujer que se casaba por interés y una prostituta; le habían enseñado que una cristiana debía respetar su cuerpo: no lo respetaba si se entregaba sin amor por razones de conveniencia o de dinero. Su vehemencia me sorprendió; parecía que sentía en su propia carne la ignominia de ese tráfico. A mí no se me planteaba ese problema. Ganaría mi vida, sería libre. Pero en el medio de Zaza había que casarse o entrar al convento. "El celibato –decía– no es una vocación." Ella empezaba a temerle al porvenir: ¿era ésa la causa de sus insomnios? Dormía mal; a menudo se levantaba de noche y se hacía fricciones con agua de Colonia de pies a cabeza; por la mañana para animarse bebía mezclas de café y de vino blanco. Cuando me contaba esos excesos me daba cuenta de que muchas cosas de ella se me escapaban. Pero alentaba su resistencia y ella me lo agradecía; yo era su única aliada. Compartíamos repulsiones y un gran deseo de felicidad.

Pese a nuestras diferencias solíamos reaccionar en forma idéntica. Mi padre había recibido del actor amigo suyo dos entradas gratuitas para una "matinée" en el Odéon; nos las regaló; daban una pieza de Paul Fort, *Carlos VI*. Cuando estuve sentada en un palco a solas con Zaza, sin *chaperon*, me encanté. Se oyeron los tres golpes y asistimos a un drama negro; Carlos perdía la razón; al final del primer acto erraba sobre el escenario desorientado, monologando con incoherencia, me hundí en una angustia tan solitaria como su locura. Miré a Zaza: estaba pálida. "Si esto se repite nos vamos", le propuse. Aceptó. Cuando se alzó el telón, Carlos, en camisón, se debatía entre las manos de unos enmascarados vestidos de cogullas. Salimos. La acomodadora nos detuvo: "¿Por qué se van?" "Es demasiado atroz", dije. Se echó a reír: "Pero, chicas, no es cierto; es teatro." Lo sabíamos, pero no por eso habíamos dejado de entrever algo horrible.

Mi entendimiento con Zaza, su estima, me ayudaron a liberarme de los adultos y a verme con mis propios ojos. Un incidente, sin embargo, me recordó hasta qué punto yo dependía todavía de su juicio. Explotó, inesperado, cuando yo empezaba a instalarme en la facilidad.

Como todas las semanas, traduje con cuidado palabra por palabra la versión latina y la transcribí en dos columnas. Luego había que ponerla en "buen francés". Resultó que el texto estaba traducido en mi literatura latina con una elegancia que me pareció inigualable: en comparación todos los giros que acudían a mi espíritu me parecían de una afligente torpeza. Yo no había cometido ninguna falta de sentido, estaba segura de obtener una nota excelente, no calculé; pero el objeto, la frase, tenía sus exigencias, debía ser perfecta; me repugnaba sustituir al modelo ideal, proporcionado por el manual, mis torpes inventos. Terminé por copiar la página impresa.

Nunca nos dejaban solas con el abate Trécourt; sentada en una mesita junto a la ventana, una señorita nos vigilaba; antes que él nos devolviera nuestras traducciones ella anotaba las notas en un registro. Esa función le había tocado ese día a la señorita Dubois la licenciada, de la cual normalmente yo hubiera tenido que seguir los cursos de latín el año anterior y que habíamos despreciado Zaza y yo por el abate: no me quería. La oí agitarse a mis espaldas; lanzaba exclamaciones en sordina, pero con

furia. Terminó por redactar una nota que puso sobre el montón de deberes antes de entregárselos al abate. Él limpió sus lentes, leyó el mensaje y sonrió: "Sí –dijo con bonhomía–, este pasaje de Cicerón estaba traducido en el manual y muchas de ustedes lo advirtieron. He puesto las mejores notas a las alumnas que han conservado más originalidad." Pese a la indulgencia de su voz, el rostro enfurecido de la señorita Dubois, el silencio inquieto de mis condiscípulas, me llenaron de terror. Sea por costumbre, sea por distracción o por amistad, el abate me había calificado primera: obtuve 17. Por otra parte nadie tenía menos de 12. Me preguntó sin duda para explicar su parcialidad que explicara el texto palabra por palabra: afirmé mi voz y lo hice con seguridad. Me felicitó y la atmósfera se distendió. La señorita Dubois no se atrevió a reclamar que me hicieran leer en voz alta mi "buen francés"; Zaza, sentada a mi lado, ni lo miró: era de una escrupulosa honestidad y se negó a dudar de mí. Pero otras compañeras al salir de clase murmuraron y la señorita Dubois me llamó aparte: iba a comunicarle mi deslealtad a la señorita Lejeune. Así lo que yo había temido a menudo acababa finalmente de ocurrir: un acto, hecho con la inocencia de la clandestinidad, al revelarse me deshonoraba. Todavía respetaba a la señorita Lejeune: la idea de que me despreciaría, me torturaba. Imposible remontar el tiempo y borrar mi acto: ¡estaba marcada para siempre! Yo lo había presentado: la verdad puede ser injusta. Durante toda la tarde y una parte de la noche me debatí contra la trampa en que había caído atolondradamente y que ya no me abandonaría. Por lo general eludía, huyendo, las dificultades, con la huida, el silencio, el olvido; rara vez tomaba iniciativas; pero esta vez decidí luchar. Para disipar las apariencias que me disfrazaban de culpable había que mentir: mentiría. Iría a ver a la señorita Lejeune en su despacho y le juraría llorando que no había copiado: se habían deslizado en mi versión involuntarias reminiscencias. Convencida de no haber hecho nada malo me defendí con el fervor de la franqueza. Pero daba un paso absurdo: inocente habría llevado mi deber como prueba; me contenté con dar mi palabra. La directora no me creyó, me lo dijo y agregó con impaciencia que el incidente estaba terminado. No me sermoneó, no me hizo ningún reproche: esa misma indiferencia y la sequedad de su voz me revelaron que no sentía el menor afecto por mí. Yo había temido que mi falta me destruyera en su espíritu; pero desde hacía tiempo no me quedaba nada que perder. Me tranquilicé. Me negaba tan categóricamente su estima que dejé de desearla.

Durante las semanas que precedieron al bachillerato conocí alegrías sin mezcla. Hacía lindo tiempo y mi madre me permitió que fuera a estudiar al Luxemburgo. Me instalaba en los jardines ingleses, al borde del césped o junto a la fuente Médicis. Llevaba todavía el pelo suelto, sobre la espalda y sujeto con una hebilla, pero mi prima Annie que a menudo me regalaba sus trajes viejos, me había dado ese verano una pollera blanca tableada, una blusa de cretona azul: bajo mi sombrero de paja me veía a mí misma como una señorita. Leía Faguet, Brunetiére, Jules Lemaitre, respiraba el olor del césped y me sentía tan libre como los estudiantes que atravesaban indolentemente los jardines. Atravesé la verja, anduve rondando bajo las arcadas del Odéon; sentía el mismo entusiasmo que a los diez años en los corredores de la biblioteca Cardinale. Había en el escaparate hileras de libros encuadernados, de canto dorado, cuyas páginas estaban cortadas; yo leía de pie durante dos o tres horas sin que nunca un vendedor, me molestara. Leí Anatole France, los Goncourt, Colette y todo lo que caía bajo mi mano. Me decía que mientras hubiera libros la felicidad me estaba garantizada.

Había conseguido permiso para acostarme bastante tarde; cuando papá se había ido al "Versailles" donde jugaba al bridge casi todas las noches, cuando mamá y mi hermana se habían acostado, yo me quedaba sola en el escritorio. Me asomaba a la ventana; el viento traía bocanadas de un olor a follaje; a lo lejos brillaban los vidrios. Yo descolgaba los prismáticos de papá, los sacaba de su estuche y, como antes, espiaba las vidas desconocidas. Poco me importaba la trivialidad del espectáculo; yo era –lo soy siempre– sensible al encanto de ese teatrillo de sombras: un cuarto iluminado en el fondo de la noche. Mi mirada erraba de fachada en fachada y me decía emocionada por la tibieza de la noche: "Pronto

viviré de veras."

Me dio un gran placer pasar mis exámenes. En los anfiteatros de la Sorbona codeaba a muchachos y a chicas que habían hecho sus estudios en cursos y colegios desconocidos, en liceos; me evadía del curso Désir, afrontaba la verdad del mundo. Mis profesoras me habían asegurado que había sido aprobada en el escrito, me presenté al oral con tanta confianza que me creía graciosa con mi vestido demasiado largo de "voile" azul. Ante los señores importantes reunidos a propósito para juzgar mis méritos recobré mi vanidad infantil. El examinador de letras en particular me halagó hablándome en un tono de conversación: me preguntó si era parienta de Roger de Beauvoir; yo repliqué que ese nombre era un seudónimo; me interrogó sobre Ronsard; mientras exponía mi saber admiraba la hermosa cabeza pensativa que se inclinaba hacia mí: por fin veía frente a frente a uno de esos hombres superiores cuyo sufragio codiciaba. En el examen de latín-lenguas, sin embargo, el examinador me recibió irónicamente: "¡Entonces, señorita, usted colecciona diplomas!" Desconcertada, me di cuenta bruscamente de que mi performance podía parecer irrisoria; pero no me amilané. Saqué la mención "bueno" y las señoritas satisfechas de poder escribir ese éxito en sus registros me agasajaron. Mis padres estaban encantados. Jacques, siempre perentorio, había decretado: "Hay que tener por lo menos la mención 'bueno' o ninguna mención." Me felicitó con calor. Zaza también pasó, pero durante ese período me preocupaba mucho menos de ella que de mí.

Clotilde y Marguerite me mandaron cartas afectuosas; mi madre me estropeó un poco mi placer trayéndomelas abiertas y recitándome el contenido con animación, pero era una costumbre tan sólidamente establecida que no protesté. Estábamos entonces en Vâlleme, en Normandía, en casa de unos primos muy "bien pensantes". No me gustaba esa propiedad demasiado peinada: ni senderos imprevistos, ni bosques; los prados estaban rodeados de alambre de púa; una tarde me deslicé bajo un cerco, me extendí sobre el pasto: una mujer se acercó y me preguntó si estaba enferma. Volví al parque, pero me ahogaba. Mi padre ausente, mamá y mis primos comulgaban en una misma devoción, profesaban los mismos principios sin que ninguna voz rompiera ese perfecto acuerdo; hablando con abandono delante de mí me imponían una complicidad que no me atrevía a recusar: tenía la impresión de que me violentaban. Fuimos en auto a Rouen; pasamos la tarde visitando iglesias; había muchas y cada una desencadenaba delirios extáticos. Ante los encajes de piedra de San Maclou el entusiasmo llegó al paroxismo: ¡qué trabajo!, ¡qué finura! Yo callaba. "¿Cómo, no te parece lindo?", me preguntaron escandalizados. No me parecía ni feo ni lindo; no sentía nada. Insistieron. Apreté los dientes; me negué a dejar introducir a la fuerza palabras en mi boca. Todas las miradas se clavaban, condenándome, sobre mis labios cerrados: la ira, el desamparo, me condujeron al borde del llanto. Mi primo terminó por explicar en tono conciliador que a mi edad uno tenía el espíritu de contradicción y mi suplicio tocó a su fin.

En el Limousin recobré la libertad que necesitaba. Cuando había pasado el día sola o con mi hermana, jugaba con gusto por la noche al *mahjong* en familia. Me inicié en la filosofía, leyendo *La vida intelectual* del padre Sertilanges, y *La certidumbre moral* de Ollé-Laprune, que me aburrieron mucho.

A mi padre nunca le había gustado la filosofía; a mi alrededor como alrededor de Zaza le desconfiaban. "¡Qué lástima, tú que razones tan bien van a enseñarte a razonar mal!", le decía uno de sus tíos, sin embargo a Jacques le interesaba. En mí la novedad suscitaba siempre una esperanza. Esperé con impaciencia la iniciación de los cursos.

Psicología, lógica, moral, metafísica: el abate Trécourt liquidaba el programa a razón de cuatro horas semanales. Se limitaba a devolvernos nuestras disertaciones, a hacernos dictados, a hacernos recitar la lección aprendida en nuestro manual. A propósito de cada problema, el autor, el reverendo Padre Lahr, hacía un rápido inventario de los errores humanos y nos enseñaba la verdad según Santo

Tomás. El abate no se complicaba tampoco con sutilezas. Para refutar el idealismo ponía la evidencia del tacto a las posibles ilusiones de la vista; golpeaba sobre la mesa declarando: "Lo que es, es." Las lecturas que nos indicaba carecían de sal; eran *La atención* de Ribot, *La psicología de las masas* de Gustave Lebon, *Las ideas-fuerzas* de Fouillée. Sin embargo, yo me apasionaba. Volvía a encontrar, tratados, por señores serios en los libros, los problemas que habían intrigado mi infancia; de pronto el mundo de los adultos no se deslizaba sin tropiezos: había un anverso, un revés, la duda entraba; forzando un poco, ¿qué quedaría? No se forzaba mucho, pero ya era bastante extraordinario, después de doce años de dogmatismo una disciplina que planteara interrogantes y que me los planteara a mí. Pues era yo, a la que siempre habían hablado de lugares comunes, la que de pronto se encontraba puesta en cuestión. ¿De dónde salía mi conciencia? ¿De dónde sacaba sus poderes? La estatua de Condillac me hizo soñar tan vertiginosamente como la vieja chaqueta de mis siete años. También vi, azorada, las coordinaciones del universo ponerse a vacilar; las especulaciones de Henri Poincaré sobre la relatividad del espacio y del tiempo, de la medida, me hundieron en infinitas meditaciones. Me conmovieron las páginas donde, evocaba el paso del hombre a través del universo ciego: ¡sólo un destello, pero un destello que es todo! La imagen me persiguió mucho tiempo, la de ese gran fuego ardiendo en las tinieblas.

Lo que sobre todo me atrajo en la filosofía fue que suponía que iba derecho a lo esencial. Nunca me habían gustado los detalles, veía el sentido global de las cosas más que sus singularidades y prefería comprender a ver; yo siempre había deseado conocerlo *todo*; la filosofía me permitiría alcanzar ese deseo, pues apuntaba a la totalidad de lo real; se instalaba enseguida en su corazón y me revelaba en vez de un decepcionante torbellino de hechos o de leyes empíricas un orden, una razón, una necesidad. Ciencias, literatura, todas las otras disciplinas me parecieron parientes pobres.

Día a día, sin embargo, no aprendíamos gran cosa. Pero escapábamos del hastío por la tenacidad que poníamos, Zaza y yo, en las discusiones. Hubo un debate particularmente agitado sobre el amor llamado platónico y sobre el otro que no se nombra. Una compañera había puesto a *Tristán e Isolda* entre los enamorados platónicos, Zaza se echó a reír: "¡Platónicos *Tristán e Isolda*! ¡Ah, no!", dijo con un aire de competencia que desconcertó a toda la clase. La conclusión del abate fue exhortarnos, al casamiento de razón: uno no se casa con un muchacho porque le queda bien la corbata. Dejamos pasar esa tontería. Pero no siempre éramos tan conciliadoras; cuando un tema nos interesaba discutíamos sin aflojar. Respetábamos muchas cosas; pensábamos que las palabras patria, deber, bien, mal, tenían un sentido; tratábamos simplemente de definir las; no intentábamos destruir nada, pero nos gustaba razonar. Era lo suficiente para que nos acusaran de tener "mal fondo". La señorita Lejeune que asistía a todos los cursos declaró que nos aventurábamos en una pendiente peligrosa. El abate, a mediados de año, nos llamó aparte y nos suplicó que no nos "resecáramos"; si no terminaríamos por parecer a las señoritas: eran santas mujeres pero más valía no marchar sobre sus huellas. Me conmovió su buena voluntad, me sorprendió su aberración. Le aseguré que no entraría en la cofradía. Me inspiraba un rechazo que extrañaba a Zaza; a través de sus burlas ella quería a nuestras profesoras y la escandalicé cuando le dije que me alejaría de ellas sin pena.

Mi vida de colegiala terminaba, otra cosa iba a comenzar: ¿qué, exactamente? En los *Anales* leí una conferencia que me hizo pensar; una antigua alumna de Sévres evocaba sus recuerdos; describía jardines donde hermosas jóvenes ávidas de saber se paseaban a la luz de la luna; sus voces se unían al murmullo de las fuentes. Pero mi madre desconfiaba de Sévres y, bien pensado, no me tentaba encerrarme fuera de París, con mujeres. ¿Entonces qué decidir? Temía la parte arbitraria que encierra toda elección. Mi padre, que sufría de verse a los cincuenta años ante un porvenir incierto, deseaba ante todo para mí la seguridad; me destinaba a la administración que me aseguraría un sueldo fijo y una jubilación. Alguien le aconsejó la *Escuela de chartes*. Fui con mi madre a la Sorbona a consultar a

una señorita. Recorrí corredores tapizados de libros sobre los cuales se abrían despachos llenos de ficheros. De niña había soñado vivir entre esa polvorienta sabiduría y me parecía hoy penetrar en el santuario de los santuarios. La señorita nos describió las bellezas pero también las dificultades de la carrera de bibliotecaria; la idea de aprender el sánscrito me espantó; la erudición no me tentaba. Lo que me hubiera gustado habría sido continuar mis estudios de filosofía. Había leído en una revista un artículo sobre una mujer filósofa que se llamaba señorita Zanta; había pasado su doctorado; estaba fotografiada en su escritorio, el rostro grave y reposado; vivía con una sobrina a la que había adoptado: así había logrado conciliar su vida cerebral con las exigencias de su sensibilidad femenina. ¡Cómo me hubiera gustado que escribieran un día sobre mí cosas tan halagadoras! Las mujeres que tenían un diploma o un doctorado de filosofía se contaban con los dedos de una mano: yo deseaba ser una de esas precursoras. Prácticamente la única carrera que esos diplomas me abrirían sería la enseñanza: no tenía nada en contra. Mi padre no se opuso a ese proyecto; pero se negaba a dejarme buscar lecciones: tendría un puesto en un liceo. ¿Por qué no? Esa solución satisfacía mi gusto de la prudencia. Mi madre informó tímidamente a las señoritas y sus rostros se congelaron. Habían empleado sus existencias en combatir el laicismo y no hacían ninguna diferencia entre un establecimiento de Estado y una casa de tolerancia. Además explicaron a mi madre que la filosofía corroía mortalmente las almas; en un año de Sorbona yo perdería mi fe y mis buenas costumbres. Mamá se inquietó. Como la licencia clásica ofrecía, según papá, más posibilidades, como quizá le permitieran a Zaza preparar algunos certificados, acepté sacrificar la filosofía a las letras. Pero mantuve mi decisión de enseñar en un liceo. ¡Qué escándalo! Once años de cuidados, de sermones, de adoctrinarme asiduamente: ¡y mordía la mano que me había alimentado! En las miradas de mis educadoras leía con indiferencia mi ingratitud, mi indignidad, mi traición: Satanás me había conquistado.

En julio pasé las matemáticas elementales y filosofía. La enseñanza del abate era tan débil que mi disertación, que él hubiera calificado con 16, me valió apenas un 11. Me desquité en ciencias. La noche del oral mi padre me llevó al teatro de *Dix Heures* donde oí a Dorin, Colline, Noël-Noél; me divertí mucho. ¡Qué feliz estaba de haber terminado con el curso Désir! Dos o tres días más tarde, sin embargo, estando sola en el departamento, sentí un extraño malestar; me quedé plantada en medio del cuarto casi tan perdida como si hubiera sido trasplantada a otro planeta: sin familia, sin amigas, sin lazos, sin esperanza. Mi corazón estaba muerto y el mundo vacío: ¿semejante vacío podría colmarse? Tuve miedo. Y después el tiempo volvió a correr.

Había un punto sobre el cual mi educación me había marcado profundamente: pese a mis lecturas seguía siendo una mojigata. Tenía dieciséis años cuando una tía nos llevó a mi hermana y a mí a la sala Pleyel a ver una película de viajes. Todos los asientos estaban ocupados y nos quedamos de pie en el pasillo. Sentí con sorpresa unas manos que me palpaban a través de mi abrigo de lana; creí que trataban de robarme mi cartera y la apreté bajo mi brazo; las manos siguieron triturándome absurdamente. No supe qué decir ni qué hacer: me quedé quieta. Terminada la película un hombre que llevaba un chambergo marrón me señaló riendo a un amigo que también se puso a reír. Se burlaban de mí: ¿por qué? No comprendí nada.

Poco después alguien —ya no sé quién— me pidió que fuera a comprar en una librería de objetos religiosos cerca de San Sulpicio algo para una kermesse. Un empleado rubio, tímido, vestido con un largo delantal negro me preguntó cortésmente lo que deseaba. Se dirigió hacia el fondo de la tienda y me hizo una seña para que lo siguiera; me acerqué: abrió su delantal descubriendo algo rosado; su rostro no expresaba nada y me quedé un instante azorada; luego volví la espalda y me fui. Su gesto disparatado me atormentó menos que en el escenario del Odéon los delirios del falso Carlos VI; pero me dejó la impresión de que inopinadamente podían ocurrir cosas raras. Cada vez que estaba sola en

una tienda o en el andén del subterráneo, con un hombre desconocido, sentía una aprensión.

A principio de mi año de filosofía la señora Mabilie convenció a mamá de que me hiciera tomar clases de baile. Una vez por semana me encontraba con Zaza en una sala donde chicas y muchachos se ejercitaban a moverse rítmicamente bajo la dirección de una señora madura. Yo llevaba esos días un vestido de jersey de seda azul dado por mi prima Annie, y qué se ajustaba más o menos a mi medida. Tenía prohibido todo maquillaje. En mi familia la única que se pintaba era mi prima Madeleine. A los dieciséis años había empezado a arreglarse con coquetería. Papá, mamá, tía Marguerite la señalaban con el dedo: "¡Madeleine, te has puesto polvos!" "Pero no, tía, se lo aseguro", contestaba ella. Yo reía con los adultos: el artificio era siempre "ridículo". Todas las mañanas volvía a la carga: "No digas Madeleine que no te has puesto polvos, se ve." Un día, tendría unos dieciocho o diecinueve años, contestó excedida: "¿Después de todo por qué no?" Había llegado a confesar: triunfaron. Pero su respuesta me hizo reflexionar. De todas maneras vivíamos muy lejos del estado natural. En mi familia afirmaban: "La pintura estropea el cutis." Pero solíamos decirnos mi hermana y yo viendo el mal cutis de mis tías que la prudencia convenía poco. Sin embargo, no intenté discutir. Llegaba por lo tanto a la clase de baile, mal entrazada, el pelo opaco, las mejillas y la nariz brillantes. No sabía hacer nada con mi cuerpo, ni siquiera nadar ni andar en bicicleta; me sentía tan torpe como el día en que me había exhibido disfrazada de española. Pero por otra razón empecé a aborrecer esas clases. Cuando mi compañero me oprimía entre sus brazos y me apretaba contra su pecho, sentía una impresión extraña que se parecía a un vértigo de estómago, pero que olvidaba menos fácilmente. De vuelta a casa me tiraba sobre el sillón de cuero, idiotizada por una languidez que no tenía nombre y que me daba ganas de llorar. Pretexté mis estudios para suspender esos cursos.

Zaza era más despierta que yo: "¡Cuando pienso que nuestras madres nos miran bailar con la mayor serenidad de espíritu, las inocentes!", me dijo una vez. Les decía a su hermana Lili y a sus primas mayores: "Vamos, no me cuenten que si bailáramos entre nosotras o con nuestros hermanos nos divertiría tanto." Creí que unía el placer del baile con ese otro, para mí muy vago, del flirt. A los doce años mi ignorancia había sentido el deseo, la caricia; a los diecisiete, teóricamente informada, ni siquiera sabía reconocer la turbación.

No sé si entraba o no mala fe en mi ingenuidad; en todo caso la sexualidad me asustaba. Una sola persona, Titite, me había hecho entrever que el amor físico puede ser vivido en forma natural y en la alegría; su cuerpo exuberante no conocía la vergüenza y cuando evocaba su boda el deseo que brillaba en sus ojos la embellecía. Tía Simone insinuaba que con su novio "había ido muy lejos"; mamá la defendía: ese debate me parecía ocioso; casados o no las caricias de esos dos hermosos jóvenes no me chocaban: se querían. Pero esa única experiencia no bastó para derrumbar los tabús erguidos a mi alrededor. No solamente yo nunca había –desde Villeirs– puesto los pies en una playa, en una piscina, en un gimnasio, a tal punto que la desnudez se confundía en mí con la indecencia; sino que en el ambiente en que vivía nunca la franqueza de una necesidad, nunca un acto violento desgarraba la red de convenciones y de rutinas. En los adultos desencarnados que sólo cambiaban palabras y gestos convencionales ¿cómo darle un lugar a la crudeza animal, del instinto, del placer? Durante mi año de filosofía, Marguerite de Théricourt fue a anunciarle a la señorita Lejeune su próximo casamiento: se casaba con un socio de su padre, rico, noble, mucho mayor que ella, que conocía desde la infancia. Todo el mundo la felicitó y ella resplandecía de cándida felicidad. La palabra "casamiento" explotó en mi cabeza y me quedé de pronto tan estupefacta como el día en que en plena clase una compañera se había puesto a ladrar. Esa señorita sería, con guantes, con sombrero, con sonrisas estudiadas ¿cómo transformarla en la imagen de un cuerpo tierno y rosado acostado entre los brazos de un hombre? No llegué hasta desnudar a Marguerite; pero bajo su largo camisón y la lluvia de sus cabellos desatados, su carne se ofrecía. Ese brusco impudor lindaba con la demencia. O la sexualidad era una breve crisis

de locura; o Marguerite no coincidía con la joven bien educada que iba a todas partes escoltada por su gobernanta; las apariencias mentían, el mundo que me habían enseñado estaba completamente truncado, me incliné por esa hipótesis pero había creído demasiado tiempo en ese engaño: la ilusión resistía a la duda. La verdadera Marguerite llevaba obstinadamente guantes y sombrero. Cuando la evocaba semidesnuda, expuesta a la mirada de un hombre, me sentía arrastrada por un simún que pulverizaba todas las normas de la moral y del buen sentido.

A fines de julio salimos a veranear. Descubrí un aspecto nuevo de la vida sexual; ni tranquila alegría de los sentidos, ni turbador extravío, se me apareció como una picardía.

Mi tío Maurice, después de haberse alimentado exclusivamente de ensaladas durante dos o tres años, había muerto de un cáncer al estómago entre atroces sufrimientos. Mi tía y Madeleine lo habían llorado mucho. Pero cuando se hubieron consolado, la vida en *La Grillère* fue mucho más alegre que en el pasado. Roben pudo invitar libremente a sus amigos. Los hijos de los hidalgos limusinos acababan de descubrir el automóvil y se reunían a cincuenta kilómetros a la redonda para cazar y bailar. Aquel año Roben festejaba a una joven belleza de unos veinticinco años que pasaba sus vacaciones en la aldea vecina con la evidente intención de casarse con él; casi todos los días Yvonne venía a *La Grillère*; exhibía un guardarropa abigarrado, cabello opulento, una sonrisa tan inmutable que nunca pude decidir si era sorda o idiota. Una tarde en la sala liberada de sus fundas, su madre se sentó al piano e Yvonne, vestida de andaluza, jugando con el abanico y con las pupilas, ejecutó bailes españoles en medio de un círculo de muchachos burlones. A causa de este idilio los "parties" se multiplicaron en *La Grillère* y en los alrededores. Yo me divertía mucho. Los padres no se mezclaban: podíamos reír y agitarnos sin molestias. Farándulas, rondas, juego de sillas, el baile era un juego entre tantos otros y ya no me incomodaba. Hasta me gustó un poco uno de mis caballeros que terminaba su carrera de medicina. Una vez en un castillo vecino nos quedamos hasta la madrugada; hicimos sopa de cebolla en la cocina; fuimos en auto hasta el pie del monte Gargan que escalamos para ver la salida del sol; tomamos café con leche en una hostería; fue mi primera noche en vela. En mis cartas le conté a Zaza esas orgías y pareció un poco escandalizada de que a mí me dieran tanto placer y que mamá las tolerara. Ni mi virtud ni la de mi hermana corrieron nunca peligro; nos llamaban "las dos chicas"; visiblemente poco avivadas, el "sex appeal" no era nuestro fuerte. Sin embargo, las conversaciones bullían de alusiones y de sobrentendidos cuya picardía me chocaba. Madeleine me confió que durante esas veladas ocurrían muchas cosas en los matorrales y en los automóviles. Las chicas cuidaban de seguir siendo vírgenes. Yvonne había desdeñado esa precaución; los amigos de Roben que habían aprovechado de ella por turno advirtieron comedidamente a mi primo y el casamiento no se hizo. Las otras chicas conocían la regla del juego y la observaban; pero esa prudencia no les impedía agradables diversiones. Sin duda éstas no eran muy lícitas: las escrupulosas corrían a confesarse al día siguiente y se encontraban con el alma limpia. Yo hubiera querido comprender por qué mecanismo el contacto de dos bocas provoca la voluptuosidad. A menudo mirando los labios de un muchacho o de una chica me asombraba como antes ante el riel mortífero del subterráneo o ante un libro peligroso. La enseñanza de Madeleine era siempre barroca; me explicó que el placer dependía del gusto de cada uno: su amiga Niní exigía que su festejante le besara o le hiciera cosquillas en la planta del pie. Con curiosidad, con malestar, me preguntaba si mi propio cuerpo encerraba fuentes ocultas de las cuales surgirían un día imprevisibles emociones.

Yo no me habría prestado por nada del mundo a la más modesta experiencia. Las costumbres que me describía Madeleine me indignaban. El amor tal como yo lo concebía no interesaba al cuerpo; pero me negaba a que el cuerpo tratara de tranquilizarse fuera del amor. No llevaba la intransigencia hasta el extremo de Antonio Radier, redactor de la *Revue Française*, donde mi padre trabajaba, que había pintado en una novela el conmovedor retrato de una niña verdadera: había permitido que una vez un

hombre le robara un beso y antes que confesar esa villanía a su novio renunciaba a él. Esa historia me pareció ridícula. Pero cuando una de mis compañeras, hija de un general, me contaba no sin melancolía que cada vez que salía, por lo menos uno de sus bailarines la besaba, la critiqué por aceptarlo. Me parecía triste, incongruente y en resumidas cuentas culpable dar sus labios a un indiferente. Una de las razones de mi mojigatería era sin duda ese rechazo mezclado con el temor que el macho inspira generalmente a las vírgenes; temía sobre todo mis propios sentidos y sus caprichos; el malestar experimentado durante el curso de baile me molestaba porque lo sentía a pesar de mí; no admitía que por un simple contacto, por una presión, un abrazo, un desconocido pudiera hacerme naufragar. Llegaría el día en que caería pasmada en brazos de un hombre: elegiría mi hora y mi decisión se justificaría por la violencia de un amor. A ese orgullo racionalista se agregaban mitos forjados por mi educación. Yo había amado esa hostia inmaculada: mi alma; en mi memoria flotaban imágenes de armiño manchado, de lirio profanado; si no estaba transfigurado por el fuego de la pasión, el placer ensuciaba. Por otra parte, yo era extremista: quería todo o nada. Si amaba sería para toda la vida y me daría entera con mi cuerpo, mi corazón, mi cabeza y mi pasado. Me negaba a picotear emociones, voluptuosidades ajenas a esa idea. A decir verdad no tuve oportunidad de probar la solidez de esos principios, pues ningún seductor trató de conmovérmelos.

Mi conducta se conformaba con la moral en vigor en mi medio; pero yo no la aceptaba sin una importante reserva; pretendía someter a los hombres a la misma ley que las mujeres. Tía Germaine había deplorado con palabras veladas ante mis padres que Jacques fuera demasiado juicioso. Mi padre, la mayoría de los escritores, y en resumidas cuentas el consenso universal alentaban a los muchachos a conocer la vida. Llegado el momento se casarían con una joven de su medio; entretanto los aprobaban por divertirse con muchachas de condición humilde: plumitas, grisetas, costureritas, vendedoras. Esa costumbre me indignaba. Me habían repetido que las clases bajas no tienen moral: la inconducta de una lencera o de una florista me parecía tan natural que ni siquiera me escandalizaba; sentía simpatía por esas muchachas sin fortuna que los novelistas dotaban a menudo de las cualidades más conmovedoras. Sin embargo, desde el primer momento su amor estaba condenado: un día u otro, según sus caprichos o sus comodidades, su amante las plantaría por una señorita. Yo era demócrata y era romántica: me parecía indignante que por el solo hecho de ser un hombre y de tener dinero lo autorizaran a burlarse de un sentimiento. Por otra parte, me sublevaba en nombre de la blanca novia con quien me identificaba. No veía ninguna razón para reconocerle a mi compañero derechos que él no me concedía. Nuestro amor sólo sería necesario y total si él se conservaba para mí como yo me conservaba para él. Además era necesario que la vida sexual fuera en su esencia misma y para todo el mundo un asunto serio; de lo contrario yo hubiera tenido que revisar mi propia actitud y como era por el momento incapaz de cambiar eso, me habría arrojado en grandes perplejidades. Por lo tanto me empeñaba, contra la opinión pública, en exigir a ambos sexos una idéntica castidad.

A fines de setiembre pasé una semana en casa de una compañera. Zaza me había invitado algunas veces a Laubardon; las dificultades del viaje, mi edad demasiado tierna habían hecho abortar ese proyecto. Ahora tenía diecisiete años y mamá aceptó meterme en un tren que me conduciría directamente de París a Joigny donde mis anfitriones irían a buscarme. Era la primera vez que yo viajaba sola; me había levantado el pelo, llevaba un sombrero de castor gris, estaba orgullosa de mi libertad y levemente inquieta: en las estaciones espiaba a los viajeros; no me habría gustado encontrarme encerrada en mi comportamiento sola con un extraño. Thérèse me esperaba en el andén. Era una triste adolescente, huérfana de padre, que llevaba una existencia enlutada entre su madre y media docena de hermanas mayores. Piadosa y sentimental, había decorado su cuarto con ríos de muselinas blancas que habrían hecho sonreír a Zaza. Me envidiaba mi relativa libertad y creo que yo

encarnaba para ella toda la alegría del mundo. Pasaba el verano en un gran castillo de ladrillos, bastante lindo, muy lúgubre, rodeado por bosques admirables. En el monte de árboles, en el flanco de las colinas cubiertas de viñas, descubrí un nuevo otoño: violeta, naranja, rojo, y todo manchado de oro. Mientras paseábamos hablábamos de la próxima iniciación de las clases. Thérèse había conseguido que la dejaran seguir conmigo algunos cursos de literatura y de latín.

Yo me disponía a estudiar fuerte. A papá le habría gustado que yo acumulara las letras y el derecho "que siempre puede servir"; pero yo había recorrido en Meyrignac el Código Civil y esa lectura me había inspirado rechazo. En cambio, mi profesora de ciencias me impulsaba a intentar las matemáticas generales y la idea me agradaba: prepararía ese certificado en el instituto católico. En cuanto a las letras estaba decidido, por consejo del señor Mabile, que seguiríamos los cursos en el instituto dirigido en Neuilly por la señora Daniélou; así nuestras relaciones con la Sorbona estarían reducidas al mínimo. Mamá, había conversado con la señorita Lambert, principal colaboradora de la señora Daniélou: si yo seguía estudiando con empeño podría muy bien llegar hasta la agregación. Recibí una carta de Zaza: la señorita Lejeune le había escrito a su madre para prevenirla contra la atroz crudeza de los clásicos griegos y latinos; la señora Mabile había contestado que temía, para una imaginación joven, las trampas del romanticismo pero no del realismo. Robert Garric, nuestro futuro profesor de literatura, católico ferviente y de una espiritualidad por encima de toda sospecha, había afirmado al señor Mabile que uno puede estudiar sin condenarse. Así todos mis deseos se cumplían: esa vida que se abría yo la compartiría también con Zaza.

Una vida nueva; otra vida: yo estaba más emocionada que la víspera de mi entrada al curso Cero. Extendida sobre las hojas secas, la mirada aturdida por los colores apasionados de las viñas, me repetía las palabras austeras: licencia, agregación. Y todas las vallas, todos los muros se esfumaban. Yo adelantaba al aire libre a través de la verdad del mundo. El porvenir ya no era una esperanza, yo lo tocaba. Cuatro o cinco años de estudio y luego toda una existencia que yo moldearía con mis manos. Mi vida sería una hermosa historia que se volvería verdadera a medida que yo me la fuera contando.

TERCERA PARTE

Inauguré mi nueva existencia subiendo la escalera de la biblioteca Sainte-Geneviève. Me senté en el sector reservado a las lectoras ante una gran mesa cubierta como las del curso Désir, de lustrina negra, y me hundí en *La comedia humana* o en *Las memorias de un hombre de calidad*. Frente a mí, a la sombra de un gran sombrero cargado de pájaros, una señorita de edad madura hojeaba viejos números del *Journal Officiel*: hablaba a media voz y reía. En esa época la entrada de la sala era libre; muchos maniáticos y semi atorrantes se refugiaban en ella; monologaban, canturreaban, mordisqueaban cortezas de pan; había uno que iba y venía tocado por un sombrero de papel. Yo me sentía muy lejos de la sala de estudios del curso; por fin me había lanzado en la batalla humana. "¡Ya ocurrió: ya soy una estudiante!", me decía alegremente. Llevaba un vestido escocés cuyo dobladillo yo misma había cosido, pero nuevo, hecho a mi medida; compulsando los catálogos, yendo y viniendo, ajetreándome, me parecía que mi aspecto era encantador.

Había ese año en el programa Lucrecio, Juvenal, el Heptamerón, Diderot; si hubiera seguido siendo tan ignorante como lo habían deseado mis padres, el choque habría sido brutal: lo advirtieron. Una tarde cuando yo estaba en el escritorio, mi madre se sentó frente a mí; vaciló, se ruborizó: "Hay ciertas cosas que tienes que saber", dijo. Yo también me ruboricé: "Ya las sé", dije rápidamente. Ella no tuvo la curiosidad de informarse de mis fuentes: para nuestro común alivio la conversación se plantó allí. Algunos días después me llamó a su cuarto; me preguntó con cierta molestia "en qué estaba desde el punto de vista religioso". Mi corazón se puso a latir con fuerza: "Y bueno –le dije–, hace tiempo que ya no creo más." Su rostro se descompuso. "¡Mi pobrecita!", dijo. Cerró la puerta para que mi hermana no oyera el resto de nuestra conversación. Con voz implorante, esbozó una demostración de la existencia de Dios, luego tuvo un gesto de impotencia y calló con los ojos llenos de lágrimas. Lamenté haberle hecho daño, pero me sentí muy aliviada: por fin iba a poder vivir sin máscara.

Una noche, al bajar del ómnibus S, vi en la calle el auto de Jacques: hacía unos meses que tenía un autito. Subí la escalera de dos en dos. Jacques venía a vernos menos a menudo que antes; mis padres no le perdonaban sus gustos literarios y sin duda sus sarcasmos lo fastidiaban. Mi padre reservaba el monopolio del talento a los ídolos de su juventud; según él el éxito de los autores extranjeros y de los autores modernos sólo se explicaba por el esnobismo. Para él, Alphonse Daudet era mil veces superior a Dickens; cuando le hablaban de una novela rusa se encogía de hombros. Un alumno del conservatorio, que ensayaba con él una pieza de Jeannot titulada *La vuelta a la tierra*, declaró un día con ímpetu: "¡Hay que inclinarse ante Ibsen!" Mi padre lanzó una carcajada: "¡Pues yo no me inclino!" Inglesas, eslavas, nórdicas, todas las obras del otro lado de la frontera le parecían aburridas, nebulosas y pueriles. En cuanto a los escritores y a los pintores de vanguardia especulaban cínicamente con la tontería humana. Mi padre apreciaba la naturalidad de ciertos jóvenes actores: Gaby Morlay, Fresnay, Blanchard, Charles Boyer. Pero consideraba ociosas las búsquedas de Copeau, de Dullin, de Jouvet, y aborrecía a los Pitoeff, esos gringos. Consideraba que quienes no compartían sus opiniones eran malos franceses. Por eso Jacques esquivaba las discusiones; conversador, seductor, bromeaba con mi padre, cortejaba risueñamente a mi madre y tenía buen cuidado de no hablar de nada. Yo lo lamentaba porque cuando por casualidad se descubría, decía cosas que me intrigaban, que me interesaban; no lo encontraba nada presuntuoso; sobre el mundo, los hombres, la pintura, la literatura, sabía mucho más que yo: yo hubiera querido que me permitiera sacar provecho de su experiencia. Aquella noche, como de costumbre, me trató como una prima menor; pero había tanta gentileza en su voz, en sus sonrisas, que me sentí feliz simplemente por haber vuelto a verlo. Con la cabeza hundida en la almohada sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. "Lloro, luego amo", me dije deslumbrada. Diecisiete años: era la edad.

Entreví un medio de forzar la estima de Jacques. Él conocía a Robert Garric que dictaba el curso de literatura francesa en el instituto Sainte-Marie. Garric había fundado y dirigía un movimiento, los

Equipos sociales, que se proponía extender la cultura en las capas populares: Jacques pertenecía a su equipo y lo admiraba. Si yo lograba hacerme distinguir por mi nuevo profesor, si él alababa mis méritos ante Jacques, quizá éste dejara de considerarme como a una colegiala insignificante. Garric tenía un poco más de treinta años; rubio, ligeramente calvo, tenía una voz alegre y un leve acento de Auvernia; sus explicaciones de Ronsard me deslumbraron. Puse especial cuidado en mi primera disertación, pero sólo una monja dominica, que seguía los cursos vestida de civil, recibió las felicitaciones; apenas nos destacábamos Zaza y yo del resto de la clase con una onza de indulgencia. Thérése venía mucho más atrás.

El nivel intelectual de Sainte-Marie era mucho más elevado que el del curso Désir. La señorita Lambert, que dirigía la sección superior, me inspiró respeto. Profesora de filosofía, de unos treinta y cinco años de edad, llevaba un flequillo negro que endurecía su rostro donde brillaban ojos azules, de mirada incisiva. Pero yo no la veía nunca. Debutaba en griego, advertí que no sabía nada de latín: mis profesores me ignoraban. En cuanto a mis nuevas condiscípulas no me parecieron más alegres que las anteriores. Eran alojadas e instruidas gratuitamente; en cambio, se ocupaban de la enseñanza y de la disciplina de las clases secundarias. La mayoría, ya casi solteras, pensaban con amargura que no se casarían nunca; la única posibilidad que tenían de vivir decentemente era triunfar en sus exámenes: esa preocupación las obsesionaba. Traté de conversar con algunas de ellas pero no tenían nada que decirme.

En noviembre empecé a preparar matemáticas generales en el instituto católico: las mujeres se sentaban en las primeras filas, los varones en las últimas; les encontré a todos una misma cara tupida. En la Sorbona, los cursos de literatura me aburrieron; los profesores se contentaban con repetir con voz blanda lo que antes habían escrito en su tesis del doctorado; Fortunat Strowski nos contaba las piezas de teatro a las que había asistido durante la semana: su labia cansada me aburrió pronto. Para consolarme observaba a los estudiantes, los estudiantes sentados a mi alrededor en los bancos de los anfiteatros: algunos me intrigaban, me atraían; a la salida solía seguir largo rato con los ojos a una desconocida cuya elegancia o gracia me asombraba: ¿a quién iba a ofrecerle la sonrisa pintada sobre sus labios? Rozada por esas vidas extrañas recobraba la íntima y oscura felicidad que había conocido de niña en el balcón del Bulevar Raspail. Pero no me atrevía a hablar con nadie y nadie me hablaba.

Abuelito murió al final del otoño después de una interminable agonía; mi madre se envolvió en crespones e hizo teñir mi ropa de negro. Esa librea fúnebre me afeaba, me aislaba y me pareció que me condenaba definitivamente a una austeridad que empezaba a pesarme. En el Bulevar Saint Michel los muchachos y las chicas se paseaban en grupos, reían; iban al café, al teatro, al cine. Yo, cuando había leído tesis durante todo el día y traducido a Catulo, de noche hacía problemas. Mis padres rompían con las costumbres orientándome no hacia el casamiento sino hacia una carrera; sin embargo, en la vida cotidiana seguían sometiéndome; ni pensar en dejarme salir sola, sin ellos, ni en evitarme obligaciones de familia.

El año anterior mi principal distracción habían sido mis encuentros con mis amigas, nuestras charlas; ahora, salvo Zaza, me hastiaban. Asistí tres o cuatro veces al círculo de estudios donde se reunían bajo la presidencia del abate Trécourt, pero la opaca necesidad de las discusiones me hizo huir. Mis compañeras no habían cambiado tanto, yo tampoco; pero lo que ayer nos ligaba era nuestra meta común: nuestros estudios; hoy nuestras vidas se apartaban; yo seguía hacia adelante, me desarrollaba, mientras ellas para adaptarse a sus existencias de niñas casaderas, empezaban a idiotizarse. La diversidad de nuestros futuros me separaba anticipadamente de ellas.

No tardé en confesármelo: ese año no me traía lo que yo había esperado. Expatriada, separada de mi pasado, vagamente desorientada, no había descubierto, sin embargo, ningún horizonte verdaderamente nuevo. Hasta entonces me había conformado con vivir en una jaula, pues sabía que un día, cada vez

más cercano, la puerta se abriría: la había traspuesto y seguía encerrada. ¡Qué decepción! Ya ninguna esperanza precisa me sostenía: esta prisión no tenía barrotes, yo no podía entrever salida. Quizá había una, pero ¿dónde? y ¿cuándo la encontraría? Todas las noches bajaba el tacho de basura; mientras vaciaba en el tacho común las cáscaras, las cenizas, los papeles viejos, interrogaba al cuadrado de cielo sobre el patio; me detenía a la entrada del edificio; los escaparates brillaban, los autos se deslizaban sobre la calzada, los transeúntes pasaban; afuera la noche vivía. Yo volvía a subir la escalera, apretando con repugnancia el asa un poco grasienta del tacho de la basura. Cuando mis padres salían a comer yo me precipitaba a la calle con mi hermana: rondábamos sin derrotero, tratando de asir un eco, un reflejo de las grandes fiestas de que estábamos excluidas.

Lo que me hacía soportar peor mi cautiverio era que no estaba a gusto en casa. Alzando los ojos al cielo mi madre rogaba por mi alma; aquí abajo gemía por mis extravíos: toda comunicación estaba cortada entre nosotras. Al menos conocía las razones de su desazón. Las reticencias de mi padre me asombraban y me dolían más. Hubiera debido interesarse en mis esfuerzos y en mis progresos, hablarme amistosamente de los autores que yo estudiaba: sólo me demostraba indiferencia y hasta una vaga hostilidad. Mi prima Jeanne era poco dotada para los estudios, pero muy sonriente y muy cortés; mi padre repetía a quien quería oírlo que su hermano tenía una hija deliciosa, y suspiraba. Yo estaba despechada. No sospechaba el malentendido que nos separaba y que debía pesar mucho sobre mi juventud.

En mi medio se consideraba entonces incongruente que una mujer siguiera estudios serios; aprender un oficio era decaer. Por supuesto mi padre era vigorosamente antifeminista; se deleitaba, ya lo he dicho, con las novelas de Coletté Yver; estimaba que el lugar de la mujer está en el hogar y en los salones. Naturalmente admiraba el estilo de Colette, el talento escénico de Simone; pero como apreciaba la belleza de las grandes cortesanas: a distancia; no las hubiera recibido bajo su techo. Antes de la guerra el porvenir le sonreía; esperaba hacer una carrera próspera, especulaciones felices, y casarnos a mi hermana y a mí en la alta sociedad. Para brillar en ella consideraba que una mujer no sólo debía tener belleza, elegancia, sino también conversación, lecturas, por eso se alegró de mis primeros éxitos escolares: físicamente yo prometía; si era además inteligente y cultivada ocuparía con brillo mi lugar en la mejor sociedad. Pero si bien le gustaban las mujeres brillantes, no sentía el menor gusto por las pedantes. Cuando declaró: "Ustedes, chicas, no se casarán, tendrán que trabajar", había amargura en su voz. Yo creía que nos compadecía a nosotras; pero no, en nuestro laborioso porvenir veía su propia decadencia; recriminaba contra el destino injusto que lo condenaba a tener hijas al margen de la sociedad.

Mi padre cedía a la necesidad. La guerra había pasado y lo había arruinado, barriendo sus sueños, sus mitos, sus justificaciones, sus esperanzas. Yo me equivocaba cuando lo creía resignado; no cesó de protestar contra su nueva condición. Apreciaba por encima de todo la buena educación y las buenas maneras. Sin embargo, cuando me encontraba con él en un restaurante, un subterráneo, un tren, me sentía molesta por su manera de alzar la voz, su gesticulación, su brutal indiferencia por la opinión de sus vecinos; manifestaba con ese exhibicionismo agresivo que no pertenecía a su especie. En la época en que viajaba en primera empleaba su cortesía refinada para mostrar quién era; en tercera lo demostraba negando las reglas elementales de la educación. Casi en todas partes afectaba una actitud a la vez azorada y provocante que significaba que su verdadero lugar no estaba allí. En las trincheras había hablado naturalmente el mismo lenguaje que sus camaradas; nos contó, divertido, que uno de ellos había declarado; "Cuando Beauvoir dice mierda, se convierte en una palabra distinguida." Para probarse su distinción se puso a decir mierda cada vez más a menudo. Como ya no frecuentaba sino a personas que juzgaba "vulgares" insistía sobre esa vulgaridad; como ya no era reconocido por sus

pares sintió un agrio placer en hacerse juzgar mal por sus inferiores. En raras oportunidades –cuando íbamos al teatro y que su amigo del Odéon lo presentaba a una actriz conocida– recobraba todas sus gracias mundanas. El resto del tiempo se aplicaba tanto en parecer trivial que al final, nadie salvo él, pudo pensar que no lo era.

En casa gemía sobre la dureza de los tiempos; cada vez que mi madre le pedía dinero para la casa hacía un escándalo; se quejaba particularmente de los sacrificios que le costaban sus hijas; teníamos la impresión de habernos impuesto indiscretamente a su caridad. Si me reprochó con tanta impaciencia la falta de gracia de mi edad ingrata fue porque sentía rencor contra mí. Yo ya no era solamente un fardo: iba a convertirme en la encarnación viviente de su fracaso. Las hijas de sus amigos, de su hermana, de su hermano, serían señoras: yo no. Por supuesto cuando pasé mis bachilleratos se alegró de mis éxitos: lo halagaban y le evitaban muchas preocupaciones: no me costaría ganarme la vida. No comprendí que, en su satisfacción se mezclaba un áspero despecho.

"¡Qué lástima que Simone no sea un varón: hubiera entrado en el Politécnico!" Yo había oído a menudo a mis padres expresar ese lamento. Un politécnico era alguien para ellos. Pero mi sexo les prohibía alimentar tan altas ambiciones y me destinó prudentemente a la administración; sin embargo, aborrecía a los funcionarios, esos devoradores del presupuesto, y me decía con resentimiento: "¡Tú, al menos, tendrás una jubilación!" Yo agravaba mi caso optando por la enseñanza; prácticamente aprobaba mi elección, pero estaba lejos de aprobarla en el fondo del corazón. Despreciaba a todos los profesores. Había tenido como condiscípulo a Stanislas Marcel Bouteron, gran especialista en Balzac; hablaba de él con conmiseración: le parecía irrisorio que alguien gastara su vida en polvorientos trabajos de erudición. Alimentaba contra los profesores agravios más serios; pertenecían a la peligrosa secta que había sostenido a Dreyfus: los intelectuales. Ebrios de su ciencia libresca, empecinados en su orgullo abstracto y en sus vanas pretensiones al universalismo, éstos sacrificaban las realidades concretas –país, raza, casta, familia, patria– a las tilingüerías por las cuales estaban muriendo Francia y la civilización: los Derechos del hombre, el pacifismo, el internacionalismo, el socialismo. Si yo compartía esa condición ¿no iría a adoptar esas ideas? Mi padre fue perspicaz: enseguida le resulté sospechosa. Más adelante me asombré de que en vez de guiar prudentemente a mi hermana por el mismo camino que yo preferiera para ella lo aleatorio de una carrera artística: no soportó arrojar a sus dos hijas en el bando enemigo.

Mañana yo traicionaría a mi clase y renegaría de mi sexo; mi padre tampoco se resignaba a eso: tenía el culto de la doncella, la verdadera. Mi prima Jeanne encarnaba ese ideal: todavía creía que los chicos nacían en los repollos. Mi padre había tratado de preservar mi ignorancia; antes decía que aun cuando yo tuviera dieciocho años me prohibiría los *Cuentos* de Francois Coppée; ahora aceptaba que leyera cualquier cosa; pero no veía mucha distancia entre una joven informada y la *Gargonne* cuyo retrato acababa de trazar un libro infame de Víctor Marguerite. ¡Si al menos yo hubiera salvado las apariencias! Habría podido arreglárselas con una hija excepcional a condición de que evitara cuidadosamente ser insólita; yo no lo logré. Había salido de la edad ingrata, me miraba de nuevo con agrado en los espejos; pero en sociedad hacía mal papel. Mis amigas y la misma Zaza representaban con desenvoltura su papel mundano; aparecían el día de recibo de su madre, servían el té, sonreían, decían amablemente naderías; yo sonreía mal, no sabía atraer, ni ser ingeniosa ni hacer concesiones. Mis padres me citaban como ejemplo a jóvenes "notablemente inteligentes" que, sin embargo, brillaban en los salones. Yo me irritaba porque sabía que su caso nada tenía en común con el mío: ellas trabajaban como aficionadas mientras yo ya era una profesional. Ese año preparaba las licencias de literatura, latín, matemáticas generales y aprendía el griego; yo misma había elegido ese programa, la dificultad me divertía; pero precisamente para imponerme alegremente semejante esfuerzo era necesario que el estudio no representara algo al margen de mi vida sino mi vida misma: las cosas de

que hablaban a mi alrededor no me interesaban. Yo no tenía ideas subversivas; en verdad no tenía ninguna idea, sobre nada; pero todo el día me ejercitaba en reflexionar, en comprender, en criticar, me interrogaba con precisión la verdad: ese escrúpulo me volvía inepta a las conversaciones mundanas.

Después de todo, aparte de los momentos en que aprobaba mis exámenes, yo no hacía honor a mi padre; por eso le daba una enorme importancia a mis diplomas y me alentaba a acumularlos. Su insistencia me convenció de que estaba orgulloso de tener por hija a una mujer cerebral; al contrario: sólo los éxitos extraordinarios podían conjurar la molestia que eso le causaba. Si yo afrontaba tres licencias me convertía en una especie de Inaudi, un fenómeno que escapaba de las normas habituales; mi destino ya no reflejaba la decadencia de la familia sino que se explicaba por la extraña fatalidad de un don.

Evidentemente yo no me daba cuenta de la contradicción que dividía a mi padre, pero no tardé en sentir la de mi propia situación. Me conformaba muy exactamente a sus voluntades: parecía enojado; me había consagrado al estudio y me reprochaba que me lo pasara con la nariz sobre los libros. Cualquiera hubiera podido creer al verlo tan taciturno que yo había elegido contra su voluntad ese camino que él en verdad había elegido para mí. Yo me preguntaba de qué era culpable; no me sentía a gusto en mi pellejo y tenía el corazón lleno de rencor.

Para mí el mejor momento de la semana era el curso de Garric. Yo lo admiraba cada vez más. Decían en Sainte-Márie que, hubiera podido hacer una carrera brillante en la Universidad; pero no tenía ninguna ambición personal; ni siquiera se ocupaba de terminar su tesis y se dedicaba en cuerpo y alma a sus Equipos; vivía como un asceta en un edificio popular de Belleville. Daba bastante a menudo conferencias de propaganda y por intermedio de Jacques fui admitida con mi madre a una de ellas; Jacques nos introdujo en unas salas lujosas donde habían instalado hileras de sillas rojas de respaldos dorados; nos hizo sentar y se fue a dar apretones de mano: parecía conocer a todo el mundo; ¡cómo lo envidié! Hacía calor, me ahogaba en mi ropa de luto y no conocía a nadie. Garric apareció; olvidé todo y hasta a mí misma; la autoridad de su voz me subyugó. A los veinte años, nos explicó, había descubierto en las trincheras las alegrías de una camaradería que suprimía las barreras sociales; no aceptó verse privado de ella después de que el armisticio lo hubiera devuelto a sus estudios; esa segregación que en la vida civil separa a los jóvenes burgueses de los jóvenes obreros, la sintió como una mutilación; además estimaba que todo el mundo tenía derecho a la cultura. Creía en la verdad de ese pensamiento expresado por Lyautey en uno de sus discursos marroquíes: más allá de todas las diferencias existe siempre entre los hombres un común denominador. Sobre esa base decidió crear entre estudiantes e hijos del pueblo un sistema de intercambio que arrancaría a los primeros de su soledad egoísta, a los otros de su ignorancia. Aprendiendo a conocerse y á quererse trabajarían juntos en la reconciliación de las clases. Pues no es posible, afirmó Garric, en medio de los aplausos, que el progreso social salga de una lucha cuyo fermento es el odio: sólo podrá alcanzarse a través de la amistad. Se habían unido a su programa algunos camaradas que lo ayudaron a organizar en Reuilly un primer centro cultural. Obtuvieron apoyos, subsidios y el movimiento se amplió; ahora agrupaba a través de toda Francia a unos diez mil adherentes, varones y mujeres y mil doscientos que enseñaban. Garric era personalmente un católico convencido, pero no se proponía ningún apostolado religioso; entre sus colaboradores había ateos; consideraba que los hombres tienen que ayudarse en un plano humano. Concluyó con una voz vibrante que el pueblo es bueno cuando lo tratan bien; negándose a tenderle la mano, la burguesía cometería un error fatal cuyas consecuencias caerían sobre ella. Yo bebía sus palabras; no desarreglaban mi universo, no implicaban ninguna negación de mí misma, y sin embargo, sonaban en mis oídos con un sonido totalmente nuevo. Sin duda a mi alrededor predicaban la abnegación, pero le señalaban como límites el círculo familiar: fuera de ahí, nadie era un prójimo.

Los obreros en particular pertenecían a una especie tan peligrosamente extraña como los alemanes y los bolcheviques. Garric había barrido esas fronteras, sólo existía sobre la tierra una inmensa comunidad en la cual todos los miembros eran mis hermanos. Negar todos los límites y todas las separaciones, salir de mi clase, salir de mi pellejo; esa voz de orden me electrizó. No imaginaba que uno pudiera servir más eficazmente a la humanidad que dispensándole luces, belleza. Me prometí afiliarme a los "equipos". Pero sobre todo contemplaba maravillada el ejemplo que me daba Garric. Por fin encontraba a un hombre que en vez de soportar un destino había elegido su vida; dotada de una meta, de un sentido, su existencia encarnaba una idea y tenía la soberbia necesidad. Ese rostro modesto, de clara sonrisa, pero sin belleza, era el de un héroe, de un superhombre.

Volví a casa exaltada: me estaba sacando, en la entrada, mi abrigo y mi sombrero negros cuando me quedé repentinamente inmóvil; los ojos clavados en la alfombra gastada oí dentro de mí una voz imperiosa: "¡Es necesario que mi vida sirva! ¡Es necesario que en mi vida todo sirva!" Una evidencia me petrificaba; me esperaban tareas infinitas, era enteramente exigida; si me permitía el menor derroche traicionaba mi misión y perjudicaba a la humanidad. "Todo servirá", me dije, con la garganta anudada; era un juramento solemne y lo pronuncié con tanta emoción como si hubiera comprometido irrevocablemente mi porvenir frente al cielo y a la tierra.

Nunca me había gustado perder el tiempo; me reprochaba, sin embargo, haber vivido en forma aturdida y en adelante exploté minuciosamente cada instante. Dormí menos; me vestía de cualquier manera; ni me miraba en el espejo: apenas me lavaba los dientes; no me limpiaba nunca las uñas. Me prohibí las lecturas frívolas, las conversaciones inútiles, todas las diversiones; si no hubiese sido por la oposición de mi madre habría renunciado a los partidos de tenis del sábado por la mañana. Iba a la mesa con un libro; aprendía los verbos griegos, buscaba la solución de un problema. Mi padre se irritó, me empeciné, y por fin cedió, excedido. Cuando mi madre recibía amigas me negaba a ir a la sala; a veces ella se enojaba, yo cedía; pero me quedaba sentada en el borde de la silla, apretando los dientes con un aire tan furibundo que no tardaba en despedirme. En la familia y entre mis íntimos se asombraban de mi abandono, de mi mutismo, de mi descortesía; pronto me consideraron un monstruo.

Sin duda alguna, fue en gran parte por resentimiento que adopté esa actitud; mis padres no me encontraban de su agrado; me hice francamente odiosa. Mi madre me vestía mal y mi padre me reprochaba estar mal vestida: me convertí en una fregona. Ellos no trataban de comprenderme; me hundí en el silencio y en la manía, busqué la opacidad total. Al mismo tiempo me defendía contra el aburrimiento. No estaba dotada para la resignación: llevando al paroxismo la austeridad que me había caído en suerte hice de ella una vocación; privada de placeres elegí el ascetismo; en vez de arrastrarme lánguidamente a través de la monotonía de mis días marchaba hacia adelante, muda, la mirada fija, tendida hacia una meta invisible. Me embrutecía de trabajo y el cansancio me daba una impresión de plenitud. Mis excesos también tenían un sentido positivo. Hacía tiempo que me había prometido huir de la atroz trivialidad cotidiana: el ejemplo de Garric transformó esa esperanza en una voluntad. Me negué a tener más paciencia: entré sin más, en la ruta del heroísmo.

Cada vez que veía a Garric, renovaba mis votos. Sentada entre Thérèse y Zaza, esperaba, la boca seca, el instante de su aparición. La indiferencia de mis compañeras me sorprendía: me parecía que hubiera habido que oír latir todos los corazones. Zaza no estimaba a Garric sin reserva; le fastidiaba que llegara siempre tarde. "La puntualidad es la cortesía de los reyes", escribió un día sobre un pizarrón. Él se sentaba, cruzaba las piernas bajo la mesa, descubriendo sus ligas color malva: ella criticaba ese abandono. Yo no comprendía que se detuviera en tales naderías, pero me alegraba que así fuera; me hubiera costado soportar que otra recogiera con tanta emoción como yo las palabras y las sonrisas de mi héroe. Hubiera querido conocer todo de él. Mi infancia me había entrenado en las técnicas de la meditación; las utilicé para tratar de representarme lo que llamaba, según una expresión

suya, su paisaje interior; pero trabajaba sobre indicios muy pobres: sus cursos y las críticas un poco apresuradas que publicaba en la *Revue des Jeunes*; además yo era demasiado ignorante para sacarles partido. Había un escritor que Garric citaba a menudo: Péguy; ¿quién era? ¿Quién era ese Gide de quien una tarde, casi furtivamente y excusando su audacia con una sonrisa, había pronunciado el nombre? Después de la clase entraba al despacho de la señorita Lambert: ¿qué se decían? ¿Sería yo un día digna de conversar de igual a igual con Garric? Una o dos veces soñó: "Las chicas como tú, Hellé, están hechas para ser las compañeras de los héroes." Atravesaba la plaza San Sulpicio cuando bruscamente esa profecía fulguró en la noche mojada. ¿Marcelle Tinayre había hecho mi horóscopo. Primeramente conmovida por un joven poeta rico y negligente, Hellé terminaba por rendirse ante las virtudes de un apóstol de gran corazón mucho mayor que ella. Los méritos de Garric eclipsaban a mis ojos el encanto de Jacques: ¿habría encontrado mi destino? Manejé tímidamente ese presagio. Garric estaba casado: era chocante. Deseé solamente existir un poco para él. Doblé mis esfuerzos para ganar su estima: lo logré. Una disertación sobre Ronsard, la explicación del *Soneto a Elena*, una lección sobre d'Alembert, me valieron elogios embriagadores. Seguida por Zaza me puse a la cabeza de la clase y Garric nos convenció de que nos presentáramos en marzo al certificado de literatura.

Aun sin medir toda la violencia Zaza consideraba excesiva mi admiración por Garric; ella estudiaba sobriamente, salía un poco, consagraba mucho tiempo a su familia; no se apartaba de los viejos surcos; no había sido tocada por ese llamado al que yo respondía con fanatismo: me aparté un poco de ella. Después de las vacaciones de Navidad, que ella había pasado en el país vasco, cayó en una extraña apatía. Asistía a los cursos la mirada muerta, no se reía más, hablaba apenas; indiferente a su propia vida, el interés que yo sentía por la mía no encontraba en ella ningún eco: "Lo único que desearía sería dormirme y no despertarme nunca más", me dijo un día. Yo no le di importancia. Zaza había atravesado a menudo crisis de pesimismo, atribuí ésta al temor que le inspiraba el porvenir. Ese año de estudios era para ella un respiro; el destino que temía se acercaba y probablemente no se sentía con fuerzas para resistirle, ni para resignarse a él: entonces aspiraba a la despreocupación del sueño. En mi fuero íntimo le reproché su derrotismo: ya implicaba, pensé, una abdicación. Por su lado ella, en mi optimismo, veía la prueba de mi adaptación al orden establecido. Ambas separadas del mundo, Zaza por su desesperación y yo por una esperanza loca, no lográbamos que nuestras soledades nos unieran: al contrario, desconfiábamos vagamente la una de la otra y el silencio crecía entre nosotras.

Mi hermana era feliz ese año; preparaba su bachillerato brillantemente: en el curso Désir le sonreían; tenía una nueva amiga a quien quería mucho, se ocupaba moderadamente de mí y yo suponía que ella también sería en un porvenir cercano una burguesita tranquila. "Poupette se casará", decían mis padres con confianza. Yo todavía me encontraba a gusto con ella, pero de todas maneras no era sino una chica; yo no le hablaba de nada.

Alguien hubiera podido ayudarme: Jacques. Yo renegaba de las lágrimas que una noche me había apresurado en verter: no, no lo quería; si quería a alguien, no era a él. Pero deseaba su amistad. Un día en que fui a comer a casa de sus padres, en el momento de pasar a la mesa nos demoramos un momento en el salón para decir cosas sin importancia. Mi madre me llamó al orden con su voz breve. "Discúlpanos –le dijo Jacques con una sonrisita–, hablábamos de *La Música Interior* de Charles Maurras." Comí mi sopa tristemente. ¿Cómo hacerle saber que había dejado de burlarme de las cosas que no comprendía? Si me hubiera explicado los poemas, los libros que le gustaban, yo lo habría escuchado. "Hablábamos de *La Música Interior*..." A menudo me repetí esa frase saboreando su amargura donde asomaba un dejo de esperanza.

En marzo pasé brillantemente mi certificado de literatura, Garric me felicitó. La señorita Lambert me hizo ir a su escritorio, me escrutó, me miró de hito en hito y me pronosticó un porvenir brillante. Pocos días después Jacques comió en casa; antes de irse me llamó aparte: "Vi a Garric anteayer; habla-

mos mucho de ti." Con voz interesada me hizo algunas preguntas sobre mis estudios y mis proyectos. "Mañana por la mañana te llevo a dar una vuelta por el Bois en auto", concluyó inopinadamente. ¡Qué tam-tam en mi corazón! Había conseguido lo que buscaba. ¡Jacques se interesaba en mí! Era una hermosa mañana de primavera y yo andaba en auto sola con Jacques alrededor de los lagos. Él se me reía en la cara: "¿Te gustan las paradas bruscas?", y yo me iba de narices contra el parabrisas. ¡Pero entonces era posible a nuestra edad conocer todavía alegrías infantiles! Evocamos nuestra infancia: Châteaouvillain, la Astronomía popular, el Viejo Charles y las latas que yo recogía: "¡Cómo te llevé por la nariz, mi pobre Sim!", me dijo alegremente. Yo también traté de decirle mis dificultades y mis problemas con frases entrecortadas: él meneaba gravemente la cabeza. Alrededor de las once me dejó en el tenis de la calle Boulard y me sonrió con malicia: "Sabes, dijo, se puede ser muy bien, aun siendo licenciada." La gente bien, la gente muy bien: ser admitido entre esos elegidos era la más alta promoción. Atravesé la cancha de tenis con paso triunfal: algo había ocurrido, algo había empezado. "Vengo del Bois de Boulogne", anuncié orgullosamente a mis amigas. Conté mi paseo con tanta alegría e incoherencia que Zaza me examinó con una mirada sospechosa: "¿Pero qué le pasa esta mañana?" Era feliz.

Cuando Jacques llamó a nuestra puerta la semana siguiente, mis padres habían salido; por lo general, en ese caso chacoteaba con mi hermana y conmigo durante un ratito y luego se iba: se quedó. Recitó un poema de Cocteau y me aconsejó varios libros; enumeró una cantidad de nombres que yo nunca había oído y me recomendó en particular una novela que se llamaba, según creí comprender, *El Gran Mole*. "Pasa mañana a la tarde por casa, te prestaré libros", me dijo al despedirse.

Elise, la vieja sirvienta, me recibió: "Jacques no está, pero ha dejado en su cuarto cosas para usted." Había borroneado unas palabras: "Discúlpame viejita y llévate los libros." Encontré sobre su escritorio unos diez volúmenes de colores frescos de caramelos; los Montherlant eran verde pistache, un Cocteau rojo frambuesa, los Barres amarillo limón, los Claudel, los Valéry de una blancura de nieve realzada de escarlata. A través del papel transparente leí y releí los títulos: *El Potomak*, *Los alimentos terrestres*, *El anuncio hecho a María*, *El paraíso a la sombra de las espadas*, *De la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte*. Muchos libros ya habían pasado entre mis manos, pero éstos no pertenecían a la especie común; yo esperaba de ellos extraordinarias revelaciones. Casi me asombró, cuando los abrí, poder descifrar sin dificultad las palabras habituales.

Pero no me decepcionaron: quedé desconcertada, deslumbrada, transportada. Salvo las raras excepciones que he señalado, consideraba a las obras literarias como monumentos que exploraba con más o menos interés, que a veces admiraba, pero que no me concernían. De pronto hombres de carne y de hueso me hablaban, de la boca al oído, de ellos mismos y de mí; inspiraban aspiraciones, indignaciones que yo no había sabido formularme, pero que reconocía. Saqué Sainte-Geneviève: leí Gide, Claudel, Jammes, la cabeza ardiente, las sienas latientes, ahogándome de emoción. Agoté la biblioteca de Jacques; me aboné a la "Casa de los amigos de los libros" donde tronaba en sayal gris Adrienne Monnier: yo estaba tan hambrienta que no me contentaba con los dos volúmenes a los que tenía derecho; metía clandestinamente más de media docena en mi portafolio; la dificultad era reponerlos luego sobre los anaqueles y mucho temo no haberlos restituido todos. Cuando el tiempo estaba lindo iba a leer al Luxemburgo, al sol, caminaba exaltada alrededor del estanque repitiéndome frases que me gustaban. A menudo me instalaba en la sala de trabajo del instituto católico que me ofrecía a pocos pasos de casa un asilo silencioso. Allí, sentada ante un pupitre negro entre piadosos estudiantes y seminaristas de largas faldas, leí, los ojos bañados en lágrimas, la novela que Jacques admiraba entre todas y que se llamaba no *El Gran Mole* sino *El Gran Meaulnes*. Me abismaba en la lectura como antes en la oración. La literatura tomó en mi existencia el lugar que había ocupado la religión: la invadió por entero y la transfiguró. Los libros que me gustaban se convirtieron en una

Biblia de donde extraía consejos y socorro; copiaba largos extractos; aprendí de memoria nuevos cánticos y nuevas letanías, salmos, proverbios, profecías y santifiqué todas las circunstancias de mi vida recitándome esos textos sagrados. Mis emociones, mis lágrimas, mis esperanzas no eran por eso menos sinceras; las palabras y las cadencias, los versos, los versículos no me servían para fingir; pero salvaban del silencio todas esas aventuras íntimas de las que no podía hablar con nadie: entre yo y las almas hermanas que existían en alguna parte, fuera de mi alcance, creaban una especie de comunión; en vez de vivir mi insignificante historia particular, participaba en una gran epopeya espiritual. Durante meses me alimenté de literatura; pero era entonces la única realidad a la cual me era posible acceder.

Mis padres fruncieron el ceño. Mi madre dividía los libros en dos categorías: los libros serios y las novelas; consideraba a estas últimas como una diversión, si no culpable al menos fútil, y me reprochó que dilapidara con Mauriac, Radiguet, Giraudoux, Larbaud, Proust, horas que habría tenido que emplear en instruirme sobre el Beluchistán, la princesa de Lamballe, las costumbres de las anguilas, el alma de la mujer o el secreto de las Pirámides. Habiendo rozado con la mirada a mis autores favoritos mi padre los juzgó presuntuosos, alambicados, barrocos, decadentes, inmorales; reprochó vivamente a Jacques que me hubiera prestado entre otros a *Étienne* de Marcel Arland. Ya no tenían posibilidades de censurar mis lecturas, pero a menudo se indignaban escandalizados. Esos ataques me irritaban. El conflicto que se incubaba entre nosotros estalló.

Mi infancia, mi adolescencia habían transcurrido sin tropiezos: de un año al otro me reconocía. Me pareció de pronto que una ruptura definitiva acababa de producirse en mi vida; recordaba el curso Désir, el abate, mis camaradas, pero no comprendía más nada de la tranquila colegiala que yo había sido unos meses antes; ahora me interesaba en mis estados de ánimo mucho más que en el mundo exterior. Me puse a llevar un diario íntimo; escribí como exergo: "Si alguien, quienquiera sea, lee estas páginas, no se lo perdonaré jamás. Hará así una acción mala y fea. Ruego respetar esta advertencia pese a su ridícula solemnidad." Además tuve gran cuidado de ocultarlo a todas las miradas. Copiaba pasajes de mis libros favoritos, me interrogaba, me analizaba, y me felicitaba de mi transformación. ¿En qué consistía exactamente? Mi diario lo explica mal; pasaba muchas cosas bajo silencio y me faltaba perspectiva. Sin embargo, al releerlo algunos hechos me saltaron a la vista:

"Estoy sola. Uno siempre está solo. Siempre estaré sola." Encuentro ese leitmotiv de un extremo al otro del cuaderno. Nunca había pensado eso. "Soy otra", me decía a veces con orgullo; pero veía en mis diferencias la prueba de una superioridad que algún día todo el mundo reconocería. No tenía nada de una rebelde: quería ser alguien, hacer algo, perseguir sin fin la ascensión comenzada desde mi nacimiento; necesitaba por lo tanto arrancarme de los viejos surcos, de las rutinas; pero creía posible superar la mediocridad burguesa sin apartarme de la burguesía. Suponía que su devoción por los valores universales era sincera; me creía autorizada a liquidar tradiciones, costumbres, prejuicios, todos los particularismos, en provecho de la razón, del bien, de lo bello, del progreso. Si acertaba una vida, una obra que hicieran bien a la humanidad, me felicitarían por haber pisoteado el conformismo; como a la señorita Zanta me aceptarían, me admirarían. Descubrí brutalmente que me había equivocado, lejos de admirarme no me aceptaban; en vez de tejerme coronas me repudiaban. La angustia me invadió porque comprendí que repudiaban en mí más que mi actitud actual el porvenir hacia el cual me dirigía: ese ostracismo no tendría fin. No imaginaba que existieran medios diferentes del mío; algunos individuos aquí o allí emergían de la masa; pero yo no tenía ninguna posibilidad de encontrar a alguno de ellos; aun si me hacía uno o dos amigos no me consolarían del exilio de que ya sufría; siempre había sido muy mimada, rodeada, estimada, me gustaba que me quisieran; la severidad de mi destino me asustó.

Me fue anunciada por mi padre; yo había contado con su apoyo, su simpatía, su aprobación: me decepcionó profundamente que me las negara. Había mucha distancia entre mis miras ambiciosas y su escepticismo triste; su moral exigía el respeto de las instituciones; en cuanto a los individuos no tenían nada que hacer sobre la tierra salvo evitar los disgustos y gozar lo mejor posible de la existencia. Mi padre repetía a menudo que hay que tener un ideal y detestándolos envidiaba a los italianos porque Mussolini les proporcionaba uno: sin embargo, no me proponía ninguno. Pero yo no le pedía tanto. Dada mi edad y las circunstancias encontraba su actitud normal y me parecía que había podido comprender la mía. Sobre muchos puntos –la Sociedad de las Naciones, el programa de la izquierda, la guerra de Marruecos– yo no tenía ninguna opinión y acataba todo lo que él decía. Nuestros desacuerdos me parecían tan benignos que al principio no hice ningún esfuerzo por atenuarlos.

Mi padre consideraba a Anatole France el escritor más grande del siglo; me había hecho leer al final de las vacaciones *El lirio rojo* y *Los dioses tienen sed*. Yo me había mostrado poco entusiasmada. Insistió y me regaló cuando cumplí dieciocho años los cuatro volúmenes de *La Vida, literaria*. El hedonismo de France me indignó. Sólo buscaba en el arte placeres egoístas: ¡qué bajeza!, pensé. Despreciaba también la trivialidad de las novelas de Maupassant que mi padre consideraba obras maestras. Se lo dije cortésmente pero él se enojó: sentía que mis rechazos ponían muchas cosas en tela de juicio. Se enojó más seriamente cuando atacué ciertas tradiciones. Yo soportaba con impaciencia los almuerzos, las comidas que varias veces por año reunían en casa de una u otra prima a toda la parentela; sólo los sentimientos importan, afirmé, y no los azares de las alianzas y de la sangre; mi padre tenía el culto de la familia y empezó a pensar que me faltaba corazón. Yo no aceptaba su concepción del casamiento; menos austero que los Mabille, concedía bastante lugar al amor; pero yo no separaba el amor de la amistad: él no veía nada común entre esos dos sentimientos. Yo no admitía que uno de los dos cónyuges "engañara" al otro: si ya no se convenían debían separarse. Me irritaba cuando mi padre autorizaba al marido a "dar algunos cortes en el contrato". No era feminista en la medida en que no me ocupaba de política: me importaba un bledo el derecho al voto. Pero a mis ojos hombres y mujeres tenían los mismos títulos y exigía entre ellos una exacta reciprocidad. La actitud de mi padre respecto al "bello sexo" me hería. En conjunto la frivolidad de los líos, de los amores, de los adulterios burgueses me asqueaba. Mi tío Gastón me llevó con mi hermana y mi prima a ver una inocente ópera de Miranda: *Apasionadamente*; al volver expresé mi repugnancia con un vigor que sorprendió mucho a mis padres; sin embargo, yo leía a Gide y a Proust sin pestañear; la moral sexual corriente me escandalizaba a la vez por sus indulgencias y por sus severidades. Me enteré con estupor leyendo una noticia de policía que el aborto era un delito; lo que ocurría en mi cuerpo sólo me incumbía a mí; ningún argumento me hizo ceder.

Nuestras disputas se envenenaron bastante pronto; yo habría podido, si se hubiera mostrado tolerante, aceptar a mi padre tal cual era; pero yo no era todavía nada, estaba decidiendo lo que iba a ser y adoptando opiniones, gustos opuestos a los suyos, le parecía que lo renegaba deliberadamente. Por otra parte, veía mucho mejor que yo sobre qué pendiente me aventuraba. Rechazaba las jerarquías, los valores, las ceremonias por las cuales la *élite* se distingue; pensé que mi crítica sólo tendía a liberarla de vanas supervivencias: implicaba de hecho su liquidación. Sólo el individuo me parecía real, importante; yo terminaría fatalmente por preferir a mi clase la sociedad en su totalidad. Después de todo era yo quien había abierto las hostilidades; pero lo ignoraba, no comprendía por qué mi padre y todos los que me rodeaban me condenaban. Había caído en una trampa; la burguesía me había convencido de que sus intereses se confundían con los de la humanidad; yo creía poder alcanzar de acuerdo con ella verdades valederas para todos: en cuanto me le acercaba se erguía contra mí. Me sentía "anonadada, desorientada, dolorosamente". ¿Quién me había engañado?, ¿por qué?, ¿cómo? En todo caso era víctima de una injusticia y poco a poco mi rencor se transformó en rebeldía.

Nadie me admitía tal como era, nadie me quería: yo me querré bastante, decidí, para compensar ese abandono. Antes me convenía, pues me ocupaba poco de conocerme; en adelante pretendí desdoblarme, mirarme, me espiaba; en mi *Diario* dialogaba conmigo misma. Entré en un mundo cuya novedad me aturdió. Aprendí lo que separa el desamparo de la melancolía y la sequedad de la serenidad; conocí las vacilaciones del corazón, sus delirios, el esplendor de los grandes renunciamientos y los murmullos subterráneos de la esperanza. Me exaltaba como esas noches en que tras las colinas azules contemplaba el cielo movedizo; yo era el paisaje y la mirada: sólo existía para mí y por mí. Me felicitaba de un exilio que me había arrojado hacia alegrías tan elevadas; despreciaba a quienes las ignoraban y me asombraba de haber podido vivir tanto tiempo sin ellas.

Sin embargo, perseveraré en mi designio: servir. Contra Renán protesté en mi cuaderno que ni siquiera el gran hombre es un fin en sí: sólo se justifica si contribuye a elevar el nivel intelectual y moral de la comunidad humana. El catolicismo me había convencido de que no se debe considerar a ningún individuo, ni al más desheredado como desdeñable: todos tenían el mismo derecho a lograr lo que yo llamaba su esencia eterna. Mi camino estaba claramente trazado: perfeccionarme y expresarme en una obra que ayudaría a los otros a vivir.

Ya me parecía que debía comunicar la solitaria experiencia que estaba atravesando. En abril escribí las primeras páginas de una novela. Bajo el nombre de Eliane me paseaba en un parque con primos y primas, recogía en el pasto un escarabajo. "A ver", me decían. Yo cerraba celosamente la mano. Me presionaban, me debatía, huía; corrían tras de mí; jadeante, con el corazón agitado, me internaba en los bosques, escapaba de ellos y me echaba a llorar dulcemente. Pronto secaba mis lágrimas murmurando: "Nadie sabrá jamás"; y volvía lentamente hacia la casa. "Se sentía bastante fuerte para defender su único bien contra los golpes y contra las caricias y para guardar siempre su mano cerrada."

Ese apólogo traducía la más obsesionante de mis inquietudes: defenderme contra los demás; pues si mis padres no me ahorraban sus reproches, reclamaban mi confianza. Mi madre me había dicho a menudo que había sufrido por la frialdad de abuelita y que deseaba ser una amiga para sus hijas; pero ¿cómo hubiera podido hablar conmigo de persona a persona? Yo era a sus ojos un alma en peligro, un alma que había que salvar: un objeto. La solidez de sus convicciones le impedía la menor concesión. Si me interrogaba no era para buscar entre nosotros un terreno de entendimiento: averiguaba. Cuando me hacía una pregunta yo tenía siempre la impresión de que estaba mirando por el ojo de la cerradura. El solo hecho de que reivindicara derechos sobre mí me congelaba. Me guardaba rencor por ese fracaso y se esforzaba por vencer mis resistencias desplegando una solicitud que las exasperaba: "Simone preferiría desnudarse antes que decir lo que tiene dentro de la cabeza", decía en tono enojado. En efecto; callaba enormemente. Hasta con mi padre renuncié a discutir; no tenía la menor posibilidad de influir en sus opiniones, mis argumentos se estrellaban contra una pared: una vez por todas, y tan radicalmente como mi madre, me desautorizaba; ya ni siquiera trataba de convencerme sino únicamente de pescarme *in fraganti*. Las conversaciones más inocentes recelaban trampas; mis padres traducían mis palabras en su idioma y me imputaban ideas que no tenían nada en común con las mías. Yo siempre me había debatido contra la opresión del lenguaje; ahora me repetía la frase de Barres: "¿Por qué las palabras, esa precisión brutal que maltrata nuestras complicaciones?" En cuanto abría la boca les daba donde asirse y me encerraban de nuevo en ese mundo del que había tardado años en evadirme, donde cada cosa tiene sin equívoco, su nombre, su lugar, su función, donde el odio y el amor, el mal y el bien son tan identificables como el negro y el blanco, donde de antemano todo está fichado, catalogado, conocido, comprendido e irremediamente juzgado, ese mundo de aristas cortante, bañado de una luz implacable, que la sombra de una duda no roza jamás. Yo prefería guardar silencio. Pero mis padres no lo admitían y me trataban de ingrata. Tenía el corazón mucho menos seco de lo que suponía mi padre y me desolaba. De noche en mi cama, lloraba; hasta llegué a echarme a

llorar bajo sus ojos; se ofuscaron y me reprocharon aun más mi ingratitud. Busqué una solución: responder en forma tranquilizadora, mentir, me costaba resignarme, me parecía traicionarme a mí misma. Decidí "decir la verdad, pero "brutalmente, sin comentarios": así evitaría a la vez disfrazar mi pensamiento y exponerlo. No era muy hábil porque escandalicé a mis padres sin calmar su curiosidad. En verdad no existía solución, estaba atrapada; mis padres no podían soportar ni lo que yo tenía que decirles ni mi mutismo; cuando me arriesgaba a darles alguna explicación, los aterraba. "Estás al margen de la vida, la vida no es tan complicada", decía mi madre. Pero si me replegaba en mí misma mi padre se lamentaba: me disecaba, era sólo un cerebro. Hablaban de mandarme al extranjero, pedían consejos a todo el mundo, se enloquecían. Yo intentaba blindarme; me exhortaba a no temer la crítica, el ridículo ni los malentendidos; poco importaba la opinión que tenían de mí, ni que estuviera o no fundada. Cuando alcanzaba esa indiferencia podía reír sin ganas y aprobar todo lo que decían. Pero entonces me sentía radicalmente separada de los demás; miraba en el espejo a la que sus ojos veían: no era yo; yo estaba ausente; ausente de todos lados; ¿adonde encontrarme? Me perdía. "Vivir es mentir", me decía abrumada, en principio no tenía nada contra la mentira; pero prácticamente era extenuador fabricarse máscaras sin cesar. A veces pensé que iban a faltarme fuerzas y que me resignaría a ser como las demás.

Esa idea me asustaba aun más porque ahora les retribuía la hostilidad que me demostraban. Cuando antaño me prometía no parecerme a ellos me inspiraban piedad y no animosidad, pero ahora aborrecían en mí lo que me distinguía de ellos y a lo que yo concedía más precio: pasé de la conmiseración a la ira. ¡Qué seguros estaban de tener razón! Rechazaban todo cambio y toda discusión, negaban todos los problemas. Para comprender al mundo, para encontrarme a mí misma, tenía que salvarme de ellos.

Era muy desconcertante cuando había creído avanzar por un camino triunfal, advertir de pronto que me había arrojado en una lucha; sufrí un choque del que tardé en reponerme; al menos la literatura me ayudaba a rebotar de la desesperación al orgullo. "¡Familia, os aborrezco!, hogares herméticos, puertas cerradas." La imprecación de Menalco me confirmaba que aburriéndome en casa servía una causa sagrada. Aprendí, leyendo los primeros Barres, que el hombre libre suscita fatalmente el odio de los "bárbaros" y que su primer deber es enfrentarlos. No sufría una oscura desgracia sino que luchaba por la buena causa.

Barres, Gide, Valéry, Claudel: yo compartía las devociones de los escritores de la nueva generación; y leía febrilmente todos los ensayos, todas las novelas de mis jóvenes mayores. Es normal que me haya reconocido en ellos porque pertenecíamos al mismo bando. Burgueses como yo, se sentían como yo incómodos en su pellejo. La guerra había arruinado su seguridad sin arrancarlos de su clase; se rebelaban pero únicamente contra sus padres, contra la familia y la tradición. Asqueados de que les hubieran "calentado la cabeza" durante la guerra, reclamaban el derecho a mirar las, cosas de frente y a llamarlas por su nombre; pero como no tenían la menor intención de transformar la sociedad se limitaban a estudiar minuciosamente sus estados de ánimo: predicaban "la sinceridad consigo mismo". Desechando los clisés, los lugares comunes, rechazaban con desprecio las antiguas normas cuyo fracaso habían comprobado; pero no trataban de construir otra; preferían afirmar que nunca hay que satisfacerse con nada: exaltaban la inquietud. Todo joven a la moda era un inquieto; durante la Cuaresma de 1925 el padre Sansón había predicado en Notre-Dame sobre la "Inquietud humana". Repugnados de las viejas morales los más atrevidos llegaban hasta a dudar del Bien y del Mal; admiraban a los "diabólicos" de Dostoievsky que fue uno de sus ídolos. Algunos profesaban un desdeñoso estetismo; otros se convertían al inmoralismo.

Yo estaba exactamente en la misma posición que esos hijos de familia descentrados; me separaba de la clase a la cual pertenecía: ¿Adonde ir? No se trataba de bajar hasta "las capas inferiores"; uno podía,

uno debía ayudarlos a elevarse, pero por el momento en mis cuadernos confundía en un mismo rechazo el epicureísmo de Ana tole France y el materialismo de los obreros "que se amontonan en los cinematógrafos". Como no veía sobre la tierra ningún lugar que me conviniera, pensé alegremente en no detenerme nunca en ninguna parte. Me consagraba a la Inquietud. En cuanto a la sinceridad aspiraba a ella desde mi infancia. A mi alrededor reprobaban la mentira, pero huían cuidadosamente de la verdad; si hoy tenía tanta dificultad en hablar era porque me repugnaba utilizar la falsa moneda empleada en mi medio. No puse menos entusiasmo en abrazar el inmoralismo. Por supuesto no aprobaba robar por interés ni acostarse por placer; pero si eran gratuitos, desesperados, rebeldes –y por supuesto imaginarios–, admitía sin parpadear todos los vicios, las violaciones, los asesinatos. Hacer el mal era la manera más radical de repudiar toda complicidad con la gente de bien.

Rechazos de palabras huecas, de morales falsas y de su confort: esa actitud negativa, la literatura la presentaba como una ética positiva. Convertía nuestro malestar en una súplica: buscábamos una salvación. Si habíamos renegado de nuestra clase era para instalarnos en lo Absoluto. "El pecado es el lugar vacío de Dios", escribía Stanislas Fumet en *Nuestro Baudelaire*. Por lo tanto, el inmoralismo no era solamente un desafío a la sociedad, permitía llegar hasta Dios; creyentes e incrédulos utilizaban ese nombre: según los unos señalaba una inaccesible presencia, según los otros una vertiginosa ausencia; eso no hacía ninguna diferencia y no me costó amalgamar a Claudel con Gide; en ambos, Dios se definía en relación al mundo burgués como el *otro*, y todo lo que era otro manifestaba algo divino; el vacío en el corazón de la Juana de Arco de Péguy, la lepra que roía a Violaine, yo reconocía en ellos la sed que devoraba a Nataniel; entre un sacrificio sobrehumano y un crimen gratuito no había mucha distancia y yo veía en Sygne a la hermana de Lafcadio. Lo importante era arrancarse a la tierra y entonces se alcanzaba lo eterno.

Un pequeño número de jóvenes escritores –Ramón Fernández, Jean Prévost– se apartaban de esos caminos místicos para tratar de construir un nuevo humanismo; yo no los seguí. El año anterior, sin embargo, había admitido el silencio del cielo y leído con emoción a Henri Poincaré; me encontraba bien sobre la tierra; pero el humanismo –a menos de ser revolucionario, y el de la N.R.F. no lo era–, implica la posibilidad de alcanzar lo universal permaneciendo burgués: yo acababa de comprobar brutalmente que esa esperanza era una mentira. En adelante concedí un valor relativo a mi vida intelectual, puesto que no había servido para conciliarme la estima de todos. Yo invocaba una instancia superior que me permitiera recusar los juicios extraños: me refugie en "mi yo profundo" y decidí subordinarle toda mi existencia.

Ese cambio me llevó a considerar el porvenir bajo una luz nueva: "Tendré una vida dichosa, fecunda, gloriosa", me decía a los quince años.. Decidí: "Me contentaré con una vida fecunda." Todavía me parecía importante servir a la humanidad, pero ya no esperaba que me reconociera puesto que la opinión de los demás ya no debía contar para mí. Ese renunciamiento me costó poco, pues la gloria sólo había sido un fantasma incierto en el fondo del porvenir. En cambio había conocido la felicidad, la había deseado siempre; no me resignaba fácilmente a apartarme de ella. Si lo decidí fue porque creí que me estaba vedada para siempre. No la separaba del amor, de la amistad, de la ternura y me arriesgaba en una empresa "irremediabilmente solitaria". Para reconquistarla hubiera habido que volver hacia atrás, decaer: decreté que toda felicidad es en sí una decadencia. ¿Cómo conciliaría con la inquietud? Me gustaba *El Gran Meaulnes*, Alissa, Violaine, la Monique de Marcel Arland: avanzaría sobre sus huellas. No estaba prohibido, en cambio, aceptar la alegría; me visitaba a menudo. Vertí muchas lágrimas durante ese trimestre, pero también conocí grandes deslumbramientos.

Aunque había pasado el certificado de literatura no encaraba la posibilidad de privarme de las clases de Garric: seguí sentándome frente a él todos los sábados por la tarde. Mi fervor no declinaba: me

parecía que la tierra no habría sido habitable si no hubiera tenido a nadie para admirar. Cuando volvía de Neuilly sin Zaza ni Thérèse lo hacía a pie: remontaba la avenida de la Grande Armée; me divertía en un juego que todavía en esa época no era demasiado arriesgado; atravesar derecho, sin detenerme, la plaza de l'Étoile; hendía a grandes pasos la muchedumbre que recorría en ambos sentidos los Champs-Élysées. Y pensaba en ese hombre distinto de todos los demás que vivía en un barrio desconocido, casi exótico: Belleville; no estaba "inquieto" pero no dormía; había encontrado su camino; ni hogar, ni oficio, ni rutina; en sus días ningún lastre: estaba solo, era libre, desde la mañana a la noche obraba, iluminaba, ardía. ¡Cómo hubiera querido imitarlo! Desperté en mi corazón el "espíritu de Equipo"; miraba a todos los transeúntes con amor. Cuando estaba leyendo en el Luxemburgo si alguien se sentaba en mi banco e iniciaba la conversación, me apresuraba a contestar. De niña me prohibían que jugara con los chicos que no conocía, y me complacía en pisotear los viejos tabús. Me alegraba particularmente cuando por casualidad se trataba de "gente del pueblo". Me parecía entonces estar poniendo en práctica las instrucciones de Garric. Su existencia iluminaba mis días.

Sin embargo, mis alegrías fueron pronto cruzadas por la angustia. Seguía oyéndolo hablar de Balzac, de Víctor Hugo: en verdad tuve que confesarme que me empeñaba en prolongar un pasado muerto; era una auditora pero ya no era su alumna: había dejado de pertenecer a su vida. "Y de aquí a unas semanas no lo veré más", me dije. Ya lo había perdido; nunca había perdido nada precioso; cuando las cosas se me iban había empezado por anticipado a desprenderme de ellas; esta vez me violentaban y me rebelé. No, decía, no quiero. Y mi voluntad no contaba. ¿Cómo luchar? Le avisé a Garric que iba a afiliarme a los Equipos, me felicitó; pero él no se ocupaba de la sección femenina. Sin duda el año próximo no lo vería nunca. La idea me resultaba tan insoportable que me hundí en divagaciones: ¿no tendría el coraje de hablarle, de escribirle, de decirle que no podría vivir sin verlo nunca? Si me atreviera, me pregunté, ¿qué ocurriría? No me atreví. "Cuando empiecen las clases las arreglaré para encontrarlo." Esa esperanza me tranquilizaba un poco. Y luego, mientras me encarnizaba por retenerlo en mi vida, Garric se deslizaba al segundo plano. Jacques cobraba cada vez más importancia. Garric era un ídolo lejano; Jacques se inquietaba por mis problemas, me resultaba dulce conversar con él. No tardé en reparar en que había vuelto a ocupar el primer lugar en mi corazón.

En aquella época me gustaba más asombrarme que comprender; no traté de situar a Jacques ni de explicármelo. Hoy solamente rehago su historia con un poco de coherencia.

El abuelo paterno de Jacques había estado casado con la hermana de abuelito: mi tía abuela bigotuda que escribía en *La Muñeca Modelo*. Ambicioso, jugador, había comprometido su fortuna en especulaciones fogosas. Los dos cuñados habían reñido ferozmente por cuestiones de interés y aunque abuelito había caído de quiebra en quiebra declaró virtuosamente en la época en que yo decía que Jacques era mi novio: "Nunca una de mis nietas se casará con un Laiguillon." Cuando Ernest Laiguillon murió, la fábrica de vitrales estaba todavía en pie; pero en la familia decían que si el pobre Charlot no hubiera muerto prematuramente en ese atroz accidente, sin duda hubiera terminado de arruinarla: era como su padre, excesivamente arriesgado, absurdamente confiado en su estrella. El hermano de mi tía Germaine se encargó de regir la casa hasta la mayoría de edad de su sobrino; administró con una gran prudencia, pues contrariamente a los Laiguillon, los Flandin eran provincianos con ambiciones limitadas, satisfechos con provechos mezquinos.

Jacques tenía dos años cuando murió su padre; se parecía a él; tenía sus mismos ojos dorados, su boca golosa, su aire despierto; su abuela Laiguillon lo idolatraba y apenas sabía hablar cuando ya lo trataba como a un pequeño jefe de familia: debía proteger a Titite y a su mamita. Tomó en serio su papel; su hermana y su madre lo admiraban, lo adulaban. Pero después de cinco años de viudez, tía

Germaine volvió a casarse con un funcionario que vivía en Châteaouvillain; se instaló allí y tuvo un hijo. Al principio conservó a sus hijos mayores junto a ella. Luego, por la conveniencia de sus estudios, puso a Titite medio-pupila en el curso Valton, a Jacques en Stanislas; vivieron en el departamento del Bulevar Montparnasse cuidados por la vieja Elise. ¿Cómo soportó Jacques ese abandono? Pocos chicos se vieron más imperiosamente obligados a disfrazarse que ese pequeño rey destronado, desterrado, abandonado. Mostraba los mismos sentimientos sonrientes por su padrastro y por su medio hermano que por su madre y su hermana; el porvenir iba a probar —mucho más tarde— que sólo su afecto por Titite era verdadero; sin duda no se confesó sus rencores, pero no era por casualidad que trataba mal a su abuela Flandin y que manifestó siempre a su familia materna un desprecio que lindaba con la hostilidad. Grabado en una fachada, escrito en la luz de los hermosos vitrales tornasolados, el nombre de Laiguillon tenía a sus ojos el brillo de un blasón. Pero si se enorgullecía con tanta ostentación era también porque se vengaba de su madre reconociendo exclusivamente su ascendencia paterna.

No había logrado reemplazar en el hogar al joven muerto; en compensación reivindicó altivamente su sucesión: a los ocho años, soportando con desdén la provisoria tutela de su tío, se proclamaba el único dueño de la Casa. Así se explica su joven importancia. Nadie ha sabido qué desamparo, qué celos, qué rencores, qué terrores arrastraba quizá a través de los altillos solitarios donde el polvo del pasado le anunciaba su porvenir. Pero ciertamente sus jactancias, su aplomo, sus petulancias, ocultaban un gran desasosiego.

Un chico es un insurrecto: él quiso ser razonable como un hombre. No tuvo que conquistar la libertad, tuvo que defenderse de ella: se impuso las normas y las prohibiciones que un padre vivo le habría dictado. Exuberante, desenvuelto, insolente, en el colegio solía armar trifulcas; me mostró riendo, en su libreta, una observación que le reprochaba "diversos ruidos en español"; no posaba de niño modelo: era un adulto a quien su madurez permitía infringir una disciplina demasiado pueril. A los doce años, improvisando en casa una comedia-charada, asombró a su auditorio haciendo la apología del casamiento de razón; representaba el papel de un muchacho que se niega a casarse con una niña pobre. "Si fundo un hogar —explicaba—, quiero poder garantizar a mis hijos un confortable bienestar." Adolescente, nunca discutió el orden establecido. ¿Cómo hubiera podido rebelarse contra el fantasma que lo sostenía solo sobre el vacío? Buen hijo, hermano atento, fue fiel a la línea que una voz de ultratumba le había señalado. Mostraba un gran respeto por las instituciones burguesas. Un día me dijo hablando de Garric: "Es un tipo bien, pero debería estar casado y tener un oficio. ¿Por qué? Un hombre debe tener un oficio." Él tomaba en serio sus futuras funciones. Seguía cursos de arte decorativo, de derecho, se iniciaba en los negocios en los escritorios de la planta baja que olían a polvo acumulado. Los negocios y el derecho le aburrían, en cambio le gustaba dibujar; aprendió a repujar sobre madera y le interesaba mucho la pintura. Pero no era cuestión de que él se consagrara a ella: su tío que no entendía nada de Bellas Artes llevaba muy bien la casa: las tareas de Jacques no serían distintas de las de cualquier otro patrón. Se consolaba reanudando las antiguas ambiciones de su padre y de su abuelo; alimentaba grandes proyectos; no se contentaría con una modesta clientela de curas de aldea; los vitrales Laiguillon asombrarían al mundo por su calidad artística, y la fábrica se convertiría en una empresa de envergadura. Su madre, mis padres, se inquietaban: "Haría mejor en dejarle la dirección de los negocios a su tío —decía mi padre—. Arruinará la casa." El hecho es que había en su empeño algo sospechoso; la seriedad de sus dieciocho años se parecía demasiado a la que exhibía a los ocho años para no parecer igualmente una comedia. Forzaba la nota sobre el conformismo como si no hubiera pertenecido por derecho de nacimiento a la casta que enarbolaba. Es que había fracasado al querer sustituirse efectivamente a su padre: sólo oía su propia voz y a ésta le faltaba autoridad. Evitaba cuidadosamente discutir la formalidad que había adoptado porque nunca la interiorizó. Nunca

coincidió con el personaje que encarnaba ruidosamente: el hijo Laiguillon.

Yo advertía esa falla. Saqué como conclusión que Jacques había hecho suya la única actitud que me parecía valdiera: buscar gimiendo. Su vehemencia no me convencía de su ambición, ni su voz ponderada de su resignación. Lejos de colocarse entre la gente asentada, iba hasta a negar las facilidades del anticonformismo. Su mueca de vuelta de todo, su mirada vacilante, los libros que me había prestado, sus semiconfidencias, todo me aseguraba que vivía mirando un incierto más allá. Le gustaba *El Gran Meaulnes* y había hecho que me gustara: yo lo identificaba. Vi en Jacques una encarnación refinada de la Inquietud.

Yo iba a comer a menudo al Bulevar Montparnasse, en familia. No me disgustaban esas veladas. Contrariamente al resto de mi círculo, tía Germaine y Titite no consideraban que yo me había transformado en un monstruo: junto a ellas, en el gran departamento semiclaro, semioscuro, que me era familiar desde mi infancia, los hilos de mi vida se reanudaban: ya no me sentía marcada, ni exilada. Tenía con Jacques breves apartes donde se afirmaba nuestra complicidad. Mis padres no los miraban con malos ojos. Tenían respecto a Jacques, sentimientos ambiguos: tenían en contra de él el hecho de que no viniera nunca a casa y se ocupara de mí más que de ellos; a él también lo acusaban de ingratitud. Sin embargo, Jacques estaba seguro de tener una situación confortable: si se casaba conmigo, ¡qué suerte para una muchacha sin dote! Cada vez que mi madre pronunciaba su nombre esbozaba una sonrisa de una discreción subrayada; me hacía rabiar que pretendieran transformar en una empresa burguesa un entendimiento fundado sobre un rechazo común de los horizontes burgueses; no obstante, me resultaba muy cómodo que nuestra amistad fuera lícita y que me autorizaran a ver a Jacques a solas.

Era en general al final de la tarde que yo llamaba a la puerta del edificio; subía hasta su departamento. Jacques me recibía con una sonrisa acogedora: "¿No te molestó?" "Nunca me molestas." "¿Cómo te va?" "Siempre bien cuando te veo." Su amabilidad me entonaba el corazón. Me llevaba a la larga galería medieval donde había instalado su mesa de trabajo; estaba siempre a oscuras: un vitral atajaba la luz; me gustaba esa penumbra, los arcones y los cofres de madera maciza. Me sentaba en un sofá tapizado de terciopelo carmesí; él iba y venía con un cigarrillo en la comisura de los labios, cerrando un poco los ojos para buscar su pensamiento en las volutas de humo. Yo le devolvía los libros que me había llevado y me prestaba otros; me leía Mallarmé, Laforgue, Francis Jammes, Max Jacob. "¿Vas a iniciarla en la literatura moderna?", le había preguntado mi padre en un tono semiirónico, semiafectado. "Nada podría causarme tanto placer", había contestado Jacques. Tomaba en serio esa tarea. "¿No dirás que no te he hecho conocer cosas espléndidas!", solía decirme con orgullo. Además me guiaba con mucha discreción. "¿Está bien que te guste Aimée!", me dijo cuando le devolví la novela de Jacques Rivière; raramente profundizábamos más nuestros comentarios; él odiaba insistir. A veces, si yo le pedía una aclaración, sonreía y me citaba a Cocteau: "Es como con los accidentes de ferrocarriles: se sienten, no se explican." Cuando me mandaba al Studio des Ursulines para ver en *matinée* con mi madre, una película de vanguardia o al Atelier el último espectáculo de Dullin, me decía únicamente:

"No tienes que perderte eso." A veces me describía minuciosamente un detalle: una mancha amarilla en el rincón de un cuadro, una mano que se abre en la pantalla; religiosa, divertida, su voz sugería el infinito. Me dio asimismo indicaciones preciosas sobre la manera en que había que mirar un cuadro de Picasso; me azoraba porque podía identificar un Braque o un Matisse sin ver la firma: me parecía brujería. Yo estaba aturdida por todas esas novedades que él me revelaba y tenía un poco la impresión de que él mismo era el autor. Le atribuía más o menos el *Orfeo* de Cocteau, los *Arlequines* de Picasso, *Entreacto* de Rene Clair.

¿En verdad qué hacía? ¿Cuáles eran sus proyectos, sus inquietudes? No trabajaba mucho. Le

gustaba andar en auto, de noche, por París; frecuentaba un poco las cervecerías del Quartier Latin, los bares de Montparnasse; me pintaba los bares como lugares fabulosos donde siempre ocurre algo. Pero no estaba muy contento de su existencia. Caminando por la galería, acariciándose el pelo de un hermoso castaño dorado me confiaba sonriendo: "¡Es aterrador cómo soy de complicado! ¡Me pierdo en mis propias complicaciones!" Una vez me dijo sin ninguna alegría: "Ves, lo que yo necesitaría sería creer en algo." "¿Acaso no basta vivir?", le pregunté; yo creía en la vida. Él meneó la cabeza: "No es fácil vivir si uno no cree en nada." Y luego cambió de conversación; sólo se entregaba de a pedacitos y yo no insistí. Nunca en nuestras conversaciones con Zaza tocábamos lo esencial; con Jacques si nos acercábamos me parecía natural que fuera de la manera más discreta. Yo sabía que tenía un amigo, Lucien Riaucourt, hijo de un importante banquero lionés con el que pasaba noches enteras conversando; se acompañaban el uno al otro desde el Bulevar Montparnasse a la calle Beaune y a veces Riaucourt se quedaba a dormir sobre el sofá rojo. Ese muchacho había conocido a Cocteau y confiado a Dullin un proyecto de pieza. Había publicado un volumen de poemas ilustrado por Jacques en un grabado sobre madera. Yo me inclinaba ante esas superioridades. Ya me consideraba muy afortunada de que Jacques me concediera un lugar al margen de su vida. Por lo general no simpatizaba con las mujeres, me decía; era verdaderamente excepcional que un muchacho y una chica pudieran conversar como nosotros lo hacíamos:

De tanto en tanto yo le hablaba un poco de mí y él me daba consejos. "Trata de parecer límpida", me decía. También me aseguraba que había que aceptar lo cotidiano de la vida y me citaba a Verlaine: "La vida humilde, de tareas aburridas y fáciles. Yo no estaba del todo de acuerdo; pero lo que importaba era que me escuchara, me comprendiera, me alentara y me salvara durante algunos instantes de la soledad.

Creo que a él le hubiera gustado asociarme más familiarmente a su vida. Me mostraba las cartas de sus amigos, hubiera querido que yo los conociera. Una tarde lo acompañé a las carreras en Longchamps. Una vez me ofreció llevarme a los *Ballets rusos*. Mi madre no lo permitió: "Simone no saldrá sola de noche." No porque dudara de mi virtud; antes de comer yo podía pasar horas sola en el departamento con Jacques, pero después, a menos de estar exorcizado por la presencia de mis padres, cualquier lugar era pecaminoso. Nuestra amistad se redujo, por lo tanto, a un intercambio de frases truncas, cortadas por largos silencios, y lecturas en voz alta.

El trimestre terminó. Pasé mis exámenes de matemáticas y de latín. Era agradable andar rápido, triunfar; pero decididamente yo no me apasionaba ni por las ciencias exactas ni por las lenguas muertas. La señorita Lambert me aconsejó que volviera a mi primer proyecto; ella dictaba en Sainte-Marie el curso de filosofía: le encantaría tenerme como alumna; me aseguró que me graduaría sin dificultad. Mis padres no se opusieron. Esa decisión me satisfizo.

Aunque la figura de Garric había palidecido un poco durante esas últimas semanas, tenía el alma desolada cuando en un triste corredor del instituto Sainte-Marie me despedí de él. Fui una vez más a escucharlo: dio, en una sala del Bulevar Saint Germain, una conferencia en la que tomaron parte Henri Massis y el señor Mabile. Éste fue el último en hablar; las palabras salían dificultosamente de su barba y durante toda su intervención las mejillas de Zaza ardieron de vergüenza. Yo devoraba a Garric con la mirada. Sentía sobre mí la mirada perpleja de mi madre, pero no trataba de dominarme. Aprendía de memoria ese rostro que iba a desaparecer para siempre. Es tan total una presencia, es tan radical la ausencia: entre las dos ninguna transición parecía posible. El señor Afabule calló, los oradores bajaron del estrado, los juegos estaban hechos.

Me aferré todavía. Una mañana tomé el subterráneo, desembarqué en una tierra desconocida, tan lejana que me pareció haber pasado en fraude una frontera: Belleville. Me adelanté por la calle ancha

donde vivía Garric; conocía el número de su casa; me acerqué rozando la pared; si me sorprendía estaba dispuesta a desmayarme de vergüenza. Me detuve un instante ante la casa, contemplé la triste fachada de ladrillos y esa puerta que todos los días por la mañana y por la noche él atravesaba; continué mi camino; miré las tiendas, los cafés, la plaza; él los conocía tan bien que ya ni siquiera los veía. ¿Qué había venido a buscar? En todo caso volví con el rabo entre las piernas.

A Jacques estaba segura de volver a verlo en octubre y me despedí de él sin tristeza. Acababa de fracasar en su examen de derecho y estaba un poco abatido. En su último apretón de manos, en su última sonrisa, puso tanto calor que me emocioné. Me pregunté ansiosamente después de haberme alejado si no habría tomado mi serenidad por indiferencia. Esa idea me desoló. ¡Me había dado tanto! Pensaba menos en los libros, en los cuadros, en las películas que en esa luz acariciadora de sus ojos cuando yo le hablaba de mí. De pronto tuve necesidad de agradecerle y le escribí una carta de un tirón. Pero mi pluma se quedó en suspenso encima del sobre. Jacques apreciaba enormemente el pudor. Con una de sus sonrisas llena de misterios sobrentendidos me había citado en la versión de Cocteau la frase de Goethe: "Te quiero: no es asunto tuyo." ¿Juzgaría indiscretas mis sobrias efusiones? Rezongaría para sus adentros: "¿Acaso es asunto mío?" Sin embargo, si mi carta podía reconfortarlo un poco era una cobardía no enviársela. Vacilé retenida por ese miedo al ridículo que había paralizado mi infancia; pero ya no quería conducirme como una niña. Agregué en la postdata: "Quizá me encuentres ridícula pero me despreciaría si no me atreviera a serlo alguna vez." Y fui a echar la carta en un buzón.

Mi tía Marguerite y mi tío Gastón que pasaban una temporada en Cauterets con sus hijos nos invitaron a pasar unos días a mi hermana y a mí. Un año antes yo habría descubierto la montaña con alborozo; ahora me había hundido en mí misma y el mundo exterior ya no me impresionaba. Y además había tenido con la naturaleza relaciones demasiado íntimas para aceptar verla allí relegada al nivel de una distracción para veraneantes; me la daban de a porciones sin dejarme ni el tiempo ni la soledad necesarias para acercarme a ella: por no entregarme a ella, no recibí nada de ella. Los abetos y los torrentes callaban. Fuimos en excursión al circo de Gavarnie, en el lago de Gaube; mi prima Jeanne tomaba fotografías: sólo vi en ellas dioramas aburridos. Ni los horribles hoteles plantados a lo largo de las calles, ni esos decorados inútilmente suntuosos me distrajeran de mi pena.

Pues era desdichada. Garric había desaparecido para siempre. ¿Y en qué estaba con Jacques? En mi carta le había puesto mi dirección en Cauterets; como evidentemente no deseaba que su respuesta cayera en otras manos que las mías, me escribiría aquí o no me escribiría: no escribió. Diez veces por día yo inspeccionaba el casillero 46 en la portería del hotel: nada. ¿Por qué? Yo había vivido nuestra amistad en la confianza, en la despreocupación; ahora me preguntaba: ¿qué significo para él? ¿Habría encontrado mi carta pueril? ¿O fuera de lugar? ¿Me habría olvidado sencillamente? ¡Qué tormento! ¡Y cómo hubiera deseado poder cavilar en paz! Pero yo no tenía un instante de tranquilidad. Dormía en el mismo cuarto que Poupette y Jeanne: no salíamos sino en grupo; tenía que dominarme el día entero y las voces entraban sin cesar en mis oídos. En la Ralliére alrededor de una taza de chocolate, de noche en el salón del hotel, las señoras y los señores conversaban; eran las vacaciones, leían y hablaban de sus lecturas. Decían: "Está bien escrito pero hay partes demasiado largas." O si no: "Hay partes demasiado largas, pero está tan bien escrito." A veces, la mirada soñadora, la voz sutil, alguien masticaba: "Es curioso", o en un tono un poco más severo: "Es especial." Yo esperaba la noche para llorar; al día siguiente la carta todavía no había llegado; de nuevo esperaba la noche, los nervios a flor de piel, el corazón erizado de espinas. Una mañana en mi cuarto me eché a llorar; no sé cómo hice para tranquilizar a mi pobre tía espantada.

Antes de volver a Meyrignac nos detuvimos dos días en Lourdes. Sufrí un choque. Moribundos, inválidos, enfermos: ante ese atroz desfile tuve bruscamente conciencia de que el mundo no era un estado de ánimo. Los hombres tenían cuerpos y sufrían en sus cuerpos. Siguiendo una procesión,

insensible al chillido de los cánticos y al olor agrio de las beatas, eufóricas, me avergoncé de mi complacencia conmigo misma. Nada era verdad salvo esa opaca miseria. Envidié vagamente a Zaza que durante las peregrinaciones lavaba la vajilla de los enfermos. Abnegarse. Olvidarse. ¿Pero cómo? ¿Por qué? La desdicha disfrazada de grotescas esperanzas estaba demasiado desprovista de sentido para abrirme los ojos. Me maceré algunos días en el horror; luego reanudé el hilo de mis preocupaciones.

Pasé vacaciones penosas. Me arrastraba entre los castaños y lloraba. Me sentía absolutamente sola en el mundo. Ese año mi hermana me era extraña. Había exasperado a mis padres con mi actitud agresivamente austera: me observaban con desconfianza. Leían las novelas que yo había, llevado, discutían entre ellos y con tía Marguerite: "Es morboso, está al margen de la realidad, no es un acierto", decían a menudo; me herían tanto como cuando hacían comentarios sobre mi estado de ánimo o suposiciones sobre lo que tenía en la cabeza. Más disponibles que en París, soportaban menos pacientemente que nunca mis silencios y yo no mejoraba la situación dejándome arrastrar dos o tres veces en salidas desordenadas. A pesar de mis esfuerzos; seguía siendo muy vulnerable. Cuando mi madre meneaba la cabeza diciendo: "Decididamente esto anda mal", yo rabiaba; pero si lograba disimular y ella suspiraba con satisfacción: "¡Vamos mejor!", me sentía exasperada. Quería a mis padres y en ese lugar en que habíamos estado tan unidos, nuestros malentendidos me resultaban todavía más dolorosos que en París. Además estaba ociosa; sólo había podido procurarme un pequeño número de libros. A través de un estudio sobre Kant me apasioné por el idealismo crítico que me confirmaba en mi negación de Dios. En las teorías de Bergson sobre el "yo social y el yo profundo" reconocí con entusiasmo mi propia experiencia. Pero las voces impersonales de los filósofos no me reconfortaban lo mismo que las de mis autores de cabecera. Ya no sentía a mi alrededor presencias fraternales. Mi único recurso era mi diario íntimo; cuando había expresado en él mi aburrimiento, mi tristeza, volvía a aburrirme, tristemente.

Una noche en *La Grillère*, cuando acababa de acostarme en una vasta cama campesina, la angustia cayó sobre mí; ya me había ocurrido sentir hasta las lágrimas, hasta los gritos el miedo a la muerte; pero esta vez era peor: ya la vida tambaleaba en el vacío; nada era nada, sino aquí, en este instante un terror tan violento que pensé en ir a golpear a la puerta de mi madre, pretenderme enferma, para oír voces. Me dormí, pero conservé de esa crisis un recuerdo aterrorizado.

De regreso a Meyrignac pensé en escribir; prefería la literatura a la filosofía, no habría estado nada satisfecha si me hubieran predicho que sería una especie de Bergson; no quería hablar con esa voz abstracta que al oírla no me conmovía. Lo que yo soñaba escribir era una "novela de la vida interior"; quería comunicar mi experiencia. Me parecía sentir en mí "un montón de cosas que decir"; pero no me daba cuenta de que escribir es un arte y que yo no era experta. Anoté, sin embargo, varios temas de novela y finalmente me decidí. Compuse mi primera obra. Era la historia de una evasión frustrada. La heroína tenía mi edad, dieciocho años; pasaba sus vacaciones en familia en una casa de campo a la que estaba por llegar su novio a quien amaba convencionalmente. Hasta entonces se había avenido a la trivialidad de la existencia. De pronto descubría "otra cosa". Un músico de genio le revelaba los verdaderos valores: el arte, la sinceridad, la inquietud. Ella reparaba que había vivido en la mentira; y en ella nacían una fiebre, un deseo desconocidos. El músico se iba. El novio llegaba. Desde su cuarto en el primer piso ella oía un alegre bullicio de bienvenida; vacilaba: ¿lo que había entrevisto por un instante lo salvaría, lo perdería? Le faltaba valor. Bajaba la escalera y entraba sonriendo en el salón donde los demás la esperaban. No me hice ilusiones sobre el valor de ese relato; pero era la primera vez que me aplicaba a traducir en frases mi propia experiencia y sentí placer al escribir.

Le había enviado una breve carta a Garric, de alumna a profesor, y él me había contestado con una tarjeta, de profesor a alumna. Yo ya no pensaba mucho en él. Su ejemplo me había incitado a salir de

mi ambiente, de mi pasado: condenada a la soledad, me había hundido tras él en el heroísmo. Pero era un camino arduo y yo hubiera preferido, por cierto, que la condena no fuera total; la amistad de Jacques autorizaba esa esperanza. Acostada en los matorrales, rondando por los senderos a campo traviesa, evocaba su imagen. No había contestado mi carta pero con el tiempo mi decepción se atenuaba; los recuerdos la cubrían: sus sonrisas de bienvenida, nuestra connivencia, las horas aterciopeladas que yo había pasado junto a él. Yo estaba tan cansada de llorar que me autoricé a tejer sueños. Encendería la lámpara, me sentaría en el sofá rojo: estaría en mi casa. Miraría a Jacques: sería mío. Ninguna duda: lo amaba, ¿por qué él no iba a quererme? Me puse a hacer proyectos de felicidad. Si había renunciado a la dicha era porque creía que me sería negada; pero en cuanto me pareció posible, empecé a deseársela.

Jacques era hermoso; de una belleza infantil y carnal; sin embargo, nunca me turbó ni me inspiró la sombra de un deseo; quizá me equivocaba cuando anotaba con un poco de asombro en mi diario que si él hubiera esbozado un gesto de ternura algo en mí se habría retraído; eso significa que al menos en imaginación conservaba las distancias. Yo siempre había considerado a Jacques como a un hermano mayor un poco lejano; hostil o benévola la familia no dejaba de investirnos; sin duda por eso los sentimientos que sentí por él se dirigían a un ángel. En cambio a causa, sin duda, de nuestro parentesco, tuvieron el carácter irremediable que les atribuí enseguida. Yo les había reprochado apasionadamente a Joe, a Maggie, haber traicionado su infancia: queriendo a Jacques pensaba cumplir mi destino. Rememoraba nuestro antiguo noviazgo y ese vitral que me había regalado; me felicitaba de que nuestra adolescencia nos hubiera separado y que así me hubiera sido dada la deslumbrante alegría de nuestro reencuentro. Manifiestamente ese idilio estaba escrito en el cielo.

En verdad si creí en su fatalidad era porque sin expresármelo claramente veía en él la solución ideal de todas mis dificultades. Pese a detestar las rutinas burguesas, conservaba la nostalgia de las veladas en el escritorio rojo y negro en la época en que no imaginaba poder separarme nunca de mis padres. La casa Laiguillon, el hermoso departamento con su espeso alfombrado, el salón claro, la galería umbría, ya eran para mí un hogar; leería junto a Jacques y pensaría "nosotros dos" como antes murmuraba "nosotros cuatro"; su madre, su hermana, me rodearían de su ternura, mis padres se suavizarían: volvería a ser aquella a la que todo el mundo quería, recobraría mi lugar en esa sociedad fuera de la cual, no veía más que el exilio. Sin embargo, no abdicaría de nada; juntó a Jacques la felicidad no significaría estar dormidos; nuestros días se repetirían tiernamente, pero de día en día perseguiríamos nuestra búsqueda; nos extraviaríamos el uno junto al otro, sin perdernos jamás, unidos por nuestra inquietud.

Así me salvaría en la paz del corazón y no en el desgarramiento. En el colmo de las lágrimas y del aburrimiento jugaba en un impulso toda mi vida sobre esa carta. Esperé febrilmente el comienzo de las clases y en el tren mi corazón brincaba.

Cuando me encontré en el departamento de moqueta desteñida, me desperté brutalmente: no había aterrizado en casa de Jacques, sino en casa; iba a pasar el año entre esas paredes. Abracé de una mirada la seguidilla de días y de meses, ¡qué desierto! Las antiguas amistades, las camaraderías, los placeres, habían desaparecido: Garric estaba perdido para mí; en el mejor de los casos vería a Jacques dos o tres veces por mes y nada me autorizaba a esperar de él más de lo que ya me había dado. Por lo tanto, conocería de nuevo el desaliento de cada despertar en que no se anuncia ninguna alegría; de noche vaciar el tacho de basuras; el cansancio y el aburrimiento. En el silencio de los castaños, el delirio fanático que me había sostenido el año pasado había terminado de apagarse; todo volvería a empezar, salvo esa especie de locura que me había permitido soportarlo todo.

Me asusté tanto que enseguida quise correr a casa de Jacques: sólo él podía ayudarme. Los sentimientos de mi padre respecto a él eran, ya lo he dicho, ambiguos. Aquella mañana mi madre me

prohibió que fuera a verlo y tuvo palabras violentas contra él y contra la influencia que ejercía sobre mí. Yo todavía no me atrevía a desobedecer ni a mentir seriamente. Informaba a mi madre de mis proyectos; a la noche rendía cuenta de mis días. Me sometí. Pero me ahogaba de rabia y sobre todo de pena. Durante semanas yo había esperado apasionadamente ese encuentro y bastaba un capricho materno para privarme de él. Medí con horror mi dependencia. No solamente me habían condenado al exilio, sino que no me permitían luchar contra la aridez de mi suerte; mis actos, mis gestos, mis palabras, todo estaba supervisado; espiaban mis pensamientos, y podían hacer abortar con una palabra mis proyectos más preciosos; me dejaban sin ningún recurso. El año pasado yo me había resignado bien o mal con mi suerte porque estaba asombrada de los grandes cambios que se producían en mí; ahora esa aventura estaba terminada y yo volvía a caer en el desaliento. Me había vuelto diferente y hubiera necesitado a mi alrededor un mundo diferente; ¿cuál? ¿Qué deseaba exactamente? Ni siquiera sabía imaginarlo. Esa pasividad me desesperaba. Sólo me quedaba esperar. ¿Cuánto tiempo? ¿Tres años? ¿Cuatro años? Es largo cuando se tiene dieciocho. Y si los pasaba en la cárcel, encadenada, me encontraría a la salida igualmente sola, sin amor, sin fervor, sin nada. Enseñaría filosofía en provincia: ¿qué ganaría con eso? ¿Escribir? Mis ensayos de Meyrignac no valían nada. Si seguía siendo la misma, presa de las mismas rutinas, del mismo hastío no progresaría jamás: jamás haría mi obra. No, ni una luz por ningún lado. Por primera vez en mi existencia pensé seriamente que era mejor estar muerto que vivo. Al cabo de una semana recibí la autorización de ir a ver a Jacques. Al llegar ante su puerta me sentí presa de pánico: era mi única esperanza y yo ya no sabía nada de él salvo que no había contestado mi carta. ¿Se había sentido conmovido o irritado? ¿Como me recibiría? Di la vuelta a la manzana, una vez, dos veces, ni muerta ni viva. La campanilla encastrada en la pared me asustaba; tenía la misma falsa inocencia que el agujero negro donde de chica había metido imprudentemente el dedo. Apreté el botón. Como de costumbre la puerta se abrió automáticamente, subí la escalera. Jacques me sonrió, me senté en el sofá rojo. Me tendió un sobre a mi nombre. "Toma –me dijo–, no te la mandé porque prefería que quedara entre nosotros." Se había ruborizado hasta los ojos. Abrí su carta. Había escrito arriba: "¿Acaso es asunto tuyo?" Me felicitaba de no temer el ridículo y me decía que a menudo, "en las tardes cálidas y solas", había pensado en mí. Me daba consejos. "Chocarías menos a los que te rodean si fueras más humana; y además es más fuerte: iba a decir, más orgulloso..." "El secreto de la felicidad y el colmo del arte es vivir como todo el mundo no siendo como nadie." Terminaba con esta frase: "¿Quieres considerarme como tu amigo?" Un enorme sol se alzó en mi corazón. Y luego Jacques se puso a hablar con frases entrecortadas y el crepúsculo cayó. Las cosas no andaban bien, me dijo, nada bien. Estaba metido en un lío, un asunto embromado; había creído ser alguien bien: ya no lo creía; se despreciaba; ya no sabía qué hacer con sus huesos. Yo lo escuchaba, enternecida por su humildad, arrebatada por su confianza, oprimida por su opresión. Me separé de él con el corazón encendido. Me senté en un banco para tocar, para mirar el regalo que acababa de hacerme; una hoja de un lindo papel grueso, cubierta de signos violáceos. Algunos de sus consejos me asombraban: no me sentía inhumana; no trataba de chocarlo a propósito; vivir como todo el mundo no me tentaba en absoluto; pero estaba emocionada de que hubiera compuesto para mí esas cadencias. Releí diez veces las primeras palabras: "¿Acaso es asunto tuyo?" Significaban claramente que Jacques me quería más de lo que me lo había manifestado jamás; pero otra evidencia se imponía: no estaba enamorado de mí; de lo contrario no se hubiera hundido en semejante marasmo. Me resigné rápidamente; mi error saltaba a la vista: imposible conciliar el amor con la inquietud. Jacques me llamaba a la realidad; la unión bajo la lámpara, las lilas y las rosas, no eran para nosotros. Éramos demasiado lúcidos y demasiado exigentes para descansar en la falsa seguridad del amor. Jacques no detendría jamás su ansiosa carrera. Había llegado hasta el extremo de la desesperación, hasta el punto de sentirse asqueado de sí mismo; yo debía seguirlo por esos ásperos caminos. Llamé en mi auxilio a

Alissa y a Violaine, y me abismé en el renunciamiento. "Nunca querré a ninguna otra persona, pero entre nosotros el amor es imposible." Decidí. No renegué de la convicción que se había impuesto a mí durante esas vacaciones: Jacques era mi destino. Pero las razones por las cuales yo unía mi suerte a la suya excluían que me diera la felicidad. Yo tenía que desempeñar un papel en su vida; pero no era el de invitarlo a adormecerse; había que combatir su desaliento y ayudarlo a proseguir su busca. Me puse enseguida manos a la obra. Le escribí una nueva carta en la que le proponía razones de vivir sacadas de los mejores autores.

Era normal que no me contestara puesto que ambos deseábamos que nuestra amistad "quedara entre nosotros". Sin embargo, me corroía. Comiendo en su casa, en familia, durante toda la noche espí una mirada cómplice en sus ojos: nada. Bromeó todavía con más extravagancia que de costumbre. "¿No vas a terminar de hacerte el loco?", le dijo su madre riendo. Parecía tan despreocupado y respecto a mí tan indiferente que esta vez tuve la certidumbre de haber fracasado: había leído con fastidio la disertación que yo le había endilgado sin gracia. "Dolorosa, noche dolorosa, en que su máscara disimulaba demasiado herméticamente su rostro... Quisiera vomitar mi corazón", escribí a la mañana siguiente. Decidí encerrarme, olvidarlo. Pero ocho días después, mi madre, informada por la familia, me contó que Jacques había sido reprobado nuevamente en su examen; parecía muy afectado: no estaría mal pasar a verlo. En seguida preparé mis vendas, mis bálsamos, corrí hacia él. Efectivamente parecía abrumado; tirado en un sillón, sin afeitar, el cuello desabrochado, mal tenido, ni siquiera intentó sonreír. Me agradeció mi carta, al parecer sin gran convicción. Me repitió que no servía para nada, que no valía nada. Había llevado durante todo el verano una vida estúpida, lo estropeaba todo, tenía asco de sí mismo. Intenté reconfortarlo, pero no lo hice de corazón. Cuando me fui murmuró: "Gracias por haber venido", en un tono concentrado que me conmovió; pero a pesar de eso volví a casa muy abatida. Esta vez no logré pintarme con colores sublimes el desasosiego de Jacques; no sabía exactamente lo que había hecho ese verano pero suponía lo peor: el juego, el alcohol, lo que yo llamaba vagamente la juerga. Seguramente tenía excusas pero me decepcionaba tener que excusarlo. Recordé el gran sueño de amor-admiración que me había forjado a los quince años y lo comparé tristemente con mi afecto por Jacques: no, no lo admiraba. Quizá toda admiración era un engaño; quizá sólo se encontraba en el fondo de todos los corazones un mismo carnaval incierto; quizá el único lazo posible entre dos almas era la compasión. Ese pesimismo no bastó para reconfortarme.

Nuestra entrevista siguiente me arrojó en nuevas perplejidades. Él había reaccionado, reía, hacía con voz reflexiva proyectos razonables. "Un día me casaré", lanzó. Esa frasecita me desgarró. ¿La había pronunciado incidentalmente o a propósito? ¿En ese caso era una promesa o una advertencia? Imposible soportar que otra que yo fuera su mujer: sin embargo, descubrí que la idea de casarme con él me repelía. La había acariciado durante todo el verano. Ahora, cuando encaraba ese casamiento, deseado ardientemente por mis padres, tenía ganas de huir. Ya no veía en él mi salvación sino mi pérdida. Viví varios días en el terror.

Cuando volví a casa de Jacques, estaba con amigos; me los presentó y siguieron conversando entre ellos: de bares y de *barriten*, de disgustos de dinero, de oscuras intrigas; me agradaba que mi presencia no turbara su conciliábulo; no obstante, esa conversación me deprimió. Jacques me pidió que lo esperara a que llevara en su coche a sus amigos, y postrada sobre el sofá rojo, con los nervios a flor de piel, me eché a llorar. Me había calmado cuando volvió. Su rostro había cambiado y de nuevo asomaba en sus palabras una solícita ternura. "Sabes, es muy excepcional una amistad como la nuestra", me dijo. Recorrimos juntos el Bulevar Raspail y nos detuvimos un largo rato ante un escaparate donde estaba expuesto un blanco cuadro de Foujita. Al día siguiente debía irse a Châteauevillain a pasar tres semanas. Pensé aliviada que durante ese tiempo la dulzura de ese crepúsculo sería mi último recuerdo.

Sin embargo, mi agitación no se aplacó: ya no me comprendía. Por momentos Jacques era todo: en otros absolutamente nada. Me asombraba sentir "ese odio a veces por él". Me preguntaba: "¿Por qué solamente en la espera, en la nostalgia, en la piedad siento grandes impulsos de ternura?" La idea de un amor compartido entre nosotros me helaba, Si la necesidad que tenía de él se adormecía, me sentía disminuida; pero escribí: "Tengo necesidad de *él*, no de *verlo*." En vez de estimulante como el año anterior nuestras conversaciones me debilitaban. Prefería pensar en él a distancia que encontrarme frente a él.

Tres semanas después de su partida, yo cruzaba la plaza de la Sorbona cuando vi su auto ante la terraza del Harcourt. ¡Qué golpe! Sabía que su vida no estaba conmigo; hablábamos de ello a medias palabras, yo estaba al margen. Pero quería pensar que en nuestras conversaciones ponía lo más verdadero de sí mismo; ese cochecito al borde de una acera me afirmaba lo contrario. En ese instante, en cada instante, Jacques existía en carne y hueso para otros y no para mí; ¿qué pesaban en el espesor de las semanas y de los meses nuestros tímidos encuentros? Una noche vino a casa; fue encantador y me sentí cruelmente decepcionada. ¿Por qué? Cada vez veía menos claro. Su madre, su hermana, pasaban una temporada en París y ya nunca estábamos solos. Me parecía que jugábamos a las escondidas y tal vez terminaríamos por no encontrarnos jamás. ¿Lo quería o no? ¿Me quería? Mi madre me repitió, en un tono ambiguo, que él le había dicho a la suya: "Simone es muy bonita, lástima que tía Françoise la vista tan mal." La crítica no iba dirigida a mí: sólo retuve que le gustaba mi cara. Tenía sólo diecinueve años de estudios que terminar, y hacer el servicio militar; era normal que no hablara de casamiento sino con vagas alusiones; esa reserva que desmentía el calor de sus recibimientos, sus sonrisas, sus presiones de manos. Me había escrito: "¿Acaso es asunto tuyo?" En el afecto que me demostraban tía Germaine y Titile había aquel año una especie de complicidad: su familia como la mía, parecían considerarnos comprometidos. ¿Pero qué pensaba él exactamente? ¿A veces parecía tan indiferente! A fines de noviembre comimos en un restaurante con sus padres y los míos. Él conversó, bromeó; su presencia disfrazaba demasiado perfectamente su ausencia: me extravié en esa comedia. Durante la mitad de la noche, lloré.

Pocos días más tarde vi por primera vez en mi vida morir a alguien: tío Gastón muerto repentinamente de una obstrucción intestinal. Agonizó toda una noche. Tía Marguerite le daba la mano y le decía palabras que él no oía. A su cabecera estaban sus hijos, y mis padres, mi hermana y yo. Emitió un ronco estertor y vomitaba cosas negras. Cuando dejó de respirar su mandíbula colgaba y hubo que anudarle un pañuelo alrededor de la cabeza. Mi padre, al que yo nunca había visto llorar, sollozaba. La violencia de mi desesperación sorprendió a todo el mundo y a mí misma. Quería mucho a mi tío y el recuerdo de nuestras partidas de caza en Meyrignac, de madrugada; quería mucho a mi prima Jeanne y me horrorizaba decirme: es huérfana. Pero ni mi pena ni mi compasión justificaban el huracán que me devastó durante dos días: no podía soportar esa mirada ahogada que mi tío había lanzado a su mujer, justo antes de morir, y en la que ya lo irreparable estaba cumplido. Irreparable, irremediable: esas palabras martillaban mi cabeza hasta hacerla estallar; y otra les contestaba: inevitable. Quizá yo también vería esa mirada en los ojos del hombre al que hubiera querido largamente.

Jacques me consoló. Pareció tan emocionado ante mis ojos quemados, fue tan afectuoso que sequé mis lágrimas. En el curso de un almuerzo en casa de su abuela Flandin, ella me dijo incidentalmente: "Ya no serías tú si no estudiaras." Jacques me miró con ternura: "Espero que de todas maneras sería ella." Y pensé: "Hago mal en dudar: me quiere." Comí en su casa la semana siguiente y me confió en un breve aparte que había salido de sus disgustos, pero que temía estar aburguesándose. Y se fue enseguida después de comer. Le inventé excusas, pero ninguna me convenció: no se habría ido si me hubiera querido. ¿Quería algo sólidamente? Decididamente me parecía inestable, versátil; se perdía en

pequeñas camaraderías y pequeños disgustos; no les daba importancia a los problemas que me atormentaban; carecía de convicción intelectual. Volví a caer en el desasosiego: "¿No podré nunca desprenderme de él, contra quien, a veces, me rebelo? Lo quiero, lo quiero insensatamente y ni siquiera sé si está hecho para mí."

El hecho es que había entre Jacques y yo muchas diferencias. Trazando mi retrato a mediados del otoño, lo primero que anoté fue lo que yo llamaba mi seriedad: "Una seriedad austera, implacable, cuya razón no comprendo, pero a la que me someto como a una aplastante necesidad." Desde mi infancia siempre me había mostrado íntegra, excesiva y me enorgullecía de ello. Los demás se detenían a mitad del camino de la fe y del escepticismo, de sus deseos, de sus proyectos: yo despreciaba su tibieza. Iba hasta el extremo de mis sentimientos, de mis ideas, de mis empresas; no tomaba nada a la ligera; y como en mi primera infancia quería que todo en mi vida estuviera justificado por una especie de necesidad. Me daba cuenta de que ese empecinamiento me privaba de ciertas cualidades, pero no era cuestión de combatirlo; mi seriedad era "toda yo" y yo me quería enormemente.

No le reproché a Jacques su desenvoltura, sus paradojas, sus eclipses; lo creía más artista, más sensible, más espontáneo y más dotado que yo; por momentos resucitaba el mito de Théagène y Euphorion y estaba dispuesta a colocar por encima de mis méritos la gracia que lo habitaba. Pero mientras en Zaza, antaño, no encontraba nada que criticar, algunos rasgos de Jacques me incomodaban: "Su amor por las fórmulas; entusiasmos demasiado grandes para su objeto; desdenes un poco afectados." Carecía de profundidad, de perseverancia, y a veces, lo que me parecía más grave, de sinceridad. Solía irritarme cuando en vez de dar la cara se lavaba las manos; y sospechaba que a veces pretextara complacidamente su escepticismo para ahorrarse el menor esfuerzo. Se quejaba de no creer en nada; me encarnizaba en proponerle metas; me parecía exaltante trabajar en desarrollarse, en enriquecerse; en ese sentido comprendía el precepto de Gide: "Hacer de sí un ser irremplazable"; pero si se lo recordaba a Jacques se encogía de hombros: "Para eso basta acostarse y dormir." Lo apremiaba a que escribiera; estaba segura de que haría buenos libros si quisiera. "¿Para qué?", me contestaba. ¿Y el dibujo, la pintura?; tenía aptitudes. Me respondía: "¿Para qué?" A todas mis sugerencias oponía esas dos palabritas. "Jacques se obstina en querer construir en lo absoluto; debería practicar a Kant; nunca llegará a nada en esa dirección", anoté un día ingenuamente. Sin embargo, sospechaba que la actitud de Jacques no tenía nada que ver con la metafísica y por lo general la juzgaba con severidad: no me gustaban la pereza, ni el aturdimiento, ni la inconstancia. Por su parte, yo lo sentía, a menudo mi buena fe lo crispaba. Una amistad podía aceptar esas divergencias: hacían temible la perspectiva de una vida en común.

Yo no me habría inquietado tanto si hubiera comprobado al menos una oposición entre nuestros caracteres; pero me daba cuenta de que otra cosa estaba en juego: la orientación de nuestras existencias. El día en que pronunció la palabra casamiento hice el balance de lo que nos separaba: "Gozar de las cosas bellas le basta; acepta el lujo y la vida fácil, le gusta la felicidad. Yo necesito una vida devoradora. Necesito obrar, gastarme, realizarme, necesito un fin que alcanzar, dificultades que vencer, una obra que cumplir. No estoy hecha para el lujo. Nunca podrá satisfacerme lo que le satisface."

El lujo de la casa Laiguillon no era nada del otro mundo; en realidad lo que yo rechazaba, lo que yo le reprochaba a Jacques de aceptar, era la condición burguesa. Nuestro entendimiento descansaba sobre un equívoco que explica las incoherencias de mi corazón. A mis ojos, Jacques se desprendería de su clase porque era inquieto: no advertía que la inquietud era la manera en que esa generación burguesa trataba de recuperarse; sin embargo, sentía que el día en que el casamiento lo hubiera liberado, Jacques coincidiría exactamente con su personaje de joven patrón y de jefe de familia. En verdad, todo cuanto deseaba era cumplir un día con el papel que le asignaba su nacimiento y contaba

con el casamiento, como Pascal con el agua bendita, para adquirir la fe que le faltaba. Eso, yo no me lo decía todavía claramente pero comprendí que consideraba el casamiento como una solución y no como un punto de partida. No se trataba de elevarse juntos hacia las cimas: si me convertía en la señora Laiguillon estaría destinada a ocuparme de un "hogar cerrado". ¿Acaso no era absolutamente inconciliable con mis ambiciones personales? Yo desconfiaba de las conciliaciones y ésta en particular me parecía peligrosa. Cuando compartiera la existencia de Jacques me costaría defenderme contra él puesto que ya su nihilismo me contaminaba. Trataba de recusarlo apoyándome sobre la evidencia de mis pasiones, de mis voluntades; a menudo lo lograba. En los momentos de desaliento me inclinaba, sin embargo, a darle razón. Bajo su influencia y para complacerlo, ¿no me dejaría arrastrar a sacrificar todo lo que hacía "mi valor"? Me rebelaba contra esa mutilación. He aquí por qué durante todo ese invierno mi amor por Jacques fue tan doloroso. O si no se derrochaba, se extraviaba lejos de mí y yo sufría; o buscaba el equilibrio en un "aburguesamiento" que hubiera podido acercarlo a mí, pero en el que yo veía una decadencia; yo no podía seguirlo en sus desórdenes, no quería instalarme con él en un orden que despreciaba. No teníamos fe ni el uno ni el otro en los valores tradicionales; pero yo estaba decidida a descubrir o a inventar otros; y él no veía nada más allá; oscilaba de la disipación al marasmo y la formalidad que aceptaba era la del consentimiento; no pensaba en cambiar la vida sino en adaptarse a ella. Yo buscaba sobrepasarme.

A veces presentía entre nosotros una incompatibilidad y me desolaba: "La felicidad, la vida es él. ¡Ah, la felicidad, la vida que deberían ser todo!" Sin embargo, no me decidía a arrancar a Jacques de mi corazón. Hizo una gira de un mes recorriendo Francia; iba a ver curas, iglesias, y a tratar de colocar los vitrales Laiguillon. Era invierno; hacía frío: me puse a desear el calor de su presencia, un amor apacible, un hogar nuestro, mío. Ya no me hice más preguntas. Leía *El adiós a la adolescencia* de Mauriac, aprendía de memoria largos pasajes lánguidos que me recitaba por la calle.

Si me aferraba a ese amor era primeramente porque a través de mis vacilaciones conservaba siempre por Jacques un afecto emocionado; era encantador, seductor, y su gentileza caprichosa pero real había trastornado más de un corazón; el mío no tenía defensa; una entonación, una mirada bastaban para desencadenar una gratitud sin límites. Jacques ya no me deslumbraba; para comprender los libros, los cuadros, no necesitaba de él; pero me conmovían su confianza y sus ataques de humildad. Todos los demás, los jóvenes tupidos, los adultos sin vuelo, sabían todo sobre todas las cosas y cuando decían: "¡No comprendo!", no era porque ellos se creyeran equivocados. ¡Cómo le agradecía a Jacques sus incertidumbres! Quería ayudarlo como él me había ayudado. Aun más que en el pasado me sentía ligada a él por una especie de pacto por el cual su "salvación" me parecía más necesaria que la mía. Creí firmemente en esa predestinación porque no conocía a ningún hombre, joven ni viejo, con el que me fuera posible cambiar dos palabras. Si Jacques no estaba hecho para mí, nadie lo estaba, y tendría que volver a una soledad que me parecía muy amarga. En los momentos en que de nuevo me consagraba a Jacques volvía a enderezar su estatua: "Todo lo que me llega de Jacques me parece un juego, una falta de valor, una cobardía, y después recobro la verdad de lo que me ha dicho." Su escepticismo manifestaba su lucidez; en el fondo era a mí a la que le faltaba coraje cuando me disfrazaba la triste relatividad de los fines humanos; él se atrevía a confesarse que ninguna meta merecía un esfuerzo. ¿Perdía su tiempo en los bares? Huía así de su desesperación y a veces encontraba la poesía. En vez de reprocharle su derroche había que admirar su prodigalidad. Se parecía a ese rey de Tule que él solía citar que no vaciló en arrojar al mar su más hermosa copa de oro por la posibilidad de un suspiro. Yo era incapaz de tales refinamientos, pero eso no me autorizaba a desconocer el precio. Estaba convencida de que un día Jacques los expresaría en una obra. Él no me desalentaba del todo: me anunciaba de tanto en tanto que había encontrado un título formidable. Había que tener paciencia, creer en él. Así iba de la decepción al entusiasmo de los arduos restablecimientos.

La principal razón de mi encarnizamiento era que aparte de ese amor mi vida me parecía desesperadamente vacía y vana. Jacques sólo era él; pero a distancia se convertía en todo: todo lo que yo no poseía. Yo le debía alegrías, penas cuya violencia me salvaba del árido hastío en que me hundía.

Zaza volvió a París a principios de octubre. Había hecho cortar su hermoso pelo negro y su nuevo peinado encuadraba agradablemente su rostro un poco delgado. Vestida en el estilo de Santo Tomás de Aquino, confortablemente pero sin elegancia, llevaba siempre sombreritos redondos hundidos hasta las cejas, y a menudo guantes. El día en que nos encontramos pasamos la tarde en las orillas del Sena y en las Tullerías; ella tenía ese aire serio y hasta un poco triste que ahora le era habitual. Me dijo que su padre acababa de cambiar de trabajo; le habían dado a Raoul Dautry el cargo de ingeniero jefe de los ferrocarriles del Estado que el señor Mabilie esperaba; despedido había aceptado las propuestas que le hacía desde tiempo atrás la casa Citroen: ganaría muchísimo dinero. Los Mabilie iban a instalarse en un lujoso departamento en la calle Berri; habían comprado un auto; tendrían que salir y recibir mucho más que antes. Eso no parecía encantar a Zaza; me habló con impaciencia de esa vida mundana que le imponían, y comprendí que si iba a los casamientos, a los entierros, a los bautismos, a las primeras comuniones, a los té, a los almuerzos, a las ventas de caridad, a las reuniones de familia, a los compromisos, a los bailes, no era por su gusto: juzgaba a su medio con tanta severidad como en el pasado y hasta le pesaba más. Antes de las vacaciones yo le había prestado algunos libros; me dijo que la habían hecho reflexionar mucho; había releído tres veces la *Gran Meaulnes*: nunca una novela la había conmovido tanto. Me pareció de pronto muy cercana y le hablé un poco de mí: sobre muchos puntos pensaba exactamente las mismas cosas. "¡He recobrado a Zaza!", me dije alegremente cuando nos separamos, al anochecer.

Tomamos la costumbre de pasearnos juntas todos los domingos por la mañana. Ni bajo su techo ni bajo el mío hubiéramos podido estar solas: e ignorábamos absolutamente la costumbre de los cafés: "¿Pero qué hace toda esa gente? ¿No tienen casa?", me preguntó una vez Zaza ante la Régence. Recorríamos las avenidas del Luxemburgo o de los Champs-Élysées; cuando el tiempo estaba lindo nos sentábamos en las sillas de hierro, al borde de los canteros. Sacábamos los mismos libros de la biblioteca circulante de Adrienne Monnier; leímos con pasión la correspondencia de Alain Fournier y de Jacques Rivière; a ella le gustaba más Fournier, yo estaba seducida por la rapacidad metódica de Rivière. Discutíamos, comentábamos nuestra vida cotidiana. Zaza tenía serias dificultades con su madre que le reprochaba consagrar demasiado tiempo al estudio, a la lectura, a la música, y descuidar "sus deberes sociales"; los libros que a Zaza le gustaban le parecían sospechosos; se inquietaba. Zaza tenía por su madre la misma devoción que antes y no soportaba apenarla. "¡Sin embargo, hay cosas a las que no quiero renunciar!", me dijo con voz angustiada. Temía en el porvenir los más graves conflictos. A fuerza de arrastrarse de entrevista en entrevista, Lili, que ya tenía veintitrés años, terminaría por ubicarse; entonces pensarían en casar a Zaza. "No me dejaré manejar –me decía–. Pero me veré obligada a disgustarme con mamá." Sin hablarle de Jacques ni de mi evolución religiosa yo también le decía muchas cosas. Al día siguiente de esa noche que pasé llorando, después de una comida con Jacques, me sentí incapaz de arrastrarme sola hasta la noche: fui a llamar a casa de Zaza y apenas me hube sentado frente a ella, me eché a llorar. Se quedó tan consternada que le conté todo.

La mayor parte del tiempo yo lo pasaba como de costumbre, estudiando. La señorita Lambert dictaba ese año el curso de lógica y de historia de la filosofía y yo empecé por esas dos materias. Me alegraba volver a la filosofía. Seguía siendo tan sensible como en mi infancia a lo extraño de mi presencia sobre esta tierra que salía ¿de dónde?, que iba ¿adonde? A menudo pensaba en esto con estupor y en mis cuadernos me interrogaba: me parecía ser la víctima "de una prueba de prestidigitación cuyo truco es infantil, pero que uno no llega a adivinar". Yo esperaba si no dilucidarlo

al menos verlo de más cerca. Como mi único bagaje era la enseñanza del abate Trécourt empecé a dirigirme a tientas, difícilmente, a través de los sistemas de Descartes y de Spinoza. A veces me llevaban muy alto, al infinito; yo veía la tierra a mis pies como un hormiguero y hasta la misma literatura se convertía en un vano ruido: a veces sólo veía en ella torpes andamiajes sin relación con la realidad. Estudié a Kant y él me convenció de que nadie me descubriría el buen lado de las cartas. Su crítica me pareció tan pertinente, me causó tanto placer comprenderla que en el momento no me entristecí. Sin embargo, si ella no lograba explicarme el universo y a mí misma ya no sabía muy bien qué pedirle a la filosofía: me interesé moderadamente en doctrinas que rechazaba de antemano. Hice sobre "la prueba ontológica" de Descartes una disertación que la señorita Lambert juzgó mediocre. Sin embargo, había decidido interesarse en mí y eso me halagó. Durante sus cursos de logística me distraía mirándola. Llevaba siempre vestidos azules, sencillos pero estudiados; me parecía un poco monótona la fría luz de su mirada, pero siempre me sorprendían sus sonrisas que transformaban su máscara severa en un rostro de carne. Se decía que había perdido a su novio en la guerra y que a consecuencias de esa muerte había renunciado a rehacer su vida. Inspiraba pasiones: hasta la acusaban de abusar de su ascendiente; algunas estudiantes se afiliaban por amor a ella a esa tercera-orden que dirigía con la señora Daniélou; y después de haber atraído a esas jóvenes almas se escamoteaba ante su devoción. Poco me importaba. A mi modo de ver no bastaba solamente pensar, ni solamente vivir: yo no estimaba del todo a la gente que "pensaba su vida"; pero la señorita Lambert no "vivía". Dictaba cursos o trabajaba en una tesis: esa existencia me parecía muy árida. No obstante encontraba placer en sentarme en su escritorio azul como sus vestidos y sus ojos; había siempre sobre su mesa en un florero de cristal, una rosa té. Me recomendaba libros: me prestó *La tentación de Occidente*, de un joven desconocido que se llamaba André Malraux. Me interrogaba sobre mí misma con intensidad, pero sin espantarme. Admitió fácilmente que yo hubiera perdido la fe. Le hablé de muchas cosas y de mi corazón: ¿pensaba que había que resignarse al amor y a la dicha? Me miró con una especie de ansiedad: "¿Usted cree Simone que una mujer puede realizarse fuera del amor y del casamiento?" Sin duda alguna, ella también tenía sus problemas; pero fue la única vez que hizo alusión a ellos, su papel era ayudarme a resolver los míos. Yo la escuchaba sin gran convicción; no podía olvidar pese a su discreción que había jugado la carta del cielo; pero le agradecía que se preocupara tan calurosamente por mí y su confianza me reconfortaba.

En julio me había afiliado a los "Equipos sociales". La directora de las secciones femeninas, una gorda violácea, me puso a la cabeza del Equipo de Belleville. Convocó a principios de octubre a una reunión de responsables para darnos instrucciones. Las muchachas que encontré en esa reunión se parecían en forma lamentable a mis compañeras del curso Désir. Yo tenía dos colaboradoras encargadas de enseñar una el inglés, la otra gimnasia; andaban por los treinta años y no salían nunca de noche sin sus padres. Nuestro grupo estaba instalado en una especie de Centro de asistencia social administrado por una muchacha morena, bastante bonita, de unos veinticinco años; se llamaba Suzanne Boigue y me fue simpática. Pero mis nuevas actividades me dieron pocas satisfacciones. Una noche por semana, durante dos horas, yo explicaba Balzac y Víctor Hugo a unas obreritas, les prestaba libros, conversábamos; eran bastante numerosas y venían asiduamente; pero era sobre todo para encontrarse entre ellas y para conservar buenas relaciones con el Centro que les hacía servicios más sustanciales. También cobijaba a un equipo masculino; las secciones recreativas, los bailes reunían bastante a menudo a los muchachos y a las chicas; el baile, el flirt y todo lo demás los atraía mucho más que los círculos de estudios. Me parecía normal. Mis alumnas trabajaban todo el día en talleres de costura o de modas; los conocimientos, por otra parte incoherentes, que les distribuían no tenían ninguna relación con su experiencia, no les servían de nada. Yo no veía ningún inconveniente en hacerles leer *Los Miserables* o *El Padre Goriot*; pero Garric se equivocaba si suponía que yo las

cultivaba; y me repugnaba seguir las instrucciones que me obligaban a hablarles de la grandeza humana o del valor del sufrimiento: hubiera tenido la impresión de burlarme de ellas. También respecto a la amistad, Garric me había defraudado. La atmósfera del Centro era bastante alegre; pero entre los jóvenes de Belleville y los que como yo venían a ellos no había ni intimidad ni reciprocidad. Matábamos el tiempo juntos, nada más. Mi desencanto salpicó a Garric. Vino a dar una conferencia y yo pasé gran parte de esa tarde con Suzanne Boigue y con él. Yo había deseado apasionadamente hablarle un día como adulta, en un pie de igualdad; y la conversación me pareció fastidiosa. Repetía siempre las mismas ideas: la amistad debe reemplazar el odio; en vez de pensar en partidos, sindicatos, revoluciones, hay que pensar oficio, familia, región; el problema es salvar en todo hombre el valor humano. Yo lo escuchaba distraídamente. Mi admiración por él se había apagado al mismo tiempo que mi fe en su obra. Un poco más adelante Suzanne Boigue me pidió que diera lecciones por correspondencia a enfermos de Berck: acepté. Ese trabajo me pareció eficaz en su modestia. Comprendí, no obstante, que la acción era una solución decepcionante: uno se procuraba coartadas falaces pretendiendo dedicarse a los demás. No se me ocurrió que la acción pudiera adquirir formas muy diferentes de las que yo condenaba. Pues si bien presentí en los Equipos una mistificación fui, sin embargo, víctima de ellos. Creí tener un verdadero contacto con "el pueblo"; me pareció cordial, deferente y dispuesto a colaborar con los privilegiados. Esa experiencia truncada agravó más mi ignorancia.

Personalmente, lo que apreciaba más en "los Equipos" era que me permitían salir una noche de casa. Entre mi hermana y yo había renacido una gran intimidad; yo le hablaba del amor, de la amistad, de la dicha y de sus trampas, de la alegría, de las bellezas de la vida interior: ella leía Francis Jammes, Alain Fournier. En cambio mis relaciones con mis padres no mejoraban. Ellos se habrían sentido sinceramente deprimidos si hubieran sabido hasta qué punto su actitud me afectaba: ni siquiera lo sospechaban. Consideraban que mis gustos y mis opiniones eran un desafío al sentido común y a ellos mismos y contraatacaban en cualquier oportunidad. A menudo apelaban ante sus amigos; denunciaban en coro el charlatanismo de los artistas modernos, el esnobismo del público, la decadencia de Francia y de la civilización: durante esos requisitorios todas las miradas se clavaban en mí. El señor Franchot, conversador brillante, gran conocedor de literatura, autor de dos novelas cuya impresión él mismo había pagado, me preguntó una noche con voz sarcástica qué bellezas le encontraba al *Cubilete de dados* de Max Jacob. "Ah, dije secamente, no es permeable a primera vista." Hubo una carcajada y admito que la merecía; pero en tales casos yo no tenía otra alternativa que la pedantería o la grosería. Traté de no reaccionar ante las provocaciones, pero a mis padres no les convenía esa falsa muerte. Convencidos de que yo sufría influencias nefastas me interrogaban con sospechas: "¿Qué tiene de tan extraordinario tu señorita Lambert?", preguntaba mi padre. Me reprochaba no tener sentido de familia y preferir a los extraños. Mi madre admitía en principio que uno prefiriera, a amigos que había elegido, a parientes lejanos; pero le parecían excesivos mis sentimientos por Zaza. El día en que fui a llorar a casa de ésta de improviso, señalé esa visita: "Pasé por casa de Zaza." "¡Ya la has visto el domingo! –dijo mi madre–. ¡No necesitas estar todo el tiempo metida en casa de ella!" Siguió una larga escena. Otro objeto de conflicto eran mis lecturas. Mi madre no tomaba partido; palideció hojeando *La noche kutda* de Jean Richard Bloch. Participaba a todo el mundo las inquietudes que yo le daba: a mi padre, a la señora Mabile, a mis tías, a mis primas, a mis amigas. Yo no conseguía resignarme a esa desconfianza que me rodeaba. ¡Qué largas me parecían las noches y los domingos! Mi madre decía que no se podía encender fuego en la chimenea de mi cuarto; yo instalaba por lo tanto una mesa de bridge en la sala donde ardía una salamandra y cuya puerta permanecía tradicionalmente abierta. Mi madre entraba, salía, iba, venía y se inclinaba sobre mi hombro: "¿Qué haces? ¿Qué es ese libro?" Dotada de una vitalidad robusta que no tenía oportunidad de gastar creía en las virtudes de la

alegría. Cantando, riendo, bromeando, trataba de resucitar ella sola el alegre bullicio que llenaba la casa en la época en que mi padre no salía todas las noches y en que reinaba el buen humor. Ella reclamaba mi complicidad y si me faltaba animación se inquietaba: "¿En qué piensas? ¿Qué tienes? ¿Por qué nones esa cara? Naturalmente a tu madre no quieres decirle nada..." Cuando se acostaba por fin yo estaba demasiado cansada para aprovechar de esa tregua. ¡Cómo hubiera querido poder ir sencillamente al cine! Me extendía sobre la alfombra con un libro, pero tenía la cabeza tan pesada que a menudo me dormía. Iba a acostarme con el corazón desasosegado. Por la mañana me despertaba con una sensación de aburrimiento y mis días se arrastraban tristemente. Estaba relajada de libros: había leído demasiados que repetían las mismas cantilenas; no me traían ninguna nueva esperanza. Prefería matar el tiempo en las galerías de la calle de Seine o de la calle La Boétie: la pintura me arrancaba de mí misma. Intentaba salir de mí. A veces me perdía en las cenizas del poniente; miraba arder contra el césped verde pálido, pálidos crisantemos amarillos; a la hora en que la luz de los faroles convertía el follaje del Carroussel en decorados de ópera yo escuchaba los juegos de agua. La buena voluntad no me faltaba; bastaba un rayo de sol para que mi sangre brincara. Pero era el otoño, lloviznaba; mis alegrías eran escasas y se defleaban pronto. El hastío volvía y la desesperación. El año anterior también había empezado mal; yo había contado mezclarme alegremente con el mundo; me habían encerrado en una jaula y además exilado. Yo había salido del paso con un trabajo negativo: la ruptura con mi pasado, con mi medio; también había hecho grandes descubrimientos: Garric, la amistad de Jacques, los libros. Había recuperado mi confianza en el porvenir y había planeado muy alto en el cielo, un destino heroico. ¡Qué caída! De nuevo el porvenir era hoy y todas las promesas deberían cumplirse sin demora. Había que servir: ¿para qué?, ¿para quién? Yo había leído mucho, reflexionado, aprendido, estaba dispuesta, me había enriquecido, me decía: nadie reclama nada de mí. La vida me había parecido tan llena que para responder a sus llamados infinitos había intentado fanáticamente utilizar toda mi persona: estaba vacía; ninguna voz me solicitaba. Me sentía con fuerzas para levantar el mundo: no encontraba el menor guijarro para mover. Mi desilusión fue brutal: "¡Soy tanto más de lo que puedo hacer!" No bastaba haber renunciado a la gloria, a la dicha; ya ni siquiera pedía que mi existencia fuera fecunda, ya no pedía más nada; aprendía con dolor "la esterilidad de ser". Yo trabajaba para tener un oficio; pero un oficio es un medio: ¿hacia qué fin? El casamiento ¿para qué? Educar hijos o corregir deberes era el mismo inútil retórnelo. Jacques tenía razón: ¿para qué? La gente se resignaba a existir en vano: yo no. La señorita Lambert como mi madre desgranaban días muertos, se contentaban con estar ocupadas: "¡Yo quisiera una exigencia total que no me dejara tiempo para ocuparme de nada!" No la encontraba y en mi impaciencia universalizaba mi caso particular: "Nada me necesita, nada necesita a nadie, porque nada tiene necesidad de ser." Así encontré en mí ese nuevo "mal del siglo" denunciado por Marcel Arland en un artículo de la N.R.F. que había tenido mucha resonancia. Él explicaba que nuestra generación no se consolaba de la ausencia de Dios: descubría desesperada que aparte de él sólo existían ocupaciones. Yo había leído ese ensayo unos meses antes sin interés pero sin turbarme: yo me las arreglaba muy bien sin Dios y si utilizaba su nombre era para señalar un vacío que tenía para mí el esplendor de la plenitud. Ahora tampoco deseaba que existiera, y hasta me parecía que si hubiera creído en él lo habría detestado. Avanzando a tientas por caminos cuyos menores recovecos él conocía, sacudida al azar de su gracia, petrificada por su juicio infalible, mi existencia sólo habría sido una prueba estúpida y vana. Ningún sofisma hubiera podido convencerme de que el Todopoderoso necesitaba mi miseria: o si no, hubiera sido un juego. Cuando la condescendencia divertida de los adultos transformaba antaño mi vida en una comedia pueril, yo me convulsionaba de rabia: hoy habría rechazado no menos furiosamente ser el mono de Dios. De repetirse en el cielo, ampliada al infinito, la monstruosa alianza de fragilidad y de rigor, de capricho y de falsa necesidad que me oprimía desde mi nacimiento, antes que adorarlo hubiera preferido conde-

narme. La mirada radiante de maliciosa bondad, Dios me habría robado la tierra, mi vida, los demás y yo misma. Consideraba una gran suerte haberme salvado de él.

Pero entonces ¿por qué yo también repetía con desolación que "todo es vanidad"? En verdad el mal de que sufría era haber sido arrojada del paraíso de la infancia y no haber encontrado un lugar entre los hombres. Me había instalado en el absoluto para poder mirar desde lo alto este mundo que me rechazaba; ahora si quería obrar, hacer una obra, expresarme, había que volver a bajar a él; pero mi desprecio lo había aniquilado, sólo veía el vacío a mi alrededor. El hecho es que todavía no había puesto la mano sobre nada. Amor, acción, obra literaria: me limitaba a sacudir conceptos en mi cabeza: rebatía abstractamente abstractas posibilidades y sacaba como conclusión la deprimente insignificancia de la realidad. Deseaba poseer algo firmemente y engañada por la violencia de ese vago deseo, lo confundía con un deseo de infinito.

Mi indigencia, mi impotencia me habrían inquietado menos si hubiera sospechado hasta qué punto era todavía limitada, ignara; una tarea podía reclamarme: informarme; y sin duda no tardarían en aparecer otras. Pero lo peor cuando uno vive en una cárcel sin barrotes es que ni siquiera tiene conciencia de los biombos que ocultan el horizonte; erraba a través de una niebla espesa y la creía transparente. No entreveía las presencias de las cosas que se me escapaban.

La historia no me interesaba. Aparte de la obra de Vaulabelle sobre las dos Restauraciones, las memorias, relatos, crónicas que me habían hecho leer me habían parecido como los cursos de la señorita Gontran: una acumulación de anécdotas sin significado. Lo que ocurría en el presente tampoco debía merecer mi atención. Mi padre y sus amigos hablaban incansablemente de política y yo sabía que todo andaba mal: no tenía ganas de meter la nariz en esa confusión. Los problemas que los agitaban –la estabilización del franco, la evacuación de Renania, las utopías de la S.D.N.–, me parecían del mismo orden que los asuntos de familia y los disgustos de dinero; no me incumbían. No interesaban a Jacques ni a Zaza; la señorita Lambert no los mencionaba nunca; los escritores de la N.R.F. –yo no leía otros– no los tocaban, salvo a veces Drieu La Rochelle, pero en términos herméticos para mí. En Rusia quizá ocurrían cosas; pero era muy lejos. Sobre los problemas sociales los Equipos me habían embarullado las ideas, y la filosofía los despreciaba. En la Sorbona mis profesores ignoraban sistemáticamente a Engels y a Marx; en su grueso libro sobre "el progreso de la conciencia en Occidente", apenas si Brunschvicg había dedicado tres páginas a Marx, al que ponía al mismo nivel que un pensador reaccionario de los más oscuros. Nos enseñaban la historia del pensamiento científico, pero nadie nos contaba la aventura humana. La farsa sin pie ni cabeza que los hombres representaban sobre la tierra podía intrigar a los especialistas: no era digna de ocupar a los filósofos. Después de todo, cuando éste había comprendido que no sabía nada y que no había nada que saber ya lo sabía todo. Así se explica que yo haya podido escribir en enero: "Lo sé todo, he dado la vuelta de todas las cosas." El idealismo subjetivista en el que yo creía privaba al mundo de su espesor y de su singularidad: nada asombroso que ni siquiera en imaginación yo haya encontrado nada sólido a que aferrarme.

Todo convergía, por lo tanto, para convencerme de la insuficiencia de las cosas humanas: mi propia condición, la influencia de Jacques, las ideologías que me enseñaban, y la literatura de la época. La mayoría de los escritores machacaban "nuestra inquietud", y me invitaban a una lúcida desesperación. Yo llevaba al extremo ese nihilismo. Toda religión, toda moral eran un engaño incluso el "culto del yo". Yo juzgaba, no sin razón, artificiales las fiebres que antaño había alimentado complacientemente. Abandoné a Gide y a Barres. En todo proyecto veía una huida, en el trabajo una diversión tan fútil como cualquier otra. Un joven héroe de Mauriac consideraba sus amistades y sus placeres como "ramas" que lo sostenían precariamente sobre el vacío: me apoderé de esa palabra. Uno tenía derecho a aferrarse a las ramas, pero a condición de no confundir lo relativo con lo absoluto, la derrota con la

victoria. Yo juzgaba a los demás según esas normas; sólo existían para mí las personas que miraban de frente sin hacer trampa esa nada que lo roe todo; las demás no existían. Consideraba *a priori* a los ministros, a los académicos, a los señores condecorados, a todos los importantes como a Bárbaros. Un escritor debía ser maldito; todo éxito se prestaba a la sospecha y yo me preguntaba si hasta el hecho de escribir no implicaba una falla: sólo el silencio del señor Teste me parecía expresar dignamente la absoluta desesperación humana. Yo resucitaba así en nombre de la ausencia de Dios el ideal del renunciamiento a la vida mundana que me había inspirado mi existencia. Pero esa premisa no desembocaba en ninguna salvación. La actitud más franca, después de todo, era suprimirse; yo lo admitía y admiraba a los suicidas metafísicos; no pensaba, sin embargo, recurrir a ello: tenía demasiado miedo a la muerte. Sola, en casa, solía debatirme como a los quince años; temblorosa, las manos húmedas, gritaba enloquecida: "¡No quiero morir!"

Y ya la muerte me corroía. Como no estaba comprometida en ninguna empresa, el tiempo se descomponía en instantes que indefinidamente se renegaban: yo no podía resignarme a "esa muerte múltiple y fragmentaria". Copiaba las páginas de Schopenhauer, de Barres, los versos de madame de Noailles. Me parecía más atroz morir al no ver razones para vivir.

Sin embargo, amaba la vida apasionadamente. Hacía falta poca cosa para devolverme la confianza en ella, en mí: una carta de uno de mis alumnos de Berck, la sonrisa de una obrera de Belleville, las confidencias de una compañera de Neuilly, una mirada de Zaza, una gratitud, una palabra tierna. En cuanto me sentía útil o querida el horizonte se iluminaba de nuevo y me hacía promesas a mí misma: "Ser querida, ser admirada, ser necesaria; ser alguien." Estaba cada vez más segura de tener "un montón de cosas que decir": las diría. El día en que cumplí diecinueve años escribí en la biblioteca de la Sorbona un largo diálogo donde alternaban dos voces: ambas eran mías: una decía la vanidad de todas las cosas, y la repulsión y la fatiga; la otra afirmaba que es lindo existir aunque sea estérilmente. De un día al otro, de una hora a la otra yo pasaba del abatimiento al orgullo. Pero durante todo el otoño y todo el invierno lo que dominó en mí fue la angustia de encontrarme un día "vencida por la vida".

Esas oscilaciones, esas dudas me enloquecían; el aburrimiento me ahogaba y tenía el corazón en carne viva. Cuando me arrojaba en la desdicha era con toda la violencia de la juventud, de mi salud, y el dolor moral podía asolarme con tanto salvajismo como un sufrimiento físico. Yo caminaba por París, recorriendo kilómetros, paseando sobre paisajes desconocidos una mirada nublada por el llanto. El estómago hambriento por la marcha, entraba en una confitería, comía un brioche y me recitaba irónicamente la frase de Heine: "Cualesquiera sean las lágrimas que uno llora, uno termina siempre por sonarse." A orillas del Sena, a través de mis sollozos me acunaba con los versos de Laforgue:

*Oh, bien amado, ya no es hora, mi corazón estalla,
no te guardo rencor pero he llorado tanto...*

Me gustaba sentir el escozor de mis ojos. Pero por momentos todas mis armas se me caían de las manos. Me refugiaba en la nave lateral de una iglesia para poder llorar en paz; permanecía postrada, la cabeza entre las manos, sofocada por amargas tinieblas.

Jacques volvió a París a fines de enero. Al día siguiente de su llegada vino a casa. Para mi decimonoveno aniversario mis padres me habían hecho sacar fotografías y él me pidió una; nunca su voz había tenido inflexiones tan acariciadoras. Yo temblaba ocho días más tarde al llamar a su puerta, a tal punto temía una brutal recaída. Nuestra entrevista me encantó. Había empezado una novela que se llamaba *Los jóvenes burgueses* y me dijo: "Es mucho por ti que la escribo." También me dijo que me la dedicaría: "Considero que te lo debo." Durante algunos días viví en la exaltación. Una semana

después le hablé de mí, le conté mi hastío y que ya no encontraba ningún sentido a la vida. "No hay necesidad de buscar tanto –me dijo gravemente–, hay que cumplir simplemente cada día." Agregó poco después: "Hay que tener la humildad de reconocer que uno no puede arreglárselas solo; es mucho más fácil vivir para algún otro." Me sonrió: "La solución es hacer egoísmo a dos."

Yo me repetía esa frase, esa sonrisa; ya no dudaba, Jacques me quería, nos casaríamos. Pero decididamente algo no marchaba: mi felicidad no duró más de tres días. Jacques volvió a casa; pasé con él una noche muy alegre y después de su partida me desmoroné: "¡Tengo todo para ser feliz y quisiera morirme! La vida está ahí, me acecha, va a precipitarse sobre nosotros. Tengo miedo, estoy sola, estaré siempre sola... Si pudiera huir, ¿adonde? No importa adonde. Un gran cataclismo que nos arrastre." Para Jacques casarse era decididamente un fin, yo no quería terminar tan pronto. Durante un mes me debatí. Por momentos me convencía que podía vivir junto a Jacques sin mutilarme; luego el terror volvía a apoderarse de mí. "¡Encerrarme en los límites de otro! Tengo horror de ese amor que me encadena, que no me deja libre."

"Deseo de quebrar ese lazo, olvidar, comenzar otra vida..." "Todavía no, todavía no quiero aceptar ese sacrificio de todo mi ser." Sin embargo, yo tenía grandes impulsos de amor por Jacques y sólo me confesaba en breves iluminaciones: "No está hecho para mí." Prefería convencerme de que yo no estaba hecha para el amor ni para la dicha. En mi diario hablaba en forma extraña como de premisas constituidas una vez por todas, que me era posible desechar o aceptar pero cuyo contenido no podía modificar. En vez de decirme: "Cada vez creo menos posible ser feliz con Jacques", escribía: "Cada vez temo más ser feliz." "Angustia de decir sí o de decir no a la felicidad." "Cuando más lo quiero es cuando más aborrezco el amor que siento por él." Yo temía que mi ternura me arrastrara a ser su mujer y rechazaba ferozmente la vida que esperaba a la futura señora Laiguillon.

Jacques por su parte tenía caprichos. Me dedicaba sonrisas seductoras; decía: "Hay seres irremplazables", envolviéndome en una mirada conmovida; me pedía que volviera a verlo pronto: me recibía fríamente. Cayó enfermo a principios de marzo. Le hice varias visitas: siempre sus tíos, sus tías, sus abuelas estaban junto a su cama. "Ven mañana, conversaremos tranquilos", me dijo una vez. Aquella tarde me sentía todavía más emocionada que de costumbre cuando me dirigía al Bulevar Montparnasse. Compré un ramo de violetas y lo pinché junto al escote de mi vestido; me costó colocarlas y en mi impaciencia perdí mi cartera. No contenía gran cosa, no obstante, llegué a casa de Jacques muy nerviosa. Había pensado mucho en nuestra soledad en la penumbra de su cuarto. Pero no lo encontré solo. Lucien Riaucourt estaba sentado junto a su cama. Yo ya lo conocía: era un muchacho elegante, desenvuelto, que hablaba bien. Siguieron conversando entre ellos de los bares que frecuentaban, de las personas que encontraban; proyectaron salidas para la semana entrante. Me sentí perfectamente inoportuna: no tenía dinero, no salía de noche, sólo era una joven estudiante incapaz de participar en la existencia de Jacques. Además estaba de mal humor; se mostró irónico, hasta agresivo; me escapé enseguida y él me dijo adiós con una evidente satisfacción. Me enfurecí y lo odié. ¿Qué tenía de extraordinario? Había otros mil que valían tanto como él. Me había equivocado tomándolo por una especie de *Gran Meaulnes*. Era inestable, egoísta y sólo le gustaba divertirse. Caminé rabiosamente por los grandes bulevares prometiéndome separar mi vida de la suya. Al día siguiente me dulcifiqué; pero estaba decidida a no volver a poner los pies en su casa hasta pasado mucho tiempo. Cumplí mi palabra y pasé más de seis semanas sin verlo.

La filosofía ni me había abierto el cielo ni me había anclado a la tierra; sin embargo, en enero, vencidas las primeras dificultades, empecé a interesarme seriamente en ella. Leí a Bergson, Platón, Schopenhauer, Leibniz, Hamelin, y con fervor a Nietzsche. Un montón de problemas me apasionaban: el valor de la ciencia, la vida, la materia, el tiempo, el arte. No tenía doctrina fija; al menos sabía que

desechaba a Aristóteles, a Santo Tomás, a Maritain y también a todos los empirismos y el materialismo. En conjunto me plegaba al idealismo crítico tal como nos lo exponía Brunschvicg, aunque sobre muchos puntos me dejara en ayunas. Recobré el gusto por la literatura. En el Bulevar Saint Michel la librería Picaft se abrió liberalmente a los estudiantes: yo hojeaba las revistas de vanguardia que en ese momento nacían y morían como moscas; leía a Bretón, a Aragón; el surrealismo me conquistó. La inquietud a la larga resultaba insulsa: preferí las exageraciones de la negación pura. Destrucción del arte, de la moral, del lenguaje, desorden sistemático, desesperación llevada hasta el suicidio: esos excesos me encantaban.

Tenía ganas de hablar de esas cosas; tenía ganas de hablar de todas las cosas con personas que contrariamente a Jacques terminaran sus frases. Buscaba ávidamente trabar conocimientos. En Sainte-Marie solicité las confidencias de mis compañeras; pero decididamente no había ninguna que me interesara. Me dio mucho más placer conversar en Belleville con Suzanne Boigue. Tenía pelo castaño, estrictamente cortado, una gran frente; ojos celestes muy claros y un no sé qué intrépido. Ganaba su vida como directora del Centro de que hablé; su edad, su independencia, sus responsabilidades, su autoridad le daban un cierto ascendiente. Era creyente pero me dio a entender que sus relaciones con Dios no eran del todo fáciles. En literatura teníamos más o menos los mismos gustos. Advertí con satisfacción que no se dejaba engañar ni por los "Equipos" ni por la "acción" en general. Me confió que ella también quería vivir y no dormir; también se sentía desesperanzada de no encontrar en la tierra otra cosa que narcóticos. Como ambas teníamos salud y apetito nuestras conversaciones desesperadas, lejos de deprimirme, me vigorizaban. Al separarme de ella recorría con pasos rápidos las Buttes-Chaumont. Ella deseaba como yo encontrar su verdadero lugar en el mundo. Fue a Berck para encontrar allí a una especie de santa que había consagrado su vida a los inválidos. A la vuelta me dijo enérgicamente: "La santidad no es mi camino." Al principio de la primavera tuvo un flechazo por un joven y piadoso colaborador de los Equipos; decidieron casarse. Las circunstancias les imponían una espera de dos años; pero cuando uno se quiere el tiempo no cuenta, me dijo Suzanne Boigue. Resplandecía. Me quedé estupefacta cuando me anunció unas semanas más tarde que había roto con su novio. Había entre ellos una atracción física demasiado fuerte y al muchacho lo había asustado la intensidad de sus besos. Le había pedido que asegurara la castidad de ambos con la ausencia: se esperarían a distancia. Ella había preferido tacharlo de un plumazo. Me pareció ridícula esa historia cuya clave no conocí jamás. Pero la decepción de Suzanne me conmovió y consideré patético su esfuerzo por sobrellevarla. Los estudiantes que frecuentaba en la Sorbona, chicas y muchachos, me parecieron insignificantes: se movían en bandadas, reían demasiado fuerte, no se interesaban por nada y se conformaban con esa indiferencia. Sin embargo, advertí en un curso de historia de la filosofía a un joven de ojos azules y graves mucho mayor que yo; vestido de negro, con un chambergo negro, no hablaba con nadie, salvo con una chica morena a quien le sonreía mucho. Un día estaba en la biblioteca traduciendo a Engels, cuando en su misma mesa unos estudiantes se pusieron a hacer barullo; sus ojos echaron chispas, con voz breve reclamó silencio con tal autoridad que obedecieron enseguida: "¡Es alguien!", pensé impresionada. Conseguí hablarle y en adelante cada vez que la morenita no estaba, conversábamos. Un día dimos algunos pasos juntos por el Bulevar Saint Michel: a la noche le pregunté a mi hermana si consideraba mi conducta incorrecta; me tranquilizó y reincidí. Pierre Nodier estaba vinculado al grupo "Filosofías" al que pertenecían Mohrange, Friedmann, Henri Lefebvre, Politzer; gracias a los subsidios proporcionados por el padre de uno de ellos, rico banquero, habían fundado una revista; pero su protector, indignado por un artículo contra la guerra de Marruecos, les había cortado los víveres. Poco después la revista había resucitado bajo otro título: *L'Esprit*. Pierre Nodier me trajo dos números: era la primera vez que yo tomaba contacto con los intelectuales de izquierda. Sin embargo, no me sentía perdida: reconocía el lenguaje al que me había habituado la

literatura de la época; también esos jóvenes hablaban de alma, de salvación, de alegría, de eternidad; decían que el pensamiento debía ser "carnal y concreto", pero lo decían en términos abstractos. Según ellos la filosofía no se distinguía de la revolución, en ésta residía la única esperanza de la humanidad; pero en esa época Politzer estimaba que "en el plano de la verdad el materialismo histórico no es inseparable de la revolución"; creía en el valor de la Idea idealista a condición de poder asirla en su totalidad concreta, sin detenerse en el estadio de la abstracción. Se interesaban ante todo en los avatares del Espíritu; la economía y la política sólo tenían a sus ojos un papel accesorio. Condenaban el capitalismo porque había destruido en el hombre "el sentido del ser"; consideraban que a través de la rebelión de los pueblos de Asia y de África "la Historia viene a servir a la Sabiduría".

Friedmann deshacía la ideología de los jóvenes burgueses, su gusto por la inquietud y por la disponibilidad; pero era para sustituirle una mística. Se trataba de restituir a los hombres "la parte eterna de ellos mismos". No encaraban la vida bajo el ángulo de la necesidad ni del trabajo, hacían de ella un valor romántico. "Hay vida y nuestro amor va hacia ella", escribía Friedmann. Politzer la definía en una frase que hizo mucho ruido: "La vida triunfante, brutal del marinero que apaga su cigarrillo sobre los Gobelinos del Kremlin, los asusta y no quieren oír hablar de ella: ¡y sin embargo, eso es la vida!" No estaban lejos de los surrealistas, muchos de los cuales estaban precisamente convirtiéndose a la Revolución. A mí también me sedujo, pero únicamente bajo su aspecto negativo; me puse a desear que transformaran radicalmente la sociedad; pero no la comprendí mejor que antes. Y permanecí indiferente a los acontecimientos que se desarrollaban en el mundo. Todos los diarios, hasta *Candide*, consagraban columnas a la revolución que acababa de estallar en China: yo no pestañeé.

Sin embargo, mis conversaciones con Nodier empezaron a abrirme el espíritu. Le hice muchas preguntas. Me contestaba complacientemente y encontraba tanto provecho en esas conversaciones que a veces yo me interrogaba con tristeza: ¿por qué mi destino no era querer a un hombre como éste que compartiría mi gusto por las ideas y por el estudio al que me uniría la cabeza tanto como el corazón? Lamenté mucho cuando a fines de mayo se despidió de mí en la Sorbona. Se iba a Australia donde había conseguido un cargo y adonde la morenita lo siguió. Dándome un apretón de manos me dijo con aire compenetrado: "Le deseo muchas cosas buenas."

A principios de marzo pasé muy bien mi certificado de historia de la filosofía y en esa oportunidad conocí un grupo de estudiantes de izquierda. Me pidieron que firmara una petición: Paul Boncour había presentado un proyecto de ley militar decretando la movilización de las mujeres y la revista *Europe* abría una campaña de protesta. Me quedé perpleja.

Yo estaba por la igualdad de los sexos; ¿y en caso de peligro no había que hacer todo para defender a su país? "Y bien, dije cuando hube leído el texto del proyecto, es un buen nacionalismo." El muchacho grueso y calvo que hacía circular la petición dijo con sorna: "¡Habría que saber si el nacionalismo es bueno!" He aquí una pregunta que yo nunca me había hecho; no sabía qué contestar. Me explicaron que la ley desembocaría en la movilización general de las conciencias, y eso me decidió: la libertad de pensamiento, eso en todo caso era sagrado; y además todos los otros firmaron: por lo tanto firmé. Me hice rogar menos cuando se trató de reclamar el perdón de Sacco y Vanzetti; sus nombres no me decían nada pero me aseguraban que eran inocentes: de todas maneras yo desaprobaba la pena de muerte.

Mis actividades políticas se detuvieron allí y mis ideas continuaron en la nebulosa. Yo sabía una cosa: aborrecía la extrema derecha. Una tarde un puñado de desaforados había entrado en la biblioteca de la Sorbona gritando: "¡Afuera los mulatos y los judíos!" Llevaban en la mano pesados bastones y habían apaleado a algunos estudiantes de tez oscura. Ese triunfo de la violencia, de la tontería, me había arrojado en una ira asustada. Yo detestaba el conformismo, todos los oscurantismos, habría

querido que la razón gobernara a los hombres; a causa de eso, la izquierda me interesaba. Pero todas las etiquetas me disgustaban: no me gustaba que la gente estuviera catalogada. Varios de mis condiscípulos eran socialistas; a mis oídos la palabra sonaba mal; un socialista no podía ser un atormentado; perseguía objetivos a la vez profanos y limitados; *a priori* esa moderación me aburría. El extremismo de los comunistas me atraía más; pero sospechaba que eran tan dogmáticos y estereotipados como los seminaristas. En el mes de mayo, no obstante, me vinculé con un ex alumno de Alain que era comunista: la conjunción, en esa época, no asombraba. Me alabó las clases de Alain, me expuso sus ideas, me prestó sus libros. Me hizo conocer también a Romain Rolland y me plegué resueltamente al pacifismo. Mallet se interesaba mucho en otras cosas: en la pintura, en el cine, en el teatro, hasta en el music-hall. Había fuego en sus ojos, en su voz y a mí me gustaba conversar con él. Anoté asombrada: "He descubierto que se puede ser inteligente e interesarse en la política." En verdad, teóricamente no sabía gran cosa y no me enseñó nada. Seguí subordinando las cuestiones sociales a la metafísica y a la moral, ¿para qué preocuparse por la dicha de una humanidad que no tenía razón de existir?

Esa terquedad me impidió sacar provecho de mi encuentro con Simone Weil. Mientras preparaba la escuela Normal, pasaba en la Sorbona los mismos certificados que yo. Me intrigaba a causa de su gran fama de inteligencia y por su extraña vestimenta; deambulaba por los corredores de la Sorbona, escoltada por un grupo de ex alumnos de Alain; llevaba siempre en un bolsillo de su chaqueta un número de *Libres propos* y en otro un número de *L'Humanité*. Una gran hambre acababa de asolar a China y me habían contado que al enterarse de esta noticia se había echado a llorar: esas lágrimas forzaron mi respeto aun más que sus dones filosóficos. Yo envidiaba un corazón capaz de latir a través del universo entero. Un día logré acercarme a ella. Ya no sé cómo se inició la conversación; declaró en tono cortante que una sola cosa contaba hoy sobre la tierra: la Revolución que daría de comer a todo el mundo. Respondí de manera no menos perentoria que el problema no era hacer la felicidad de los hombres sino encontrar un sentido a su existencia. Me miró de hito en hito: "Se ve que usted nunca ha tenido hambre", dijo. Nuestras relaciones se detuvieron ahí. Comprendí que me había catalogado: "una burguesita espiritualista" y me irrité, como me irritaba antes cuando la señorita Litt explicaba mis gustos como infantilismo; me creía liberada de mi clase: no quería ser sino yo misma.

No sé muy bien por qué me vinculé con Blanchette Weiss. Bajita, regordeta, en su rostro henchido de suficiencia se ajetreaban unos ojos malévolos; pero me deslumbró su parloteo filosófico; amalgamaba las especulaciones metafísicas y los comadreos con una locuacidad que tomé por inteligencia. Como lo finito no puede comunicarse sin la ayuda de lo infinito, todo amor humano es culpable, me explicaba; se apoyaba sobre sus exigencias de lo infinito para denigrar a todas las personas que conocía. Me enteré por ella de las ambiciones, las manías, las debilidades, los vicios de nuestros profesores y de los alumnos más en vista. "Tengo un alma de conventillera proustiana", decía ella con complacencia. No sin inconsecuencia me reprochaba que siguiera conservando la nostalgia de lo absoluto: "yo creo mis propios valores", decía. ¿Cuáles? Sobre ese punto era muy vaga. Daba una enorme importancia a su vida interior: yo estaba de acuerdo; desdeñaba la riqueza: yo también; pero me explicó que para evitar pensar en dinero era necesario tener lo suficiente y que sin duda aceptaría casarse por interés: me escandalicé. También descubrí en ella un singular narcisismo: bajo sus rizos y sus moños se sentía una hermana de Clara de Ellébeuse. A pesar de todo, yo tenía tantas ganas de cambiar ideas que la veía bastante a menudo.

Mi única amiga verdadera seguía siendo Zaza. Desgraciadamente su madre empezaba a mirarme con malos ojos. Bajo mi influencia Zaza prefería sus estudios a la vida doméstica y yo le prestaba libros escandalosos. La señora Mabile odiaba furiosamente a Mauriac: consideraba un insulto personal sus pinturas de los hogares burgueses. Desconfiaba de Claudel que gustaba a Zaza porque la

ayudaba a conciliar el cielo y la tierra. "Harías mejor en leer a los Padres de la Iglesia", decía la señora Mabilie con fastidio. Fue varias veces a casa a quejarse a mi madre y no ocultó que por Zaza deseaba que espaciáramos nuestros encuentros. Zaza no cedió; nuestra amistad era una de esas cosas a las que no quería renunciar. Nos veíamos muy a menudo. Estudiábamos griego juntas; íbamos a conciertos y a ver exposiciones de pintura. A veces tocaba en el piano Chopin, Debussy. Salíamos mucho a pasear. Una tarde, después de haber forzado el consentimiento de mi madre, me llevó a un peinador que me cortó el pelo. No gané mucho, pues mi madre, enojada de que le hubieran forzado la mano, me negó el lujo de la ondulación. De Laubardon, donde pasó las vacaciones de Pascua, Zaza me mandó una carta que me emocionó hasta el fondo del corazón: "Yo había vivido desde los quince años en una gran soledad moral, sufría de sentirme aislada y perdida; usted ha roto mi soledad." Eso no le impedía estar en ese momento hundida en un "atroz marasmo". "Nunca me he sentido tan sumergida dentro de mí misma", me escribía. También decía: "He vivido demasiado con los ojos vueltos hacia el pasado y sin poder arrancarme al deslumbramiento de mis recuerdos de infancia." No me interrogué tampoco esta vez. Me parecía natural que uno no se resignara a transformarse en adulto.

Me descansaba mucho no ver más a Jacques: así no me atormentaba más. Los primeros rayos de sol me calentaron la sangre. Sin dejar de estudiar mucho decidí distraerme. De tarde iba bastante a menudo al cine; frecuentaba sobre todo el Studio des Ursulines, el Vieux-Colombier, y el Cine Latin; era una salita de asientos de madera cuya orquesta se reducía a un piano; quedaba detrás del Panteón; las entradas costaban barato y reponían las mejores películas del año. Allí vi *La Quimera del oro* y muchas otras de Carlitos Chaplin. Algunas noches mi madre nos acompañaba al teatro a mi hermana y a mí. Vi a Jovet en *Mar afuera* en que debutaba Michel Simón, a Dullin en *La Comedia de la felicidad*, a la Pitoeff en *Santa Juana*. Pensaba varios días antes en esas salidas, iluminaban mi semana; por la importancia que les atribuía, ahora mido cuánto me había pesado la austeridad de los dos primeros trimestres. Durante el día recorría las exposiciones, rondaba largamente por las galerías del Louvre. Paseaba por París, sin llorar, mirándolo todo. Me gustaban las noches en que después de comer tomaba sola el subterráneo y desembocaba en el otro extremo de París, cerca de Buttes-Chaumont que olían a humedad y a follaje. A menudo volvía a pie. En el Bulevar de la Chapelle, bajo el acero del elevado, había mujeres al acecho; los hombres salían tambaleando de los cafés iluminados; en el frente de los cines, los avisos brillaban. El mundo era a mi alrededor una enorme presencia confusa. Caminaba a zancadas, rozada por su aliento espeso. Me decía que después de todo era muy interesante vivir.

Mis ambiciones me reanimaron. A pesar de mis amistades y de mi amor incierto, me sentía siempre muy sola: nadie me conocía ni me quería por completo tal como yo era; nadie era ni podría jamás ser para mí, según yo creía, "algo definitivo y completo". Antes que seguir sufriendo por eso me hundí de nuevo en el orgullo. Mi aislamiento manifestaba mi superioridad; ya no lo dudaba: yo era alguien y haría algo. Imaginé argumentos de novela. Una mañana, en la biblioteca de la Sorbona, en vez de traducir del griego, empecé "mi libro". Había que preparar los exámenes de junio, me faltaba tiempo; pero calculé que el año próximo estaría más libre y me prometí escribir sin esperar más, mi propia obra. "Una obra, decidí, en la que diré todo, *todo*." Insisto a menudo en mis cuadernos sobre esa voluntad de "decirlo todo", que forma un curioso contraste con la pobreza de mi experiencia. La filosofía había fortalecido mi tendencia a tomar las cosas, en su esencia, en la raíz, bajo el aspecto de la totalidad; y como me movía entre abstracciones creía haber descubierto, de manera decisiva, la verdad del mundo. De tanto en tanto sospechaba que desbordaba los límites de lo que yo sabía; pero raramente. Mi superioridad sobre la demás gente venía precisamente de que yo no dejaba escapar nada; mi obra sacaría su valor de ese excepcional privilegio.

Por momentos tenía un escrúpulo, recordaba que todo es vanidad: pasaba por encima de esto. En

imaginarios diálogos con Jacques refutaba sus "¿para qué?" Sólo tenía una vida que vivir, quería lograrla, nadie me lo impediría, ni siquiera él. No abandoné el punto de vista de lo absoluto; pero, puesto que de ese lado todo estaba perdido, decidí no preocuparme más. Me gustaba mucho la frase de Lagneau: "No tengo más sostén que mi absoluta desesperación." Una vez esa desesperación establecida, como yo seguía existiendo, debía arreglármelas en la tierra lo mejor posible, es decir hacer lo que me gustara.

Me asombraba un poco poder prescindir tan fácilmente de Jacques, pero el hecho es que no lo echaba de menos en absoluto. Mi madre me dijo a fines de abril que él se extrañaba de no verme más. Fui a su casa; no me pasó nada. Me parecía que ese afecto ya no era amor y hasta me pesaba un poco. "Ya ni siquiera deseo verlo. No consigo que no me canse, aun cuando se porta con simplicidad." Ya no escribía su libro, no lo escribiría jamás. "Tendría la impresión de prostituirme", me dijo con altivez. Un paseo en auto, una conversación en que me pareció sinceramente incómodo dentro de su pellejo me acercaron a él. Después de todo, me dije, no tengo derecho a imputarle una inconsecuencia que es la de la vida misma: nos arroja hacia ciertas metas y luego nos descubre su vacío. Me reprochaba mi severidad: "Es mejor que su vida", me decía. Pero tenía miedo de que su vida terminara por desteñir sobre él. A veces me asaltaba un presentimiento: "Me duele cuando pienso en ti, no sé por qué tu vida es trágica."

Se acercaban los exámenes de junio; yo estaba preparada y cansada de trabajar; aflojé. Mentí por primera vez. Pretextando una fiesta de beneficencia en Belleville, le saqué a mi madre veinte francos y el permiso de volver a medianoche. Tomé una entrada de paraíso para una representación de los Ballets rusos. Cuando veinte años más tarde me encontré de pronto sola, a las dos de la mañana, en medio de Times Square, me sentí menos azorada que aquella noche en lo alto del teatro Sarah Bernhardt. Sedas, pieles, diamantes, perfumes; debajo de mí un público bullicioso encandilaba. Cuando salía con mis padres o con los Mabile una infranqueable barrera se interponía entre el mundo y yo: ahora participaba en una de las grandes fiestas nocturnas cuyo reflejo yo había acechado a menudo en el cielo. Me había deslizado a expensas de todas las personas que conocía y los que me codeaban no me conocían. Me sentía invisible y dotada de ubicuidad: un duende. Esa noche daban *La Gata* de Sauguet, *El Paso de Acero* de Prokofieff; *El Triunfo de Neptuno* de ya no sé quien. Decorados, trajes, músicas, danzas, todo me asombró. Creo que desde la edad de cinco años no había conocido semejante deslumbramiento.

Lo repetí. Ya no sé con qué imposturas conseguí un poco de dinero; en todo caso, los Equipos volvieron a servirme de coartada. Fui dos veces más a los Ballets rusos; oí con sorpresa a unos señores de frac cantar el *Edipo Rey* de Stravinsky, con letra de Cocteau. Mallet me había hablado de los brazos blancos de Damia y de su voz: fui a oírla a Bobino. Fantasistas, cantores, equilibristas, todo me resultaba nuevo y aplaudía todo.

Los días que precedieron los exámenes, entre las pruebas, esperando los resultados, algunos de mis compañeros –entre ellos Jean Mallet, Blanchette Weiss– mataban el tiempo en el patio de la Sorbona. Jugaban a la pelota, a las charadas, a las sombras chinescas, comadreaban, discutían. Me mezclé con ese grupo. Pero me sentía muy alejada de la mayoría de esos estudiantes: la libertad de sus costumbres me chocaba. Teóricamente curtida en todas las depravaciones, seguía de hecho extremadamente mojigata. Si me decían que Fulano y Mengana "estaban juntos" me retraía. Cuando Blanchette Weiss señalándome a un estudiante destacado me confió que desgraciadamente tenía *esas* costumbres me estremecí. Las chicas liberadas y sobre todo las que desgraciadamente tenían *esas* costumbres me horrorizaban. Me confesé que esas reacciones sólo se explicaban por mi educación, pero me negué a combatir las. Los chistes verdes, las palabras crudas, el abandono, los malos modales me chocaban. Sin

embargo, tampoco sentía mayor simpatía por la camarilla en que me introdujo Blanchette Weiss: tenía don de gentes y conocía a algunos estudiantes de buena familia que por reacción contra la falta de compostura de la Escuela Normal afectaban modales estirados. Me invitaron a tomar el té en las confiterías; no frecuentaban los cafés y en todo caso nunca hubieran llevado a una niña. Me halagaba interesarlos, pero me reprochaba esa vanidad, pues los situaba entre los Bárbaros: sólo se interesaban en la política, en los éxitos sociales, en sus carreras futuras. Tomamos té como en los salones y la conversación oscilaba desagradablemente entre lo pedante y lo mundano.

Una tarde en el patio de la Sorbona contradije violentamente no sé sobre qué tema a un muchacho de largo rostro tenebroso: me consideró con sorpresa y declaró que no encontraba nada que contestarme. En adelante vino todos los días desde la puerta Dauphine para continuar ese diálogo. Se llamaba Michel Riesmann y estaba terminando su último año de *khâgne*. Su padre era un importante personaje en el mundo del gran arte oficial. Michel se decía discípulo de Gide y rendía culto a la Belleza. Creía en la literatura y estaba terminando una breve novela. Lo escandalicé profesando una gran admiración por el surrealismo. Me pareció anticuado y aburrido, pero quizá se ocultaba un alma detrás de su fealdad pensativa; y además me exhortaba a escribir y yo necesitaba ser alentada. Me mandó una carta ceremoniosa y artísticamente caligrafiada para proponerme que nos correspondiéramos durante las vacaciones. Acepté. También Blanchette Weiss y yo convinimos en escribirnos. Me invitó a tomar el té a su casa. Comí tartas de fresas en un lujoso departamento de la avenida Kléber y me prestó, magníficamente encuadernadas en cuero, poesías de Verhaeren y de Francis Jammes.

Me había pasado el año gimiendo sobre la vanidad de todas las metas; no por eso había perseguido las mías con menos tenacidad. Aprobé filosofía general. Simone Weil era la primera en la lista y yo la seguía, precediendo a un estudiante de Normal, Jean Pradelle. También obtuve mi certificado de griego. La señorita Lambert no cabía en sí de gozo; mis padres sonrieron; en la Sorbona, en casa, todo el mundo me felicitó. Me alegré mucho. Esos éxitos confirmaban la buena opinión que yo tenía de mí, aseguraban mi porvenir, yo les concedía una gran importancia y no hubiera querido por nada del mundo renunciar a ellos. No obstante, no olvidé que todo éxito disfrazaba una abdicación y tuve ganas de sollozar. Me repetía furiosamente las palabras, que Maftin du Gard presta a Jacques Thibault: "¡Me han reducido a esto!" Reducían mi personaje a ser una estudiante dotada, un sujeto brillante, ¡yo que era la patética ausencia de lo Absoluto! Había mucha duplicidad en mis lágrimas; sin embargo, no creo que hayan sido una simple comedia. A través del bullicio de un fin de año bien cumplido sentía amargamente el vacío de mi corazón. Seguía deseando con pasión esa otra cosa que no sabía definir puesto que le negaba la única palabra que le convenía: la felicidad.

Jean Pradelle ofendido, según decía riendo, de que dos mujeres le hubieran ganado, quiso conocerme. Se hizo presentar por un compañero que me había presentado a Blanchette Weiss. Un poco menor que yo, había entrado a la Normal hacía un año, como externo. Él también tenía modales de muchacho de buena familia; pero sin nada afectado. Un rostro límpido y bastante hermoso, la mirada aterciopelada, una risa de colegial, el trato directo y alegre; enseguida me resultó simpático. Lo encontré quince días más tarde en la calle de Ulm, donde fui a ver los resultados de un concurso de ingreso; tenía compañeros, entre otros Riesmann, que se habían presentado. Me llevó al jardín de la Escuela. Era para una sorbonada, un lugar bastante prestigioso y mientras conversaba examinaba con curiosidad ese sagrado lugar. Volví a ver a Pradelle a la mañana siguiente. Asistimos a algunos orales de filosofía; luego paseé con él por el Luxemburgo. Estábamos en vacaciones; todos mis amigos y casi todos los suyos se habían ido de París: tomamos la costumbre de encontrarnos todos los días a los pies de una reina de piedra. Yo siempre llegaba escrupulosamente puntual a mis entrevistas; me alegraba

tanto verlo acudir sonriente, fingiéndose confuso, que hasta le agradecía sus demoras.

Pradelle sabía escuchar; tomaba un aire reflexivo y contestaba seriamente: ¡qué lotería! Me apresuré en exponerle mi alma. Le hablé agresivamente de los Bárbaros y me sorprendió negándose a apoyarme; huérfano de padre se entendía perfectamente con su madre y su hermana y no compartía mi horror por los "hogares herméticos". No le disgustaban las salidas mundanas y hasta solía bailar; ¿por qué no?, dijo con un aire ingenuo que me desarmó. Mi maniqueísmo oponía a una pequeña *élite* una inmensa masa indigna de existir; según él todo el mundo tenía una parte buena y una parte mala: no hacía tanta diferencia entre la gente. Condenaba mi severidad y su indulgencia me ofuscaba. Aparte de esto teníamos muchos puntos en común. Educado como yo en forma piadosa y hoy incrédulo había quedado marcado por la moral cristiana. En la Normal lo situaban entre los "talas". Reprobaba los modales groseros de sus compañeros, las canciones obscenas, los chistes verdes, la brutalidad, las juergas, la disipación del corazón y de los sentidos. Le gustaban más o menos los mismos libros que a mí aparte de una predilección por Claudel y un cierto desdén por Proust que no consideraba "esencial". Me prestó *Ubu-roi* que sólo apreció a medias, por no encontrar en él, ni siquiera de lejos, mis obsesiones. Lo que me importaba sobre todo era que él también buscaba ansiosamente la verdad: creía que la filosofía se la revelaría algún día. Discutimos sobre eso durante quince días sin cesar. Me decía que yo había elegido demasiado precipitadamente la desesperación y yo le reprochaba que se aferrara a esperanzas vanas: todos los sistemas cojeaban. Lo derrumbaba a uno tras otro; él cedía ante cada uno pero confiaba en la razón humana.

En el fondo no era tan racionalista. Conservaba mucho más que yo la nostalgia de la fe perdida. Consideraba que no habíamos estudiado bastante a fondo el catolicismo para otorgarnos el derecho de rechazarlo: había que reanudar ese examen. Yo objetaba que conocíamos todavía menos el budismo, ¿por qué ese prejuicio a favor de la religión de nuestras madres? Él me escrutaba con una mirada crítica y me acusaba de preferir la busca de la verdad más que la verdad misma. Como yo era profundamente obstinada, pero superficialmente muy influible, sus censuras, agregándose a las que ya me habían prodigado discretamente la señorita Lambert y Suzanne Boigue, me proporcionaron un pretexto para agitarme. Fui a ver a un cierto abate Beaudin, del que el mismo Jacques me había hablado con estima y que se especializaba en convertir a los intelectuales en perdición. Yo llevaba en la mano, por casualidad, un libro de Benda y el abate empezó por atacarlo brillantemente, lo que ni me fue ni me vino; luego cambiamos algunas frases inciertas. Me despedí avergonzada de haber dado un paso cuya vanidad conocía por anticipado, pues sabía que mi incredulidad era más firme que una roca.

No tardé en advertir que pese a nuestras afinidades había entre Pradelle y yo mucha distancia. En su inquietud puramente cerebral me era imposible reconocer mis desgarramientos. Lo juzgué "sin complicación, sin misterio, un colegial juicioso". A causa de su seriedad, de su valor filosófico, yo lo estimaba más que a Jacques; pero Jacques tenía algo que Pradelle no tenía. Mientras me paseaba por el Luxemburgo me decía que aunque uno de los dos hubiera querido casarse conmigo, ninguno me habría convenido. Lo que todavía me ataba a Jacques era esa falla que lo separaba de su medio; pero no se construye nada sobre una falla y yo quería construir un pensamiento, una obra. Pradelle era como yo un intelectual, pero estaba adaptado a su clase, a su vida, aceptaba de corazón la sociedad burguesa; yo no podía conformarme ni con su sonriente optimismo ni con el nihilismo de Jacques. Por otra parte, yo asustaba un poco a los dos por razones diferentes. "¿Acaso un hombre se casa con una mujer como yo?", me preguntaba con cierta melancolía, pues no distinguía todavía muy bien el amor del casamiento. "Estoy segura de que no existe aquel que verdaderamente lo sería todo, lo comprendería todo, profundamente hermano y semejante a mí misma." Lo que me separaba de todos los demás era una cierta violencia que yo no encontraba sino en mí. Esa confrontación con Pradelle reforzó mi convicción de que yo estaba condenada a la soledad.

Sin embargo, en la medida en que efectivamente sólo se trataba de amistad nos entendíamos bien. Yo apreciaba su amor por la verdad, su rigor; no confundía los sentimientos con las ideas y me di cuenta bajo su mirada imparcial de que a menudo yo había confundido mis estados de ánimo con el pensamiento. Él me obligaba a reflexionar, a situarme imparcialmente; yo ya no me jactaba de saberlo todo, por el contrario: "No sé nada, nada, no solamente no he encontrado una respuesta, sino que ni siquiera sé una manera valedera de plantear la pregunta." Me prometí no volver a engañarme y le pedí a Pradelle que me ayudara a protegerme de todas las mentiras; él sería "mi conciencia viva". Decidí consagrar los próximos años en la busca encarnizada de la verdad. "Trabajaré como una bestia hasta que la encuentre." Pradelle me hizo un gran servicio reanimando mi amor por la filosofía. Y uno aun mayor enseñándome de nuevo la alegría: yo no conocía a nadie alegre. Él soportaba tan alegremente el peso del mundo que éste dejó de aplastarme; en el Luxemburgo por la mañana, el azul del cielo, el césped verde, el sol, brillaban como en los más hermosos días. "Las ramas son numerosas y nuevas en este momento; ocultan completamente el abismo que se abre debajo de ellas." Eso significaba que vivir me causaba placer y que olvidaba mis angustias metafísicas. Un día en que Pradelle me acompañaba a casa cruzamos a mi madre; se lo presenté; le cayó bien: gustaba. Nuestra amistad fue aceptada.

Zaza había sido aprobada en griego. Se fue a Laubardon. A fines de julio recibí de ella una carta que me dejó sin habla. Se sentía desesperadamente desdichada y me decía por qué. Me contaba por fin la historia de esa adolescencia que había vivido junto a mí y de la cual yo lo había ignorado todo. Veinticinco años antes un primo de su padre, fiel a la tradición vasca, se había ido a buscar fortuna a la Argentina; se había enriquecido considerablemente. Zaza tenía once años cuando él volvió a su casa natal a unos quinientos metros de Laubardon; se había casado, tenía un hijo de la misma edad que Zaza; era un chico "solitario, triste, huraño" que le cobró mucho afecto. Sus padres lo pusieron pupilo en un colegio de España; pero los dos chicos volvían a encontrarse en las vacaciones y juntos hacían esos paseos a caballo de los que Zaza me hablaba con ojos brillantes. Cuando cumplieron quince años comprendieron que se amaban; abandonado, exilado, André no tenía más que a Zaza en el mundo; y ella que se consideraba fea, sin gracia, desdeñada, se arrojó en sus brazos; se permitieron besos que los ligaron apasionadamente. En adelante se escribieron todas las semanas y ella soñaba con él durante las clases de física y bajo la mirada jovial del abate Trécourt. Los padres de Zaza y los de André –mucho más ricos– estaban enemistados; pero cuando se dieron cuenta de que los chicos habían crecido intervinieron. No era cuestión de permitir que André y Zaza se casaran. La señora Mabilie decidió que debían dejar de verse. "En las vacaciones de Año Nuevo de 1926 –me escribía Zaza– pasé aquí un solo día para ver a André y decirle que todo había terminado entre nosotros. Pero por más que le dije las cosas más crueles no pude dejar de sentir cuánto lo quería y esa entrevista de ruptura nos ha ligado más que nunca." Agregaba un poco más adelante: "Cuando me obligaron a romper con André sufrí tanto que durante varios días estuve al borde del suicidio. Recuerdo que una noche viendo llegar el subterráneo estuve por arrojarme bajo las ruedas. Ya no sentía ni el más mínimo placer de vivir." Desde entonces habían transcurrido dieciocho meses: no había vuelto a ver a André, no se habían escrito. De pronto al llegar a Laubardon se había encontrado con él. "Durante veinte meses no supimos nada el uno del otro y hemos seguido caminos tan distintos que en nuestro brusco encuentro hay algo desorientado, casi doloroso. Veo con gran nitidez todas las penas, todos los sacrificios que puede proporcionar un sentimiento entre dos seres tan distintos como él y yo, pero no puedo obrar de otra manera, no puedo renunciar al sueño de toda mi juventud, a tantos recuerdos queridos, no puedo fallarle a alguien que me necesita. Ninguna de nuestras dos familias desea un acercamiento entre nosotros. Él se va en octubre a pasar un año a la Argentina, de donde volverá para hacer su servicio

militar en Francia. Por lo tanto, aún tenemos por delante muchas dificultades y una larga separación; en fin, si nuestros proyectos resultan viviremos por lo menos durante diez años en América del Sur. Como ve todo esto es un poco sombrío. Esta noche tendré que hablar con mamá; hace dos años dijo enérgicamente que no, y ya estoy enferma de sólo pensar en la conversación que voy a tener con ella. La quiero tanto que lo que más me duele es causarle esa pena e ir contra su voluntad. Cuando yo era chica siempre pedía en mis oraciones: que nadie sufra nunca por mi culpa. ¡Ay, qué deseo irrealizable!"

Con la garganta anudada, leí diez veces esa carta. Ahora comprendía por qué Zaza había cambiado a los quince años, su aire ausente, su romanticismo y también su extraña premonición del amor: ya había aprendido a amar con su sangre y por eso reía cuando pretendían que era "platónico" el amor de Tristán e Isolda, por eso la idea de un casamiento venal le inspiraba tanto horror. ¡Qué mal la había conocido! "Quisiera dormirme y no despertarme nunca", me decía y yo lo había pasado por alto; sin embargo, sabía hasta qué punto puede estar sombrío un corazón. Me resultaba intolerable imaginar a Zaza, juiciosamente ensombrecida, enguantada, de pie, al borde de un andén de subterráneo, clavando sobre los rieles una mirada fascinada.

Pocos días más tarde recibí otra carta. La conversación con la señora Mabilie había marchado muy mal. Había prohibido de nuevo a Zaza ver a su primo, Zaza era demasiado cristiana para pensar en desobedecer; pero nunca esa prohibición le había parecido tan atroz como en ese momento en que sólo quinientos metros la separaban del muchacho a quien amaba. Lo que más la torturaba era la idea de que él sufriera a causa de ella, cuando ella pensaba en él noche y día. Quedé confundida por esa desdicha que sobrepasaba todo lo que yo había podido sentir. Había quedado convenido que yo pasaría tres semanas ese año con Zaza en el país vasco y no veía el momento de estar junto a ella.

Cuando llegué a Meyrignac me sentía "serena como no lo había estado desde hacía dieciocho meses". Sin embargo, la comparación con Pradelle no era favorable para Jacques, yo evocaba su recuerdo sin indulgencia: ¡Ah, esa frivolidad, esa falta de seriedad, esas historias de bares, de bridge y de dinero! ... Hay en él cosas más excepcionales que en cualquier otro; pero también algo lamentablemente fracasado. Me sentía desligada de él y lo bastante ligada a Pradelle como para que su existencia iluminara mis días sin que su ausencia los ensombreciera. Nos escribíamos mucho. Yo escribía también a Riesmann, a Blanchette Weiss, a la señorita Lambert, a Suzanne Boigue, a Zaza. Había instalado una mesa en el desván bajo un ojo de buey y de noche a la luz de una pequeña lámpara me desahogaba durante páginas y páginas. Gracias a las cartas que recibía –sobre todo a las de Pradelle– ya no me sentía sola. También tenía largas conversaciones con mi hermana; acababa de pasar su bachillerato de filosofía y durante todo el año nos habíamos sentido muy cerca la una de la otra. Aparte de mi actitud religiosa yo no le ocultaba nada. Jacques tenía tanto prestigio a sus ojos como a los míos y había adoptado mis mitologías. Aborrecía como yo el curso Désir, a la mayoría de sus compañeras y los prejuicios de nuestro medio; por eso había declarado la guerra a "los Bárbaros". Quizá por el hecho de haber tenido una infancia mucho menos dichosa que la mía se rebelaba mucho más atrevidamente que yo contra las servidumbres que pesaban sobre nosotros. "Será tonto –me dijo un día con aire confuso– pero me resulta desagradable que mamá abra las cartas que recibo: me quita todo el placer de leerlas." Le dije que a mí también me molestaba. Sacamos fuerza de flaqueza, después de todo teníamos diecisiete y diecinueve años; le rogamos a nuestra madre que no siguiera censurando nuestra correspondencia. Contestó que tenía el deber de velar sobre nuestras almas, pero al fin cedió. Era una victoria importante.

En conjunto mis relaciones con mis padres habían mejorado un poco. Pasé días tranquilos. Estudiaba filosofía y pensaba en escribir. Vacilaba antes de decidirme. Pradelle me había convencido de que lo más importante era buscar la verdad: ¿la literatura no me apartaría de ella? ¿Y no había una

cierta contradicción en mi empresa? Yo quería decir la vanidad de todo; pero el escritor traiciona su desesperación en cuanto escribe un libro: quizá fuera mejor imitar el silencio de Monsieur Teste. También temía que si me dedicaba a escribir me dejara arrastrar por la sed del éxito, de la celebridad, cosas que despreciaba. Esos escrúpulos abstractos no pesaban lo suficiente para detenerme. Consulté por correspondencia a varios amigos, y, como lo esperaba, todos me alentaron. Empecé una vasta novela, la heroína atravesaba por todas mis experiencias; se despertaba a la "verdadera vida", entraba en conflicto con su medio, luego hablaba amargamente de todo: acción, amor, saber. Nunca supe el fin de esa historia, pues me faltó tiempo y la abandoné por la mitad.

Las cartas que recibí entonces de Zaza no tenían el mismo tono que las del mes de julio. Se daba cuenta, me decía, de que en el curso de estos dos últimos años se había desarrollado mucho intelectualmente; había madurado, había cambiado. Durante su breve entrevista con André había tenido la impresión de que él no había evolucionado; había permanecido muy juvenil y un poco rústico. Empezaba a preguntarse si su fidelidad no era "una terquedad en esos sueños que uno no quiere ver desvanecerse, una falta de sinceridad y de coraje". Se había abandonado sin duda con exceso a la influencia del *Gran Meaulnes*. "He encontrado ahí un amor, un culto del sueño que no tiene ninguna realidad por fundamento que sin duda me extravió, quizá, lejos de mí misma." Seguramente no lamentaba su amor por su primo. "Ese sentimiento de los quince años fue mi verdadero despertar a la existencia; desde el día en que supe querer comprendí una cantidad de cosas; ya casi nada me pareció ridículo." Pero debía confesarse que a partir de la ruptura de enero de 1926 había perpetuado ese pasado artificialmente "a fuerza de voluntad y de imaginación". De todas maneras André tenía que pasar un año en la Argentina, a su regreso habría tiempo de tomar decisiones. Por el momento estaba cansada de interrogarse; pasaba vacaciones extremadamente mundanas y agitadas, al principio se sentía excedida pero ahora, me escribía: "sólo quiero pensar en divertirme".

Esa frase me sorprendió y en mi respuesta la subrayé con una leve crítica. Zaza se defendió vivamente: sabía que divertirse no resuelve nada: "Últimamente, me escribía, se organizó una gran excursión entre amigos al país vasco; yo necesitaba tanto estar sola que me lastimé un pie con un hacha para escapar a esa expedición. Tuve que pasar ocho días extendida oyendo frases apiadadas, pero al menos tuve un poco de soledad, y el derecho a no hablar y a no divertirme."

Me impresionó. Sabía hasta qué punto uno puede aspirar desesperadamente a la soledad y al "derecho de no hablar". Pero nunca hubiera tenido el valor de darme un hachazo en un pie. No, Zaza no era ni tibia, ni resignada: había en ella una sorda violencia que me asustó un poco. No había que tomar a la ligera ninguna de sus palabras, pues era más avara de ellas que yo. Si yo no la hubiera provocado ni siquiera me habría señalado ese incidente.

No quise callarle nada: le confesé que había perdido la fe; ya lo sospechaba, me contestó; ella también había atravesado ese año por una crisis religiosa. "Cuando confrontaba la fe y las prácticas de mi infancia, el dogma católico con todas mis nuevas ideas, había una desproporción, una disparidad tales entre esos dos órdenes de cosas que sentía una especie de vértigo. Siempre encontré una gran ayuda en Claudel y no puedo decir todo lo que le debo. Creo, como cuando tenía seis años, mucho más con mi corazón que con mi inteligencia, y renunciando absolutamente a mi razón. Las discusiones teológicas me parecen casi siempre absurdas y grotescas. Creo sobre todo que Dios es muy incomprensible para nosotros, y muy oculto, y que la fe que nos da en él es un don sobrenatural, una gracia que nos concede. Por eso sólo puedo compadecer de todo corazón a quienes están privados de esa gracia y creo que cuando son sinceros y están sedientos de verdad, esa verdad un día u otro se revelará a ellos... Por otra parte, agregaba, la fe no trae una saciedad; es tan difícil alcanzar la paz del corazón cuando uno cree, como cuando uno no cree: se tiene solamente la esperanza de conocer la paz en otra vida." Así, no solamente me aceptaba tal cual era sino que tenía buen cuidado de no otorgarse

la menor superioridad; si para ella una brizna de paja brillaba en el cielo, eso no impedía que sobre la tierra recorriera a tientas las mismas tinieblas que yo y no dejábamos de caminar una junto a la otra. El 10 de setiembre partí alegremente para Laubardon. Me embarqué en Uzerche, de madrugada, y bajé en Bordeaux, pues le había escrito a Zaza: "No puedo atravesar la tierra de Mauriac sin detenerme." Por primera vez en mi vida, paseé sola por una ciudad desconocida. Había un gran río de muelles brumosos y ya los plátanos olían a otoño. En las calles angostas las sombras jugaban con la luz; y luego largas avenidas enderezaban hacia las explanadas. Soñolienta y encantada, yo flotaba por fin, liviana como una pompa de jabón. En la plaza, entre los macizos de flores escarlatas, yo soñaba sueños de adolescentes inquietos. Me habían dado consejos: tomé chocolate en Tourny, almorcé cerca de la estación en un restaurante que se llamaba *Le Petit Marguery*; nunca había ido a un restaurante sin mis padres. Luego un tren me llevó por rieles vertiginosamente rectos bordeados de pinos al infinito. Me gustaban los trenes. Asomada a la ventanilla ofrecía mi rostro al viento y al hollín y juraba no parecerme nunca a los viajeros amontonados en el calor de los compartimientos.

Llegué al anochecer. El parque de Laubardon era mucho menos lindo que el de Meyrignac, pero me gustó la casa de techo de tejas, cubierto de hiedra. Zaza me condujo a mi cuarto que debía compartir con ella y Geneviève de Bréville, una jovencita fresca y juiciosa que encantaba a la señora Mabelle. Me quedé un momento sola para abrir mi valija y lavarme. De la planta baja subían ruidos de vajilla y de chicos. Vi sobre una mesita una libreta con tapa de hule negro que abrí al azar: "Simone de Beauvoir llega mañana. Debo confesar que no me causa ningún placer, pues francamente no la quiero." Me quedé azorada; era una experiencia nueva y desagradable; nunca había supuesto que alguien pudiera sentir por mí una antipatía activa; me asustaba un poco ese rostro enemigo que era el mío ante los ojos de Geneviève. No tuve mucho tiempo para pensar porque alguien golpeó: era la señora Mabelle. "Quisiera hablarle, Simone", me dijo; la dulzura de su Voz me sorprendió, pues hacía tiempo que ya no me prodigaba sus sonrisas. Con un aire confundido tocó el camafeo que cerraba su gargantilla de terciopelo y me preguntó si Zaza me "había puesto al corriente". Dije que sí. Parecía ignorar que los sentimientos de su hija se debilitaban y se puso a explicarme por qué los combatía. Los padres de André se oponían a ese casamiento, y además pertenecían a un medio muy rico, disipado y grosero que no convenía en absoluto a Zaza; era absolutamente necesario que ésta olvidara a su primo y la señora Mabelle contaba conmigo para ayudarla. La complicidad que me imponía me pareció detestable; sin embargo, su llamado me emocionó porque debía de costarle implorar mi alianza. Le aseguré confusamente que haría todo lo posible.

Zaza me había prevenido; al principio de mi estadía los picnics, los tés, los cocktails se sucedieron sin interrupción; era una casa muy abierta: nubes de primos y de amigos venían a almorzar, a tomar el té, a jugar al tenis y al bridge. O si no el Citroen conducido por la señora Mabelle, Lili o Zaza nos llevaba a bailar a otras propiedades de los alrededores. Había fiestas a menudo en el pueblo vecino; asistí a torneos de pelota, fui a ver a unos jóvenes campesinos, verdes de miedo que plantaban banderillas en el cuero de las vacas extenuadas: a veces un cuerno acerado hendía sus hermosos pantalones blancos y todo el mundo reía. Después de comer alguien se sentaba al piano, la familia cantaba en coro; también jugaban a distintos juegos: charadas y rimas. Las tareas de la casa devoraban las mañanas. Cortaban flores, arreglaban floreros y sobre todo cocinaban. Lili, Zaza, Bébelle hacían pasteles, tortas, bizcochuelos, brioches para el té de la tarde; ayudaban a su madre y a su abuela a guardar en inmensos frascos toneladas de frutas y de legumbres; siempre había arvejas que limpiar, chauchas que abrir, nueces que romper, ciruelas para sacarles el carozo. Alimentarse se volvía una empresa larga y extenuadora.

Yo veía muy poco a Zaza y me aburría un poco. Aunque no era muy psicóloga me daba cuenta de que los Mabelle y sus amigos desconfiaban de mí. Mal vestida, descuidada, no sabía saludar con una

reverencia a las señoras de edad, no medía ni mis ademanes ni mis risas. No tenía ni un céntimo, me disponía a trabajar: eso ya era chocante; para colmo sería profesora en un liceo: a sus ojos me preparaba un porvenir infamante. Me callaba lo más posible, me vigilaba, pero no había nada que hacer: cada una de mis palabras y hasta mis silencios desentonaban. La señora Mabile se esforzaba por ser amable. El señor Mabile y la anciana señora Larivière me ignoraban cortésmente. El mayor de los varones acababa de entrar al seminario; Bébelle incubaba una vocación religiosa: no se ocupaban de mí. Pero asombraba vagamente a los menores, es decir que me condenaban vagamente. Y Lili no ocultaba su reprobación. Perfectamente adaptada a su medio, ese parangón tenía respuesta para todo: bastaba que yo hiciera una pregunta para erizarla. A los quince o dieciséis años en un almuerzo en casa de los Mabile yo me había preguntado en voz alta por qué, puesto que la gente está hecha de la misma manera, el gusto del tomate o del arenque no es el mismo en todas las bocas; Lili se había burlado de mí. Ahora no me vendía tan ingenuamente, pero mis reticencias bastaban para pincharla. Una tarde en el jardín se discutió sobre el sufragio de las mujeres; a todo el mundo le parecía lógico que la señora Mabile tuviera más derecho a votar que un obrero borracho. Pero Lili sabía de fuente fidedigna que en los barrios bajos las mujeres eran más "rojas" que los hombres; si ellas iban a las urnas la buena causa sufriría. El argumento pareció decisivo. No dije nada, pero en el coro de las aprobaciones ese silencio pareció subversivo.

Los Mabile veían casi a diario a sus primos Du Moulin de Labarthéte. La hija, Didine, era muy amiga de Lili. Había tres varones, Henri, un inspector de finanzas con un rostro pesado de vividor ambicioso; Edgard que era oficial de caballería; Xavier, un seminarista de veinte años: era el único que me parecía interesante; tenía rasgos delicados, ojos pensativos e inquietaba a su familia por lo que llamaban "su abulia"; el domingo por la mañana, postrado en un sillón, deliberaba tanto tiempo para saber si iría o no a misa, que solía perderla. Leía, reflexionaba, se destacaba del medio. Le pregunté a Zaza por qué no tenía ninguna intimidad con él. Se quedó muy desconcertada: "No lo he pensado nunca. En casa no es posible. La familia no lo comprendería." Pero sentía simpatía por él. En el curso de una conversación, Lili y Didine se preguntaron con un estupor sin duda intencional cómo personas sensatas podían negar la existencia de Dios. Lili habló del reloj y del relojero mirándome en los ojos; me decidí sin ganas a pronunciar el nombre de Kant. Xavier me apoyó:

"¡Ah –dijo–, ésa es la ventaja de no saber filosofía: uno puede contentarse con ese tipo de argumentos." Lili y Didine se quedaron con la cola entre las piernas.

El tema más discutido en Laubardon era el conflicto que enfrentaba entonces a la *Action Francaise* con la Iglesia. Los Mabile reclamaban enérgicamente que todos los católicos se sometieran al Papa; los Labarthéte –salvo Xavier que no se pronunciaba– se inclinaban por Maurras y por Daudet. Yo escuchaba sus voces apasionadas y me sentía en el exilio. Sufría. Yo pretendía en mi diario que a mis ojos un montón de gente no existía; en verdad, en cuanto estaba presente, toda persona contaba. Saco esta nota de mi cuaderno: "Crisis de desesperación ante Xavier Du Moulin. He sentido demasiado bien la distancia entre ellos y yo y el sofisma en que quisieran encerrarme." Ya no recuerdo el pretexto de esa explosión que quedó evidentemente oculta; pero el sentido es claro: yo no aceptaba alegremente ser distinta de los demás y tratada por ellos, más o menos abiertamente, como la oveja negra. Zaza quería a su familia, yo también la había querido y mi pasado todavía contaba mucho. Además había sido una chica demasiado feliz para que pudiera alzarse fácilmente en mí el odio o la animosidad: no sabía defenderme contra la malevolencia.

La amistad de Zaza me habría sostenido si hubiéramos podido conversar, pero hasta de noche había una tercera entre nosotras; en cuanto me acostaba trataba de dormirme. En cuanto Geneviève me creía dormida arrastraba a Zaza en largas conversaciones. Se preguntaba si era bastante buena con su madre; a veces se dejaba llevar por impulsos de impaciencia: ¿está muy mal eso? Zaza contestaba apenas.

Pero por poco que se entregara esas charlas la comprometían y se volvía extraña a mis ojos; me decía con el corazón oprimido, que a pesar de todo ella creía en Dios, en su madre, en sus deberes, y me encontraba muy sola.

Felizmente Zaza se las arregló pronto para que estuviéramos a solas. ¿Me había adivinado? Me declaró discretamente, pero sin ambages, que su simpatía por Geneviève era muy limitada: la otra la consideraba su amiga íntima, pero no era verdad de su parte. Me sentí aliviada. Por otra parte Geneviève se fue y como la estación terminaba el ajeteo mundano se aplacó. Tuve a Zaza para mí. Una noche cuando toda la casa dormía, nos pusimos unos chales sobre nuestros largos camisones de madapolán y bajamos al jardín; sentadas bajo un pino, conversamos largamente. Ahora Zaza estaba segura de no querer a su primo; me contó su idilio detalladamente. Entonces comprendí lo que había sido su infancia y ese gran abandono que yo no había presentado. "Yo la quería", le dije; cayó de las nubes; me confesó que yo sólo había tenido un lugar incierto en la jerarquía de sus amistades, ninguna de las cuales por otra parte contaba mucho. En el cielo una vieja luna agonizaba con indolencia, hablábamos de antaño y la torpeza de nuestros corazones infantiles nos entristecía; ella estaba impresionadísima de haberme apenado e ignorado; yo encontraba amargo decirle esas cosas hoy por primera vez cuando ya habían dejado de ser verdaderas: yo ya no la prefería a todo. Sin embargo, no carecía de dulzura comulgar en esas nostalgias. Nunca habíamos estado más cerca y el final de mi estadía fue muy dichoso. Nos sentábamos en la biblioteca, y conversábamos rodeadas por las obras completas de Louis Veillot, de Montalembert y por la colección de la *Revue des Deux Mondes*; conversábamos por los senderos polvorientos donde flotaba el olor áspero de las higueras; hablábamos de Francis Jammes, de Laforgue, de Radiguet, de nosotras mismas. Le leí a Zaza algunas páginas de mi novela: los diálogos la confundieron, pero me alentó a continuar. Decía que a ella también le gustaría escribir más adelante y yo la alentaba. Cuando llegó el día de mi partida me acompañó en tren hasta Mont-de-Marsan. Comimos sobre un banco tortillitas secas y frías y nos separamos sin melancolía, pues poco después nos encontraríamos en París.

Yo estaba en esa edad en que uno cree en la eficacia de las explicaciones epistolares. De Laubardon, le escribí a mi madre reclamando su confianza: le aseguré que más tarde sería alguien. Me contestó muy gentilmente. Cuando volví a encontrarme en el departamento de la calle de Rennes, me sentí un instante desalentada: ¡tendría que pasar todavía tres años entre esas paredes! Pero mi último trimestre me había dejado buenos recuerdos y me exhorté al optimismo. La señorita Lambert deseaba que yo la descargara parcialmente de la clase del bachillerato en Sainte-Marie; me dejaría las horas de psicología; acepté para ganar un poco de dinero y para ejercitarme en la enseñanza. Yo contaba terminar en abril mi licencia de filosofía, en junio la de letras; estos últimos certificados no me darían mucho trabajo y me quedaría tiempo para escribir, para leer, para profundizar los grandes problemas. Establecí un vasto plan de estudios y de horarios minuciosos; sentí un placer infantil en poner el porvenir en fichas y casi resucité la juiciosa efervescencia de los antiguos octubres. Me apresuré en volver a ver a mis compañeros de la Sorbona. Atravesé París de Neuilly a la calle de Rennes, de la calle de Rennes a Belleville, mirando con serenidad los montoncitos de hojas secas en el borde de las aceras.

Fui a casa de Jacques, le expuse mi sistema; había que dedicar su vida a saber por qué se vivía: entre tanto no había que considerar nada como estable sino fundar sus valores con actos de amor y de voluntad indefinidamente renovados. Me escuchó con buena voluntad, pero meneó la cabeza: "Resultaría imposible vivir", dijo. Como insistí, sonrió: "¿No te parece demasiado abstracto para gente de veinte años?", me preguntó. Él deseaba que su existencia fuera todavía durante un tiempo un gran juego azaroso. En los días que siguieron a veces le di la razón, otras veces no se la di. Decidí que lo

quería, puesto que decididamente no lo quería. Estaba despechada. Pasé dos meses sin verlo.

Paseé con Jean Pradelle alrededor del lago del Bois de Boulogne; mirábamos el otoño, los cisnes, la gente que remaba: reanudamos el hilo de nuestras discusiones: con menos fervor. Yo quería mucho a Pradelle, ¡pero qué poco atormentado era! Su tranquilidad me hería. Riesmann me hizo leer su novela que me pareció pueril, y le leí algunas páginas de la mía que lo aburrió enormemente. Jean Mallet me hablaba siempre de Alain, Suzanne Boigue de su corazón, la señorita Lambert de Dios. Mi hermana acababa de entrar en una escuela de artes y oficios, donde se sentía muy a disgusto, lloraba. Zaza practicaba la obediencia y pasaba horas seleccionando muestras en las grandes tiendas. De nuevo el aburrimiento cayó sobre mí y la soledad. Cuando me había dicho en el Luxemburgo que ése sería mi destino había tanta alegría en el aire que no me había emocionado demasiado, pero a través de las brumas del otoño el porvenir me asustó. Nunca querría a nadie, nadie era lo bastante grande para ser amado; no volvería a encontrar el calor de un hogar; pasaría mis días en un cuarto de provincia del que sólo saldría para dar mis clases: ¡que aridez! Ya ni siquiera esperaba conocer con otro ser humano un verdadero entendimiento. Ni uno de mis amigos me aceptaba sin reserva, ni Zaza que rogaba por, ni Jacques que me consideraba demasiado abstracta, ni Pradelle que deploraba mi agitación y mis parcialidades. Lo que los espantaba era la parte más terca de mí misma: mi decisión de rechazar esa existencia mediocre a la cual de una u otra manera todos ellos se plegaban y mis esfuerzos desordenados para escapar de ella. Yo trataba de razonarme. "No soy como los otros, me resigno", me afirmaba; pero no me resignaba. Separada de los demás, ya no tenía ningún lazo con el mundo: se convertía en un espectáculo que no me incumbía. Había renunciado sucesivamente a la gloria, a la dicha, a servir; ahora ya ni siquiera me interesaba vivir. A ratos perdía por completo el sentido de la realidad: las calles, los autos, los transeúntes, no eran sino un desfile de apariencias entre las cuales flotaba mi presencia sin nombre. Solía decirme con orgullo y con temor que estaba loca: la distancia no era muy grande entre una soledad tenaz y la locura. Tenía muchas razones de extraviarme. Hacía dos años que me debatía en una trampa sin encontrar salida; me golpeaba sin cesar contra invisibles obstáculos: eso terminaba por marearme. Mis manos estaban vacías; engañaba mi decepción afirmándome a un tiempo que un día lo poseería todo y que nada valía nada: me embarullaba en esas contradicciones. Sobre todo reventaba de salud, de juventud, y me quedaba confinada en casa y en las bibliotecas: toda esa vitalidad que no gastaba se desencadenaba en vanos torbellinos en mi cabeza y en mi corazón.

Ya no tenía nada que ver con la tierra, estaba "fuera de la vida", ya ni siquiera deseaba escribir, la horrible vanidad de todo había vuelto a subírseme a la garganta; pero ya estaba harta de sufrir, el invierno pasado había llorado demasiado; me inventé una esperanza. En los momentos de perfecto desprendimiento en que el universo parecía reducirse a un juego de ilusiones, en que mi propio yo se abolía, algo subsistía: algo indestructible, eterno; mi indiferencia me pareció manifestar una presencia a la cual quizá no fuese posible acceder. No pensaba en el Dios de los cristianos: el catolicismo me desagradaba cada vez más. Pero de todas maneras me influyeron la señorita Lambert, Pradelle, que afirmaban la posibilidad de alcanzar el ser; leí Plotino y estudios de psicología mística; me preguntaba si más allá de los límites de la razón, algunas experiencias no podrían llegar a revelarme el absoluto. Desde ese lugar abstracto en que yo convertía en polvo el mundo inhóspito, busqué una plenitud. ¿Por qué no iba a ser posible una mística? "Quiero tocar a Dios o volverme Dios", declaré. A lo largo del año me abandoné intermitentemente a ese delirio.

Sin embargo, estaba cansada de mí misma. Dejé casi por completo de escribir mi diario. Busqué ocupaciones. En Neuilly como en Belleville me entendía bien con mis alumnas, el profesorado me divertió. En la Sorbona, nadie seguía los cursos de sociología ni de psicología, a tal punto nos parecían insípidos. Asistí solamente a las representaciones que el domingo o el martes por la mañana Georges

Dumas nos daba en Sainte-Anne con el concurso de algunos locos. Maniáticos, paranoicos, dementes precoces, desfilaban por la estrada sin que nos informara nunca sobre su historia, sobre sus conflictos, sin que siquiera pareciera sospechar que ocurrían cosas en sus cabezas. Se limitaba a demostrarnos que sus anomalías se organizaban según los esquemas que proponía en su Tratado. Era hábil para provocar con sus preguntas las reacciones que esperaba y la malicia del viejo rostro color cera era tan comunicativa que nos costaba retener nuestras risas: era de creer que la locura era una especie de broma. Aun bajo esa iluminación me fascinaba. Delirantes, alucinados, imbéciles, alegres, torturados, obsesionados, todas esas personas eran distintas.

También iba a escuchar a Jean Baruzi, autor de una tesis respetada sobre San *Juan de la Cruz*, que trataba sin mayor solución de continuidad todos los problemas capitales. Oscuro de piel y de pelo, tenía ojos que lanzaban oscuros destellos a través de la noche oscura. Cada semana su voz se desprendía temblando de los abismos del silencio y nos prometía para la semana siguiente desgarradoras iluminaciones. Los de la Escuela Normal desdeñaban ese curso frecuentado por algunos *outsiders*. Entre ellos estaban Rene Daumal y Roger Vailland. Escribían en revistas de vanguardia; el primero era considerado como un espíritu profundo, el segundo como una inteligencia vivaz. Vailland se complacía en chocar y hasta su físico asombraba. Tenía una piel lisa extendida como un tambor sobre un rostro que era sólo perfil: de frente sólo se veía su nuez. Su expresión hastiada desmentía su frescura: parecía un anciano regenerado por un filtro diabólico. Se le veía a menudo en compañía de una muchacha a la que llevaba negligentemente por el cuello. "Mi hembra", decía presentándola. Leí de él *El Gran Juego*, una vehemente diatriba contra un sargento que había sorprendido a un soldado con una chancha y lo había castigado. Vailland reivindicaba para todos los hombres civiles y militares, el derecho a la bestialidad. No traté de acercarme ni a Daumal ni a Vailland, que me ignoraban.

Entablé solamente una nueva amistad: Lisa Quermadec, una pupila de Sainte-Marie que preparaba su licencia de filosofía. Era una pequeña bretona endeble, de rostro despierto y un poco varonil, bajo su pelo muy corto. Aborrecía la casa de Neuilly y el misticismo de la señorita Lambert. Creía en Dios pero consideraba fanfarrones o esnobs a los que pretendían quererlo: "¿Cómo puede uno querer a alguien a quien no conoce?" Me agradaba, pero su escepticismo un poco amargo no alegraba mi vida. Seguí escribiendo mi novela. Empecé para Baruzi una inmensa disertación sobre "la personalidad" que fue una suma de mi saber y de mis ignorancias. Iba una vez por semana a algún concierto sola o con Zaza: dos veces *La Consagración de la Primavera* me transportó. Pero en conjunto no me entusiasmaba más por nada. Me desesperaba leyendo el segundo volumen de la Correspondencia de Rivière y de Fournier: las fiebres de su juventud se perdían en preocupaciones mezquinas, en enemistades, en amarguras. Me preguntaba si me acechaba la misma degradación.

Volví a casa de Jacques. Se puso a ir y venir por la galería con los mismos gestos y las mismas sonrisas de siempre y el pasado resucitó. Volví a menudo. Hablaba, hablaba mucho; la penumbra se llenaba de humo y en las volutas azuladas ondulaban palabras excitantes; en algún lado, en lugares desconocidos, uno encontraba gente diferente de todas las demás y ocurrían cosas: cosas divertidas, un poco trágicas, a veces muy hermosas. ¿Qué? Después de haber cruzado la puerta, las palabras se apagaban. Pero ocho días más tarde volví a ver en sus pupilas chispeantes el surco de la Aventura. La Aventura, la evasión, las grandes despedidas: ¡quizá estaba ahí la salvación! Era la que proponía *Vasco* de Marc Chadoume que tuvo aquel invierno un éxito considerable y que yo leí casi con tanto fervor como *El Gran Meaulnes*. Jacques no había cruzado los océanos; pero cantidad de jóvenes novelistas – Soupault entre otros – afirmaban que sin salir de París uno puede hacer viajes asombrosos; evocaban la impresionante poesía de esos bares donde Jacques arrastraba sus noches. Volví a quererlo. Había llegado tan lejos en la indiferencia, y hasta en el desdén, que ese renacimiento de pasión me asombró. Sin embargo, creo que puedo explicármelo. Para empezar, el pasado pesaba mucho; yo quería a

Jacques en gran parte porque lo había querido. Y además estaba cansada de tener el corazón reseco y de desesperarme: un deseo de ternura y de seguridad me invadía. Jacques era conmigo de una gentileza que nunca se debilitaba; no sabía qué hacer por divertirme. Todo esto no habría bastado para volver a acercarme a él. Lo que fue mucho más decisivo era que se sentía incómodo en su pellejo, inadaptado, incierto; yo me sentía menos insólita junto a él que junto a todas las personas que aceptaban la vida; nada me parecía más importante que rechazarla; saqué en conclusión que él y yo pertenecíamos a la misma especie y de nuevo ligué mi destino al suyo. A decir verdad esto no me reconfortó mucho; sabía hasta qué punto éramos diferentes y ya no contaba con el amor para liberarme de la soledad. Tenía la impresión de soportar una fatalidad más que la de ir libremente hacia la dicha. El día en que cumplí veinte años lo saludé con una copla melancólica: "No iré a Oceanía. No repetiré San Juan de la Cruz. Nada es triste, todo está previsto. La demencia precoz sería una solución. ¿Si intentara vivir? Pero he sido educada en el curso Désir."

Yo también hubiera querido probar esa existencia "azarosa e inútil", cuyos atractivos me alababan Jacques y los jóvenes novelistas. ¿Pero cómo introducir el imprevisto en mis días? Mi hermana y yo conseguíamos de tanto en tanto robar una noche a la vigilancia materna: ella solía ir a dibujar a la *Grande Chaumière*, era un pretexto cómodo cuando yo también había logrado encontrar una coartada. Con el dinero que yo ganaba en Neuilly íbamos al *Studio des Champs Elysees* a ver una pieza de vanguardia o bien desde el paraíso del *Casino de París* oíamos a Maurice Chevalier. Caminábamos por las calles hablando de nuestra vida y de la Vida; invisible pero siempre presente la aventura nos rozaba. Esas travesuras nos alegraban; pero no podíamos repetirlos a menudo. La monotonía cotidiana seguía abrumándome: "Oh, triste despertar, vida sin deseo y sin amor, todo agotado ya y tan pronto, el atroz aburrimiento. ¡Esto no puede durar! ¿Qué es lo que quiero? ¿Qué es lo que puedo? Nada y nada. ¿Mi libro? Vanidad. ¿La filosofía? Estoy saturada. ¿El amor? Demasiado cansada. Sin embargo, ¡tengo veinte años, quiero vivir!"

Eso no podía durar: no duraba. Volvía a mi libro, a la filosofía, al amor. Y luego todo volvía a empezar: "¡Siempre ese conflicto que parece no tener salida! Una ardiente conciencia de mis fuerzas, de mi superioridad sobre todos ellos, de lo que podría hacer; y el sentimiento de la total inutilidad de estas cosas! ¡No, esto no puede seguir así!"

Y seguía. Quizá después de todo seguiría siempre. Como un péndulo enloquecido yo oscilaba frenéticamente de la apatía a las alegrías extraviadas. Escalaba de noche las escaleras del *Sacre Coeur*, miraba centellear en los desiertos del espacio a París, vano oasis. Lloraba porque era tan lindo y porque era inútil. Volvía a bajar por las calicatas de la *Bulle* sonriendo a todas las luces. Encallaba en la sequía, rebotaba en la paz. Me agotaba.

Mis amistades me decepcionaban cada vez más. Blanchette Weiss se enemistó conmigo; nunca comprendí por qué: del día a la mañana me volvió la espalda y no contestó la carta en que le pedí explicaciones. Supe que me trataba de intrigante y me acusaba de envidiarla tanto que había estropeado a dentelladas la encuadernación de los libros que ella me había prestado. Yo estaba enfriada con Riesmann. Me había invitado a su casa. Yo había encontrado en un salón lleno de objetos de arte a Jean Baruzi y a su hermano Joseph, autor de un libro esotérico; también había un escultor célebre cuyas obras desfiguraban París, y otras personalidades académicas: la conversación me consternó. El mismo Riesmann me importunaba con su estetismo y su sentimentalismo. Los otros, los que yo quería, los que quería mucho, aquel a quien yo quería, no me comprendían, no me bastaban; sus existencias, sus presencias mismas no resolvían nada.

Hacía tiempo que la soledad me había precipitado en el orgullo. Perdí la cabeza. Baruzi me devolvió mi disertación con grandes elogios; me recibió después de clase y su voz moribunda exhaló la esperanza de que fuera el principio de una obra de peso. Me inflamé. "Estoy segura de subir más alto

que todos ellos. ¿Orgullo? Si no tengo genio, sí; pero si tengo –como a veces lo creo, como a veces estoy *segura*– sólo es lucidez." Escribí apaciblemente. Al día siguiente vi *El Circo* de Carlitos Chaplin; al salir del cine fui a pasear por las Tullerías; un sol naranja giraba en el cielo celeste e incendiaba los vidrios del Louvre. Recordé viejos crepúsculos y de pronto sentí caer como un rayo esa exigencia que desde hacía tanto tiempo reclamaba a gritos: tenía que hacer mi obra. Ese proyecto no tenía nada de nuevo. Sin embargo, como tenía ganas de que me pasaran cosas y nunca pasaba nada transformé mi emoción en un acontecimiento. Una vez más pronuncié ante el cielo y la tierra votos solemnes. Nada, nunca, en ningún sentido, me impediría escribir mi libro. El hecho es que nunca volví a discutir esa decisión. Me prometí también en adelante buscar la alegría y obtenerla.

Empezó una nueva primavera. Pasé mis exámenes de moral y de psicología. La idea de hundirme en la filosofía me repugnó tanto que renuncié. Mi padre se apenó mucho: le hubiera parecido elegante que yo acumulara dos licencias; ya no tenía dieciséis años: no cedí. Tuve una inspiración. Mi último trimestre quedaba vacante: ¿por qué no empezar a preparar enseguida mi diploma? En aquel tiempo no era prohibido presentarse el mismo año de la agregación: si adelantaba bastante, nada me impediría, a la entrada de clases, preparar el concurso mientras lo terminaba: ¡ganaría un año! Así, de aquí a dieciocho meses habría terminado con la Sorbona, con mi casa, sería libre, y otra cosa empezaría. No vacilé. Fui a consultar a Brunschvicg que no encontró ningún obstáculo para ese proyecto, puesto que yo tenía un certificado de ciencias y conocimientos convenientes de griego y de latín. Me aconsejó que tratara *el concepto en Leibniz* y acepté.

La soledad, sin embargo, seguía minándome. Se agravó a principios de abril. Jean Pradelle fue a pasar algunos días a Solesmes con unos compañeros. Lo encontré al día siguiente de su regreso en la "Casa de los amigos de los libros" a la que ambos estábamos abonados. En el cuarto principal, Adrienne Monnier, con su vestido monacal, recibía autores conocidos: Fargue, Jean Prévost, Joyce; las salitas del fondo estaban siempre vacías. Nos sentamos sobre unos banquitos y conversamos. Con una voz un poco vacilante Pradelle me confió que en Solesmes había comulgado: viendo a sus compañeros acercarse a la santa mesa se había sentido exilado, excluido, abandonado; los había acompañado al día siguiente después de haberse confesado; había decidido que creía. Yo lo escuchaba con un nudo en la garganta; me sentía abandonada, excluida, traicionada. Jacques encontraba un refugio en los bares de Montparnasse, Pradelle al pie de los tabernáculos: a mi lado ya no había absolutamente nadie. De noche lloré sobre esa deserción.

Dos días después mi padre se fue a *La Grillère*; quería ver a su hermana ya no sé para qué. El gemido de las locomotoras, el humo rojizo en la noche oscura, me hicieron soñar con el desgarramiento de las grandes despedidas. "Voy contigo", declaré. Objetaron que no tenía ni siquiera un cepillo de dientes, pero al final accedieron a esa locura. Durante todo el viaje, asomada a la ventanilla, me embriagué de tinieblas y de viento. Nunca había visto el campo en primavera; me paseé entre los cuclillos, las primulas, las campánulas; me conmoví pensando en mi infancia, en mi vida, en mi muerte. El miedo de la muerte nunca me había abandonado, no me acostumbraba a él; todavía solía temblar y llorar de terror. Por contraste, el hecho de existir, aquí, en ese instante, cobraba a veces un brillo fulgurante. A menudo, durante esos pocos días el silencio de la naturaleza me precipitó en el espanto o en la alegría. Aun más. En esos prados, esos bosques, donde no encontraba rastros de los hombres, creí tocar esa realidad suprahumana a la cual aspiraba. Me arrodillé para cortar una flor y de pronto me sentí clavada a la tierra, abrumada por el peso del cielo, ya no podía moverme: era una angustia y era un éxtasis que me daba la eternidad. Volví a París convencida de que había atravesado por experiencias místicas e intenté renovarlas. Había leído San Juan de la Cruz: "Para ir adonde no sabes, hay que ir por donde no sabes." Invirtiendo esa frase vi en la oscuridad de mis caminos el signo

de que marchaba hacia un destino. Bajaba hasta lo más profundo de mí misma, me abalanzaba entera hacia un cénit donde lo abrazaba todo. Había sinceridad en esas divagaciones. Me había hundido en tal soledad que a ratos me sentía totalmente extraña al mundo y me azoraba por su extrañeza; los objetos ya no tenían sentido, ni los rostros, ni yo misma: como no reconocía nada era tentador imaginar que había alcanzado lo desconocido. Cultivaba esos estados con un exceso de complacencia. Sin embargo, no tenía ganas de engañarme; pregunté a Pradelle y a la señorita Lambert qué pensaban de eso. Él fue categórico: "No tiene ningún interés." Ella matizó un poco: "Es una especie de intuición metafísica." Saqué en conclusión que no se podía construir la vida sobre esos vértigos y dejé de buscarlos.

Seguí ocupando mis horas. Ahora que estaba licenciada, podía entrar a la biblioteca Víctor Cousin que quedaba en un rincón retirado de la Sorbona. Contenía una vasta colección de obras filosóficas y casi nadie la frecuentaba. Pasé días enteros. Escribía mi novela con perseverancia. Leía a Leibniz y libros útiles para la preparación del concurso. De noche, embrutecida por el estudio, languidecía en mi cuarto. Me habría consolado de no poder abandonar la tierra si al menos hubiera podido pasear libremente por ella. ¡Cómo me habría gustado hundirme en la noche, oír jazz, codear gente! Pero no, estaba emparedada, me ahogaba, me consumía, tenía ganas de romperme la cabeza contra las paredes.

Jacques iba a embarcarse para Argelia donde durante dieciocho meses haría su servicio militar. Yo lo veía a menudo, estaba más cordial que nunca. Me hablaba mucho de sus amigos. Yo sabía que Riaucourt tenía un lío con una joven que se llamaba Olga; Jacques me pintó esos amores con colores tan románticos que por vez primera consideré con simpatía una unión ilegítima. También hizo alusión a una mujer muy hermosa que se llamaba Magda y que le hubiera gustado presentarme. "Es una historia que nos costó bastante caro", me dijo. Magda formaba parte de esos inquietantes prodigios que uno encuentra de noche en los bares. No me pregunté cuál había sido su papel en la vida de Jacques. No me pregunté nada. Ahora estaba segura de que Jacques me quería y que podría vivir a su lado alegremente. Temía nuestra separación; pero apenas pensaba, a tal punto me hacía feliz ese acercamiento que provocaba entre nosotros.

Ocho días antes de la partida de Jacques comí en su casa en familia. Su amigo Riquet Bresson vino a buscarlo después de comer: Jacques propuso llevarme con ellos a ver una película, *L'Equipage*. Fastidiada de que la palabra casamiento nunca hubiera sido pronunciada, mi madre ya no aprobaba nuestra amistad; no me dio permiso: insistí, mi tía abogó por mí: finalmente, dadas las circunstancias, mi madre se dejó convencer.

No fuimos al cine. Jacques me condujo al Stryx, calle Huyghens, donde ya era un parroquiano y trepé a un escabel entre él y Riquet. Llamó al barman por su nombre, Michel, y pidió para mí un martini seco. Yo nunca había puesto los pies en un café y ahora me encontraba una noche en un bar con dos muchachos: para mí era verdaderamente extraordinario. Las botellas de colores tímidos o violentos, los bols de aceitunas y de almendras saladas, las mesitas, todo me asombraba; y lo más sorprendente era que para Jacques ese decorado fuera familiar. Bebí rápidamente mi cocktail y como nunca había tomado una gota de alcohol, ni siquiera de vino, porque no me gustaba, no tardé en despegarme de la tierra. Llamé a Michel por su nombre y representé comedias. Jacques y Riquet se sentaron a una mesa para jugar un partido de póquer y fingieron no conocerme. Interpelé a los clientes, que eran jóvenes nórdicos muy tranquilos. Uno de ellos me ofreció un segundo martini que obedeciendo a un signo de Jacques vacié detrás del mostrador. Para estar a la altura de lo que esperaban de mí rompí dos o tres vasos. Jacques reía; yo estaba feliz. Fuimos al Vikings. Iba por la calle dando el brazo derecho a Jacques y el izquierdo a Riquet: el izquierdo no existía y me maravilló conocer con Jacques una intimidad física que simbolizaba la confusión de nuestras almas. Me enseñó el póquer de dados y me hizo servir un gin-fizz con muy poco gin: yo me sometía amorosamente a su

vigilancia. El tiempo ya no existía: eran las dos cuando bebí sobre el mostrador de la Rotonde una menta verde. A mi alrededor titilaban rostros surgidos de otro mundo; en todas las esquinas estallaban los milagros. Y me sentía ligada a Jacques por una indisoluble complicidad, como si hubiéramos cometido juntos un asesinato o atravesado el Sahara a pie.

Me dejó ante el 71 de la calle de Rennes. Yo tenía la llave del departamento. Mis padres me esperaban, mi madre lloraba, mi padre con su cara de circunstancias. Venían del Bulevar Montparnasse donde mi madre había llamado hasta que mi tía se asomó a la ventana: mi madre había reclamado a gritos que le devolvieran a su hija y había acusado a Jacques de deshonorarla. Expliqué que después de ver *L'Equipage* habíamos tomado un café crema en la Rotonde. Pero mis padres no se calmaron y aunque yo estaba un poco más curtida que antes también lloré y me convulsioné. Jacques me había citado al día siguiente en la terraza del Select. Consternado por mis ojos enrojecidos, y por el relato que su madre le había hecho, puso en su mirada más ternura que nunca; se defendió de haberme tratado con irreverencia: "Hay un respeto más difícil", me dijo. Me sentí todavía más unida a él que durante nuestra orgía. Nos despedimos cuatro días después. Le pregunté si estaba muy triste de irse de París. "Sobre todo no tengo ganas de separarme de ti", me contestó. Me acompañó en auto a la Sorbona. Bajé. Nos miramos durante un largo rato. "Entonces –dijo con una voz que me conmovió–, ¿no te veré más?" Apretó el embrague y quedé en el borde de la acera, desamparada. Pero mis últimos recuerdos me daban fuerzas para desafiar el tiempo. Pensé: "Hasta el año próximo", y fui a leer Leibniz.

"Si alguna vez quieres mandarte una fiesta acuérdate de Riquet", me había dicho Jacques. Le mandé dos líneas al joven Bresson y me encontré con él una tarde a eso de las seis en el Stryx; hablamos de Jacques a quien admiraba, pero el bar estaba desierto y no pasó nada. Pasó poca cosa aquella otra noche en que subí a tomar un aperitivo en el bar de la Rotonde; algunos jóvenes conversaban entre ellos con aire íntimo; las mesas de madera sin pintar, las sillas normandas, las cortinas rojas y blancas no parecían recelar más misterio que la trastienda de un confitero. Sin embargo, cuando quise pagar mi sherry-gobler, el barman pelirrojo no me aceptó el dinero; ese incidente –que nunca dilucidé– rozaba discretamente el prodigio y me alentó. Me las arreglé, saliendo de rasa temprano y llegando tarde a mi círculo para pasar una hora en los Vikings cada noche en que iba a Belleville. Una vez tomé dos gin-fizz; era demasiado, los vomité en el subterráneo; cuando abrí la puerta del Centro mis piernas no me sostenían y tenía la frente cubierta de sudor frío: me creyeron enferma, me extendieron sobre un diván felicitándome por mi coraje. Mi prima Madeleine vino a pasar unos días a París: salté sobre la ocasión. Tenía veintitrés años y mi madre nos permitió ir una noche las dos solas al teatro: en realidad habíamos complotado recorrer los lugares pecaminosos. Las cosas estuvieron a punto de estropearse porque en el momento de salir de casa Madeleine se divirtió en ponerme un poco de rojo en los pómulos: me pareció bonito y cuando mi madre me ordenó que me lavara la cara protesté. Sin duda creyó ver sobre mi mejilla la marca de Satanás; me exorcizó de una bofetada. Cedí a regañadientes. Sin embargo, me dejó salir y nos dirigimos mi prima y yo hacia Montmartre. Erramos largamente bajo la luz de los carteles de neón: no nos decidíamos a elegir. Entramos en dos bares tristes como lecherías y fuimos a parar a la calle Lepic, en un atroz agujero donde unos muchachos de costumbres livianas esperaban al cliente. Dos de ellos se sentaron a nuestra mesa asombrados por nuestra intrusión, pues visiblemente no éramos una competencia. Bostezamos en común durante un largo rato: estaba asqueada.

Sin embargo, perseveraré. Les conté a mis padres que el Centro de Belleville preparaba para el 14 de julio una reunión recreativa, que estaba haciendo ensayar una comedia a mis alumnas y que debía disponer de varias noches por semana; pretendí gastar en beneficio de los Equipos el dinero que

consumía en gin-fizz. Generalmente iba al Jockey, Bulevar Montparnasse: Jacques me había hablado de él y me gustaban sobre las paredes los carteles de colores, donde se entremezclaban el rancho de Chevalier, los zapatos de Carlitos, la sonrisa de Greta Garbo; me gustaban las botellas luminosas, las banderitas abigarradas, el olor de tabaco y de alcohol, las voces, las risas, el saxofón. Las mujeres me maravillaban: no había palabras en mi vocabulario para designar la tela de sus vestidos, el color de su pelo; no imaginaba que uno pudiera comprar en ninguna tienda sus medias impalpables, sus zapatos, el rojo de sus labios. Las oía discutir con los hombres la tarifa de sus noches y sus futuras complacencias. Mi imaginación no reaccionaba: la había bloqueado. Los primeros tiempos, sobre todo, no había a mi alrededor gente de carne y hueso sino alegorías: la inquietud, la frivolidad, la idiotez, la desesperación, el genio quizá, y seguramente el vicio de múltiples rostros. Seguía convencida de que el pecado es el lugar vacío de Dios y me encaramaba sobre mi banco con el fervor con que de niña me postraba a los pies del Santísimo Sacramento: tocaba la misma presencia; el jazz había reemplazado la gran voz del órgano y yo acechaba la aventura como antes esperaba el éxtasis. "En los bares –me había dicho Jacques– basta hacer cualquier cosa y ocurren cosas." Yo hacía cualquier cosa. Si entraba un cliente con el sombrero puesto yo gritaba: "¡Sombrero!", y de un manotón se lo tiraba al suelo. De tanto en tanto rompía un vaso. Peroraba, interpelaba a los parroquianos tratando de engañarlos ingenuamente: me pretendía modelo o ramera. Con mi vestido viejo, mis medias gruesas, mis zapatos chatos, mi cara sin arte, no engañaba a nadie. "No tiene lo que se necesita", me dijo un rengo que llevaba anteojos de carey. "Usted es una burguesita que quiere hacerse la bohemia", concluyó un hombre de nariz aguileña que escribía folletines. Protesté; el rengo dibujó algo sobre un pedazo de papel. "Esto es lo que hay que hacer y dejarse hacer en el oficio de ramera." Conservé mi sangre fría: "Está muy mal dibujado", dije. "Está muy parecido"; abrió su bragueta y esta vez aparté los ojos. "No me interesa." Se echaron a reír. "¡No ve! –dijo el folletinista–. Una verdadera ramera hubiese mirado y hubiera dicho: ¡no hay de qué jactarse!" Ayudada por el alcohol soporté fríamente las obscenidades. Por otra parte me dejaban en paz. A veces me ofrecían una copa, me invitaban a bailar, nada más: evidentemente, yo descorazonaba cualquier lubricidad.

Mi hermana participó varias veces de esas farras; para darse un aspecto dudoso se ponía el sombrero torcido y cruzaba las piernas con la falda muy recogida. Hablábamos en voz alta, nos burlábamos bulliciosamente. O si no entrábamos la una detrás de la otra en el bar fingiendo no conocernos y fingíamos reñir: nos tirábamos del pelo, nos lanzábamos insultos, felices si esa exhibición sorprendía un instante al público.

Las noches en que me quedaba en casa soportaba mal la tranquilidad de mi cuarto; busqué de nuevo caminos místicos. Una noche intuí a Dios, si existía debía declararse. Se quedó quieto y nunca más le dirigí la palabra. En el fondo estaba muy contenta de que no existiera. Me hubiera desesperado que la partida que empezaba a jugarse aquí abajo ya tuviera su desenlace en la eternidad.

En todo caso había ahora sobre la tierra un lugar donde me sentía a gusto; el Jockey ya me era familiar, veía caras conocidas y me encontraba cada vez mejor. Bastaba un gin-fizz y mi soledad se derretía: todos los hombres eran hermanos, todos nos comprendíamos, todo el mundo se quería. Ni problemas, ni nostalgias, ni esperas: el presente me llenaba. Bailaba, unos brazos me oprimían y mi cuerpo presentía evasiones, abandonos más fáciles y más tranquilizadores que mis delirios; lejos de ofuscar me como a los dieciséis años me consolaba que una mano desconocida pudiera tener sobre mi nuca una tibieza, una dulzura semejante a la ternura. No comprendía nada de la gente que me rodeaba, pero no importaba: estaba en otro país y tenía la impresión de que por fin tocaba la libertad con el dedo. Había progresado desde la época en que vacilaba en caminar por la calle al lado de un muchacho: desafiaba alegremente las convenciones y la autoridad. La atracción que ejercían sobre mí los bares y los dancings venía en gran parte de su carácter ilícito. Nunca mi madre hubiera aceptado

poner los pies; a mi padre le hubiera escandalizado verme allí y Pradelle se hubiera afligido; yo sentía una gran satisfacción en saberme radicalmente fuera de la ley.

Poco a poco me envalentoné. Dejaba que se me acercaran por la calle, entraba a un boliche a tomar una copa con un desconocido. Una noche subí a un automóvil que me había seguido por los grandes Bulevares. "¿Vamos a dar una vuelta a Robinson?", propuso el conductor. No era nada atrayente y ¿qué sería de mí si me dejaba plantada en medio de la noche a diez kilómetros de París? Pero tenía principios: "Vivir peligrosamente, no rechazar nada", decían Gide, Riviére, los surrealistas y Jacques. "Bueno", dije. En la Plaza de la Bastilla en la terraza de un café tomamos cocktails sin entusiasmo. Cuando subimos nuevamente al auto el hombre rozó mi rodilla: me aparté rápidamente. "¿Y qué?, quiere que la paseen en coche y ni siquiera quiere que la toquen?" Su voz había cambiado. Paró el auto y trató de besarme. Me escapé perseguida por sus insultos. Tomé el último subterráneo. Me daba cuenta de que me había salvado raspando; sin embargo, me felicitaba de haber hecho un acto verdaderamente gratuito.

Otra noche, en una kermesse de la avenida Clichy, yo jugaba al fútbol miniatura con un pillastre que tenía la mejilla cortada por una cicatriz rosada; tiramos al blanco y él insistió para pagar todo. Me presentó un amigo y me convidó con un café con leche. Cuando vi que el último ómnibus arrancaba, le dije adiós y me fui corriendo. Me alcanzaron en el momento en que iba a saltar sobre la plataforma; me tomaron de los hombros: "¡Ésas no son maneras!" El guarda vacilaba, la mano sobre la campanilla; luego tiró de la manija y el ómnibus arrancó. Yo estaba enfurecida. Los dos muchachos me aseguraron que yo tenía la culpa: no se deja plantada así a la gente. Nos reconciamos e insistieron para acompañarme a pie hasta casa: me cuidé muy bien de explicarles que no debían esperar nada de mí, pero se empeñaron. En la calle Cassette, en la esquina de la calle de Rennes, el granuja de la cicatriz me tomó por la cintura: "¿Cuándo volvemos a vernos?" "Cuando quiera", dije cobardemente. Trató de besarme pero me debatí. Cuatro agentes ciclistas aparecieron; no me atreví a llamarlos pero mi agresor me largó y dimos algunos pasos hacia mi casa. Cuando la ronda hubo pasado me agarró de nuevo: "No vendrás a la cita: ¡quisiste engañarme! ¡Eso no me gusta! Mereces una lección." Tenía un aspecto de pocos amigos: iba a golpearme o a darme un beso en la boca, no sé qué era lo que más me asustaba. El amigo se interpuso: "¡Vamos! Podemos arreglarnos. Está rabiando porque usted le costó plata, eso es todo." Vací mi cartera: "¡Me importa un pito el dinero! —dijo el otro—. Quiero darle una lección." Sin embargo, terminó por tomar mi fortuna: quince francos. "¡Ni siquiera para pagarse una mujer!", dijo malhumorado. Entré a casa; había tenido verdaderamente miedo.

El año escolar terminaba. Suzanne Boigue había pasado varios meses en casa de una de sus hermanas en Marruecos; allí había encontrado al hombre de su vida. El almuerzo de bodas tuvo lugar en un gran jardín de las afueras; el marido era agradable, Suzanne estaba radiante, la felicidad me pareció atrayente. Por otra parte no me sentía desgraciada: la ausencia de Jacques y la certidumbre de su amor tranquilizaban mi corazón que ya no estaba amenazado por los choques de un encuentro, los azares de un enojo. Iba a remar al bosque con mi hermana, Zaza, Lisa, Pradelle: mis amigos se entendían bien y cuando estaban reunidos yo sentía menos no entenderme del todo con ninguno de ellos. Pradelle me presentó a un compañero de la Normal por quien profesaba una verdadera estima: era uno de los que en Solesmes lo habían llevado a comulgar. Se llamaba Pierre Clairaut y simpatizaba con la *Action Française*; bajito, muy moreno, parecía un grillo. Tenía que presentarse el año siguiente a la agregación de filosofía y por lo tanto íbamos a ser condiscípulos. Como parecía duro, altanero y seguro de sí me prometía a la entrada de las clases tratar de descubrir lo que había bajo su coraza. Fui con él y con Pradelle a la Sorbona a oír pasar los orales del concurso: todos se apretujaban para oír el examen de Raymond Aron a quien todo el mundo predecía un gran porvenir filosófico. También me

señalaron a Daniel Lagache que se destinaba a la psiquiatría. Ante la sorpresa general, Jean Paul Sartre había fracasado en el escrito. El concurso me pareció difícil, pero no perdí coraje: trabajaría lo que fuera necesario pero de aquí a un año habría terminado; ya me parecía ser libre. También pienso que me había ayudado mucho pervertirme, distraerme, cambiar de aire. Había recobrado mi equilibrio hasta el punto de que ya ni siquiera llevaba mi diario íntimo: "Sólo deseo una intimidad cada vez más grande con el mundo y contar ese mundo en una obra", escribía a Zaza. Estaba de excelente humor cuando llegué a Limousin y para completar todo recibí una carta de Jacques. Me hablaba de Biskra, de los burritos, de las manchas de sol, del verano; recordaba nuestros encuentros que llamaba "mis únicos llamados de atención de entonces"; prometía: "El año próximo haremos cosas importantes." Mi hermana, menos entrenada que yo en descifrar los criptogramas me preguntó el sentido de esa última frase. "Quiere decir que nos casaremos", respondí triunfalmente.

¡Qué lindo verano! Sin lágrimas, sin efusiones solitarias, sin tempestades epistolares. El campo me colmaba, como a los cinco años, como a los doce años y el azul bastaba para llenar el cielo. Ahora yo sabía lo que prometía el olor de la madreSelva y lo que significaba el rocío de las mañanas. En los senderos perdidos a través de los trigales en flor, entre los brezos y los espinillos que arañan, yo reconocía los innumerables matices de mis penas y de mis dichas. Paseaba mucho con mi hermana. A menudo nos bañábamos en enaguas, en las aguas pardas de la Vézère; nos secábamos sobre el pasto con olor de menta. Ella dibujaba, yo leía. Ni siquiera las distracciones me molestaban. Mis padres habían reanudado con unos viejos amigos que pasaban el verano en un castillo de los alrededores; éstos tenían tres hijos que estudiaban Derecho, muy buenos mozos, con los cuales íbamos de tanto en tanto a jugar al tenis. Yo me divertía de buena gana. Su madre previno delicadamente a la nuestra que sólo aceptaría como nueras chicas con dote: eso nos hizo reír mucho, pues considerábamos sin codicia a esos jóvenes formales.

También ese año me invitaron a Laubardon. Mi madre había aceptado sin hacerse rogar que yo me encontrara en Bordeaux con Pradelle que pasaba sus vacaciones en esa región. Pasé un día encantador. Decididamente Pradelle contaba mucho para mí. Y Zaza todavía más. Llegué a Laubardon loca de alegría.

Zaza había logrado en junio la rara hazaña de aprobar de entrada su certificado de filología. Sin embargo, ese año había dedicado muy poco tiempo a sus estudios. Su madre reclamaba cada vez más tiránicamente su presencia y sus servicios. La señora Mabilie consideraba el ahorro una virtud capital: le habría parecido inmoral comprar afuera lo que podía fabricarse en casa: pasteles, dulces, ropa blanca, vestidos y abrigos. Cuando hacía buen tiempo iba a menudo al Mercado Central con sus hijas para comprar barato las frutas y las verduras. Cuando alguna de las chicas Mabilie necesitaba un vestido nuevo, Zaza debía explorar una decena de tiendas: de cada una traía un muestrario que la señora Mabilie comparaba teniendo en cuenta la calidad del género y su precio; después de una larga deliberación Zaza volvía a comprar la tela elegida. Esas tareas y las obligaciones mundanas que se habían multiplicado desde la ascensión del señor Mabilie excedían a Zaza. No conseguía convencerse de que recorriendo los salones y las grandes tiendas, observaba fielmente los preceptos del Evangelio. Sin duda, su deber de cristiana era someterse a su madre; pero leyendo un libro sobre Port-Royal, había quedado impresionada por una palabra de Nicole, en la cual sugería que la obediencia también puede ser una trampa del demonio. Aceptando disminuirse, idiotizarse, ¿no contrariaba quizá la voluntad de Dios? ¿Cómo conocerla con seguridad? Temía pecar por orgullo si confiaba en su propio juicio y por cobardía si cedía a las presiones exteriores. Esa duda exasperaba el conflicto que la desgarraba desde hacía tiempo: quería a su madre, pero también le gustaban muchas cosas que a su madre no le gustaban. A menudo me citaba tristemente unas palabras de Ramuz: "Las cosas que quiero no se quieren entre sí." El porvenir no tenía nada consolador. La señora Mabilie se negaba

categoricamente a que Zaza empezara el año próximo un diploma de estudios, temía que su hija se convirtiera en una intelectual. Ya Zaza no esperaba encontrar el amor. En mi medio ocurrían –aunque rara vez– casamientos por amor: había sido el caso de mi prima Titite. Pero decía la señora Mabilie: "Los Beauvoir son personas fuera de su clase." Zaza estaba mucho más sólidamente integrada que yo a la burguesía bien pensante donde todas las uniones obedecían a arreglos de familia; todos esos jóvenes que aceptaban dejarse casar pasivamente eran de una consternadora mediocridad. Zaza amaba apasionadamente la vida; por eso la perspectiva de una existencia sin alegría le quitaba por momentos todo deseo de vivir. Como en su primera infancia se defendía con paradojas contra el falso idealismo de su medio. Habiendo visto a Jovet representar en *Au grand large* el papel de un borracho, se declaró enamorada de él y pinchó su fotografía sobre su cama; la ironía, la sequedad, el escepticismo encontraban enseguida un eco en ella. En una carta que me envió a principio de las vacaciones me confió que a veces soñaba renunciar radicalmente al mundo. "Después de sentir en algunos momentos un amor por la vida tanto intelectual como físico, siento que de pronto se apodera de mí el sentimiento de la vanidad de todo eso y todas las personas, todas las cosas parecen retirarse de mí; siento tal indiferencia por todo el universo que ya me parece estar muerta. El renunciamiento a sí mismo, a la existencia, a todo, el renunciamiento de los religiosos que tratan de empezar desde este mundo la vida sobrenatural me tienta terriblemente. A menudo me he dicho que ese deseo de encontrar en 'los lazos' la libertad verdadera era un signo de vocación; en otros momentos la vida y las cosas vuelven a apoderarse en tal forma de mí que la vida del convento me parece una mutilación y me parece que no es eso lo que Dios quiere de mí. Pero cualquiera sea la vida que debo seguir no puedo como usted ir a la vida con todo mi ser; en el momento en que existo con más intensidad todavía siento el gusto del vacío en la boca."

Esa carta me había asustado un poco. Zaza me repetía que mi incredulidad no nos separaba. Pero si llegaba a entrar al convento estaría perdida para mí; y para ella misma, pensé.

La noche de mi llegada tuve una decepción; no dormía en el cuarto de Zaza sino en el de la señorita Avdicovitch, una estudiante polaca tomada como gobernanta para las vacaciones: se ocupaba de los tres Mabilie menores. Lo que me consoló un poco fue que me pareció encantadora: Zaza me había hablado de ella con mucha simpatía en sus cartas. Tenía un hermoso cabello rubio, ojos celestes lánguidos y alegres, una boca carnosa y una seducción muy insólita que en esa época no tuve la indecencia de nombrar por su nombre: *sex-appeal*. Su vestido vaporoso descubría hombros apetecibles; esa noche se sentó al piano y cantó en ucraniano cantos de amor, con coqueterías que nos encantaron a Zaza y a mí, y que escandalizaron a todos los demás. De noche me quedaba boquiabierta al verla ponerse un pijama en vez de camisón. En seguida me abrió su corazón. Su padre tenía en Lwow una gran fábrica de caramelos; ella, como estudiante, había militado en favor de la independencia ucraniana y había pasado algunos días en la cárcel. Había ido a completar su cultura primeramente a Berlín donde había permanecido dos o tres años, luego a París; seguía cursos en la Sorbona y recibía una pensión de sus padres. Había querido aprovechar sus vacaciones para entrar en la intimidad de una familia francesa: estaba azorada. Me di cuenta al día siguiente hasta qué punto pese a su perfecta educación chocaba a la gente de bien; graciosa, femenina, Zaza, sus amigas y yo misma parecíamos a su lado unas monjitas. A la tarde se divirtió tirándole las cartas a toda la asistencia incluso a Xavier Du Moulin con quien, indiferente a su sotana, flirteaba discretamente: él no parecía insensible a sus avances y le sonreía mucho; le hizo el gran juego y le predijo que no tardaría en encontrar a la dama de su corazón. Las madres, las hermanas mayores se escandalizaron, a sus espaldas la señora Mabilie acusó a Stépha de no quedarse en su lugar. "Por otra parte, estoy segura de que no es una señorita como se debe", dijo. Le reprochó a Zaza que simpatizara demasiado con la extranjera.

Respecto a mí, me pregunto por qué había aceptado invitarme: sin duda para no chocar a Zaza de frente, pero se aplicaba sistemáticamente a impedir que estuviéramos solas. Zaza pasaba sus mañanas en la cocina: me apenaba verla perder horas enteras cubriendo con pergamino tarros de dulce, ayudada por Bébelle o Mathé. Durante el día no estaba un minuto sola. La señora Mabilie multiplicaba recepciones y salidas con la esperanza de casar bien a Lili que ya no era tan joven. "Es el último año que me ocupo de ti; ya me has costado bastante caro: ahora le toca a tu hermana", había declarado públicamente durante una comida a la que asistía Stépha. Ya unos ingenieros habían anunciado a la señora Mabilie que les gustaría casarse con Zaza. Me preguntaba si a la larga Zaza no se dejaría convencer de que su deber de cristiana era fundar un hogar; tanto como la idiotez del convento me costaba aceptar para ella la opacidad de un casamiento resignado.

Algunos días después de mi llegada un gran picnic reunió a todas las familias bien de la región al borde del Adour. Zaza me prestó su vestido de tesor rosa. Ella llevaba un vestido de seda blanco con un cinturón verde y un collar de jade; había adelgazado. Tenía frecuentes jaquecas y dormía mal; para disimular se ponía colorete sobre las mejillas; a pesar de ese artificio le faltaba frescura. Pero me gustaba su rostro y me apenaba que lo ofreciera amablemente a todo el mundo; desempeñaba con demasiada desenvoltura su papel de joven de mundo. Llegamos antes de hora; poco a poco la gente afluyó y cada una de las sonrisas de Zaza, cada una de sus reverencias me estrujaban el corazón. Yo me ajetreaba con las otras: extendieron manteles sobre el pasto, desembalaron vajilla y vituallas, yo hacía girar la manivela de una máquina de fabricar helados. Stépha me llevó aparte y me pidió que le explicara el sistema de Leibniz: durante una hora olvidé mi aburrimiento. Pero luego el día se arrastró pesadamente. Huevos en gelatina, barquillos, aspics, arrollados, galantinas, patés, pasteles, estofados, *chaud-froids*, terrinas, tortas, tartas, pasta de almendras: todas esas señoras habían cumplido fervorosamente sus deberes sociales. Se atragantaron de comida, rieron mucho sin alegría, se hablaba sin convicción: nadie parecía divertirse. Al final de la tarde la señora Mabilie me preguntó si sabía dónde estaba Zaza; fue en su busca y yo la seguí. La encontramos bañándose en el Adour, al pie de una cascada; como traje de baño se había puesto un abrigo de tela. La señora Mabilie la regañó, pero riendo: no desperdiciaba su autoridad en pecadillos. Comprendí que Zaza había sentido una necesidad de soledad, de sensaciones violentas, y quizá también de una purificación después de esa tarde pegajosa y me tranquilicé: no estaba todavía lista para dejarse caer en el sueño satisfecho de las matronas.

Sin embargo, su madre, me daba cuenta, conservaba un gran ascendiente sobre ella. La señora Mabilie empleaba con sus hijos una hábil política; de chiquitos los trataba con alegre indulgencia; más adelante seguía siendo liberal en las pequeñas cosas; cuando se trataba de asuntos serios su crédito estaba intacto. Tenía cuando era necesario vivacidad y un cierto encanto; siempre había manifestado a Zaza una ternura particular y ésta había caído en la trampa de sus sonrisas: el amor tanto como el respeto paralizaba sus rebeldías. Una noche, sin embargo, se rebeló. En medio de una comida la señora Mabilie declaró con voz cortante: "No comprendo que un creyente frecuente a un ateo." Sentí con angustia que se me encendían las mejillas. Zaza respondió indignada: "Nadie tiene derecho a juzgar a nadie. Sólo Dios conduce a la gente por los caminos que él elige." "Yo no juzgo –dijo fríamente la señora Mabilie–, debemos orar por las almas extraviadas; pero no dejarnos contaminar por ellas." Zaza estaba sofocada de rabia y eso me tranquilizó. Pero sentía que la atmósfera de Laubardon era todavía más hostil que el año anterior. Más adelante, en París, Stépha me contó que los chicos se burlaban de verme tan mal vestida: también se rieron el día en que Zaza, sin decirme la razón, me prestó uno de sus vestidos. Yo no tenía amor propio y era poco observadora: soporté con indiferencia muchas otras humillaciones. Sin embargo, solía sentirme deprimida. Stépha tuvo la curiosidad de ir a conocer Lourdes y me sentí todavía más sola. Una noche, después de comer, Zaza se sentó al piano; tocó

Chopin; tocaba bien; yo miraba su casco de pelo negro separado por una raya juiciosa de una conmovedora blancura y me decía que esa música apasionada expresaba su verdad; pero había esa madre y toda esa familia entre nosotras y acaso un día se renegara a sí misma y yo la perdería; por el momento en todo caso estaba fuera de alcance. Sentí un dolor tan agudo que me levanté, salí del salón y me acosté llorando. La puerta se abrió; Zaza se acercó a mi cama, se inclinó sobre mí, me besó. Nuestra amistad siempre había sido tan severa que su gesto me trastornó de alegría.

Stépha volvió de Lourdes; traía para los chicos una gran caja de caramelos: "Es muy amable de su parte, señorita, dijo la señora Mabilie con un tono muy frío, pero hubiera podido ahorrarse ese gasto: los chicos no necesitan sus caramelos." Juntas hacíamos pedazos la familia de Zaza y sus amigos: eso me aliviaba un poco. Por otra parte, ese año el final de mi estadía fue más clemente que el comienzo. No sé si Zaza tuvo una explicación con su madre o si maniobró hábilmente: conseguimos volver a estar solas; de nuevo dimos largos paseos y conversamos. Me hablaba de Proust que comprendía mucho mejor que yo; me decía que al leerlo sentía muchas ganas de escribir, me aseguraba que el año próximo no se dejaría embrutecer por la vida cotidiana: leería, conversaríamos. Tuve una idea que la sedujo: el domingo por la mañana nos juntaríamos para jugar al tenis, Zaza, mi hermana, yo, Jean Pradelle, Pierre Clairaut y algún otro de sus amigos.

Zaza y yo estábamos de acuerdo más o menos sobre casi todo. En los ateos a condición de que no perjudicaran al prójimo ninguna conducta le parecía reprehensible: admitía el inmoralismo gideano, el vicio no la escandalizaba. En cambio, no admitía que se pudiera adorar a Dios y transgredir a sabiendas sus mandamientos. Me parecía lógica esa actitud que prácticamente encajaba con la mía: para los demás todo me parecía permitido; pero en mi propio caso, en el de mis allegados –en Jacques en particular– seguía aplicando las normas de la moral cristiana. No sin un cierto malestar oí un día a Stépha que me decía riendo a carcajadas: "¡Dios mío, qué ingenua es Zaza!" Stépha había declarado que ningún joven llega virgen al matrimonio ni siquiera en los ambientes católicos. Zaza había protestado: si uno cree, vive según su fe. "Mire a sus primos Du Moulin", había dicho Stépha. "Y bueno, justamente, declaró Zaza, ¡comulgan todos los domingos! Le aseguro que no admitirían vivir en estado de pecado mortal." Stépha no había insistido; pero me contó que en Montparnasse, donde iba a menudo, había encontrado muchas veces a Henri y a Edgard en compañía no equívoca. "Por otra parte, ¡basta mirarlos!", me dijo. Efectivamente, no tenían aspecto de monaguillos. Pensé en Jacques: tenía una cara completamente distinta, tenía otra calidad; imposible suponer que fuera un juerguista grosero. No obstante, revelándome la ingenuidad de Zaza, Stépha refutaba mi propia experiencia. Para ella era lo más corriente frecuentar los bares, los cafés donde yo buscaba clandestinamente lo extraordinario: seguramente los veía bajo un ángulo muy diferente. Me di cuenta de que yo tomaba a la gente tal como quería ser tomada; no sospechaba que tuvieran otra verdad que su vida oficial; Stépha me avisaba que este mundo regimentado tenía bambalinas. Esa conversación me inquietó.

Aquel año Zaza no me acompañó a Mont-de-Marsan; me paseé entre dos trenes pensando en ella. Estaba resuelta a luchar con todas mis fuerzas para que la vida ganara a la muerte.

CUARTA PARTE

Ese comienzo de año escolar no se pareció a los demás. Al decidir preparar el concurso, yo me había evadido por fin del laberinto en el cual daba vueltas desde hacía tres años: me había puesto en marcha hacia el porvenir. En adelante todos mis días tenían un sentido: me encaminaban hacia una liberación definitiva. La dificultad de la empresa me acicateaba; ya no se trataba de divagar ni de aburrirme. Ahora que tenía algo que hacer la tierra me bastaba ampliamente; estaba liberada de la inquietud, de la desesperación, de todas las nostalgias. "Sobre este cuaderno ya no anotaré debates trágicos sino la historia sencilla de cada día." Tenía la impresión que después de un penoso aprendizaje mi verdadera vida comenzaba y me lanzaba a ella alegremente.

En octubre, como la Sorbona estaba todavía cerrada, pasaba mis días en la Biblioteca Nacional. Había conseguido no volver a almorzar a casa: compraba pan, fiambres, y los comía en los jardines del Palais Royal mirando morir las últimas rosas; sentados sobre los bancos los obreros comían grandes sandwiches y tomaban vino tinto. Si lloviznaba me cobijaba en un café Biard, entre albañiles que sacaban sus propias provisiones, me alegraba escapar al ceremonial de las comidas en familia; reduciendo el alimento a su verdad me parecía dar un paso hacia la libertad. Volvía a la Biblioteca; estudiaba la teoría de la relatividad y me apasionaba. De tanto en tanto miraba a los otros lectores y me instalaba con satisfacción en mi sillón: entre esos eruditos, esos sabios, esos buscadores, esos pensadores, estaba en mi lugar. Ya no me sentía rechazada por mi medio: era yo la que lo había dejado para entrar en esta sociedad de la que aquí veía un resumen donde comulgaban a través del espacio y los siglos todos los espíritus interesados por la verdad. Yo también participaba del esfuerzo que hace la humanidad para saber, comprender, expresarse: formaba parte de una gran empresa colectiva y escapaba para siempre de la soledad. ¡Qué victoria! Volvía a mi trabajo. A las seis menos cuarto la voz de un guardián anunciaba con solemnidad: "Señores, vamos a cerrar." Era cada vez una sorpresa al salir de los libros encontrar las luces, las tiendas, los transeúntes, y el enano que vendía violetas junto al Théâtre Français. Caminaba lentamente abandonándome a la melancolía de los atardeceres y de los regresos.

Stépha volvió a París pocos días después que yo y vino a menudo a la Biblioteca, a leer Goethe y Nietzsche. Los ojos y la sonrisa al acecho, gustaba demasiado a los hombres y le interesaban demasiado para trabajar muy asiduamente. No había terminado de instalarse que ya arrojaba su abrigo sobre sus hombros e iba a juntarse con uno de sus flirts: el de la agregación de alemán, el estudiante prusiano, el doctor rumano. Almorzábamos juntas y aunque ella no era muy rica me convidaba con pasteles en una panadería o un buen café en Pocardí. A las seis íbamos a pasear por los Bulevares o, más a menudo, tomábamos el té en su casa. Vivía en un hotel de la calle San Sulpicio en un cuartito muy azul; había colgado de las paredes reproducciones de Cézanne, de Renoir, del Greco y los dibujos de un amigo español que quería pintar. Me sentía a gusto con ella. Me gustaba la dulzura de su cuello de piel, sus sombreritos, sus vestidos, sus perfumes, sus gorjeos, sus gestos acariciadores. Mis relaciones con mis amigos –Zaza, Jacques, Pradelle– habían sido siempre de una gran severidad. Stépha me daba el brazo por la calle, en el cine me tomaba de la mano, me besaba por cualquier motivo. Me contaba un montón de cosas, me entusiasmaba por Nietzsche, se indignaba contra la señora Mabile, se burlaba de sus festejantes: tenía el don de las imitaciones y cortaba sus relatos con pequeñas comedias que me divertían mucho.

Estaba liquidando un viejo fondo de religiosidad. En Lourdes se había confesado y había comulgado; en París compró en el Bon Marché un libro de misa y se arrodilló en la capilla de San Sulpicio tratando de rezar: no había salido nada. Durante una hora había estado caminando delante de la iglesia sin decidirse a entrar ni a alejarse. Las manos a la espalda, arrugando la frente, yendo y viniendo por su cuarto con un aire preocupado, imitó esa crisis con tal animación que dudé de su gravedad. En verdad, las divinidades que Stépha adoraba seriamente eran el Pensamiento, el Arte, el

Genio; a falta de ellas apreciaba la inteligencia y el talento. Cada vez que descubría un hombre "interesante", se las arreglaba para conocerlo y para "ponerle el pie encima". Era "el eterno femenino", me explicó. Prefería a los flirts las conversaciones intelectuales de la camaradería; todas las semanas discutía durante horas en la *Closerie des Lilas* con una banda de ucranianos que hacían en París vagos estudios o periodismo. Veía diariamente a su amigo español que conocía desde hacía años y que le había propuesto casamiento. Lo encontré varias veces en su cuarto; vivía en el mismo hotel. Se llamaba Fernando. Descendía de una de esas familias judías que las persecuciones habían expulsado de España, cuatro siglos atrás; había nacido en Constantinopla y había hecho sus estudios en Berlín. Precozmente calvo, la cabeza y el rostro redondos, hablaba de su "daimon" con romanticismo, pero sabía ser irónico y me resultó muy simpático. Stépha admiraba que sin tener un céntimo se las arreglara para pintar y compartía todas sus ideas; eran resueltamente internacionalistas, pacifistas, y hasta, en forma utópica, revolucionarias. Si no se decidía a casarse con él era porque le costaba renunciar a su libertad.

Les presenté a mi hermana, a la que adoptaron enseguida, y a mis amigos. Pradelle se había roto una pierna, cojeaba un poco cuando lo encontré a principios de octubre en la terraza del Luxemburgo. Stépha lo encontró demasiado juicioso y ella lo dejó azorado con su volubilidad. Se entendió mejor con Lisa. Ésta vivía ahora en una pensión de estudiantes cuyas ventanas se abrían sobre el pequeño Luxemburgo. Ganaba modestamente su vida dando lecciones; preparaba un certificado de ciencias y un diploma sobre Maine de Biran; pero no pensaba presentarse nunca a la agregación; su salud era demasiado frágil. "¡Mi pobre cerebro!", decía tomando entre sus manos su cabecita de pelo corto. "¡Pensar que sólo puedo contar con él! ¡Que debo sacar todo de él! Es inhumano: uno de estos días va a flaquear." No se interesaba ni en Maine de Biran ni en la filosofía, ni en sí misma: "Me pregunto ¡qué placer pueden encontrar en verme!", me decía con una sonrisita friolenta. No me aburría porque nunca se embriagaba con palabras y a menudo su desconfianza la volvía perspicaz.

Con Stépha yo hablaba mucho de Zaza que prolongaba su estadía en Laubardon. Yo le había mandado desde París, *La Ninfa Constante* y algunos otros libros; Stépha me contó que la señora Mabile se había irritado y había declarado: "¡Odio los intelectuales!" Zaza empezaba a inquietarla seriamente: no sería fácil imponerle un casamiento de conveniencia. La señora Mabile lamentaba haberla dejado frecuentar la Sorbona; le parecía urgente volver a tomar a su hija entre manos y hubiera querido sustraerla a mi influencia. Zaza me escribió que le había contado nuestro proyecto de jugar al tenis y que su madre se había indignado: "Declaró que no admitía esas costumbres de la Sorbona y que yo no iría a un tenis organizado por una estudiante de veinte años a juntarme con muchachos cuyas familias ella ni siquiera conocía. Le digo todo esto brutalmente, prefiero que se dé cuenta de ese estado de ánimo con el que choco sin cesar y que por otra parte una idea cristiana de obediencia me obliga a respetar. Pero hoy tengo los nervios deshechos; las cosas que quiero no se quieren entre sí; y so pretexto de principios morales he oído cosas que me sublevan. He ofrecido irónicamente firmar un papel por el cual me comprometía a no casarme nunca ni con Pradelle, ni con Clairaut, ni con ninguno de sus amigos, pero esto no calmó a mamá." En la carta siguiente me anunció que para obligarla a romper definitivamente con "la Sorbona" su madre había decidido mandarla a pasar el invierno a Berlín: es así como antes, me decía, para romper relaciones escandalosas o molestas las familias del país enviaban a sus hijos a América del Sur.

Yo nunca le había escrito a Zaza cartas tan expansivas como durante esas últimas semanas: ella nunca se había confiado tan francamente a mí. Sin embargo, cuando volvió a París a mediados de octubre nuestra amistad arrancó mal. A distancia sólo me hablaba de sus dificultades, de sus rebeliones, yo me sentía su aliada, pero en verdad su actitud era equívoca: conservaba por su madre todo su respeto, todo su amor, seguía solidaria con su medio. Yo ya no podía aceptar esa doblez. Yo había

medido la hostilidad de la señora Mabile, había comprendido que entre los dos bandos a que pertenecíamos ninguna transacción era posible: los "bien pensantes" deseaban la destrucción de los "intelectuales" y viceversa. Al no decidirse por mí, Zaza pactaba con adversarios encarnizados en destruirme y no se lo perdoné. Ella temía el viaje que le imponían y se atormentaba; le demostré mi rencor negándome a compartir sus preocupaciones; me dejé ir a un exceso de buen humor que la desconcertó. Yo hacía gala de una gran intimidad con Stépha y me ponía a su diapason riendo y conversando con demasiada exuberancia; a menudo nuestras conversaciones chocaban a Zaza; frunció el ceño cuando Stépha declaró que cuanto más inteligente era la gente, más internacionalista era. Por reacción contra nuestros modales de "estudiantes polonesas" representó con estiramiento su papel de "joven francesa como se debe", y mis temores aumentaron: quizá terminaría por pasarse al enemigo. Yo ya no me atrevía a hablarle con total libertad a tal punto que prefería verla con Pradelle, Lisa, mi hermana, Stépha, y no a solas. Ella sentía ciertamente esa distancia entre nosotras; y además los preparativos de su viaje la absorbían. Nos despedimos a principios de noviembre sin gran convicción.

La Universidad reabrió sus puertas. Yo había saltado un año y salvo a Clairaut no conocía a ninguno de mis compañeros; ningún diletante, ningún aficionado entre ellos: todos eran como yo bestias de carga. Les encontraba caras hoscas y aires importantes. Decidí ignorarlos. Seguí estudiando a rienda suelta. Seguía en la Sorbona y en la Escuela Normal todos los cursos de agregación y, según los horarios, iba a estudiar a Sainte-Geneviève, a Víctor Cousin o a la Nationale. De noche leía novelas o salía. Había crecido, pronto iba a abandonarlos: este año mis padres me autorizaban a ir de tanto en tanto al teatro de noche, sola o con una amiga. Vi *La Estrella de Mar* de Man Ray, todos los programas del Ursulines, del Studio 28 y del Ciné-Latin, todas las películas de Brigitte Helm, de Douglas Fairbanks, de Buster Keaton. Frecuentaba los teatros del Cartel. Bajo la influencia de Stépha me descuidaba menos que antes. Me había dicho que el agregativo de alemán me reprochaba que me lo pasara metida entre los libros: veinte años era demasiado pronto para jugar a la sabia; a la larga iba a volverme fea. Ella había protestado, pero le había picado: no quería que su mejor amiga pareciera una pedante desgraciada; me afirmaba que físicamente yo tenía muchos recursos e insistía para que sacara partido de mí misma. Empecé a ir a menudo al peinador, me interesé en la compra de un sombrero, en la confección de un vestido. Reanudé amistades. La señorita Lambert ya no me interesaba. Suzanne Boigue había seguido a su marido a Marruecos; pero volví a ver con gusto a Riesmann y tuve un nuevo brote de simpatía por Jean Mallet que ahora daba clases en el liceo de Saint-Germain y preparaba un diploma bajo la dirección de Baruzi. Clairaut venía a menudo a la Nationale. Pradelle lo respetaba y me había convencido de su gran valor. Era católico, tomista, maurrasiano, y como me hablaba clavando sus ojos en los míos con una voz categórica que me impresionaba, yo me preguntaba si no había sabido comprender a Santo Tomás y a Maurras; sus doctrinas seguían desagradándome; pero hubiera querido saber cómo se veía al mundo, cómo se sentía uno mismo cuando las adoptaba: Clairaut me intrigaba. Me aseguró que aprobaría la agregación. "Parece que usted triunfa en todo lo que emprende", me dijo. Me sentí muy halagada. Stépha también me alentaba: "Tendrá una linda vida. Siempre obtendrá todo lo que quiera." Por lo tanto, marchaba hacia adelante confiada en mi estrella y muy satisfecha de mí misma. Era un hermoso otoño y cuando levantaba la nariz de encima de mis libros me alegraba la ternura del cielo.

Entre tanto, para asegurarme de que no era una rata de biblioteca pensaba en Jacques; le dedicaba páginas de mi diario, le escribía cartas que guardaba para mí. Cuando vi a su madre a principios de noviembre estuvo muy afectuosa; me dijo que Jacques le pedía siempre noticias de "la única persona que me interesa en París"; me sonrió con aire cómplice repitiéndome esas palabras.

Yo trabajaba seriamente, me distraía, había recobrado mi equilibrio y recordaba con sorpresa mis juergas del verano. Esos bares, esos dancings, por los que yo me había arrastrado durante noches

enteras sólo me inspiraban repulsión y hasta una especie de horror. Ese virtuoso rechazo tenía exactamente el mismo sentido que mis antiguas complacencias: pese a mi racionalismo las cosas de la carne seguían siendo tabús para mí.

"¡Cómo es de idealista!", me decía a menudo Stépha. Tenía buen cuidado de no espantarme. Señalando sobre la pared del cuarto azul el dibujo de una mujer desnuda, Fernando me dijo un día con malicia: "Fue Stépha que posó." Me corté y ella le lanzó una mirada enfurecida: "¡No digas tonterías!" Él reconoció enseguida que había sido en broma. Ni por un instante se me ocurrió que Stépha pudiera justificar el veredicto de la señora Mabelle: "No es una señorita de verdad." Sin embargo, trataba con cuidado de liberarme un poco. "Le aseguro, querida, es muy importante el amor físico, sobre todo para los hombres..." Una noche, saliendo del Atelier, vimos en la plaza Clichy un amontonamiento de gente; un agente acababa de detener a un elegante jovencito cuyo chambergo había caído en la cuneta; estaba pálido y se debatía: la muchedumbre aullaba: "Cochino tratante..." Creí que iba a caerme en la acera; arrastré a Stépha; las luces, los rumores del Bulevar, las ramerías pintarrajeadas, todo me daba ganas de gritar. "¿Pero qué hay Simone? Es la vida." Con voz pausada Stépha me explicaba que los hombres no eran santos. Por supuesto todo eso era un poco "asqueroso", pero en fin existía y hasta contaba mucho, para todo el mundo. Me contó para apoyar su tesis un montón de anécdotas. Yo me crispaba. De tanto en tanto hacía, sin embargo, un esfuerzo de sinceridad: ¿de dónde me venían esas resistencias, esas prevenciones? "¿Será el catolicismo que me ha dejado tal aspiración de pureza que la menor alusión a las cosas de la carne me hunde en una indecible desazón? Pienso en la Colombe de Alain-Fournier, que se arrojó al estanque para no transigir con la pureza. ¿Pero quizá sea orgullo?"

Evidentemente yo no pretendía que hubiera que empecinarme indefinidamente en la virginidad. Pero me persuadía que se puede celebrar en la cama misas blancas: un auténtico amor sublime, el contacto físico, y entre los brazos del elegido la joven pura se transforma alegremente en una límpida mujer. Me gustaba Francis Jammes porque pintaba la voluptuosidad con colores sencillos como el agua de un torrente; me gustaba sobre todo Claudel porque glorifica en el cuerpo la presencia maravillosamente sensible del alma. No quise terminar *El Dios de los cuerpos* de Jules Romains, porque el placer no estaba descrito como un avatar del espíritu. Me exasperó *Sufrimientos del Cristiano* de Francois Mauriac que publicaba entonces la N.R.F. Triunfante en uno, humillada en el otro la carne cobraba en ambos casos demasiada importancia. Me indignaba contra Clairaut que respondiendo a una encuesta de *Nouvelles Littéraires* denunciaba "el harapo de carne y su trágica soberanía"; pero también contra Nizan y su mujer que reivindicaban, entre esposos, una total licencia sexual.

Yo justificaba mi repugnancia de igual manera que cuando tenía diecisiete años: todo anda bien si el cuerpo obedece a la cabeza y al corazón pero no debe ocupar el primer plano. El argumento no se tenía en pie puesto que en amor los héroes de Romains eran voluntariosos y los Nizan abogaban por la libertad. Por otra parte la razonable mojigatería de mis diecisiete años no tenía nada que ver con el misterioso "horror" que a menudo me congelaba. No me sentía directamente amenazada; a veces había sentido una turbación repentina: en el Jockey en brazos de algunos bailarines o en Meyrignac cuando tiradas sobre el pasto nos abrazábamos mi hermana y yo; pero esos vértigos me resultaban agradables, me llevaba bien con mi cuerpo; por curiosidad y por sensualidad tenía ganas de descubrir sus recursos y sus secretos; esperaba sin aprehensión y hasta con impaciencia el momento en que me convertiría en mujer. Era por un desvío que se me planteaba el problema: por Jacques. Si el amor físico era sólo un juego inocente no había ninguna razón de negarse a él; pero entonces nuestras conversaciones no debían pesar mucho al lado de las alegres y violentas complicidades que él había conocido con otras mujeres; yo admiraba la altura y la pureza de nuestras relaciones: en verdad eran incompletas, insulsas, descarnadas, y el respeto que Jacques me demostraba partía de la moral más convencional; yo volvía a

caer en el papel ingrato de la primita por la que se siente mucho cariño: ¡qué distancia entre esa virgen y un hombre rico de toda su experiencia de hombre! Yo no quería resignarme a semejante inferioridad. Prefería ver en el sexo una mancha; así podía esperar que Jacques se hubiera conservado puro; si no no me inspiraría envidia, sólo piedad; prefería tener que perdonarle debilidades que verme desterrada de sus placeres. Sin embargo, esa perspectiva también me asustaba. Aspiraba a la transparente fusión de nuestras almas; si él había cometido faltas tenebrosas se me escapaba en el pasado y hasta en el porvenir, pues nuestra historia falseada desde el principio no coincidiría nunca más con la que ya nos había inventado. "No quiero que la vida se ponga a tener otras voluntades que las mías", escribí en mi diario. Creo que ése era el sentido profundo de mi angustia. Yo ignoraba casi todo de la realidad; en mi ambiente estaba disfrazada por las convenciones y los ritos; esas rutinas me aburrían, pero yo no trataba de tomar la vida en su raíz; al contrario, me evadía en las nubes: yo era un alma, un espíritu puro, no me interesaba sino por los espíritus y por las almas; la intrusión del sexualismo hacía estallar esa actitud angélica: me descubría bruscamente en su terrible unidad, la necesidad y la violencia. Yo había experimentado un choque en la plaza Clichy porque había sentido entre el tráfico del tratante de blancas y la brutalidad del agente el lazo más íntimo. No era yo, era el mundo lo que estaba en juego: si los hombres tenían cuerpos que clamaban de hambre y que pesaban mucho, ya no obedecía a la idea que yo me hacía de él; miseria, crimen, opresión, guerra: yo entreveía confusamente horizontes que me asustaban.

No obstante, a mediados de noviembre volvía a Montparnasse. Estudiar, conversar, ir al cine: bruscamente me cansé de ese régimen. ¿Era eso vivir? ¿Era yo la que vivía así? Había habido lágrimas, fiebres, la aventura, la poesía, el amor: una existencia patética, no quería decaer. Aquella noche debía ir con mi hermana a l'Oeuvre; me encontré con ella en el Dome y la llevé al Jockey. Como el creyente al salir de una crisis de aridez se abisma en el olor del incienso y de los cirios yo volvía a empaparme en el humo del alcohol y del tabaco. No tardaron en subírsenos a la cabeza. Reanudando con nuestras tradiciones cambiamos violentas injurias y nos zarandeamos un poco. Yo deseaba emocionarme más seriamente y arrastré a mi hermana al Stryx. Encontramos al chico Bresson y a uno de sus amigos, un cuarentón. Ese hombre de edad flirteó con Poupette y le regaló violetas mientras yo conversaba con Riquet que me hizo una ardiente apología de Jacques. "Ha tenido golpes serios –me dijo–, pero siempre supo sobreponerse." Me dijo cuánta fuerza había en su debilidad, qué sinceridad se ocultaba bajo su prepotencia, cómo sabía hablar entre dos cocktails de cosas graves y dolorosas y con qué lucidez había medido la vanidad de todo. "Jacques nunca será feliz", concluyó admirativamente. Mi corazón se estrujó. "¿Y si alguien le diera todo?", pregunté. "Lo humillaría." El miedo, la esperanza volvieron a apoderarse de mí. A lo largo del Bulevar Raspail sollocé contra las violetas.

Me gustaban el llanto, la esperanza, el miedo. Cuando Clairaut me dijo al día siguiente clavando su mirada en la mía: "Tiene que hacer una tesis sobre Spinoza; no hay más que eso en la vida: casarse y hacer una tesis", me encabrité. Hacer una carrera, salir de juerga, dos maneras de abdicar. Pradelle convino conmigo que el trabajo también puede ser una droga. Agradecía con efusión a Jacques cuyo fantasma me había arrancado de mi estudioso atontamiento. Sin duda, algunos de mis compañeros de la Sorbona tenían más valores intelectuales que yo, pero poco me importaba. El porvenir de Clairaut, de Pradelle, me parecía trazado de antemano; la existencia de Jacques, de sus amigos, se me aparecía como una serie de tiradas de dados: quizá terminarían por destruirse o por arruinar su vida. Yo prefería ese riesgo a todas las esclerosis.

Durante un mes fui al Stryx una o dos veces por semana con Stépha, Fernando y un periodista ucraniano amigo de ellos que empleaba sus ocios en estudiar el japonés; llevé a mi hermana, a Lisa, a Mallet. No sé muy bien de dónde sacaba el dinero aquel año, pues ya no daba clases. Sin duda econo-

mizaba sobre los cinco francos que mi madre me daba diariamente para almorzar y raspaba un poco de aquí y de allí. En todo caso organizaba mi presupuesto en función de esas orgías. "Estuve hojeando en Picart los *Once capítulos sobre Platón* de Alain. Cuesta ocho cocktails: demasiado caro." Stépha se disfrazaba de camarera, ayudaba a Michel a servir a los clientes, bromeaba con ellos en cuatro idiomas, cantaba canciones ucranianas. Con Riquet y su amigo hablábamos de Giraudoux, de Gide, de cinematógrafo, de la vida, de las mujeres, de los hombres, de la amistad, del amor. Volvíamos bulliciosamente hacia San Sulpicio. Al día siguiente yo anotaba: "¡Noche maravillosa!", pero entrecortaba mi relato con paréntesis que daban un sonido muy diferente. Riquet me había dicho hablando de Jacques: "Se casará un día por una corazonada y quizá sea un buen padre de familia: pero la aventura le faltará siempre." Esas profecías no me turbaban demasiado; lo que me molestaba era que durante tres años Jacques hubiera llevado más o menos la misma vida que Riquet. Éste hablaba de las mujeres con un desparpajo que me chocaba: ¿podía yo creer todavía que Jacques era un hermano del *Gran Meaulnes*? Dudaba mucho. Después de todo era sin su opinión que yo me había forjado esa imagen de él y empezaba a decirme que quizá no se le parecía nada. No me resignaba a ello. "Todo esto me hace daño. Tengo visiones de Jacques que me hacen daño." Después de todo si el trabajo era un narcótico, el alcohol y el juego no valían mucho más. Mi lugar no estaba ni en los bares ni en las bibliotecas: ¿pero entonces dónde? Decididamente no veía más salvación que en la literatura; proyectaba una nueva novela; describiría una heroína que sería yo y un héroe que se parecería a Jacques, pero con "su orgullo sin límites y su locura de destrucción". Pero mi malestar persistió. Una noche vi en un rincón del Stryx a Riquet, Riaucourt y su amiga Olga que me parecía muy elegante. Comentaban una carta que acababan de recibir: de Jacques; le escribían una tarjeta postal. No pude evitar preguntarme: ¿por qué les escribe a ellos y no a mí? Caminé toda una tarde por los bulevares con el alma hecha añicos, y terminé llorando en un cinematógrafo.

Al día siguiente, Pradelle, que tenía excelentes relaciones con mis padres, comió en casa y luego nos fuimos al Cine Latin. En la calle Soufflot, abruptamente le propuse que más bien me acompañara al Jockey; aceptó sin entusiasmo. Nos instalamos en una mesa como clientes serios y mientras tomábamos un gin-fizz empecé a explicarle quién era Jacques del cual sólo le había hablado al pasar. Me escuchó con aire reservado. Se sentía visiblemente incómodo. Le pregunté si le parecía escandaloso verme frecuentar ese tipo de lugares. No, pero personalmente los encontraba deprimentes. Es que no ha conocido, pensé, ese absoluto de soledad y de desesperación que justifica todos los desórdenes. Sin embargo, sentada a su lado, a cierta distancia del bar donde tan a menudo había estado paveando vi el dancing con nuevos ojos: su mirada pertinente había apagado toda la poesía. Quizá sólo lo había llevado ahí para oírle decir en voz alta lo que yo me decía en voz baja: "¿Qué vengo a hacer aquí?" En todo caso le di enseguida la razón y hasta volví mi severidad contra Jacques: ¿por qué perdía todo su tiempo en aturdirse? Rompí con la juerga. Mis padres fueron a pasar algunos días a Arras y no aproveché. Me negué a seguir a Stépha a Montparnasse; hasta rechacé con fastidio sus invitaciones. Me quedé junto a la chimenea leyendo Meredith.

Dejé de interrogarme sobre el pasado de Jacques; después de todo si había cometido faltas la faz del mundo no había cambiado. Ni siquiera en el presente me preocupaba por él; callaba demasiado; ese silencio terminaba por parecerse a la hostilidad. Cuando a fines de diciembre su abuela Flandin me dio noticias suyas, las escuché con indiferencia. Sin embargo, como me resistía a cualquier renunciamento, supuse que a su regreso nuestro amor resucitaría.

Seguí estudiando sin descanso; pasaba diariamente nueve, o diez horas sobre los libros. En enero hice mi prueba en el liceo Janson-de-Sailly bajo la vigilancia de Rodrigues, un señor maduro muy gentil: presidía la Liga de los Derechos del Hombre y se mató en 1940 cuando los alemanes entraron

en Francia. Yo tenía por compañeros a Merleau-Ponty y a Lévi-Strauss; los conocía un poco a ambos. El primero me había inspirado siempre una lejana simpatía. El segundo me intimidaba por su pachorra, pero la manejaba con habilidad y me pareció muy divertido cuando con voz neutra, la cara inexpressiva, expuso a nuestro auditorio la locura de las pasiones. Hubo mañanas grises en que me pareció irrisorio disertar sobre la vida afectiva ante cuarenta; colegiales a los que evidentemente les importaba un bledo; los días lindos me dejaba convencer por mis propias palabras y me parecía advertir en ciertos ojos destellos de inteligencia. Recordaba con emoción la época en que rozaba la pared del liceo Stanislas: ¡parecía tan lejana, tan inaccesible una clase de varones! Ahora yo estaba ahí, sobre el estrado, era yo la que dictaba clase. Y nada más en el mundo parecía fuera de alcance.

Por cierto no lamentaba ser una mujer; por el contrario, sacaba de ello grandes satisfacciones. Mi educación me había convencido de la inferioridad intelectual de mi sexo admitida por muchas de mis congéneres. "Una mujer no puede esperar pasar la agregación antes de cuatro o cinco fracasos", me decía la señorita Roulin que ya llevaba dos. Ese *handicap* daba a mis éxitos mucho más esplendor que a los de los estudiantes varones: me bastaba igualarlos para sentirme excepcional; en verdad, no había conocido a ninguno que me hubiera asombrado; el porvenir estaba tan ampliamente abierto para mí como para cualquiera de ellos: no poseían ninguna ventaja. Por otra parte no lo pretendían, me trataban sin condescendencia y hasta con particular gentileza, pues no veían en mí una rival; las mujeres estaban calificadas en los concursos según sus capacidades como los varones, pero como las aceptaban como supernumerarias no les disputaban sus lugares. Fue así que una exposición mía sobre Platón me valió de parte de mis condiscípulos –en particular de Jean Hippolyte– felicitaciones que no eran atenuadas por ningún reparo. Yo me enorgullecí de haber conquistado la estima. La benevolencia de ellos me evitó tener que tomar esa actitud de "challenge" que más adelante me fastidió en las mujeres americanas: desde el principio los hombres fueron para mí compañeros y no adversarios. Lejos de envidiarlos, mi posición por el hecho de ser singular me parecía privilegiada. Una noche, Pradelle invitó a su casa a sus mejores amigos y a sus hermanas. La mía me acompañó. Todas las chicas se juntaron en el cuarto de la chica Pradelle; yo me quedé con los muchachos.

Sin embargo, no renegaba de mi femineidad. Aquella noche mi hermana y yo habíamos cuidado mucho nuestra vestimenta. Vestidas yo de seda roja, y ella de seda azul, estábamos en verdad muy mal vestidas, pero las otras chicas tampoco brillaban. Yo había cruzado en Montparnasse algunas elegantes bellezas; tenían vidas demasiado diferentes de la mía para que pudiera aplastarme la comparación; por otra parte una vez libre, con dinero en el bolsillo, nada me impediría imitarlas. No olvidaba que Jacques me había dicho que era bonita; Stépha y Fernando me daban grandes esperanzas. Tal cual era me miraba con gusto en los espejos; me gustaba. En el terreno que nos era común yo era menos agraciada que las demás mujeres y no sentía hacia ellas ningún resentimiento; por lo tanto, no me aplicaba a desdeñarlas. En muchos terrenos colocaba a Zaza, a mi hermana, a Stépha, aun a Lisa, por encima de mis amigos masculinos: más sensibles, más generosas, estaban mejor dotadas para el sueño, las lágrimas, el amor. Yo me jactaba de unir en mí "un corazón de mujer y un cerebro de hombre". Volvía a encontrarme Única.

Lo que atemperó, al menos lo espero, esa arrogancia, fue que sobre todo apreciaba en mí los sentimientos que inspiraba y que me interesaba en los demás mucho más que en mi cara. En la época en que me debatía en las trampas que me aislaban del mundo, me sentía separada de mis amigos y ellos no podían hacer nada por mí; ahora estaba unida a ellos por ese porvenir que acababa de reconquistar y que nos era común; esa vida donde de nuevo yo adivinaba tantas promesas se encarnaba en ellos. Mi corazón latía por el uno, por el otro, por todos juntos, estaba siempre ocupado.

En primera fila de mis afectos estaba mi hermana. Ahora ella seguía, cursos de arte publicitario en un establecimiento de la calle Cassette donde se encontraba a gusto. En una fiesta organizada por su

escuela cantó, disfrazada de pastora, viejas canciones francesas y me pareció deslumbrante. Solía ir a fiestas y cuando volvía, rubia, rosada, animada, con su vestido de tul azul, nuestro cuarto se iluminaba. Visitábamos juntas exposiciones de pintura, el Salón de Otoño, el Louvre; ella dibujaba de noche en un Atelier de Montmartre; a menudo yo iba a buscarla y atravesábamos París, continuando la conversación empezada desde nuestros primeros balbuceos; la seguíamos en la cama antes de dormirnos y al día siguiente en cuanto estábamos solas. Ella participaba en todas mis amistades, mis admiraciones, mis entusiasmos. Jacques piadosamente puesto a un lado, yo no quería a nadie tanto como a ella; me era demasiado cercana para ayudarme a vivir pero sin ella, pensaba, mi vida hubiera perdido su sabor. Cuando llevaba mis sentimientos a lo trágico me decía que si Jacques muriera me mataría, pero que si ella desapareciera ni siquiera necesitaría matarme para morir.

Como no tenía ninguna amiga y siempre estaba disponible yo pasaba ratos bastante largos con Lisa. En una lluviosa mañana de diciembre me pidió al salir de un curso que la acompañara hasta su pensión. Yo prefería volver a estudiar y me negué. En la Plaza Médicis, cuando yo estaba por subir al ómnibus, me dijo con una voz muy rara: "Bueno. Entonces le contaré el jueves lo que iba a contarle hoy." Paré la oreja: "Cuéntemelo enseguida." Me arrastró hasta el Luxemburgo, no había nadie en los senderos mojados. "No lo vaya a repetir: es demasiado ridículo." Vaciló: "Bueno: quisiera casarme con Pradelle." Me senté sobre un alambre al borde del césped y la miré azorada. "¡Me gusta tanto!, dijo. ¡Más de lo que nadie me gustó jamás!" Preparaban el mismo certificado de ciencias y seguían juntos algunos cursos de filosofía; yo no había notado nada particular entre ellos cuando salíamos en banda; pero sabía que Pradelle con su mirada de terciopelo y su sonrisa acogedora enloquecía a las chicas; me había enterado por Clairaut que entre las hermanas de sus compañeros por lo menos dos se consumían por él. Durante una hora en el jardín desierto, bajo los árboles que chorreaban agua, Lisa me habló de ese gusto nuevo que había tomado la vida para ella. ¡Qué frágil parecía en su abrigo gastado! Su cara me pareció conmovedora bajo su sombrerito que se parecía al cáliz de una flor, pero dudé que su gracia un poco seca hubiera enamorado a Pradelle. Stépha mi recordó la noche en que él había cambiado el tema con indiferencia, cuando estábamos hablando de la soledad de Lisa, de su tristeza. Traté de sondearlo. Volvía de un casamiento y discutimos un poco: él les encontraba encanto a esas ceremonias y a mí me parecía repelente esa exhibición pública de un asunto privado. Le pregunté si a veces pensaba en su propio casamiento. Vagamente, me dijo: pero no creía poder enamorarse nunca de una mujer; quería demasiado exclusivamente a su madre; hasta en amistad se reprochaba una cierta indiferencia. Le hablé de esos grandes desbordamientos de ternura que a veces me llenaban los ojos de lágrimas. Él meneó la cabeza: "Eso también es exagerado." Él no exageraba nunca y cruzó por mi cabeza la idea de que no resultaría fácil quererlo. En todo caso Lisa no contaba para él. Ella me dijo tristemente que en la Sorbona no le demostraba el menor interés. Pasamos un largo atardecer en el bar de la Rotonda hablando del amor y de nuestros amores; del dancing subía música de jazz y unas voces susurraban en la penumbra. "Estoy acostumbrada a la desgracia –decía–, uno nace así." Nunca había obtenido nada de lo que había deseado. "Y sin embargo, si siquiera pudiera tener su cabeza entre mis manos todo estaría justificado para siempre." Pensaba en pedir un cargo en las colonias e irse a Saigón o a Tananarive.

Yo me divertía siempre mucho con Stépha; Fernando solía estar con ella cuando yo subía a su cuarto; mientras ella preparaba cocktails con curacao, él me mostraba reproducciones de Soutine o de Cézanne; sus cuadros todavía torpes me gustaban y también yo admiraba que sin inquietarse por las dificultades materiales jugara toda su vida a la pintura. A veces salíamos los tres. Vimos con entusiasmo a Charles Dullin en *Volpone* y con severidad en la *Comédie des Champs Élysées*, donde estaba Baty, *Départs* de Gantillon. A la salida de clase Stépha me invitaba a almorzar en el Knam; comíamos, oyendo música, cocina polaca y ella me pedía consejo: ¿Debía casarse con Fernando? Yo

contestaba que sí; nunca había visto entre un hombre y una mujer una comunión tan total: respondían exactamente a mi idea de la pareja. Ella vacilaba: ¡hay tanta gente "interesante" en el mundo! Esa palabra me fastidiaba un poco. No me sentía nada atraída por esos rumanos, esos búlgaros, con los cuales Stépha jugaba a la lucha de sexos. Por momentos mi "chauvinismo" se despertaba. Almorzamos con un estudiante alemán en el restaurante instalado en el interior de la Biblioteca; rubio, la mejilla ritualmente tajeada, hablaba de la grandeza de su país en tono vengativo. Pensé bruscamente: "Quizá luchará un día contra Jacques, contra Pradelle", y tuve ganas de levantarme de la mesa.

Sin embargo, me hice amiga de un periodista húngaro que irrumpió en la vida de Stépha hacia fines de diciembre. Muy alto, muy pesado, en su rostro voluminoso sus labios pastosos sonreían mal. Hablaba con complacencia de su padre adoptivo que dirigía el teatro más importante de Budapest. Escribía una tesis sobre el melodrama francés, admiraba apasionadamente la cultura francesa, a Madame de Staél y a Charles Maurras; exceptuando la Hungría consideraba a todos los países de Europa central como Bárbaros y particularmente a los Balcanes. Rabiaba cuando veía a Stépha conversar con un rumano. Se enojaba fácilmente; entonces sus manos temblaban, su pie derecho golpeaba convulsivamente el piso, tartamudeaba: esa incontinencia me molestaba. También me reventaba que no se le cayeran de la boca las palabras: refinamiento, gracia, delicadeza. No era estúpido y yo escuchaba con curiosidad sus conversaciones sobre las culturas y las civilizaciones. Pero en conjunto apreciaba mediocrementemente su conversación; él se irritaba: "¡Si supiera cómo soy de divertido en húngaro!", me dijo un día en un tono a la vez furioso y desolado. Cuando trataba de conquistarme para que yo lo ayudara con Stépha, yo lo mandaba a paseo. "¡Es insensato!", decía con una voz llena de odio. "¡Todas las chicas cuando una amiga tiene un lío adoran entrometerse!" Yo contestaba groseramente que su amor por Stépha no me conmovía: era un deseo egoísta de posesión y de dominio; por otra parte yo dudaba de su solidez: ¿estaba dispuesto a construir su vida con ella? Sus labios temblaban: "Si le dieran una porcelana de Saxe ¿usted la tiraría al suelo para ver si se rompe o no!" Yo no le ocultaba a Bandi –así lo llamaba Stépha– que en ese asunto yo era la aliada de Fernando. "¡Aborrezco a ese Fernando! –me dijo Bandi–. Para empezar es un judío!" Me quedé escandalizada.

Stépha se quejaba mucho de él; lo encontraba lo bastante brillante como para tener ganas de "aplastarlo", pero la perseguía con demasiada insistencia. En esa oportunidad comprobé que yo era ingenua. Una noche fui con Jean Mailet a ver al teatro de Champs Elysées los *Piccoli* que Poddrecca acababa de presentar por primera vez en París. Vi a Bandi que tenía a Stépha abrazada y ella no se defendía. Mailet quería mucho a Stépha, comparaba sus ojos a los de un tigre morfinómano; propuso que fuéramos a saludarla. El húngaro se apartó rápidamente de ella que me saludó sin la menor cortedad. Comprendí que trataba a sus festejantes con menos rigor de lo que había dejado imaginar y le guardé rencor por lo que me pareció una deslealtad, pues yo no entendía nada del flirt. Me alegré mucho cuando decidió casarse con Fernando. Bandi le hizo entonces escenas violentas: la perseguía hasta su cuarto pese a todas las consignas. Luego se calmó. Ella dejó de venir a la Nationale. Él todavía me invitaba a tomar café en Pocarddi, pero ya no me hablaba de ella.

Más adelante vivió en Francia como corresponsal de un diario húngaro. Diez años después, la noche en que se declaró la guerra lo encontré en el Dome. Iba a alistarse al día siguiente en un regimiento compuesto por voluntarios extranjeros. Me confió un objeto que quería mucho: un relojito de pie de vidrio, de forma esférica. Me confesó que era judío, bastardo, y sexualmente maníaco: sólo le gustaban las mujeres que pesaban más de cien kilos; Stépha había sido una excepción en su vida: había esperado que a pesar de ser menuda le diese, gracias a su inteligencia, una impresión de inmensidad. La guerra lo devoró; nunca volvió a buscar su reloj.

Zaza me escribía desde Berlín largas cartas de las cuales yo leía pasajes a Stépha, a Pradelle. Cuando se fue de París, llamaba a los alemanes los "Boches" y sentía mucho temor al poner el pie en territorio enemigo: "Mi llegada a Fiobel Hospiz fue bastante lamentable; yo esperaba encontrar un hotel para señoras: encontré un enorme galpón lleno de gruesos Boches, por otra parte muy respetables y al hacerme entrar a mi cuarto la 'mädchen' me entregó, como Stépha me lo había predicho, un manojito de llaves: armario de luna, cuarto, puerta del edificio en que vivo, garaje, en fin, en caso de que quiera volver a las cuatro de la mañana. Yo estaba tan cansada por el viaje, tan extrañada por mi absoluta libertad y por la inmensidad de Berlín que no tuve valor de bajar a comer y me hundí, regando mi almohada con mis lágrimas, en una extraña cama sin sábanas ni mantas, formada simplemente por un acolchado. Dormí trece horas, oí misa en una capilla católica, paseé mi curiosidad a través de las calles y a mediodía mi moral ya había mejorado mucho. Desde entonces cada vez me acostumbro más: hay momentos en que una necesidad irrazonable de mi familia, de usted, de París, me invade de pronto como una puntada dolorosa, pero la vida berlinesa me gusta, no tengo ninguna dificultad con nadie, y siento que estos tres meses que voy a pasar aquí van a ser de lo más interesantes." No encontró recursos en la Colonia francesa que se componía únicamente del Cuerpo Diplomático: no había en Berlín más que tres estudiantes franceses y a la gente le parecía muy sorprendente que Zaza fuera a pasar un trimestre a Alemania y quisiera seguir cursos. "El cónsul, en una carta que me dio para un profesor alemán terminaba con una frase que me divirtió: Le ruego encarecidamente que aliente la tan interesante iniciativa de la señorita Mabilie. ¡Parecería que he sobrevolado el Polo Norte!" Por lo tanto se decidió muy pronto a frecuentar a los indígenas. "El miércoles conocí los teatros de Berlín con un compañero totalmente inesperado. Imagínese, diría Stépha, que alrededor de la seis veo al director del Hospiz, el viejo gordo herr Pollak que se me acerca y me dice con su mejor sonrisa: Joven señorita francesa. ¿quiere ir esta noche al teatro conmigo? Un poco azorada al principio me informé de la moralidad de la pieza y considerando el aire serio y digno del viejo-herr Pollack decidí aceptar. A las ocho trotábamos por las calles de Berlín charlando como viejos amigos. Cada vez que se trataba de pagar algo el gordote decía con gracia: Usted es mi huésped, es gratis. En el tercer acto, animado por una taza de café me dijo que su mujer nunca quería ir al teatro con él, que no tenía ninguno de sus gustos y nunca había tratado de hacerle el gusto en treinta y cinco años de casamiento, excepto hace dos años, porque él estaba a la muerte, pero uno no puede estar siempre a la muerte, me decía en alemán. Me divertía como loca, el gordo herr Pollack me parecía mucho más divertido que Sudermann, el autor de la pieza llamada *Die Ehre*, una obra de tesis del género de Alejandro Dumas, hijo. Al salir del Trianon Teatro, para terminar esa noche bien alemana, ¡mi Boche quiso absolutamente comer salchichas con chucrut!"

Reí con Stépha pensando que la señora Mabilie había exilado a Zaza con tal de no permitirle participar en un tenis mixto; y ésta salía sola de noche con un hombre: ¡un desconocido, un extranjero, un *Boche!* Por lo menos se había informado de la moralidad de la pieza. Pero, según sus cartas siguientes, no tardó en avivarse. Seguía cursos en la Universidad, iba a los conciertos, a los teatros, a los museos, se había vinculado con varios estudiantes y con un amigo de Stépha, Hans Miller, cuya dirección ésta le había dado. Al principio la había encontrado tan estirada que le había dicho riendo: "Usted toma la vida con guantes de cabritilla." Ella se había sentido muy mortificada: había resuelto sacarse los guantes.

"Veo tanta gente nueva, de medios, de países, de género tan diferente que siento todos mis prejuicios irse lamentablemente a la deriva y ya no sé exactamente si alguna vez he pertenecido a un medio ni cuál es. De pronto almuerzo a mediodía en la embajada con celebridades de la diplomacia, suntuosas embajadoras del Brasil o de la Argentina, y como de noche sola en Aschinger, el restaurante muy popular, codo con codo con un empleado, o algún estudiante griego o chino. No estoy

aprisionada en ningún grupo, ninguna razón estúpida viene a impedirme de pronto hacer una cosa que puede interesarme, no hay nada imposible ni inaceptable y tomo maravillada y llena de confianza todo lo que cada día me trae de inesperado y de nuevo. Al principio tenía preocupaciones de forma; preguntaba a la gente lo que se hacía y lo que no se hacía. Sonrieron y me contestaron: Pero cada uno hace lo que quiere, y aproveché la lección. Ahora soy peor que una estudiante polaca, salgo a toda hora del día y de la noche, voy a los conciertos con Hans Miller, paseo con él hasta la una de la mañana. Parece considerar eso tan natural que me siento confusa de asombrarme todavía." Sus ideas también se modificaban; su chauvinismo se derretía. "Lo que más me sorprende aquí es el pacifismo, mucho más que la francofilia de todos los alemanes en general. El otro día en el cine asistí a una película de tendencias pacifistas que mostraba los horrores de la guerra: todo el mundo aplaudía. Parece que el año pasado cuando dieron aquí *Napoleón*, que tuvo un éxito monstruo, la orquesta tocaba la Marsellesa. Cierta noche, en el Ufa Palace, la gente aplaudió tanto que la tocaron tres veces en medio de ovaciones generales. Me habría sobresaltado si me hubieran dicho antes de irme de París que podría sin la menor molestia hablar de la guerra con un alemán; el otro día, Hans Miller me habló de la época en que había estado prisionero y terminó diciéndome: ¡Quizá era usted muy chica para recordar, pero era atroz ese tiempo, de ambos lados; no tiene que repetirse! Otra vez en que yo le hablaba de *Siegfried et le Limousin* y le decía que ese libro le interesaría me contestó –pero las palabras alemanas expresaban la idea más enérgicamente–: '¿Es *apolítico* o bien *humano*?' Ya nos han hablado bastante de naciones, de razas, que ahora nos hablen un poco del hombre en general. Creo que las ideas de esta índole están muy difundidas entre la juventud alemana."

Hans Miller pasó una semana en París; salió con Stépha y dijo que desde que había llegado, su amiga se había transformado; recibido fríamente por Mabelle se asombró del abismo que separaba a Zaza del resto de su familia. Además, ella también tenía conciencia de esto. Me escribió que había sollozado de felicidad al ver en la ventanilla del tren la cara de su madre que había ido a visitarla a Berlín; no obstante la idea de volver a su hogar la asustaba. Lili había concedido por fin su mano a un egresado de la Escuela de Politécnica y según contaba Hans Miller la casa estaba toda revuelta. "Siento que en casa ya está todo el mundo absorbido por las participaciones, las felicitaciones recibidas, los regalos, el anillo, el ajuar, el color que usarán las chicas del cortejo (creo que no olvido nada); y ese gran ajetreo de formalidades no me da muchas ganas de volver, ¡ya he perdido tanto la costumbre de todo eso! Y aquí tengo verdaderamente una vida tan linda, tan interesante... Cuando pienso en mi regreso es sobre todo una gran felicidad de volver a verla la que siento en mí. Pero le confieso que estoy asustada de reanudar mi existencia de hace tres meses. El muy respetable formalismo de que vive la mayoría de la gente de nuestro medio se me ha vuelto insoportable, tanto más insoportable que recuerdo la época no muy lejana en que sin saberlo yo todavía creía en él y temo al volver recobrar ese espíritu."

No sé si la señora Mabelle se daba cuenta de que esa estadía en Berlín no había tenido el resultado que ella había esperado; en todo caso se preparaba a volver a tomar a su hija entre manos. Al encontrarse con mi madre en una reunión en que ésta acompañaba a Poupette, le había hablado muy secamente. Mi madre pronunció el nombre de Stépha: "No conozco a Stépha. Conozco a la señorita Avdicovitch que fue gobernanta de mis hijos." Había agregado: "Usted educa a Simone como quiere. Yo tengo otros principios." Se había quejado de mi influencia sobre su hija y había terminado diciendo: "Felizmente, Zaza me quiere mucho."

Todo París estuvo con gripe ese invierno y yo estaba en la cama cuando Zaza volvió a París; sentada a mi cabecera me describía Berlín, la Ópera, los conciertos, los museos. Había engordado y tenía lindos colores: Stépha y Pradelle quedaron impresionados como yo por su metamorfosis. Le dije que

en octubre su reserva me había inquietado: me aseguró alegremente que ya era otra persona. No solamente muchas de sus ideas habían cambiado sino que en vez de meditar sobre la muerte y de aspirar al claustro desbordaba de vitalidad. Esperaba que la partida de su hermana le facilitaría mucho la existencia. Se apiadaba, sin embargo, sobre la suerte de Lili: "Es tu última oportunidad", había declarado la señora Mabile. Lili había corrido a consultar a todas sus amigas. "Acepta", habían aconsejado las recién casadas resignadas y las solteras que no encontraban marido. Zaza tenía el corazón oprimido cuando oía las conversaciones de ambos novios. Pero sin saber muy bien por qué ahora estaba segura de que semejante porvenir no la amenazaba. Por el momento se disponía a estudiar seriamente el violín, a leer mucho, a cultivarse; contaba iniciar la traducción de una novela de Stephan Zweig. Su madre no se atrevía a quitarle demasiado rápidamente su libertad; le permitió salir dos o tres veces de noche conmigo. Oímos *El Príncipe Igor* ejecutado por la Ópera rusa. Asistimos a la primera película de Al Johnson, *El cantor de jazz*, y a una sesión organizada por el grupo "El Esfuerzo" en que proyectaban películas de Germaine Dulac: luego hubo un debate agitado sobre el cine puro y el cine sonoro. A menudo, de tarde, mientras estudiaba en la Nationale, sentía sobre mi hombro una mano enguantada; Zaza me sonreía, bajo su sombrero de castor rosa, e íbamos a tomar un café o a dar una vuelta. Desgraciadamente se fue a Bayona donde acompañó durante un mes a una prima enferma.

La eché mucho de menos. Los diarios decían que desde hacía quince años París no había conocido un frío tan riguroso; el Sena arrastraba pedazos de hielo; yo ya no paseaba y estudiaba demasiado. Terminaba mi diploma; redactaba para un profesor llamado Laporte una disertación sobre Hume y Kant; desde las nueve de la mañana a las seis de la tarde me quedaba clavada en mi sillón en la Nationale; apenas si me concedía media hora para comer un sandwich; a la tarde solía adormecerme y a veces dormirme del todo. De noche en casa trataba de leer: Goethe, Cervantes, Chéjov, Strindberg. Pero me dolía la cabeza. El cansancio a veces me daba ganas de llorar. Y decididamente la filosofía tal como la practicaban en la Sorbona no tenía nada consolador. Bréhier daba un curso excelente sobre los Estoicos; pero Brunschvicg se repetía; Laporte hacía pedazos todos los sistemas, salvo el de Hume. Era el más joven de nuestros profesores, llevaba unos bigotitos, polainas blancas, seguía a las mujeres por la calle: una vez se había acercado por error a una de sus discípulas. Me devolvió mi disertación con una calificación mediana y comentarios irónicos: había preferido Kant a Hume. Me invitó a su casa, un hermoso departamento de la avenida Bosquet, para hablarme de mi deber. "Grandes cualidades pero muy antipático. Estilo oscuro, falsamente profundo: ¡para lo que hay que decir en filosofía!" Entabló el proceso de todos sus colegas y en particular de Brunschvicg; luego pasó rápidamente revista a los viejos maestros. ¿Los filósofos de la antigüedad?, unos necios. ¿Spinoza?, un monstruo. ¿Kant?, un impostor. Quedaba Hume. Objeté que Hume no resolvía ninguno de los problemas prácticos: se encogió de hombros: "La práctica no plantea problemas." No. No había que ver en la filosofía sino un entretenimiento y había derecho a preferirle otros. "Después de todo ¿se trataría solamente de una convención?", sugerí. "¡Ah!, no, señorita, esta vez está exagerando", me dijo con una brusca indignación. "Ya sé –agregó–, el escepticismo no está de moda. Por supuesto: vaya a buscar una doctrina más optimista que la mía." Me acompañó hasta la puerta. "¡Bueno, encantado! Usted aprobará seguramente su agregación", concluyó con aire asqueado. Sin duda era más sano pero menos reconfortante que Jean Baruzi.

Yo trataba de reaccionar. Pero Stépha preparaba su ajuar, organizaba su hogar y yo la veía apenas. Mi hermana estaba triste, Lisa desesperada, Clairaut distante, Pradelle siempre igual a sí mismo; Mallet se mataba estudiando. Yo trataba de interesarme en la señorita Roulin, en algunos otros compañeros. No lo lograba. Durante toda una tarde por las galerías del Louvre, hice un largo viaje de Asiria a Egipto, y de Egipto a Grecia; volvía a salir a la noche mojada de París. Me arrastraba sin

pensamientos, sin amor. Me despreciaba. Pensaba en Jacques de muy lejos, como en un orgullo perdido. Suzanne Boigue que regresaba de Marruecos me recibió en un departamento claro, discretamente exótico; era querida y feliz, yo la envidiaba. Lo que más me pesaba era sentirme disminuida. "Me parece que he perdido muchísimo, y lo peor es que no llego a sufrir... Estoy inerte, me dejo llevar por las ocupaciones, los sueños del momento. Nada en mí está comprometido en nada; no estoy atada ni a una idea ni a un afecto por ese lazo estrecho, cruel y exaltante que durante mucho tiempo me ha atado a tantas cosas; me intereso en todo con *mesura*; ¡ah!, soy razonable hasta el punto de no sentir siquiera la angustia de mi existencia." Me aferraba a la esperanza de que ese estado fuera provisorio; de aquí a cuatro meses, ya libre del concurso, podría interesarme de nuevo en mi vida; empezaría a escribir mi libro. Pero hubiera querido que alguna ayuda me viniera de afuera. "¡Deseo de un afecto nuevo, de una aventura, de cualquier cosa que no sea yo misma!"

La poesía de los bares se había aventado. Pero después de un día entero pasado en la Nationale o en la Sorbona no soportaba encerrarme en casa. ¿Adonde ir? De nuevo erré por Montparnasse, con Lisa una noche, luego con Fernando y Stépha. Mi hermana se había hecho muy amiga de una de sus compañeras de escuela, una bonita muchacha de diecisiete años, elástica y atrevida, cuya madre tenía una confitería; la llamaban Gégé; salía muy libremente. Las encontraba a menudo en el Dome. Una noche decidimos ir a la Jungle que acababa de abrirse frente al Jockey; pero carecíamos de fondos. "No importa –dijo Gégé–. Espérenos aquí, ya vamos a arreglarnos." Entré sola a la "boite" y me senté en el bar. Sentadas en un banco del Bulevar, Poupette y Gégé gemían con ostentación: "¡Pensar que nos faltan diez francos!" Un transeúnte se conmovió. No sé qué le contaron, pero al rato estaban trepadas a mi lado ante sus gin-fizz. Gégé sabía conquistar a los hombres. Nos ofrecieron una copa, nos hicieron bailar. Una enana llamada Chiffon, que ya había oído en el Jockey, cantaba y decía obscenidades levantándose las faldas; exhibía muslos cubiertos de moretones y comentaba cómo la mordía su amante. En un sentido era refrescante. Repetimos esa fiesta. Una noche en el Jockey encontré a unos viejos amigos con los que evoqué las alegrías del verano pasado; un joven estudiante suizo que frecuentaba la Nationale, me hizo la corte con entusiasmo; bebí y me divertí. Más tarde, en la noche, un joven médico que observaba nuestro trío con mirada crítica me preguntó si yo iba allí para estudiar costumbrismo; cuando mi hermana se fue a medianoche me felicitó por su formalidad, pero me dijo que Gégé era demasiado joven para andar por los dancings. A eso de la una nos propuso llevarnos en taxi; primero dejamos a Gégé y él estaba visiblemente divertido ante mi malestar durante el corto trayecto en que estuve sola con él. Su interés me halagó. Bastaba un encuentro, un incidente imprevisto, para devolverme mi buen humor. El placer que me causaban esas ínfimas aventuras no explican, sin embargo, que yo haya sucumbido de nuevo a la seducción de los lugares de mala vida. Yo misma me asombraba: "Jazz, mujeres, bailes, palabras impuras, alcohol, rozamientos: ¿cómo no voy a sentirme chocada, y acepto aquí lo que no aceptaría en ninguna parte y bromeo con estos hombres? ¿Cómo pueden gustarme estas cosas con esa pasión que me viene de tan lejos, y que me domina con tal fuerza? ¿Qué es lo que voy a buscar en esos lugares de encanto turbio?"

Algunos días más tarde tomé el té en casa de la señorita Roulin, con quien me aburría a morirme. Al salir fui a *L'Europeen*; me senté por cuatro francos en una platea balcón entre mujeres en cabeza y muchachos desprolijos; las parejas se abrazaban, se besaban; unas muchachas pesadamente perfumadas se quedaban pasmadas oyendo al cantor engominado y gruesas risas subrayaban los chistes verdes. Yo también me conmovía, me reía, me sentía bien. ¿Por qué? Erré largamente por el Bulevar Barbes, miraba a las rameritas y a los granujas no ya con horror sino con una especie de envidia. De nuevo me asombraba: "Hay en mí no sé qué deseo quizá monstruoso, presente desde siempre, de ruido, de lucha, de salvajismo y de hundirme sobre todo... ¿Qué se necesitaría hoy para que yo también fuera morfinómana, alcohólica, y no sé qué más? Quizá solamente una ocasión, un

hambre un poco mayor de todo lo que nunca conoceré..." Por momentos me escandalizaba de esa "perversión", de esos "bajos instintos", que descubría en mí. ¿Qué habría pensado Pradelle que antes me acusaba de prestarle a la vida demasiada nobleza? Yo me reprochaba mi duplicidad, mi hipocresía. Pero no pensaba en renegarme: "Quiero la vida, toda la vida. Me siento curiosa, ávida, ávida de quemarme más ardentemente que cualquier otra, cualquiera sea la llama."

Estaba a dos dedos de confesarme la verdad: ya estaba harta de ser un espíritu puro. No era porque el deseo me atormentara como en vísperas de la pubertad. Pero adivinaba que las violencias de la carne, su crudeza me hubieran salvado de ese estado etéreo e insulso en que me agotaba. No se trataba para mí de tentar la experiencia; tanto como mis sentimientos por Jacques, mis prejuicios me lo impedían. Cada vez aborrecía más francamente el catolicismo; viendo a Lisa y a Zaza debatirse contra "esa religión martirizadora" me alegraba de haber escapado de ella; en verdad continuaba embadurnada; los tabus sexuales sobrevivían hasta el punto que pretendía poder ser morfinómana o alcohólica, pero no pensaba en el libertinaje. Al leer a Goethe y el libro escrito sobre él por Ludwig, protesté contra su moral. "El lugar que le hace tan tranquilamente a la vida de los sentidos, sin desgarramiento, sin inquietud, me choca. La peor perversión, si es la de un Gide que busca un alimento para su espíritu, una defensa, una provocación, me conmueve; los amores de Goethe me molestan." O bien el amor físico se integraba al amor a secas, y en ese caso todo era natural, o era una trágica decadencia y yo no tenía valor para naufragar en ella.

Decididamente yo dependía de las estaciones. Nuevamente este año al primer soplo de la primavera me desplegaba, respiraba alegremente el olor a alquitrán caliente. No me relajaba, el concurso se acercaba y tenía un montón de lagunas que llenar; pero el cansancio me imponía reposos y yo los aprovechaba. Paseaba con mi hermana por los bordes de la Mame, volví a sentir el placer de conversar con Pradelle bajo los castaños del Luxemburgo; compré un sombrerito rojo que hizo sonreír a Stépha y a Fernando. Llevé a mis padres a *L'Européen* y mi padre nos convidó con helados en la terraza de Wepler. Mi padre me acompañaba bastante a menudo al cine; en el Moulin Rouge vimos juntos *Barbette*, menos extraordinaria de lo que pretendía Jean Cocteau. Zaza volvió de Bayona. Visitamos en el Louvre las nuevas salas de pintura francesa; no me gustaba Monet, apreciaba a Renoir con reserva, admiraba mucho a Manet y sin reservas a Cézanne porque veía en sus cuadros "el descendimiento del espíritu en el corazón del sensible". Zaza compartía más o menos mis gustos. Asistí sin aburrirme demasiado al casamiento de su hermana.

Durante las vacaciones de Pascuas pasé todos mis días en la Nationale; encontré a Clairaut que me pareció un poco pedante pero que seguía intrigándome; ¿ese hombrecito flaco y negro habría sufrido verdaderamente de la "trágica soberanía" de la carne? Lo cierto, en todo caso, era que ese problema lo trabajaba. Llevó varias veces la conversación sobre el artículo de Mauriac. ¿Qué dosis de sensualidad pueden permitirse los esposos cristianos? ¿Los novios? Un día le hizo esta pregunta a Zaza que se enfureció: "¡Son problemas de solteras y de curas!", le contestó. Pocos días después me contó que él había atravesado una dolorosa experiencia. A principios del año escolar se había comprometido con la hermana de uno de sus compañeros; ella lo admiraba inmensamente y era una naturaleza apasionada: ¡si él no hubiera puesto un freno sabe Dios adonde hubieran ido a parar! Él le había explicado que debían conservarse para su noche de bodas, que entre tanto sólo castos besos les eran permitidos. Ella se había obstinado en ofrecerle su boca, él en rechazarla; ella había terminado por tomarle idea y por romper con él. Visiblemente ese fracaso lo obsesionaba. Raciocinaba sobre el casamiento, el amor, las mujeres, con un encarnizamiento maniático. Me pareció bastante ridícula esa historia, que me recordaba la de Suzanne Boigue; pero me halagaba la confidencia.

Las vacaciones de Pascuas terminaron; en los floridos jardines de la Escuela Normal me encontré

con placer en medio de mis compañeros. Los conocía casi a todos. El único clan que me resultaba hermético era el formado por Sartre, Nizan y Herbaud; no se daban con nadie; sólo asistían a algunos cursos elegidos y se sentaban apartados de los demás. Tenían mala fama. Se decía que "carecían de simpatía por las cosas". Vivamente *anti-talas*, pertenecían a un grupo compuesto en su mayor parte por ex alumnos de Alain, y conocido por su brutalidad: sus afiliados arrojaban bombas de agua sobre los estudiantes distinguidos que volvían de noche, de smocking. Nizan estaba casado y había viajado, solía usar pantalones de golf y detrás de sus gruesos anteojos de carey su mirada me intimidaba. Sartre no tenía una cara desagradable, pero se decía que era el más terrible de los tres y hasta lo acusaban de beber. Uno solo me parecía accesible: Herbaud. Él también estaba casado. En compañía de Sartre y de Nizan, me ignoraba. Cuando lo encontraba solo, cambiábamos algunas palabras.

Había dado una conferencia, en enero, en el curso de Brunschvicg y durante la discusión que había seguido, había divertido a todo el mundo. Yo había sido sensible al encanto de su voz burlona, de su boca irónica. Mi mirada descorazonada por los agregativos grisáceos, descansaba gustosa sobre su rostro rosado iluminado por ojos de un celeste infantil; su pelo rubio era duro y vivo como el pasto. Una mañana había venido a estudiar a la Nationale y pese a la elegancia de su sobretodo azul, de su traje bien cortado, yo le había encontrado algo campesino. Yo había tenido la inspiración —contrariamente a mis costumbres— de subir a almorzar al restaurante interior de la Biblioteca: él me había hecho un lugar en su mesa con tanta naturalidad como si tuviéramos una cita. Habíamos hablado de Hume y de Kant. Yo lo había cruzado en el vestíbulo de Laporte que le decía en tono ceremonioso: "Bueno, hasta pronto señor Herbaud"; y había pensado con pena que era un señor casado, muy lejano, para el cual yo nunca existiría. Una tarde lo había visto en la calle Soufflot acompañado por Sartre y Nizan, del brazo de una mujer de gris. Me había sentido excluida. Era el único del trío que seguía los cursos de Brunschvicg; un poco antes de las vacaciones de Pascuas se había sentado a mi lado. Había dibujado unos *Eugène*, inspirados en los que había creado Cocteau en *Le Potomak* y compuesto breves poemas ácidos. Me había parecido muy divertido y me había emocionado encontrar en la Sorbona a alguien que apreciara a Cocteau. En cierto modo, Herbaud me hacía pensar en Jacques; él también reemplazaba a menudo una frase por una sonrisa y parecía vivir fuera de los libros. Cada vez que había vuelto a la Nationale me había saludado gentilmente y yo ardía en deseos de decirle algo inteligente: desgraciadamente no encontraba nada.

No obstante cuando los cursos de Brunschvicg se reiniciaron después de las vacaciones, él se instaló de nuevo a mi lado. Me dedicó un "retrato de agregativo medio", otros dibujos y poemas. Me anunció abruptamente que era individualista. "Yo también", dije. "¿Usted?" Me examinó con aire desconfiado: "Pero yo la creía católica, tomista y social." Protesté y me felicitó por nuestra coincidencia. Me hizo el elogio de nuestros predecesores: Sylla, Barres, Stendhal, Alcibíades, por el cual tenía una debilidad; ya no recuerdo todo lo que me contó, pero me divertía cada vez más; parecía estar perfectamente seguro de sí y no tomarse nada en serio: lo que me encantó fue esa mezcla de soberbia y de ironía. Quedé enloquecida cuando al despedirse me prometió largas conversaciones. "Tiene una forma de inteligencia que me conmueve", anoté aquella noche. Ya estaba dispuesta a abandonar por él a Clairaut, Pradelle, Mallet, a todos los demás. Poseía evidentemente la atracción de la novedad y yo sabía que me embalaba pronto a riesgo de desencantarme rápido. De todas maneras me sorprendió la violencia de este entusiasmo: "¿Encuentro con André Herbaud o conmigo misma? ¿Cuál me ha emocionado más? ¿Por qué me siento emocionada como si verdaderamente me hubiera ocurrido algo?"

Algo me había ocurrido que indirectamente decidió toda mi vida: pero eso no debía saberlo hasta más tarde.

En adelante Herbaud frecuentó asiduamente la Nationale; yo le reservaba el sillón junto al mío.

Almorzábamos en una especie de *lunch-room* en el primer piso de una panadería; mis medios me permitían apenas pagarme el plato del día, pero él me llenaba con autoridad de tartas con frutillas. Una vez me invitó en La Fleur de Lys, en la plaza Louvois, a almorzar en una forma que me pareció suntuosa. Paseábamos por los jardines del Palais-Royal, nos sentábamos al borde del estanque; el viento azotaba el chorro de la fuente y algunas gotas nos saltaban a la cara. Yo sugería que volviéramos a trabajar. "Entonces vamos primero a tomar un café –decía Herbaud–, si no trabaja mal, se agita, me impide leer." Me llevaba a Poccardi, y cuando me levantaba, después de tomar la última taza, me decía afectuosamente: "¡Qué lástima!" Era hijo de un profesor de los alrededores de Toulouse y había venido a París para preparar Normal. Había conocido en *hypo-khdgne* a Sartre y a Nizan y me habló mucho de ellos; admiraba a Nizan por la soltura de su distinción, pero era sobre todo amigo de Sartre al que consideraba prodigiosamente interesante. A nuestros demás condiscípulos los despreciaba en conjunto y en detalle. Clairaut le parecía un pesado y no lo saludaba nunca. Una tarde Clairaut se me acercó con un libro en la mano: "Señorita de Beauvoir –me preguntó en tono inquisidor–, ¿qué piensa de esa opinión de Brochard según la cual el Dios de Aristóteles conocería el placer?" Herbaud lo miró de hito en hito: "Así lo espero por él", dijo con desdén. Los primeros tiempos conversábamos sobre todo del mundillo que nos rodeaba: nuestros compañeros, nuestros profesores, el concurso. Él me citaba el tema de disertación que divertía tradicionalmente a los estudiantes: "Diferencia entre la noción de concepto y el concepto de la noción." Él había inventado otros: "¿De todos los autores del programa cuál es el que usted prefiere y por qué?" "El alma y el cuerpo: parecidos, diferencias, ventajas e inconvenientes." En realidad no tenía con la Sorbona y Normal sitio, relaciones bastante lejanas, su vida estaba en otra parte. Me habló un poco de ella. Me habló de su mujer que encarnaba a sus ojos todas las paradojas de la femineidad, de Roma adonde había ido en viaje de bodas, del Foro que lo había emocionado a llorar, de su sistema moral, del libro que quería escribir. Me traía *Detective* y *L'Auto*; se apasionaba por una carrera ciclista o por un enigma policial; me aturdí con anécdotas, asociaciones imprevistas. Manejaba con tal gracia el énfasis y la brevedad, el lirismo, el cinismo, la ingenuidad, la insolencia, que nada de lo que decía resultaba nunca banal. Pero lo más irresistible que había en él era su risa: parecía que acababa de caer de improviso sobre un planeta que no era el suyo y del que descubría divertidísimo la gracia prodigiosa. Cuando su risa explotaba todo me parecía nuevo, sorprendente, delicioso."

Herbaud no se parecía a mis otros amigos, éstos tenían rostros tan razonables que se volvían inmatrimoniales. La cara de Jacques en verdad no tenía nada seráfico pero un cierto baño burgués disfrazaba la abundante sensualidad. Imposible reducir el rostro de Herbaud a un símbolo; la mandíbula pronunciada, la gran sonrisa húmeda, las pupilas azules rodeadas de una cornea brillante, la carne, los huesos, la piel se imponían y se bastaban. Además Herbaud tenía un cuerpo. Entre los árboles verdeantes me decía cuánto detestaba la muerte y que nunca aceptaría la enfermedad ni la vejez. ¡Con qué orgullo sentía en sus venas la frescura de su sangre! Yo lo miraba recorrer el jardín con una gracia un poco desgarbada, miraba sus orejas transparentes al sol como azúcar rosada y sabía que tenía a mi lado no a un ángel sino a un hijo de los hombres. Estaba cansada de lo angelical y me alegraba que me tratara –como sólo lo había hecho Stépha– en criatura terrenal. Pues su simpatía no se dirigía a mi alma; no pesaba mis méritos: espontánea, gratuita, me adoptaba toda entera. Los demás me hablaban con deferencia o al menos con gravedad, a distancia. Herbaud se me reía en la cara, posaba su mano sobre mi brazo, me amenazaba con el dedo llamándome: "¡Mi pobre amiga!"; hacía sobre mi persona un montón de pequeñas reflexiones, amables o burlonas, siempre inesperadas.

Filosóficamente, no me deslumbraba. Advertía un poco de incoherencia: "Admiro su facultad de tener sobre todas las cosas teorías propias. Quizá porque no sabe mucha filosofía. Me gusta enormemente." Carecía en efecto de rigor filosófico, pero lo que contaba mucho más para mí era que

me abría caminos en los cuales me moría de ganas de internarme sin tener todavía la audacia. La mayoría de mis amigos eran creyentes, y yo perdía el tiempo buscando un equilibrio entre el punto de vista de ellos y el mío; no me atrevía a alejarme demasiado de ellos. Herbaud me daba ganas de liquidar ese pasado que me separaba de él: reprobaba mis concomitancias con los "talas". El ascetismo cristiano le repugnaba. Él ignoraba deliberadamente la angustia metafísica. Antirreligioso, anticlerical, era también antinacionalista, antimilitarista; le horrorizaban todas las místicas. Yo le di a leer mi disertación sobre "la personalidad" de la que estaba muy orgullosa; hizo una mueca; advertía en ella los efluvios de un catolicismo y de un romanticismo que me exhortó a barrer lo antes posible. Yo acepté con entusiasmo. Ya estaba harta de las "complicaciones católicas", de los problemas espirituales sin salida, de las mentiras de lo maravilloso; ahora quería tocar tierra. Por eso al encontrar a Herbaud tuve la impresión de encontrarme a mí misma: me señalaba mi porvenir. No era ni un bien pensante, ni una rata de biblioteca, ni un pilar de bar; probaba con su ejemplo que uno puede formarse, fuera de los viejos moldes, una vida orgullosa, alegre y reflexiva tal como yo la deseaba.

Esa fresca amistad exaltaba las alegrías de la primavera. Una sola primavera en el año, me decía, y en la vida una sola juventud: no hay que dejar perder nada de las primaveras de mi juventud. Terminé de redactar mi tesis, leía libros sobre Kant, pero el trabajo más pesado estaba hecho y me sentía segura de triunfar: el éxito que anticipaba contribuía a embriagarme. Pasé con mi hermana noches alegres en Bobino, en el Lapin Agile, en el Caveau de la Bolee, donde ella hacía croquis. Fui a la sala Pleyel con Zaza a oír el festival Layton y Johnston; visité con Reismann una exposición de Utrillo; aplaudí a Valentine Tessier en *Jean de la Lune*. Leí con admiración *Luden Leuwen* y con curiosidad *Manhattan Transfer* que para mi gusto estaba demasiado compuesto. Me sentaba en el Luxemburgo al sol, de noche seguía las aguas negras del Sena, atenta a las luces, a los olores, a mi corazón, y la dicha me sofocaba.

Una noche, a fines de abril, encontré a mi hermana y a Gégé en la plaza Saint-Michel; después de haber tomado cocktails y escuchado discos de jazz en un nuevo bar del barrio, *Le Bateau Ivre*, fuimos a Montparnasse. El azul fluorescente de las luces de neón me recordaba las flores de mi infancia. En el Jockey rostros conocidos me sonrieron y una vez más la voz del saxofón me partió dulcemente el corazón. Vi a Riquet. Conversamos: de *Jean de la Lune*, y como siempre de la amistad, del amor; me aburrí; ¡qué distancia entre él y Herbaud! Sacó una carta de su bolsillo y entreví la letra de Jacques. "Jacques cambia –me dijo–, envejece. No volverá a París hasta mediados de agosto." Agregó con ímpetu: "De aquí a diez años hará cosas increíbles." No me inmuté. Me parecía haberme quedado parálitica del corazón.

Al día siguiente, sin embargo, me desperté al borde del llanto. "¿Por qué Jacques escribe a los demás y nunca a mí?" Fui a Sainte-Geneviève pero renuncié a estudiar. Leí *La Odisea* "para poner a toda la humanidad entre yo y mi dolor particular" El remedio fue poco eficaz. ¿En qué estaba con Jacques? Dos años antes, decepcionada por la frialdad de su recibimiento, me había paseado por los bulevares reivindicando contra él "una vida mía"; esa vida, la tenía. ¿Pero iba a olvidar al héroe de mi juventud, al hermano fabuloso de Meaulnes, predestinado a "cosas increíbles" y acaso marcado, quién sabe, por el genio? No. El pasado me poseía: ¡yo había deseado tanto, y desde hacía tanto tiempo llevarlo todo entero conmigo al porvenir!

Volví a empezar a andar a tientas entre nostalgias, esperas, y una noche empujé la puerta del Stryx. Riquet me invitó a su mesa. En el bar, Olga, la amiga de Riaucourt, conversaba con una muchacha morena envuelta en pieles plateadas, que me pareció muy bonita; tenía un pelo muy negro, un rostro agudo de labios escarlatas, largas piernas sedosas. En seguida supe que era Magda. "¿Tienes noticias de Jacques? –decía–. ¿No ha pedido noticias mías? Ese tipo se mandó mudar hace un año y ni siquiera pregunta cómo estoy. No estuvimos ni dos años juntos. ¡Qué mala suerte tengo! ¡Ese animal!" Yo

registraba sus palabras pero en el momento apenas reaccioné. Discutí tranquilamente con Riquet y su banda hasta la una de la mañana.

Apenas me había metido en la cama, me derrumbé. Pasé una noche atroz. Al día siguiente pasé el día entero en la terraza del Luxemburgo, tratando de poner las cosas en su lugar. No sentía celos. Esas relaciones estaban rotas; no habían durado mucho; a Jacques le habían pesado y se había ido antes de que lo llamaran para romper. Y el amor que yo soñaba entre nosotros no tenía nada de común con esa historia. Un recuerdo volvió a mi memoria: en un libro de Pierre Jean Jouve, que me había prestado Jacques, había subrayado esta frase: "Me confío, a este amigo, pero es otro el que abrazo." Y yo había pensado: "Bien, Jacques. Es al otro al que compadezco." Él alimentaba ese orgullo diciéndome que no estimaba a las mujeres pero que yo era para él otra cosa que una mujer. ¿Entonces por qué estaba tan desolado mi corazón? ¿Por qué me repetía con los ojos llenos de lágrimas las palabras de Otello:

"¡Qué lástima, Yago! ¡Ah! ¡Yago, qué lástima!"? Es que acababa de hacer un lacerante descubrimiento: esa hermosa historia, que era mi vida, iba volviéndose falsa a medida que yo me la contaba.

¡Cómo me había cegado y cómo me mortificaba! Las neurastenias de Jacques, sus desganos, los atribuía a no sé qué sed de imposible. ¡Qué estúpidas debieron parecerle mis respuestas abstractas! ¡Qué lejos estaba de él cuando me creía tan cerca! Sin embargo, había habido índices: conversaciones con amigos alrededor de disgustos oscuros pero precisos. Otro recuerdo se despertó: yo había visto en el auto de Jacques, sentada a su lado, a una mujer morena demasiado elegante y demasiado bonita. Pero había multiplicado los actos de fe. ¡Con qué ingenio, con qué empecinamiento me había engañado! Yo sola había soñado esa amistad de tres años; hoy me aferraba a ella a causa del pasado y el pasado no era sino mentira. Todo se derrumbaba. Tuve ganas de cortar todos los puentes: querer a alguna otra persona o partir al fin del mundo.

Y luego me regañé. Lo falso era mi sueño, no Jacques. ¿Qué podía reprocharle? Nunca había jugado al héroe ni al santo y a menudo me había dicho mucho mal de sí mismo. La cita de Jouve había sido una advertencia; había tratado de hablarme de Magda: yo le había dificultado la franqueza. Por otra parte, hacía tiempo que yo presentía la verdad y que hasta la sabía. ¿Qué chocaba ella en mí salvo viejos prejuicios católicos? Me tranquilicé. Me equivocaba al exigir que la vida se conformara a un ideal establecido de antemano; era yo quien debía mostrarme a la altura de lo que ella me aportaba. Siempre había preferido la realidad a los espejismos; terminé mi meditación enorgulleciéndome de haber tropezado contra un acontecimiento sólido y haber logrado salvarlo.

A la mañana siguiente una carta de Meyrignac me informó que abuelito estaba gravemente enfermo y que iba a morir; yo lo quería mucho, pero tenía mucha edad, su muerte me parecía natural y no me entristeció. Mi prima Madeleine estaba en París; la llevé a comer helados en una terraza de Champs-Elysées; me contaba cuentos que yo no escuchaba, pues pensaba en Jacques con disgusto. Su fío con Magda se conformaba demasiado fielmente al clásico esquema que siempre me había asqueado: el hijo de familia se inicia a la vida con una querida de condición modesta, luego cuando decide ser un señor serio, la planta. Era trivial, era lamentable. Me acosté, me desperté con la garganta anudada por el desprecio. "Uno está a la altura de las concesiones que uno se hace", me repetí esa frase de Jean Sarmant durante los cursos de la Escuela Normal, y mientras almorzaba con Pradelle en una especie de lechería del Bulevar Saint-Michel, las Yvelynes. Él hablaba de él. Protestaba que era menos fieramente ponderado de lo que sus amigos pretendían; pero detestaba las exageraciones; no se permitía expresar sus sentimientos o sus ideas más allá de las certidumbres que poseía. Yo aprobaba sus escrúpulos. Si a veces me parecía demasiado indulgente respecto a los demás, también se trataba a sí mismo con severidad. Es mejor eso que lo contrario, pensé amargamente. Pasamos revista a la gente que estimábamos y él apartó de un plumazo a los "estetas de bar". Le di la razón. Lo acompañé a

Passy en ómnibus y fui a pasear al bosque.

Respiré el olor del césped recién cortado, caminé por el parque de Bagatelle, deslumbrada por la profusión de margaritas y de junquillos, y por los frutales en flor; había canteros de tulipanes rojos, cuyas cabezas se inclinaban, cercos de lilas y árboles inmensos. Leí Homero al borde de un lago; tan pronto el sol, tan pronto ligeros chaparrones, acariciaban el follaje zumbante. ¿Qué dolor, me preguntaba, podría resistir a la belleza del mundo? Jacques, después de todo, ya no tenía más importancia que los árboles de ese jardín.

Yo era conversadora, me gustaba dar publicidad a todo lo que me pasaba y además deseaba que alguien me diera sobre esta historia un punto de vista imparcial. Sabía que Herbaud sonreiría; estimaba demasiado a Zaza y a Pradelle para exponer a Jacques al juicio de ellos. En cambio, Clairaut ya no me intimidaba; él apreciaría los hechos a la luz de esa moral cristiana ante la cual, a pesar de mí misma, yo todavía me inclinaba: le sometí mi caso. Me escuchó con avidez y suspiró: ¡qué intransigentes son las muchachas! Él había confesado a su novia algunos deslices –solitarios, me dio a entender– y en vez de admirar su franqueza pareció asqueada. Yo suponía que hubiera preferido una confesión más gloriosa o a falta de ella el silencio; pero no se trataba de eso. En mi caso él condenaba mi severidad, por lo tanto absolvía a Jacques. Decidí adoptar su punto de vista. Olvidando que la aventura de Jacques me había chocado directamente por su trivialidad burguesa, me reproché haberla condenado en nombre de principios abstractos. En verdad me debatía en un túnel entre sombras. Contra el fantasma de Jacques, contra el pasado difunto, yo blandía un ideal en el que ya no creía. Pero si lo rechazaba ¿en nombre de qué juzgar? Para proteger mi amor dominé mi orgullo: ¿por qué exigir que Jacques fuera distinto de los demás? Pero si se parecía a todos, sabiendo yo que en varios terrenos era inferior a muchos, ¿qué razones tenía para preferirlo? La indulgencia se convertía en indiferencia.

Una comida en casa de sus padres agravó aun más esta confusión. En esa galería donde yo había pasado momentos tan pesados y tan dulces, mi tía me contó que él le había escrito: "Dale muchos cariños a Simone cuando la veas. No me he portado bien con ella, pero no me porto bien con nadie; además, no le extrañará de mi parte." ¡Así que yo no era para él sino una persona entre tantas otras! Lo que me inquietó aun más es que le había pedido a su madre que el año próximo le confiara a su hermano menor: ¿pensaba entonces seguir soltero? Verdaderamente yo era incorregible. Me mordía los dedos por haber inventado sola nuestro pasado; y seguía construyendo sola nuestro porvenir. Renuncié a hacer hipótesis. Pasará lo que tiene que pasar, me dije. Hasta llegué a pensar que quizá me conviniera terminar con esa vieja historia y empezar completamente otra cosa. Yo todavía no deseaba francamente esa renovación, pero ya me tentaba. En todo caso decidí que para vivir, escribir y ser feliz, podía pasarme sin Jacques.

El domingo, un telegrama me anunció la muerte de mi abuelo; decididamente mi pasado se deshacía. En el Bosque con Zaza, sola, caminando por París, paseé un corazón vacío. El lunes a la tarde, sentada en la terraza soleada del Luxemgo, leí *Mi vida* de Isadora Duncan y soñé con mi propia existencia. No sería bulliciosa ni siquiera brillante. Sólo deseaba el amor, escribir buenos libros, tener algunos hijos, "con amigos a quienes dedicar mis libros y que enseñarán el pensamiento y la poesía a mis hijos". Concedía al marido una parte muy mínima. Es que prestándole todavía los rasgos de Jacques me apresuraba en colmar con la amistad las insuficiencias que ya no me ocultaba. En ese porvenir, cuya inminencia yo empezaba a sentir, lo esencial seguía siendo la literatura. Yo había tenido razón de no escribir cuando era demasiado joven un libro desesperado: ahora quería decir a la vez lo trágico de la vida y su belleza. Mientras yo meditaba así sobre mi destino vi a Herbaud que caminaba junto al estanque en compañía de Sartre: me vio, me ignoró. Misterio y mentira de los diarios íntimos: no mencioné ese incidente que, sin embargo, quedó grabado en mi corazón. Me

apenaba que Herbaud hubiera renegado nuestra amistad y experimentaba ese sentimiento de exilio que detestaba entre todos.

En Meyrignac, toda la familia se había reunido; acaso fue a causa de ese bullicio que ni los despojos de mi abuelo, ni la casa, ni el parque me emocionaron. Yo había llorado a los trece años previendo que un día Meyrignac ya no sería mi casa; ahora había ocurrido; la propiedad pertenecía a mi tía y a mis primos, yo iría ese año como invitada y pronto, sin duda, dejaría de ir: esto no me arrancó un solo suspiro. Infancia, adolescencia, las pezuñas de las vacas golpeando bajo las estrellas la puerta del establo, todo eso quedaba atrás, ya muy lejos. Yo ahora estaba preparada para otra cosa; en la violencia de esa espera las nostalgias desaparecían.

Volví a París vestida de luto, el sombrero cubierto de una gasa negra. Pero todos los castaños estaban en flor, el alquitrán se derretía bajo mis pies, yo sentía a través de mi vestido la dulce quemadura del sol. Había feria en la Explanada de los Inválidos; yo paseaba por ella con mi hermana y Gégé comiendo turrón que me dejaba los dedos pringosos. Encontraron a un compañero de escuela que nos llevó a su estudio a escuchar discos y a tomar oporto. ¡Cuánto placer en una sola tarde! Cada día me traía alguna cosa: el olor de pintura del salón de las Tullerías; en *L'Européen*, Damia que fui a oír con Mallet; los paseos con Zaza, con Lisa; el azul del verano, el sol. Todavía cubría páginas enteras de mi cuaderno: contaban indefinidamente mi alegría.

En la Nationale encontré a Clairaut. Me dio su pésame y me interrogó sobre mi estado de ánimo con ojos brillantes; era mi culpa, yo había hablado demasiado. No obstante me fastidió. Me hizo leer, escrita a máquina una breve novela en la que relataba sus disgustos con su novia: ¿cómo un muchacho cultivado y con fama de inteligente, había podido perder su tiempo contando en frases incoloras anécdotas tan lamentables? Yo no le oculté que lo creía poco dotado para la literatura. No parecía resentido. Como era muy amigo de Pradelle, a quien mis padres querían mucho, él también vino a comer una noche a casa y gustó enormemente a mi padre. Pareció muy sensible a los encantos de mi hermana y para probarle que no era un necio se lanzó en bromas tan pesadas que nos consternó. Volví a ver a Herbaud una semana después de mi regreso en un corredor de la Sorbona. Vestido con un traje de verano color té con leche estaba sentado junto a Sartre sobre el alféizar de una ventana. Me tendió la mano en un largo gesto afectuoso y miró con curiosidad mi vestido negro. Me senté en el curso al lado de Lisa, ellos se sentaron unos bancos más atrás. Al día siguiente estaba en la Nationale y me dijo que se había inquietado por mi ausencia. "Supuse que estaba en el campo y ayer la vi de luto." Me alegró que hubiera pensado en mí; el colmo de mi placer fue que hizo alusión a nuestro encuentro en el Luxemburgo; le habría gustado presentarme a Sartre, "pero si no respeto las reflexiones de Clairaut – dijo – no me permitiría en cambio molestarla a usted cuando está reflexionando". Me entregó de parte de Sartre un dibujo que éste me había dedicado y que representaba: *Leibniz en el baño con las Mónadas*.

Durante las tres semanas que precedieron al examen vino todos los días a la Biblioteca; aun cuando no iba a trabajar, pasaba a buscarme antes del cierre y tomábamos una copa aquí o allí. El examen lo inquietaba un poco; no obstante abandonamos a Kant y a los estoicos para conversar. Me enseñaba la "cosmología eugénica" inventada a partir del *Potomak* y a favor de la cual había convencido a Sartre y a Nizan; los tres pertenecían a la casta más alta, la de los Eugenios ilustrada por Sócrates y Descartes; relegaban a todos los demás compañeros a categorías inferiores entre los Marranos que nadan en el infinito, o entre los Mortimer que nadan en el azul: algunos se mostraban seriamente ofendidos. Yo me colocaba entre las mujeres humosas: las que tienen un destino. Me mostró también los retratos de los principales animales metafísicos, el catoblepas, que se come los pies; el catobor que se expresa con borborigmos: a esta especie pertenecían Charles du Bos, Gabriel Marcel y la mayoría de los

colaboradores de la N.R.F. "Se lo digo, todo pensamiento del orden es de una insoportable tristeza": tal era la primera lección del *Eugenio*. Desdeñaba la ciencia, la industria, se burlaba de todas las morales de lo universal; escupía sobre la lógica del señor Lalande y sobre el Tratado de Goblot. El *Eugenio* trata de hacer de su vida un objeto original, y de alcanzar una cierta comprensión de lo singular, me explicaba Herbaud. Yo no tenía nada en contra y hasta empleé esa idea para construirme una moral pluralista que me permitiría justificar actitudes tan diferentes como las de Jacques, de Zaza, del mismo Herbaud; cada individuo, decidí, poseía su propia ley, tan exigente como un imperativo categórico, aunque no fuera universal: sólo había derecho a condenarlo o a aprobarlo en función de esa norma singular. Herbaud no apreció en absoluto ese esfuerzo de sistematización: "Es el género de pensamiento que detesto", me dijo con voz enojada; pero mi premura por entrar en sus mitologías me valió su perdón. Me gustaba mucho el *Eugenio* que representaba un gran papel en nuestras conversaciones: evidentemente era una creación de Cocteau, pero Herbaud le había inventado aventuras encantadoras, y él empleaba ingeniosamente su autoridad contra la filosofía de la Sorbona, contra el orden, la razón, la importancia, la tontería y todas las vulgaridades.

Herbaud admiraba con ostentación a tres o cuatro personas y desdeñaba a todo el resto. Su severidad me regocijaba; lo oí con placer despedazar a Blanchette Weiss y le abandoné a Clairaut. No atacó a Pradelle aunque no lo apreciaba, pero cuando me veía en la Sorbona o en la Normal tratando de hablar con algún camarada se quedaba desdeñosamente aparte. Me reprochaba mi indulgencia. Una tarde en la Nationale el húngaro me molestó dos veces para consultarme sobre los matices de la lengua francesa: quería saber entre otras cosas si se podía utilizar la palabra "gigoló" en el prefacio de una tesis. "¡Toda esa gente que se echa sobre usted! –me dijo Herbaud–. ¡Es increíble! ¡Ese húngaro que viene a molestarla dos veces! ¡Clairaut, todas sus amigas! Usted pierde su tiempo con gente que no vale la pena. O es psicóloga o es inexcusable." No sentía antipatía por Zaza aunque le encontraba un aspecto demasiado serio, pero cuando le hablé de Stépha me dijo con aire de crítica: "Me guiñó el ojo." Las mujeres provocadoras le disgustaban: se salían de su papel de mujer. Otro día me dijo con un poco de fastidio: "Usted es la presa de una banda. Me pregunto qué lugar queda para mí en su universo." Le aseguré lo que sabía perfectamente, que era grande.

Cada vez me gustaba más y lo que tenía de agradable era que a través de él me gustaba a mí misma; otros me habían tomado en serio pero a él lo divertía. Al salir de la Biblioteca me decía alegremente: "¡Qué rápido camina! Me encanta eso: parecería que va a alguna parte!" "¡Su extraña voz ronca! –me dijo otro día–, por otra parte está muy bien su voz, pero es ronca. Nos divierte mucho, a Sartre y a mí." Descubrí que tenía un andar, una voz: era una novedad. Me puse a cuidar lo más posible mi vestimenta; él recompensaba mis esfuerzos con un piropo: "Le queda muy bien ese nuevo peinado, ese cuello blanco." Una tarde en los jardines del Palais-Royal me dijo con aire perplejo: "Nuestras relaciones son extrañas: al menos para mí; nunca he tenido una amistad femenina." "Tal vez porque no soy muy femenina." "¿Usted?" Se echó a reír de una manera que me halagó mucho. "No. Es más bien porque acepta tan fácilmente cualquier cosa: uno está enseguida al mismo nivel." Los últimos tiempos me llamaba con afectación "Señorita". Un día escribió en mi cuaderno en grandes letras: BEAUVOIR = BEAVER. "Usted es un castor –dijo–, los castores andan en banda y tienen espíritu constructivo."

Había un montón de complicidades entre nosotros y nos comprendíamos a medias palabras; sin embargo, las cosas no nos conmovían siempre de la misma manera. Herbaud conocía Uzerche, había pasado algunos días con su mujer, le gustaba mucho el Limousin; pero me asombré cuando su voz elocuente levantó sobre el páramo los dólmenes, los menhires, los bosques, en los cuales los druidas cortaban el muérdago. Solía perderse en sueños históricos: para él los jardines del Palais-Royal estaban poblados de grandes sombras; a mí el pasado me dejaba fría. En cambio, a causa de su tono

desapegado, de su desenvoltura, creía que Herbaud tenía el corazón bastante seco; me conmovió cuando me dijo que le gustaba *La Ninfa Constante*, *El Molino sobre el Floss*, *El Gran Meaulnes*. Hablando de Alain Fournier murmuró con aire emocionado; "Hay seres envidiables"; permaneció un rato silencioso: "En el fondo –agregó– yo soy mucho más intelectual que usted; sin embargo, en su origen encuentro en mí la misma sensibilidad pero no quise aceptar." Le dije que a menudo me parecía embriagador el simple hecho de existir. "¡Tengo momentos maravillosos!" Meneó la cabeza: "Así lo espero, señorita, los merece. Yo no tengo momentos maravillosos, soy un pobre gato, ¡pero lo que hago es admirable!" Con una sonrisa renegó la fanfarronada de esas últimas palabras: ¿en qué medida creía en ellas? "No hay que juzgarme", decía a veces, sin que yo pudiera desentrañar si me dirigía un ruego o si me daba una orden. Yo creía en él; me hablaba de los libros que escribiría: quizá fueran efectivamente "admirables". Una sola cosa me molestaba en él: para saciar su individualismo, jugaba la carta del éxito social. Yo estaba totalmente desprovista de ese tipo de ambición. Yo no codiciaba ni el dinero, ni los honores, ni la notoriedad. Temía hablar como "catobory" si pronunciaba la palabra "salvación" o "realización interior" que en mis cuadernos volvían a menudo bajo mi pluma. Pero el hecho es que yo conservaba una idea casi religiosa de lo que llamaba "mi destino". Herbaud se interesaba en el personaje que crearía para, los ojos ajenos. Sobre eso mi terquedad nunca aflojaría: yo no comprendía que alguien alienara su vida a los sufragios de un público dudoso.

No hablábamos nunca de nuestros problemas personales. Un día, sin embargo, a Herbaud se le escapó que el *Eugenio* no es más feliz porque la insensibilidad es un ideal que no puede alcanzar. Le confié que comprendía muy bien a los *Eugenios* porque había uno en mi vida. Las relaciones entre *Eugenios* y mujeres humosas son generalmente difíciles, declaró, porque ellas quieren devorarlo todo y "el *Eugenio* se resiste". "¡Ah, ya lo advertí!", dije. Él rió largamente. Como una frase trae otra, terminé por contarle a grandes rasgos mi amor con Jacques y me ordenó que me casara con él; o a falta de él con algún otro, agregó: una mujer debe casarse. Comprobé con sorpresa que en ese terreno su actitud difería apenas de la de mi padre. Un hombre que seguía virgen después de los dieciocho años era a sus ojos un neurótico; pero pretendía que la mujer sólo debe entregarse en legítimos esponsales. Yo no admitía que hubiera dos pesos y dos medidas. Ya no condenaba a Jacques; pero de golpe concedía ahora tanto a las mujeres como a los hombres la libre disposición de su cuerpo. Me gustaba mucho una novela de Michael Arlen, titulada *El Fieltro Verde*. Un malentendido había separado a la heroína Iris Storm, de Napier, el gran amor de su juventud; ella no conseguía olvidarlo aunque se acostaba con un montón de hombres; para terminar, antes de separar a Napier de una esposa amable y amante, estrellaba su coche contra un árbol. Yo admiraba a Iris: su soledad, su soltura y su integridad altanera. Le presté el libro a Herbaud. "Las mujeres fáciles no me inspiran simpatía", me dijo al devolvérmelo. Me sonrió. "Me gusta tanto apreciar a una mujer como me es imposible estimar a una mujer que he tenido." Me indigné: "No se tiene" a una Iris Storm. Ninguna mujer soporta impunemente el contacto de los hombres." Me repitió que nuestra sociedad sólo respeta a las mujeres casadas. No me importaba ser respetada. Vivir con Jacques o casarme con él era todo uno. Pero en los casos en que se pudiera disociar el amor del casamiento, me parecían ahora muy preferibles. Un día vi en el Luxemburgo a Nizian y a su mujer que empujaba un coche de bebé, y deseé vivamente que esa imagen no figurara en mi porvenir. Me parecía molesto que los esposos estuvieran atados el uno al otro por obligaciones materiales: el único lazo entre gente que se quiere debería ser el amor.

Por lo tanto, no me entendía con Herbaud sin reservas. Estaba desconcertada por la frivolidad de sus ambiciones, por su respeto de ciertas convenciones y a veces por su estetismo; me decía que si ambos fuéramos libres no me gustaría ligar mi vida a la suya; yo encaraba el amor como una entrega total: por lo tanto no lo quería. Sin embargo, el sentimiento que sentía por él recordaba extrañamente al que me había inspirado Jacques. En cuanto me apartaba de él esperaba nuestro próximo encuentro; todo lo

que me ocurría, todo lo que se me cruzaba por la cabeza se lo destinaba. Cuando habíamos terminado de conversar y trabajábamos juntos mi corazón se oprimía porque ya nos inclinábamos hacia la despedida: yo no sabía nunca exactamente cuándo volvería a verlo y esa incertidumbre me entristecía; por momentos yo sentía, desamparada, la fragilidad de nuestra amistad. "¡Hoy está muy melancólica!", me decía afectuosamente Herbaud y se ingeniaba por devolverme el buen humor. Yo me aleccionaba en vivir al día, sin esperanza y sin temor, esa historia que ahora sólo me daba alegría.

Y la alegría era lo más fuerte. Revisando mi programa en mi cuarto en una tarde cálida, recordaba horas muy semejantes en que preparaba mi bachillerato: conocía la misma paz, el mismo ardor, pero ¡cómo me había enriquecido desde mis dieciséis años! Envié una carta a Pradelle para concertar una entrevista y la terminé con estas palabras: "¡Seamos dichosos!" Dos años antes, él me lo recordó, yo le había pedido que me pusiera en guardia contra la felicidad; su vigilancia me conmovió. Pero la palabra había cambiado de sentido; ya no era una abdicación, un entorpecimiento: mi felicidad ya no dependía de Jacques. Tomé una decisión. El año próximo aun si no hubiera logrado recibirme no me quedaría en casa, y si me recibiera no aceptaría, ningún cargo, no me iría de París: en los dos casos me instalaría sola y viviría dando lecciones. Mi abuela desde la muerte de su marido tomaba pensionistas. Le alquilaría un cuarto, lo que me garantizaría una perfecta independencia, sin espantar a mis padres. Estuvieron de acuerdo. Ganar dinero, salir, recibir, escribir, ser libre: esta vez, verdaderamente la vida se abría.

Arrastré a mi hermana en ese porvenir. A orillas del Sena, al caer la tarde nos contábamos ininterrumpidamente nuestros triunfantes mañanas: mis libros, sus cuadros, nuestros viajes, el mundo. En el agua que huía temblaban las columnas y las sombras se deslizaban sobre la baranda del puente des Arts; bajábamos sobre nuestros ojos nuestros velos negros para que el decorado fuera más fantástico. A menudo asociábamos a Jacques a nuestros proyectos; hablábamos ya no cómo del amor de mi vida, sino como de un primo mayor, prestigioso, que había sido el héroe de nuestra juventud.

"Yo ya no estaré aquí el año próximo", me decía Lisa que acababa dificultosamente su diploma; había solicitado un puesto en Saigón. Sin duda Pradelle había adivinado su secreto: huía de ella. "¡Ah, qué desdichada soy!", murmuraba con una leve sonrisa. Nos encontrábamos en la National, en la Sorbona. Tomábamos limonada en el Luxemburgo. O comíamos mandarinas en el crepúsculo en su cuarto florecido de espinos rosados y blancos. Un día en que estábamos conversando con Clairaut en el patio de la Sorbona él nos preguntó con su voz intensa: "¿Qué pretieren en ustedes?" Declaré mintiendo: "A cualquier otra." "Yo –contestó Lisa–, la puerta de salida." Otra vez me dijo: "Lo bueno que hay en usted es que nunca rechaza nada, se deja abiertas todas las puertas. Yo siempre estoy saliendo y llevo todo conmigo. ¿Qué idea habré tenido de entrar un día en su casa? ¿O la que vino fue usted y se le ocurrió esperar? En verdad uno puede pensar cuando el propietario está ausente que vendrá de un momento a otro; pero a la gente no se le ocurre..." A veces era casi bonita, de noche en su batón de linón; pero el cansancio y la desesperación resecaban su rostro.

Pradelle no pronunciaba nunca su nombre; en cambio hablaba a menudo de Zaza: "Traiga a su amiga", me dijo invitándome a una reunión en la que debían afrontarse Garric y Guéhenno. Comió en casa y me acompañó a la calle Dufour. Maxence presidía la sesión a la cual asistían Jean Daniélou, Clairaut, y otros estudiantes bien pensantes. Yo recordaba la conferencia de Garric tres años antes, cuando me había parecido un semidiós y Jacques daba apretones de mano en un mundo inaccesible: hoy yo apretaba muchas manos. Apreciaba todavía la voz cálida y vivaz de Garric: desgraciadamente sus palabras me parecieron estúpidas; y esos "talas" a los que me ligaba todo mi pasado, ¡qué lejos de ellos me sentía! Cuando Guéhenno tomó la palabra, unos majaderos de *Action Française* armaron un escándalo; imposible hacerlos callar. Garric y Guéhenno se fueron a tomar una copa juntos en un

boliche vecino y el público se dispersó. Pese a la lluvia, Pradelle, Zaza y yo caminamos por el Bulevar Saint Germain y los Champs Elysées. Mis dos amigos estaban mucho más alegres que de costumbre y se ligaron afectuosamente contra mí. Zaza me llamó "la dama amorosa", que era el apodo de Iris Storm en *El Fieltro Verde*. Pradelle opinó: "Usted es una conciencia solitaria." Su complicidad me divirtió.

Aunque esa velada había sido un fiasco lamentable, Zaza pocos días más tarde se la agradeció en tono emocionado; de pronto había comprendido de manera decisiva que nunca aceptaría esa atrofia del corazón y del espíritu que su medio exigía de ella. Pasamos, Pradelle y yo, el oral de nuestros diplomas y ella asistió; festejamos nuestros éxitos tomando los tres el té en Yvelynes. Organicé lo que Herbaud llamó "la gran fiesta del Bois de Boulogne". Un hermoso atardecer tibio. Remamos sobre el lago, Zaza, Lisa, mi hermana, Gégé, Pradelle, Clairaut, el hermano segundo de Zaza y yo. Corrimos carreras, hubo risas y cantos. Zaza llevaba un vestido de brin de seda rosa, un sombrerito de paja de arroz, sus ojos negros brillaban, nunca la había visto tan bonita; Pradelle había recobrado en toda su frescura la alegría que me había iluminado el corazón al principio de nuestra amistad. Sola con ellos en un bote quedé de nuevo impresionada por su connivencia y me asombró un poco que su afecto por mí fuera esa noche tan expresivo: me dirigían miradas, sonrisas, las palabras acariciadoras que aún no se atrevían a decirse. Al día siguiente cuando yo acompañaba a Zaza a hacer unas compras en auto, me habló de Pradelle con devoción. Algunos instantes más tarde me dijo que la idea de casarse cada vez le repelía más; no se resignaría a casarse con un mediocre, pero no se consideraba digna de ser amada por nadie verdaderamente bien. Una vez más fui incapaz de adivinar las razones precisas de su melancolía. A decir verdad, pese a mi amistad por ella yo era un poco distraída. El concurso de agregación comenzaba al día siguiente. Yo me había despedido de Herbaud ¿por cuánto tiempo? Lo vería en el examen escrito; luego contaba irse de París y a la vuelta prepararía el oral con Sartre y Nizan. Terminados nuestros encuentros en la Nationale: ¡cómo iba a echarlo de menos! No obstante estuve de muy buen humor al día siguiente durante el picnic que reunió en el bosque de Fontainebleau a "la banda del Bois de Boulogne". Pradelle y Zaza estaban radiantes. Sólo Clairaut estuvo deprimido; cortejaba asiduamente a mi hermana, pero ella no le correspondía. Hay que confesar que empleaba un método muy extraño; nos invitaba a tomar una copa en la trastienda de alguna panadería y pedía con autoridad: "Tres té." "No, yo quiero una limonada", decía Poupette. "El té refresca más." "Prefiero la limonada." "¡Bueno! ¡Entonces tres limonadas!", decía con rabia. "Pero usted tome té." "No quiero singularizarme." Se inventaba sin cesar derrotas que lo precipitaban en el resentimiento. De tanto en tanto le enviaba un mensaje a mi hermana en el que se excusaba de haber estado de mal humor. Prometía ser un alegre compañero, en adelante iba a dedicarse a cultivar su espontaneidad; en el próximo encuentro su exuberancia rechinante nos congelaba y de nuevo su rostro se crispaba de despecho.

"Buena suerte, castor", me dijo Herbaud con su voz más tierna cuando nos instalamos en la biblioteca de la Sorbona. Yo coloqué a mi lado un termo lleno de café y una caja de galletitas; la voz del señor Lalonde anunció: "Libertad y contingencia." Las miradas escrutaron el cielo raso, las lapiceras empezaron a moverse; cubrí varias páginas y tuve la impresión de que salía bien. A las dos de la tarde Zaza y Pradelle vinieron a buscarme; después de tomar una limonada en el café de Flore, que era entonces un cafecito de barrio, paseamos largamente por el Luxemburgo florecido de iris amarillos y malvas. Tuve con Pradelle una discusión agridulce. Sobre ciertos puntos habíamos estado siempre en desacuerdo. Él profesaba que no hay distancia entre la dicha y la desdicha, entre la fe y la incredulidad, entre cualquier sentimiento y su ausencia. Yo pensaba fanáticamente lo contrario. Aunque Herbaud me reprochara que frecuentara a cualquiera yo dividía la gente en dos categorías: sentía por algunos un afecto muy profundo, por los otros una desdeñosa indiferencia. Pradelle ponía a todo el mundo en la misma canasta. Desde hacía dos años nuestras posiciones se habían endurecido. Él

me había escrito la antevíspera una carta en la que hacía mi proceso: "Muchas cosas nos separan, sin duda muchas más de las que usted piensa y de las que yo pienso... No puedo soportar, que su simpatía sea tan estrecha. ¿Cómo vivir sin tomar a todos los hombres juntos en una misma red de amor? Pero usted es tan poco paciente cuando se trata de esas cosas." Concluía cordialmente: "Pese a su frenesí que me molesta como inconsciencia y que me resulta tan contrario, siento por usted la amistad más grande y la menos explicable." De nuevo esa tarde me predicó la piedad hacia los hombres; Zaza lo apoyó discretamente, pues observaba el precepto del Evangelio: no juzgues. Yo pensaba que uno no puede amar sin odiar: quería a Zaza, detestaba a su madre. Pradelle se despidió sin que él ni yo hubiéramos cedido un tranco de pollo. Me quedé con Zaza hasta la hora de comer; por primera vez, me dijo, no se había sentido la tercera en discordia entre Pradelle y yo, y estaba profundamente conmovida. "No creo que exista otro muchacho tan bien como Pradelle", agregó con entusiasmo.

Me esperaban en el patio de la Sorbona conversando con animación cuando salí al día siguiente de la última prueba. ¡Qué alivio haber terminado! Mi padre me llevó aquella noche a la *Lune Rousse* y comimos huevos fritos en Lipp. Dormí hasta mediodía. Después de almorzar fui a casa de Zaza, en la calle de Berri. Llevaba un vestido nuevo de voile azul, con dibujos negros y blancos, y una gran capelina de paja: ¡cómo había embellecido desde ese principio de verano! Caminando por los Champs Elysées se asombró de esa renovación que sentía en ella. Dos años antes, cuando había roto con André, había creído que en adelante no haría más que "sobrevivir; y he aquí que estaba tan tranquilamente alegre como en los mejores días de su infancia; había recobrado el gusto por los libros, por las ideas y por su propio pensamiento. Y sobre todo encaraba el porvenir con una confianza que no se explicaba.

Aquel mismo día, alrededor de medianoche, mientras salíamos del cine *Agriculteurs*, Pradelle me dijo cuánto estimaba a mi amiga; nunca hablaba sino de lo que sabía perfectamente, de lo que sentía sinceramente, y por eso callaba a menudo; pero cada una de sus palabras pesaba mucho. Admiraba también que en las circunstancias difíciles en que se encontraba se mostrara tan igual a sí misma. Me pidió que la invitara de nuevo a pasear con nosotros. Volvía a casa con el corazón rebosante de alegría. Recordaba cuan atentamente me escuchaba Pradelle este invierno, cuando yo le daba noticias de Zaza y a menudo en sus cartas decía algunas palabras sobre él con mucha simpatía. Estaban hechos el uno para el otro, se querían. Uno de mis mayores deseos cobraba forma: ¡Zaza viviría feliz!

Al día siguiente mi madre me dijo que mientras yo estaba en el cinematógrafo, Herbaud había pasado por casa; lo que más me desesperó de ese desencuentro fue que él, al salir de la sala de exámenes, bastante descontento con lo que había hecho, no me dio ninguna cita. Mascando mi decepción bajé a eso de las doce a comprar un pastel con crema; lo encontré al pie de la escalera; me invitó a almorzar. Hice rápidamente mis compras. Para no cambiar nuestras costumbres fuimos a *La Fleur de Lys*. Él había quedado encantado con el recibimiento de mis padres: mi padre había mantenido teorías antimilitaristas y Herbaud había estado totalmente de acuerdo. Rió mucho cuando comprendió que había caído en una celada. Se iba al día siguiente a juntarse con su mujer en Bagnoles-de-l'Orme; a su vuelta, unos diez días más tarde, prepararía el oral del concurso con Sartre y Nizan que me invitaban cordialmente a unirme a ellos. De aquí allí Sartre quería conocerme: me proponía una entrevista para una noche cercana. Pero Herbaud me pidió que no fuera: Sartre aprovecharía su ausencia para acapararme. "No quiero que toquen mis más caros sentimientos", me dijo Herbaud en tono cómplice. Decidimos que mi hermana se encontraría con Sartre a la hora y en el lugar previstos; le diría que yo había tenido que irme bruscamente al campo y que ella saldría con él en mi lugar.

Así que pronto volvería a ver a Herbaud y era aceptada por su clan: estaba encantada. Ataqué blandamente el programa del oral. Leí libros que me divertían, lo pasé bien. La noche que Poupette

pasó con Sartre recapitulé alegremente el año que acababa de transcurrir, y toda mi juventud; pensé con emoción en mi porvenir: "Extraña certidumbre de que esa riqueza que siento en mí será recibida, que diré palabras que serán oídas, que esta vida será una vertiente en la que otros beberán: certidumbre de una vocación..." Me exalté tan apasionadamente como en la época de mis vuelos místicos pero sin apartarme de la tierra. Mi reino era definitivamente de este mundo. Cuando mi hermana volvió me felicitó por haberme quedado en casa. Sartre había aceptado cortésmente nuestra mentira; la había llevado al cine y había estado muy amable; pero la conversación no había sido fácil. "Todo lo que Herbaud cuenta de Sartre, es él que lo inventa", me dijo mi hermana que conocía un poco a Herbaud y lo encontraba muy divertido. Aproveché mis ocios para reanimar relaciones más o menos olvidadas. Visité a la señorita Lambert que se asustó de mi serenidad y a Suzanne Boigue que la felicidad conyugal apagaba; me aburrí con Riesmann, cada vez más tenebroso. Stépha se había eclipsado hacía dos meses, ya estaba instalada en Montrouge donde Fernando había alquilado un "atelier"; supongo que vivían juntos y que ella había dejado de verme para disimular su inconducta. Reapareció con una alianza en el dedo. Vino a buscarme a las ocho de la mañana; almorzamos en Dominique, un restaurante ruso que se había abierto en Montparnasse pocas semanas antes y pasamos todo el día paseando y conversando; de noche comí en su estudio tapizado con claros tapices ucranianos; Fernando pintaba de la mañana a la noche, había hecho grandes progresos. Algunos días más tarde dieron una fiesta para celebrar su casamiento; había rusos, ucranianos, españoles, todos vagamente pintores, escultores o músicos; se bebió, se bailó, se cantó, hubo disfraces. Pero Stépha y Fernando iban a irse pronto a Madrid donde pensaban instalarse; ella estaba absorbida por los preparativos de ese viaje y por preocupaciones hogareñas. Nuestra amistad –que debía recobrar más tarde una nueva frescura– se alimentaba sobre todo de recuerdos.

Yo seguí saliendo a menudo con Pradelle y Zaza y la que ahora se sentía un poco intrusa era yo: ¡se entendían tan bien! Zaza todavía no se confesaba francamente sus esperanzas pero de ella sacaba fuerzas para resistir a los ataques maternos. La señora Mabile estaba urdiendo un casamiento para ella y la perseguía sin cesar. "¿Qué tienes contra ese muchacho?" "Nada, mamá, pero "no lo quiero." "Mi hijita, la mujer no quiere, es el hombre el que quiere", explicaba la señora Mabile; se irritaba: "Puesto que no tienes nada contra ese muchacho, ¿por qué te niegas a casarte con él? ¡Lo que es tu hermana aceptó a un muchacho menos inteligente que ella!" Zaza me contaba esas discusiones, más abrumada que irónica, pues no tomaba a la ligera el descontento de su madre. "Estoy tan cansada de luchar que tal vez hace dos o tres meses hubiera cedido", me decía. Su festejante le parecía bastante simpático, pero no podía imaginar que pudiera hacerse amigo de Pradelle o de mí; en nuestras reuniones no habría estado en su lugar; no quería aceptar como marido a un hombre que estimaba menos que a otros.

La señora Mabile debió de sospechar las verdaderas razones de esa terquedad; cuando fui a su casa me recibió muy fríamente, y no tardó en oponerse a los encuentros de Zaza con Pradelle. Habíamos proyectado salir a remar nuevamente; la antevíspera recibí unas líneas de Zaza: "Acabo de tener una conversación con mamá, después de la cual me resulta absolutamente imposible ir a remar el jueves con ustedes. Mamá se va de París mañana por la mañana; cuando ella está aquí puedo discutir y resistirle; pero aprovechar la libertad que me deja para hacer algo que le disgusta tanto, de eso no soy capaz. Me resulta muy duro renunciar a esa tarde del jueves durante la cual esperaba revivir momentos tan maravillosos como los que pasé entre usted y Pradelle en el Bois de Boulogne. Las cosas que mamá me dijo me pusieron en un estado tan atroz que estuve a punto de irme por tres meses a un convento cualquiera donde aceptaran dejarme en paz. Todavía pienso en hacerlo, estoy en una gran desazón..."

Pradelle se desesperó: "Déle muchos cariños de mi parte a la señorita Mabile", me escribió.

"Supongo que podremos, sin que ella falte a su promesa, encontrarnos en pleno día y como por casualidad." Se encontraron en la Nationale donde yo iba nuevamente a estudiar. Almorcé con ellos y luego se fueron a pasear. Volvieron a verse solos dos o tres veces y a fines de julio Zaza me anunció, impresionadísima, que se querían: se casarían cuando Pradelle se hubiera recibido y hubiera hecho su servicio militar. Pero Zaza temía la oposición de su madre. La acusé de pesimismo. Ya no era una chica y la señora Mabile, después de todo, deseaba su felicidad: respetaría su elección. ¿Qué podía objetar? Pradelle era de una familia excelente y católico practicante; seguramente haría una linda carrera, y en todo caso la agregación le aseguraría una situación decente: el marido de Lili tampoco estaba forrado en oro. Zaza sacudía la cabeza: "No se trata de eso. En nuestro ambiente los casamientos no se hacen de esta manera." Pradelle había conocido a Zaza por mí: era una mala nota. Y además las perspectivas de un largo noviazgo inquietarían a la señora Mabile. Pero, sobre todo, me repetía Zaza obstinadamente: "¡Eso no se hace!" Había decidido esperar la entrada de clases para hablar con su madre; sin embargo, pensaba escribirse con Pradelle durante el verano: la señora Mabile corría el riesgo de darse cuenta ¿y entonces qué ocurriría? A pesar de sus inquietudes, cuando llegó a Laubardon, Zaza se sentía llena de esperanzas. "Tengo una certidumbre que me permite esperar confiada y soportar, si deben venir, muchos disgustos y contrariedades, me escribía. La vida es maravillosa."

Cuando volvió a París a principios de julio, Herbaud me mandó unas líneas para invitarme a pasar la velada con él. Mis padres no aprobaban que yo saliera con un hombre casado, pero como ya estaba al borde de ser libre habían renunciado más o menos a intervenir en mi vida. Por lo tanto fui con Herbaud a ver *Le Pèlerin* y a comer en Lipp. Me contó las últimas aventuras del *Eugenio* y me enseñó un juego de naipes que había inventado para estar seguro de ganar siempre. Me dijo que "los compañeritos" me esperaban el lunes por la mañana en la ciudad universitaria; contaban conmigo para estudiar Leibniz.

Yo estaba un poco asustada cuando entré en el cuarto de Sartre; había un gran desorden de libros y de papeles, colillas en todos los rincones: se podía cortar el humo con cuchillo. Sartre me recibió mundanamente; fumaba en pipa. Silencioso, con un cigarrillo pegado en la comisura de su sonrisa oblicua, Nizan me espiaba a través de sus gruesos anteojos, con un aire de pensar muchas cosas. Todo el día, petrificada de timidez, comenté "el discurso metafísico" y Herbaud me acompañó a la noche a casa.

Volví todos los días y pronto me desentumecí. Leibniz nos aburría y decidimos que ya lo conocíamos bastante. Sartre se encargó de explicarnos el Contrato Social sobre el cual tenía conocimientos especiales. A decir verdad, sobre todos los autores, sobre todos los capítulos del programa, él era el que sabía mucho más: nosotros nos limitábamos a escucharlo. Yo trataba a veces de discutir; me ingeniaba, me obstinaba. "¡Es retorcida!" decía alegremente Herbaud mientras Nizan contemplaba sus uñas con aire absorto; pero Sartre siempre salía ganando. Imposible guardarle rencor: no escatimaba esfuerzos para hacernos aprovechar su ciencia. "Es un maravilloso entrenador intelectual", anotaba yo en mi diario. Me azoraba su generosidad, pues esas sesiones no le enseñaban nada y durante horas se gastaba sin contar.

Trabajábamos sobre todo por la mañana. Por la tarde, después de almorzar en el restaurante de la Ciudad Universitaria o en Chabin, junto al parque Montsouris, tomábamos largos recreos. A menudo la mujer de Nizan, una linda morena exuberante, se unía a nosotros. Había una feria en la puerta de Orléans. Jugábamos al billar japonés, al fútbol miniatura, tirábamos al blanco; yo gané en la lotería un gran florero rosa. Nos amontonábamos en el autito de Nizan, dábamos la vuelta a París deteniéndonos aquí y allí para tomar una cerveza en una terraza. Visité los dormitorios y los cuartos de la Escuela

Normal, trepé ritualmente sobre el tejado. Durante esos paseos Same y Herbaud cantaban a gritos canciones que improvisaban; compusieron un motete sobre el título de un capítulo de Descartes. "De Dios. Sobre la base que existe." Sartre tenía una linda voz y un vasto repertorio: *Old man river* y todos los aires de jazz de moda; sus dones cómicos eran célebres en toda la Escuela: siempre era él que representaba en la revista anual el papel del señor Lanson; tenía grandes éxitos interpretando *La Bella Elena* y romances del 900. Cuando había dado bastante de sí mismo ponía un disco en el fonógrafo: escuchábamos a Sophie Tucker, Leyton y Johnston, Jack Hylton, los Revellevs, y negro-spirituals. Cada día las paredes de su cuarto se enriquecían de nuevos dibujos inéditos: animales metafísicos, las nuevas hazañas del *Eugenio*. Nizan se especializaba en los retratos de Leibnú, que solía disfrazar de cura, o ponerle un sombrero tirolés y llevando en el traste la marca del pie de Spinoza.

A veces abandonábamos la Ciudad Universitaria por el escritorio de Nizan. Vivía en casa de sus suegros, en un edificio de la calle Vavin, todo de mosaicos. Tenía sobre sus paredes un retrato de Lenin, un cartel de Casandra y la Venus de Botticelli; yo admiraba los muebles ultramodernos, la biblioteca cuidada. Nizan estaba en la vanguardia del trío; frecuentaba medios literarios, estaba afiliado al partido comunista; nos revelaba la literatura irlandesa y los nuevos novelistas americanos. Estaba al corriente de las últimas modas y hasta de la moda de mañana: nos llevaba al triste Café de Flore "para embromar a los Deux Magots", decía comiéndose malignamente sus uñas. Preparaba un panfleto contra la filosofía oficial y un estudio sobre "la sabiduría marxista". Reía poco pero sonreía a menudo con ferocidad. Su conversación me seducía pero me resultaba un poco difícil hablarle a causa de su aire distraídamente socarrón.

¿Cómo me aclimaté tan pronto? Herbaud había tenido cuidado de no chocarme, pero cuando estaban juntos los tres "compañeritos" no se cuidaban de nada. Su lenguaje era agresivo, su pensamiento categórico, su justicia sin apelación. Se burlaban del orden burgués; se habían negado a pasar el examen de E.O.R.: en eso los seguí sin dificultad. Pero en muchos puntos yo seguía engañada por las sublimaciones burguesas: ellos deshacían implacablemente todos los idealismos, se burlaban de las almas nobles, de las hermosas almas, de todas las almas y los estados de ánimo, de la vida interior, lo maravilloso, el misterio, las *élites*; en cualquier oportunidad –en sus palabras, sus actitudes, sus bromas– manifestaban que los hombres no eran espíritus sino cuerpos presas de necesidades y arrojados en una aventura brutal. Un año antes todavía me hubieran asustado; pero yo había andado mucho camino aquel año y a menudo había tenido hambre de alimentos menos huecos que los que me alimentaban. Pronto comprendí que si el mundo al que me invitaban mis nuevos amigos me parecía rudo, es porque no disfrazaban nada; después de todo sólo me pedían que me atreviera a lo que siempre había querido; mirar la realidad de frente. No necesité mucho tiempo para decidirme.

"Estoy encantado de que se entienda bien con mis compañeritos –me dijo Herbaud–, pero..." "De acuerdo –dije–, usted es usted." Sonrió: "Usted nunca será un compañerito: usted es el castor." Era celoso, me dijo, en amistad como en amor y exigía ser tratado con parcialidad. Mantenía firmemente sus prerrogativas. La primera vez que se trató de salir de noche en grupo sacudió la cabeza: "No. Esta noche voy al cine con la señorita de Beauvoir." "Bien, bien", dijo Nizan en tono sarcástico, y Sartre dijo "Bueno", con bonhomía. Herbaud estaba caído aquel día porque temía haber fracasado en el concurso y por oscuras razones que tenían que ver con su mujer. Después de ver un film de Buster Keaton nos sentamos en un café y la conversación careció de animación. "¿No se aburre?", me preguntó con un poco de ansiedad y mucha coquetería. No; pero sus preocupaciones me alejaban un poco de él. Volvió a estar cerca de mí durante el día que pasé a su lado so pretexto de ayudarlo a traducir *La Ética a Nicómaco*. Había alquilado un cuarto en un hotelito de la calle Vaneau y allí trabajamos: no mucho tiempo porque Aristóteles nos abrumaba. Me hizo leer fragmentos de *Anábasis*

de Saint-John Perse de quien no conocía nada y me mostró unas reproducciones de *Las Sibilas* de Miguel Ángel. Luego me habló de las diferencias que lo distinguían de Sartre y de Nizan. Él se entregaba sin pensar más a las alegrías de este mundo: las obras de arte, la naturaleza, los viajes, las intrigas y los placeres. "Ellos quieren comprenderlo todo; Sartre sobre todo", me dijo. Agregó con un tono de terror admirativo: "¡Sartre, salvo, quizá, cuando duerme, piensa todo el tiempo!" Aceptó que Sartre pasara con nosotros la noche del 14 de julio. Después de una comida en un restaurante alsaciano miramos los fuegos artificiales, sentados sobre el césped de la Ciudad Universitaria. Luego Sartre, cuya magnificencia era legendaria, nos metió en un taxi y en el Falstaff, calle Montparnasse, nos llenó de cocktails hasta las dos de la mañana. Rivalizaban en gentileza y me contaban un montón de historias. Yo estaba loca de contenta. Mi hermana se había equivocado: Sartre me parecía todavía más divertido que Herbaud; no obstante convinimos los tres que éste conservaba el primer lugar en mi amistad, y en la calle me tomó del brazo con ostentación. Nunca me había manifestado tan abiertamente su afecto como en los días que siguieron. "Verdaderamente la quiero mucho, castor", me decía. Como yo tenía que comer con Sartre en casa de los Nizan y él no estaba libre me preguntó con tierna autoridad: "¿Pensará en mí esta noche?" Yo era muy sensible a las menores inflexiones de su voz y también a su manera de fruncir el ceño. Una noche en que conversaba con él en el hall de la Nationale, Pradelle se nos acercó y lo recibí con alegría. Herbaud se despidió con aire furioso y me dejó plantada. Durante todo el resto del día me angustié. A la noche lo encontré encantado de haber salido con la suya: "¡Pobre castor! ¿Estuve malo?", me dijo alegremente. Lo llevo al Stryx que le pareció "encantadoramente funambulesco" y le conté mis juergas: "¡Usted es un fenómeno!", me dijo riendo. Me habló de él, de su infancia campesina, de sus principios en París, de su casamiento. Nunca habíamos hablado con tanta intimidad. Pero estábamos ansiosos, pues al día siguiente debíamos saber el resultado del escrito. Si lo bochaban, Herbaud tenía que irse enseguida a Bagnoles-de-l'Ome. El año próximo, de todos modos, pediría un puesto en provincia o en el extranjero. Me prometió ir a verme ese verano al Limousin. Pero algo se acababa.

Al día siguiente me dirigí hacia la Sorbona con el corazón palpitante; en la puerta encontré a Sartre: yo era admisible, como Nizan y él. Herbaud no había pasado. Se fue de París aquella misma noche sin que yo lo hubiera vuelto a ver. "Le dirás al castor toda la felicidad que le deseo", le escribió a Sartre en una carta en que le anunciaba su partida. Reapareció una semana después y solamente por un día. Me llevó al Balzar: "¿Qué va a tomar?", me dijo; agregó: "En mis tiempos era limonada." "Siempre son sus tiempos", dije. Sonrió: "Es lo que quería oírle decir." Pero ambos sabíamos que yo había mentado.

"A partir de ahora la tomo entre manos", me dijo Sartre cuando me hubo anunciado mi admisibilidad. Le gustaban las amistades femeninas. La primera vez que lo vi en la Sorbona llevaba un sombrero y conversaba con aire animado con una estudiante grandota que me pareció muy fea; pronto le desagradó; se había hecho amigo de otra más bonita, pero llena de vueltas con la que no tardó en disgustarse. Cuando Herbaud le habló de mí quiso conocerme enseguida; y ahora estaba muy contento de poder acapararme: ahora a mí me parecía que todo el tiempo que no pasaba con él era tiempo perdido. Durante los quince días que duró el oral de concurso sólo nos separamos para dormir. Íbamos a la Sorbona a pasar nuestros exámenes y a escuchar los de nuestros compañeros. Salíamos con los Nizan. Tomábamos copas en el Balzar con Aron que hacía su servicio militar en la meteorología, con Politzer que se había afiliado al partido comunista. Pero más a menudo nos paseábamos los dos solos. En los muelles del Sena, Sartre me compraba números de *Pardaillan* y de *Fantomas* que prefería en mucho a la correspondencia de Rivière y de Fournier; de noche me llevaba a ver películas de *cowboys* por las que yo me apasionaba como neófita, pues era versada sobre todo en el cine abstracto y en el cine de arte. En las terrazas de los cafés o tomando cocktails en el Falstaff conversábamos durante

horas.

"Nunca para de pensar", me había dicho Herbaud. Esto no significaba que segregara sin cesar fórmulas y teorías: aborrecía la pedantería. Pero su espíritu estaba siempre alerta. Ignoraba el entorpecimiento, las somnolencias, las huidas, las treguas, las prudencias, el respeto. Se interesaba en todo y nunca aceptaba nada como resuelto. Frente a un objeto en vez de escamotearlo en provecho de un mito, de una palabra, de una impresión, de una idea preconcebida, lo miraba; no lo largaba antes de haber comprendido las causas y los efectos, sus múltiples sentidos. No se preguntaba lo que había que pensar, lo que hubiera sido picante o inteligente pensar; solamente lo que pensaba. Por eso decepcionaba a los estetas ávidos de una elegancia experimentada. Habiéndolo oído dos años antes dar una conferencia, Riesmann, que se deslumbraba con la logomaquia de Baruzi, me había dicho tristemente: "¡No tiene genio!" En el curso de una lección sobre "la calificación" su minuciosa buena fe había puesto aquel año nuestra paciencia a prueba: había terminado por forzar nuestro interés. Interesaba siempre a la gente que no rechazaba la novedad, pues sin buscar la originalidad no caía en ningún conformismo. Obstinada, ingenua, su atención se apoderaba de las cosas vivas en su profusión. ¡Qué estrecho era mi mundillo junto a ese universo multiplicado! Más tarde sólo algunos locos me inspiraron una humildad análoga, los que descubrían en un pétalo de rosa un laberinto de intrigas tenebrosas.

Hablábamos de un montón de cosas, pero particularmente de un tema que me interesaba entre todos: yo misma. Cuando pretendían explicarme, las demás personas me anexaban a su mundo, me irritaban; Sartre, por el contrario, trataba de situarme en mi propio sistema, me comprendía a la luz de mis valores, de mis proyectos. Me escuchó sin entusiasmo cuando le conté mi historia con Jacques; para una mujer educada como yo lo había sido quizá fuese difícil evitar el casamiento: pero a él no le parecía una buena fórmula. En todo caso yo debía preservar lo que había en mí de más estimable: mi gusto por la libertad, mi amor por la vida, mi curiosidad, mi voluntad de escribir. No solamente me alentaba en esa empresa sino que me proponía ayudarme. Dos años mayor que yo —dos años que él había aprovechado—, habiendo encontrado más joven un camino mejor, sabía mucho más, sobre todo; pero la verdadera superioridad que se reconocía y que saltaba a la vista, era la pasión tranquila y apasionada que lo arrojaba hacia sus libros por escribir. Antaño yo despreciaba a los chicos que ponían menos fervor que yo en jugar al croquet o en estudiar: ahora encontraba a alguien ante cuyos ojos mis frenesís parecían tímidos. En efecto, si me comparaba a él ¡qué tibieza en mis fiebres! Yo me había creído excepcional porque no concebía vivir sin escribir: él sólo vivía para escribir.

No pensaba por supuesto llevar una existencia de rata de biblioteca; aborrecía las rutinas y las jerarquías, las carreras, los hogares, los derechos y los deberes, todo lo serio de la vida. No se resignaba a la idea de tener un oficio, colegas, superiores, reglas que observar y que imponer; nunca sería un padre de familia ni siquiera un hombre casado. Con el romanticismo de la época y de sus veintitrés años soñaba con grandes viajes: en Constantinopla fraternizaría con los hambreadores de bolsas; se emborracharía en los bajos fondos con los tratantes de blancas; daría la vuelta al globo y ni los parias de las Indias ni los popes del monte Atlas, ni los pescadores de Terranova tendrían secretos para él. No echaría raíces en ninguna parte, no se estorbaría con ninguna posesión; no para conservarse vanamente disponible sino para testimoniar sobre todo. Todas sus experiencias debían aprovechar a su obra y apartaba categóricamente las que hubieran podido disminuirla. Sobre ese punto discutimos mucho. Yo admiraba en teoría, al menos, los grandes desórdenes, las vidas peligrosas, los hombres perdidos, los excesos de alcohol, de droga, de pasión. Sartre sostenía que, cuando uno tiene algo que decir, todo despilfarro es criminal. La obra de arte, la obra literaria era a sus ojos un fin absoluto; llevaba en sí su razón de ser, la de su creador y acaso, no lo decía pero yo sospechaba que lo creía firmemente, la del universo entero. Las discusiones metafísicas lo hacían encogerse de hombros. Se

interesaba por las cuestiones políticas y sociales, sentía simpatía por la posición de Nizan; pero su asunto propio era escribir, el resto vendría después. Por otra parte era entonces mucho más anarquista que revolucionario; le parecía detestable la sociedad tal como era, pero no detestaba detestarla; lo que llamaba su "estética de oposición" se acomodaba muy bien con la existencia de imbéciles y de canallas, y hasta la exigía: si no hubiera habido nada que destruir, que combatir, la literatura no habría sido gran cosa.

Con pocos matices de diferencia yo encontraba un gran parentesco entre su actitud y la mía. No había nada mundano en sus ambiciones. Reprobaba mi vocabulario espiritualista, pero él también buscaba una salvación en la literatura; los libros introducían en ese mundo deplorablemente contingente una necesidad que rebotaba sobre su autor; algunas cosas debían ser dichas por él y entonces estaría completamente justificado. Tenía bastante juventud para conmoverse sobre su destino cuando oía un aire de saxofón después de haber tomado tres martinis; pero si hubiera sido necesario habría aceptado conservar el anonimato: lo importante era el triunfo de sus ideas, no sus propios éxitos. Él no se decía nunca –como yo solía hacerlo– que era "alguien", que tenía "valor"; pero estimaba que verdades importantes –acaso hasta llegaba a pensar: La Verdad– se habían revelado a él y que su misión era imponerlas al mundo. Sobre unos carnets que me mostró, en sus conversaciones y hasta en sus trabajos escolares, afirmaba con pertinacia un conjunto de ideas cuya originalidad y coherencia asombraban a sus amigos. Había hecho una exposición sistemática sobre ellas contestando a una "Encuesta a los estudiantes de hoy" abierta por *Les Nouvelles Littéraires*. "Hemos recibido de J. P. Sartre páginas notables", escribió Roland Alix presentando su respuesta de la que imprimió largos pasajes; en efecto, toda una filosofía estaba indicada en ella y no tenía ninguna relación con la que nos enseñaban en la Sorbona:

"Es una paradoja del espíritu que el hombre, cuyo papel es crear lo necesario, no pueda elevarse por sí mismo hasta el nivel del ser, como esos adivinos que predicen el porvenir para los demás, no para ellos. Por eso en el fondo del ser humano como en el fondo de la naturaleza veo la tristeza y el hastío. No es que el hombre no se piense a sí mismo como un *ser*. Pone al contrario todo su esfuerzo en ello. De allí el Bien y el Mal, ideas del hombre trabajando sobre el hombre. Ideas vanas, idea vana también ese determinismo que intenta curiosamente hacer la síntesis de la existencia y del ser. Somos tan libres como se quiera, pero impotentes... para el resto, la voluntad de poder, la acción, la vida no son sino vanas ideologías. No hay en ninguna parte voluntad de poderío. Todo es débil: todas las cosas tienden a morir. La aventura sobre todo es una trampa, quiero decir esa creencia en conexiones necesarias, y que, sin embargo, existirían. El aventurero es un determinista inconsecuente que se supone libre." Comparando su generación con la que lo había precedido, Sartre terminaba: "Somos más desdichados pero más simpáticos."

Esta última frase me había hecho reír, pero conversando con Sartre entreví la riqueza de lo que llamaba su "teoría de la contingencia", donde ya se encontraban en germen sus ideas sobre el ser, la existencia, la necesidad, la libertad. Tuve la evidencia de que escribiría un día una obra filosófica que contaría. Pero no se facilitaba la tarea, pues no tenía la intención de componer según las reglas tradicionales, un tratado teórico. Le gustaba tanto Stendhal como Spinoza y se negaba a separar la filosofía de la literatura. A sus ojos la Contingencia no era una noción abstracta, sino una dimensión real del mundo: debía utilizar todos los recursos del arte para hacer sensible al corazón esa secreta "debilidad" que veía en el hombre y en las cosas. La tentativa era en esa época muy insólita; imposible inspirarse en ninguna moda, en ningún modelo: él pensamiento de Sartre me había impresionado por su madurez, pero me desconcertó la torpeza de los ensayos en que lo expresaba; para presentarla en su verdad singular recurría al mito. "Er el armenio" pedía su contribución a los dioses y a los titanes: bajo ese disfraz pasatista, sus ideas perdían su fuerza. El se daba cuenta de la torpeza, pero no se in-

quietaba; de todas maneras ningún éxito hubiera bastado para fundar su confianza inconsiderada en el porvenir. Él sabía lo que quería hacer y tenía la vida por delante: terminaría por hacerlo. Yo no dudaba ni un instante: su salud, su buen humor suplían todas las pruebas. Manifiestamente su certidumbre cubría una resolución tan radical que un día u otro, de una manera o de otra, daría sus frutos.

Era la primera vez de mi vida que me sentía intelectualmente dominada por alguien. Mucho mayores que yo, Garric, Nodier, me habían impresionado: pero de lejos, vagamente, sin confrontarme con ellos. Todos los días, todo el día me medía con Sartre y en nuestras discusiones él era el más fuerte. En el Luxemburgo, una mañana, junto a la fuente Médicis, le expuse esa moral pluralista que me había fabricado para justificar a la gente que quería, pero a quienes no hubiera querido parecerme: la destrozó. A mí me gustaba porque me permitía tomar mi corazón como arbitro del bien y del mal; me debatí durante tres horas. Tuve que reconocer mi derrota; además, había advertido, en el curso de la conversación, que muchas de mis opiniones descansaban sobre parcialidades, mala fe o aturdimiento, que mis razonamientos cojeaban, que mis ideas eran confusas. "Ya no estoy segura de lo que pienso, ni siquiera de pensar", noté desazonada, desorientada. No ponía en ello ningún amor propio. Era mucho más curiosa que imperiosa, me gustaba más aprender que brillar. Pero, sin embargo, después de tantos años de arrogante soledad, era un serio acontecimiento descubrir que no era ni la única, ni la primera: una entre otros y de pronto insegura de sus verdaderas capacidades. Pues Sartre no era el único que me obligaba a la modestia: Nizan, Aron, Politzer, tenían sobre mí un avance considerable. Yo había preparado el concurso a lo rápido: su cultura era más sólida que la mía, estaban al corriente de un montón de novedades que yo ignoraba, estaban acostumbrados a discutir; a mí, sobre todo, me faltaba método y perspectiva; el universo intelectual era para mí un vasto cambalache por el que andaba a tientas; la búsqueda de ellos estaba orientada. Ya había entre ellos importantes divergencias; reprochaban a Aron su complacencia por el idealismo de Brunschvicg; pero todos habían sacado mucho más radicalmente que yo las consecuencias de la inexistencia de Dios y traído la filosofía desde el cielo, a la tierra. Lo que también me imponía es que tenían una idea bastante precisa de los libros que querían escribir. Yo había repetido que "diría todo"; era demasiado y demasiado poco. Descubrí con inquietud que la novela presenta mil problemas que yo no había sospechado.

Sin embargo, no me descorazoné; el porvenir me parecía de pronto más difícil de lo que había calculado, pero era también más real y más seguro; en vez de informes posibilidades, veía abrirse ante mí un campo claramente definido, con sus problemas, sus tareas, sus materiales, sus instrumentos, sus resistencias. Ya no me preguntaba: ¿qué hacer? Todo estaba por hacer; todo lo que antes yo había deseado hacer: combatir el error, encontrar la verdad, decirla iluminar al mundo, quizá también ayudar a cambiarlo. Necesitaría tiempo, esfuerzos para cumplir aunque sólo fuera una parte de las promesas que me había hecho: pero esto no me asustaba. Nada estaba ganado: todo era posible.

Y además acababa de tener una gran suerte: frente a ese porvenir, bruscamente ya no estaba sola. Hasta entonces los hombres que yo había querido –Jacques y en menor grado Herbaud– eran de otra especie que yo: desenvueltos, escurridizos, un poco incoherentes, marcados por una especie de gracia funesta: imposible comunicarse con ellos sin reserva. Sartre respondía exactamente al deseo de mis quince años: era ese doble en quien yo encontraba, llevadas a la incandescencia, todas mis manías. Con él siempre podría compartirlo todo. Cuando nos separamos a principios de agosto yo sabía que nunca más saldría de mi vida.

Pero antes de que ésta tomara su forma definitiva tenía que aclarar primero mis relaciones con Jacques.

¿Qué sentiría encontrándome de narices con mi pasado? Me lo preguntaba ansiosamente cuando al volver de Meyrignac a mediados de setiembre llamé a la puerta de la casa Laiguillon. Jacques salió de

los escritorios de la planta baja, me dio la mano, me sonrió y me hizo subir al departamento. Sentada sobre el sofá rojo lo escuché hablar de su servicio militar, de África, de su aburrimiento. Yo estaba contenta, pero nada emocionada. "Qué fácilmente nos encontramos", le dije. Él se pasó la mano por el pelo. "¡Bien lo merecíamos!" Yo reconocía la penumbra de la galería, reconocía sus ademanes, su voz: lo reconocía demasiado. Escribí esa noche en mi cuaderno: "Nunca me casaré con él. Ya no lo quiero." Después de todo esa brutal liquidación no me sorprendía: "Es demasiado evidente que en los momentos en que más lo quería hubo siempre entre nosotros un desacuerdo profundo al que sólo me sobreponía renunciando a mí misma; o si no me rebelaba contra el amor." Yo me había mentido fingiendo esperar esa confrontación para comprometer mi porvenir: hacía ya semanas que estaban echados los dados.

París estaba todavía vacío y volví a ver a Jacques a menudo. Me contó su historia con Magda, de un modo novelesco. Por mi parte le hablé de mis nuevas relaciones: no pareció apreciarlas. ¿Estaba celoso? ¿Qué era yo para él? ¿Qué esperaba de mí? Yo no podía adivinarlo puesto que siempre, en su casa o en el Stryx, había terceros entre nosotros; salíamos con Riquet, con Olga. Me atormenté un poco. A distancia yo había colmado a Jacques de mi amor y si ahora me lo pidiera encontraría mis manos vacías. No me pedía nada, pero evocaba a veces su porvenir en un tono vagamente fatal.

Lo invité una noche con Riquet, Olga y mi hermana a inaugurar mi nuevo domicilio. Mi padre había financiado mi instalación y mi cuarto me gustaba mucho. Mi hermana me ayudó a disponer sobre una mesa botellas de coñac y de vermut, vasos, platos, golosinas. Olga llegó un poco tarde y sola, lo que nos decepcionó vivamente. No obstante, después de dos o tres vasos la conversación se animó; nos interrogamos sobre Jacques y sobre su porvenir: "Todo dependerá de su mujer", dijo Olga; suspiró: "Desgraciadamente no creo que esté hecha para él." "¿Quién?", pregunté. "Odile Riaucourt. ¿No sabía que se casa con la hermana de Lucien?" "No", dije con estupor. Me dio los detalles complacientemente. Jacques, a su regreso de Argelia, había pasado tres semanas en la propiedad de los Riaucourt; la chica se había enamorado de él y había declarado imperiosamente a sus padres que lo quería por marido: Jacques, tanteado por Lucien, aceptó. Él la conocía apenas y, salvo el hecho de tener una dote considerable, no tenía, según Olga, ninguna virtud particular. Comprendí por qué nunca veía a Jacques a solas: no se atrevía ni a callar, ni a hablar; y si aquella noche me había hecho la pera era para que Olga me pusiera al corriente. Fingí lo mejor posible la indiferencia. Pero en cuanto estuvimos solas, exhalamos, mi hermana y yo, nuestra consternación. Caminamos largamente por París, desoladas de ver al héroe de nuestra juventud transformado en un burgués calculador.

Cuando volví a casa de Jacques me habló un poco avergonzado de su novia y con importancia de sus nuevas responsabilidades. Una noche recibí de él una carta enigmática: él me había abierto el camino, me decía, y ahora se quedaba atrás, penando en el viento, sin poder seguirme: "Agrega que el viento unido al cansancio siempre arranca algunas lágrimas." Me emocioné, pero no contesté; no había nada que contestar. De todas maneras era una historia terminada.

¿Qué había significado para Jacques? ¿Y él mismo quién era? Me equivoqué cuando creía que su casamiento me descubría su verdad y que después de una crisis de romanticismo juvenil iba a convertirse tranquilamente en el burgués que era. Lo vi a veces con su mujer: sus relaciones eran agridulces. Nuestras relaciones quedaron cortadas, pero más adelante lo vi bastante a menudo en los bares de Montparnasse, solitario, el rostro hinchado, los ojos llorosos, visiblemente embebido de alcohol. Procreó cinco o seis chicos y se lanzó en una peligrosa especulación: transportó su material a la fábrica de un colega e hizo demoler la vieja fábrica Laiguillon para reemplazarla por un gran edificio de renta; desgraciadamente cuando hubieron echado abajo la casa no consiguió los capitales necesarios para la construcción del edificio; se enemistó con el padre de su mujer y con su propia madre que se habían negado a arriesgarse en esa aventura; él comió hasta su último centavo y tuvo que

hipotecar, luego vender su material. Trabajó durante algunos meses en el negocio de su colega, pero pronto lo despidieron.

Aun si hubiera procedido con prudencia y tenido éxito, cabría preguntarse por qué Jacques quiso liquidar la Casa; no era ciertamente indiferente que no se fabricara en ella quincalla sino vitrales. Durante los años que siguieron a la exposición de 1925 las artes decorativas tomaron un gran impulso. Jacques se entusiasmó por la estética moderna y pensó que el vitral ofrecía inmensas posibilidades; abstractamente era verdad, pero en la práctica no tanto. En los muebles, la cristalería, las telas, los papeles de empapelar, se podía y hasta se debía inventar porque la clientela burguesa estaba ávida de novedad; pero Jacques tenía que satisfacer a humildes curas de aldea de gustos atrasados; o bien se arruinaba o bien perpetuaba en sus talleres la tradicional fealdad de los vitrales Laiguillon. No soportaba la fealdad. Prefirió lanzarse en negocios que no tenían nada que ver con el arte.

Sin dinero, sin trabajo, Jacques vivió algún tiempo a costillas de su mujer a quien el viejo Riaucourt pasaba una pensión; pero entre ellos las cosas marchaban muy mal; haragán, pródigo, farrista, bebedor, mentiroso —y paso muchas otras cosas—, Jacques era, sin duda, un marido detestable. Odile terminó por pedir una separación de cuerpos y por echarlo. Hacía veinte años que no lo veía cuando lo encontré por casualidad en el Bulevar Saint-Germain. A los cuarenta y cinco años representaba más de sesenta. Tenía el pelo completamente blanco, los ojos inyectados, pues el abuso de alcohol lo había vuelto casi ciego; ya no tenía mirada, ni sonrisa, ni carne, a tal punto que su rostro, reducido sólo a los huesos se parecía rasgo por rasgo al de su abuelo Flandin. Ganaba 25.000 francos por mes haciendo vagas escrituras en una estación de servicio al borde del Sena: sobre los papeles que me mostró estaba asimilado a un picapedrero. Estaba vestido como un atorrante, dormía en cuartos amueblados, se alimentaba apenas y bebía lo más posible. Poco después perdió su empleo y se encontró absolutamente sin recursos. Su madre, su hermano, cuando iba a pedirles de comer le reprochaban su falta de dignidad; sólo su hermana y algunos amigos lo socorrieron. Pero no era fácil ayudarlo; no levantaba un dedo para ayudarse a sí mismo y estaba gastado hasta la médula. Murió a los cuarenta y seis años de miseria fisiológica.

"¡Ah por qué no me he casado contigo!", me dijo apretándome las manos efusivamente el día en que nos encontramos. "¡Qué lástima! Pero mi madre me repetía sin cesar que los casamientos entre primos son malditos!" ¿Había pensado de veras en casarse conmigo? ¿Cuándo había cambiado de opinión? ¿Y por qué exactamente? ¿Por qué en vez de seguir soltero se había precipitado tan joven en un casamiento absurdamente razonable? No conseguí saberlo; quizá él tampoco lo sabía a tal punto su cerebro estaba nublado; tampoco traté de interrogarlo sobre la historia de su decadencia, pues la primera de sus preocupaciones era hacérmela olvidar; los días en que llevaba una camisa limpia y en que había comido me recordaba con gusto el glorioso pasado de la familia Laiguillon y hablaba como un gran burgués. Yo solía decirme que si hubiera triunfado no habría valido más que cualquier otro, pero esa severidad estaba fuera de lugar: no era por casualidad que había fracasado tan espectacularmente. No se había contentado con un fracaso mediocre; se le pudo reprochar muchas cosas, pero en todo caso nunca fue mezquino; había caído tan bajo que tenía que estar poseído por esa locura de destrucción que yo imputaba a su juventud. Se casó evidentemente para alivianar sus responsabilidades; creyó que sacrificando sus placeres y su libertad haría nacer en él un hombre nuevo, sólidamente convencido de sus deberes y de sus derechos, adaptado a sus oficinas y a su hogar; pero el voluntarismo no premia: siguió siendo el mismo, incapaz a la vez de encerrarse en el pellejo de un burgués y de evadirse de él. Trató de evadirse en los bares de su personaje de marido y de padre de familia; al mismo tiempo trató de elevarse en la escala de valores burgueses, pero no por un trabajo paciente: de un salto, y se lanzó con tal imprudencia que su secreto deseo parece haber sido el de romperse la cabeza. Sin duda alguna ese destino empezó a tejerse en el corazón del chico abandonado,

asustado, que rondaba en dueño, a los siete años, entre las glorias y el polvo de la fábrica Laiguillon; y si en su juventud nos exhortó tan a menudo a "vivir como todo el mundo", era porque dudaba de poder lograrlo.

Mientras mi porvenir se decidía, Zaza por su parte luchaba por su felicidad. Su primera carta respiraba esperanza. La segunda era menos optimista. Después de haberme felicitado por mi éxito en la agregación, me escribía: "Me resulta particularmente duro en este momento estar lejos de usted. Necesitaría tanto hablarle con frases sueltas, sin nada preciso ni muy pensado, de lo que desde hace tres semanas es toda mi existencia. Con algunos momentos de alegría he conocido sobre todo hasta el viernes último, una terrible inquietud y muchas dificultades. Ese día recibí de Pradelle una carta un poco larga en la que dice más cosas, en la que más palabras me permiten aferrarme a testimonios indiscutibles para luchar contra una duda que no consigo desechar completamente. Acepto, relativamente el sufrir dificultades bastante pesadas, la imposibilidad de hablar de esto con mamá por el momento, la perspectiva de ver pasar mucho tiempo antes de que mis relaciones con P. se precisen y ni siquiera esto importa, a tal punto el presente me colma y me basta. Lo más duro son estas dudas, estas intermitencias, estos vacíos tan completos que a veces me pregunto si todo lo que ha ocurrido no es un sueño. Y cuando la alegría vuelve en su plenitud, me avergüenzo de haber tenido la cobardía de no creer en ella. Me resulta difícil por otra parte unir al P. de ahora con el de hace tres semanas, uno mal sus cartas a encuentros relativamente recientes en el que todavía éramos el uno para el otro tan lejanos, tan misteriosos; a veces me parece que es sólo un juego, que todo va a recaer súbitamente en lo real, en el silencio de hace tres semanas. ¿Cómo haré aunque sea para verlo sin sentir la tentación de huir, a ese muchacho al que he escrito tantas cosas, y tan fácilmente y ante el cual no me atrevería a abrir la boca ahora a tal punto su presencia, lo siento, me intimidaría? ¡Ah! ¡Simone, qué le estoy escribiendo, qué mal le hablo de todo esto! ¡Una sola cosa merecería ser dicha! Es que hay momentos maravillosos, en que todas esas dudas y esas dificultades se desprenden de mí como cosas vacías de sentido, en que sólo siento la alegría inalterable y profunda que por encima de esas miserias permanece en mí y me penetra entera. Entonces el pensamiento de su existencia basta para conmovirme hasta las lágrimas, y cuando pienso que es un poco por mí y para mí que existe, siento el corazón detenerse casi dolorosamente bajo el peso de una dicha demasiado grande. He aquí, Simone, lo que es de mí. De la vida que llevo no tengo coraje de hablarle esta noche. La gran alegría que irradia del interior da a veces mucho precio a cosas muy pequeñas, estos días. Pero estoy sobretodo cansada de haberme visto obligada a seguir, pese a una intensa vida interior y a una inmensa necesidad de soledad, los paseos a los alrededores, los tenis, los té, las distracciones. La correspondencia es el único momento importante del día... Nunca la he querido más, mi querida Simone, y estoy cerca de usted con todo mi corazón."

Le respondí largamente tratando de reconfortarla y a la semana siguiente ella me escribía: "Apaciblemente feliz, ahora empiezo a serlo, mi querida, querida Simone, ¡y qué bueno es! Ahora tengo una certidumbre que ya nada puede quitarme, una certidumbre maravillosamente dulce que ha triunfado de los altos y de los bajos, y de todas mis rebeldías. Cuando recibí su carta... aún no había salido de la inquietud. No tenía bastante confianza para saber leer bien las cartas muy dulces, pero muy silenciosas también, que Pradelle me escribía y acababa, cediendo a un loco impulso de pesimismo, de mandarle una carta que él pudo calificar después sin exagerar, de 'un poco feroz'. La suya ha venido a devolverme la vida... Desde su carta me he quedado silenciosamente junto a usted, es con usted que leí la que recibí de Pradelle el sábado y que vino a completar mi alegría, a hacerla tan liviana, tan joven, que hace tres días se agrega a ella una alegría de chico de ocho años. Yo temía que mi injusta carta nublara de nuevo el horizonte; él contestó tan inteligentemente que al contrario, todo

se ha vuelto fácil y maravilloso. No creo que se pueda regañar a la gente más deliciosamente, hacerle su proceso, absolverla, y convencerla con más alegría y gentileza de que todo es sencillo, que todo es hermoso y que hay que creerlo."

Pero pronto otras dificultades más terribles surgieron. A fines de agosto recibí una carta que me desoló: "No me reproche este tan largo silencio... Usted sabe lo que es la vida en Laubardon. Tuve que ver a un montón de gente e ir a Lourdes a pasar cinco días. Volvimos el domingo y mañana Bébelle y yo tomamos el tren para ir a casa de los Bréville en Ariège. Yo me privaría con gusto, como puede imaginarse, de todas estas distracciones; es tan fastidioso divertirse cuando uno no siente ninguna necesidad. Y tengo más sed de tranquilidad ahora que la vida sin dejar de ser maravillosa se anuncia por algún tiempo difícil. Los escrúpulos que terminaban por envenenar mi alegría me decidieron a hablar con mamá cuya actitud interrogadora, inquieta y hasta desconfiada me hacía sufrir demasiado. Pero como sólo podía decirle una semiverdad el resultado de mi confesión es que no puedo escribirle más a Pradelle, que mamá exige que no lo vea hasta nueva orden. Es duro, hasta es atroz. Cuando pienso lo que eran para mí esas cartas a las que estoy obligada a renunciar, cuando imagino ese largo año del que esperaba tanto y que va a estar disminuido de esos encuentros que hubieran sido maravillosos, una pena sofocante me oprime la garganta, y mi corazón se contrae hasta hacerme daño. Habrá que vivir completamente separados, ¡qué horror! Por mí me resigno pero por él me resulta mucho más difícil. La idea de que puede sufrir por mí culpa me subleva; hace tiempo que estoy acostumbrada al sufrimiento y para mí me parece casi natural. Pero aceptarlo para él que no lo ha merecido, para él a quien quisiera tanto ver radiante de felicidad como lo era un día entre usted y yo sobre el lago del Bois de Boulogne... ¡Ah, cómo es de amargo! Sin embargo, me daría vergüenza quejarme. Cuando se ha recibido esa gran cosa que siento en mí inalterable, se puede soportar todo el resto. Lo esencial de mi alegría no está a merced de las circunstancias exteriores; para alcanzarla haría falta una dificultad que viniera directamente de él o de mí. Esto no es de temer, el acuerdo profundo es tan completo que es él el que habla cuando me escucha, yo la que hablo cuando lo escucho y ya no podemos pese a las separaciones aparentes estar verdaderamente desunidos. Y mi alegría dominando los más crueles pensamientos se eleva asimismo y se derrama sobre todas las cosas... Ayer después de haberle escrito a Pradelle la carta que me resultaba tan dura escribirle recibí de él unas líneas desbordantes de ese bello amor por la vida que hasta ahora era en él menos sensible que en usted. Pero no era del todo el canto pagano de la querida dama amoral. Me decía a propósito del noviazgo de su hermana todo lo que las palabras 'Coeli enarrant gloriara Dei' hacían brotar de entusiasmo por 'la glorificación límpida del universo', y por 'una vida reconciliada con toda la dulzura de las cosas terrenales'. ¡Ah!, renunciar voluntariamente a recibir páginas como las de ayer, cómo es de duro, Simone. Hay que creer verdaderamente en el valor del sufrimiento y desear llevar con Cristo la cruz para aceptarlo sin murmurar; seguramente yo no seré capaz. Pero dejemos esto. La vida a pesar de todo es espléndida, sería terriblemente ingrata si no me sintiera en este momento desbordante de gratitud. ¿Hay muchos seres en el mundo que tengan lo que usted tiene y lo que yo tengo, que conocerán jamás algo que se le parezca? ¿Y sería pagarlo demasiado caro sufrir por ese bien precioso no importa cuánto, todo lo que sea necesario, y durante todo el tiempo que sea necesario? Lili y su marido están aquí en este momento: creo que desde hace tres semanas no hay entre ellos otro tema de conversación que el problema de su departamento y el precio que les costará la instalación. Son una monada, no tengo nada que reprocharles. Pero qué alivio, tener ahora la certidumbre de que no habrá nada en común entre mi vida y la de ellos, de sentir que no poseyendo nada exteriormente soy mil veces más rica que ellos y que en fin, entre toda esa gente que me son más extraños que los guijarros de la ruta, al menos desde ciertos puntos de vista, ya nunca estaré sola." Sugerí una solución que me parecía imponerse: la señora Mabelle se inquietaba de las indecisas relaciones de Zaza con Pradelle.

Había que pedirle formalmente la mano de su hija. Recibí en respuesta la siguiente carta. "Ayer al volver de Ariège donde pasé diez días desde todo punto de vista extenuadores, encontré aquí su carta que esperaba. Desde que la he leído no he hecho sino contestarla, hablar despacito con usted, pese a las ocupaciones, al cansancio, todo lo exterior. Lo exterior es terrible. Durante los diez días que pasé con los Bréville, con Bébelle en mi cuarto, no estuve un minuto sola. Me sentía tan incapaz de soportar sobre mí la mirada de alguien mientras escribía ciertas cartas, que para hacerlo tuve que esperar que estuviera dormida y levantarme entre las dos y las cinco o las seis. Durante el día había que hacer grandes excursiones y contestar sin parecer nunca ausente a las atenciones, a las bromas amables de la gente que nos recibía. Las últimas páginas que él recibió de mí se resentían terriblemente de mi cansancio: leí su última carta en un estado tal de agotamiento, que según lo veo ahora comprendí bastante mal ciertos pasajes. Mi respuesta pudo hacerlo sufrir; no supe decirle todo lo que quería, todo lo que era necesario, todo esto me desespera un poco; y si hasta ahora no me reconocía el menor mérito, siento que los adquiero en estos días, a tal punto necesito voluntad para resistir el deseo de escribirle todo lo que pienso, todas esas cosas elocuentes y persuasivas con las cuales protesto en el fondo de mi corazón contra las acusaciones que él persiste en hacer contra sí mismo, contra el perdón que tiene la inconsciencia de pedirme.. Yo no quisiera, Simone, escribirle a P. por intermedio de usted, sería una hipocresía, peor a mis ojos que una infracción a las decisiones que ya no debo discutir. Pero vuelven a mi memoria algunos pasajes de sus últimas cartas a los que no he contestado y que continúan desgarrándome. 'Algunas de mis cartas deben de haberla decepcionado.' 'La sinceridad con la cual le he hablado ha debido fatigarla y darle una cierta tristeza.' Otras frases más que me hacen saltar. Usted, Simone, que sabe la alegría que debo a P., que cada una de las palabras que me ha dicho y escrito, lejos de decepcionarme, no han hecho sino ampliar y afirmar la admiración y el amor que tengo por él, usted que ve lo que yo era y lo que soy, lo que me faltaba y lo que me ha dado con tan admirable plenitud; ¡oh!, trate de hacerle comprender un poco que le debo toda la belleza de que desborda en este momento mi vida, que no hay una cosa en él que no sea para mí preciosa, que es una locura de su parte disculparse de lo que dice, o de las cartas de las que comprendo mejor la belleza y la dulzura profunda cada vez que las releo. Dígale, Simone, usted que me conoce tanto y que ha seguido tan bien este año todos los latidos de mi corazón, que no hay un ser en el mundo que me haya dado ni pueda darme jamás la felicidad sin mezcla, la alegría total que me viene de él y de la que no podré nunca, aun si dejo de decírselo, juzgarme sino indigna.

"Simone, si el paso de que usted habla pudiera, ser dado, todo sería más simple para este invierno. Pradelle tiene para no hacerlo razones que son tan valederas a mis ojos como a los suyos. En esas condiciones mamá, sin pedirme una ruptura total, me ha hecho prever tantas dificultades y restricciones en nuestras relaciones, que asustada por una lucha renovada sin cesar, he terminado por preferir lo peor. Su respuesta a la triste carta que tuve que escribirle me hizo sentir demasiado lo que sería para él ese sacrificio. Ahora ya no tengo valor de desearlo. Voy a tratar de arreglar las cosas, de obtener a fuerza de sumisión y de paciencia que mamá me haga, nos haga un poco de crédito, de apartar de ella la idea que tuvo de mandarme al extranjero. Todo esto, Simone, no es simple, todo esta es duro, me desespero por él. Dos veces me habló de fatalismo. Comprendo lo que quiere decirme de esta manera indirecta y a causa de él voy a hacer todo lo que esté en mi poder para mejorar su situación. Pero soportaré con ardor lo que sea necesario, encontrando una especie de alegría en sufrir a causa de él, considerando siempre que cualquiera sea el precio que la pague nunca comprare demasiado cara la felicidad en la cual ya he entrado, la alegría contra la cual ninguna cosa accidental tiene ningún poder... He llegado aquí, muerta de ganas de estar sola. Además de mi cuñado encontré a cinco de sus hermanos y hermanas; duermo con la mayor y con las mellizas en ese cuarto en que he estado tan bien con usted y con Stépha. Le he escrito estas líneas en menos de tres cuartos de hora, antes de ir con mi

familia al mercado del pueblo; mañana todos los Du Moulin pasan el día aquí; pasado mañana Geneviève de Bréville llega y habrá que bailar en casa de Mulot. Pero me quedo libre sin que nadie lo sospeche. Todas esas cosas son para mí como si no fueran. Mi vida es sonreír en silencio a la voz que no deja de hacerse oír en mí, es refugiarme con él, definitivamente..."

Me irrité contra Pradelle, ¿por qué rechazaba la solución que yo había propuesto? Le escribí. Su hermana, me contestó, acababa de comprometerse; su hermano mayor –casado desde hacía tiempo, del cual no hablaba nunca– iba a irse a Togo; si le anunciaba a su madre que él también premeditaba alejarse, le daría un golpe fatal. ¿Y Zaza?, le pregunté, cuando volvió a París a fines de setiembre. ¿No comprendía acaso que se agotaba en esas luchas? Contestó que ella aprobaba su actitud y por más que me encarnicé no aflojó.

Zaza me pareció muy abatida; había adelgazado y perdido sus colores; tenía frecuentes dolores de cabeza. La señora Mabilie le permitía, provisoriamente, recibir a Pradelle, pero en diciembre se iría a Berlín y pasaría todo el año; ella encaraba ese destierro con terror. Hice una nueva sugestión: que Pradelle a expensas de su madre se explicara con la señora Mabilie. Zaza sacudió la cabeza. La señora Mabilie no aceptaría sus razones; las conocía y sólo las veía como pretextos. Según ella, Pradelle no estaba decidido a casarse con Zaza; si no, habría aceptado hacer las diligencias oficiales; a ninguna madre se le quiebra el corazón porque su hijo se comprometa, ¡esa historia no se tenía en pie! Sobre ese punto, yo estaba de acuerdo con ella; de todos modos no se casarían hasta de aquí a dos años; el caso de la señora Pradelle no me parecía trágico: "No quiero que sufra por mi culpa", me decía Zaza. Su grandeza de alma me exasperaba. Ella comprendía mi indignación, comprendía los escrúpulos de Pradelle, y la prudencia de la señora Mabilie; comprendía a toda esa gente que no se comprendía entre sí y cuyos malentendidos recaían sobre ella.

"Un año, no es un drama", decía Pradelle fastidiado. Esa actitud juiciosa en vez de reconfortar a Zaza ponía su confianza a prueba; para aceptar sin demasiada angustia una larga separación, hubiera necesitado poseer esa certidumbre que a menudo había invocado en sus cartas, pero en verdad le faltaba dolorosamente. Mi previsión se justificaba: Pradelle no era fácil de querer, sobre todo para un corazón tan violento como el de Zaza. Con una sinceridad que se parecía al narcisismo, se quejaba a ella de carecer de pasión, lógicamente ella tenía que sacar en conclusión que la quería blandamente. Su conducta no la tranquilizaba; él tenía respecto a su familia delicadezas abusivas y no parecía inquietarse de que la hicieran sufrir.

Sólo se habían visto brevemente; ella esperaba con impaciencia la tarde que habían decidido pasar juntos cuando por la mañana recibió unas líneas; acababa de perder a un tío y no consideraba que ese luto fuera compatible con la alegría, que se prometía sacar de ese encuentro; se disculpaba. Al día siguiente Zaza vino a tomar una copa a casa con mi hermana y Stépha y no logró forzarse en sonreír. Aquella noche me envió dos líneas: "No escribo para disculparme de haber estado siniestra pese al vermut y a su reconfortante recibimiento. Usted debió comprender, yo estaba todavía abrumada por la esquila de la víspera. Cayó muy mal. Si Pradelle hubiera podido comprender con qué estado de ánimo esperaba ese encuentro pienso que no lo habría postergado. Pero está bien que no lo haya sabido, me gusta mucho lo que ha hecho y no me ha venido mal ver hasta dónde puede llegar todavía mi descorazonamiento cuando me quedo absolutamente sola para resistir a mis amargas reflexiones y a las lúgubres advertencias que mamá cree necesario hacerme. Lo más triste es no poder comunicarme con él: no me atreví a mandarle unas líneas a su domicilio. Si usted hubiera estado sola le habría escrito algunas líneas con su ilegible letra en el sobre. Hágame el favor de mandarle enseguida una carta para decirle lo que creo ya sabe, que estoy muy cerca de él en la pena como en la alegría, pero sobre todo que puede escribirme a casa cuanto quiera. Haría bien en no abstenerse, pues si no es posible que lo vea pronto, necesitaré por lo ráenos terriblemente unas palabras de él. Por otra parte no

tiene que temer en este momento mi alegría. Aun si le hablara de nosotros lo haría bastante gravemente. Suponiendo que su existencia me libere quedan en la existencia bastantes cosas tristes de las que se puede hablar cuando uno está de luto. Aunque sólo fuera de *Poussiére*. He releído ese libro anoche, me emocionó menos que al principio de las vacaciones. Sí, Judy es magnífica y atrayente; a pesar de eso está inconclusa y muy miserable. Que su gusto por su propia vida y las cosas creadas la salve de la dureza de la existencia, lo admito. Pero su alegría no se mantendría frente a la muerte y no es una solución suficiente vivir como si en definitiva no existiera eso. Me avergoncé al dejarla, de haberme quejado un momento, yo, que siento encima de todas las dificultades y las tristezas que pueden disimularla a veces, y la alegría difícil de saborear y a menudo inaccesible para mi debilidad, pero para la cual al menos ninguna persona de este mundo es necesaria y ni siquiera depende completamente de mí. Esta alegría no disminuye nada. Aquellos a quienes quiero no tienen que inquietarse, no me evado de ellos. Y me siento en este momento atada a la tierra y aun a mi propia vida en este momento como no lo había estado nunca."

Pese a esa conclusión optimista, pese al asentimiento crispado que concedía a la decisión de Pradelle, Zaza dejaba asomar su amargura; para oponer a las "cosas creadas" la alegría sobrenatural era necesario que en este mundo ya no esperara poder descansar definitivamente sobre ningún ser. Le mandé unas líneas a Pradelle que le escribió enseguida; ella me agradeció: "Gracias a usted el sábado se esfumaron los fantasmas que me atormentaban." Pero los fantasmas no la dejaron mucho tiempo en paz y frente a ellos estaba muy sola. La misma inquietud que me causaba su felicidad nos apartaba a la una de la otra, pues yo me irritaba contra Pradelle y ella me acusaba de desconocerlo; había elegido el renunciamiento y se alejaba cuando yo la exhortaba a defenderse. Por otra parte su madre me había cerrado su puerta y se ingeniaba para retenerla en casa. Tuvimos, sin embargo, en mi casa una larga conversación en la que le hablé de mi propia vida; al día siguiente me escribió para decirme con efusividad cuánto se había alegrado. Pero, agregaba, "por razones de familia que sería muy largo explicarle, no podré verla hasta de aquí a un tiempo. Espere un poco".

Pradelle por otra parte le había anunciado que su hermano acababa de embarcarse y que durante una semana el cuidado de consolar a su madre lo ocuparía por completo. También esta vez fingía parecerle natural que él no vacilara en sacrificarla; pero yo estaba segura de que nuevas dudas la devoraban; y deploré que durante ocho días ninguna voz pudiera contrarrestar las "lúgubres advertencias" prodigadas por la señora Mabile.

Diez días más tarde la encontré por casualidad en el bar Pocarddi; yo había ido a leer a la Nationale, ella hacía compras en el barrio: la acompañé. Ante mi gran asombro desbordaba de alegría. Había reflexionado mucho durante el curso de esa semana solitaria y poco a poco todo se había ordenado en su cabeza y en su corazón; ya ni siquiera su partida a Berlín la asustaba. Tendría ratos de ocio, trataría de escribir la novela en la que pensaba desde hacía tiempo, leería mucho: nunca había tenido tal sed de lectura. Acababa de redescubrir a Stendhal con admiración. Su familia lo aborrecía tan categóricamente que no había conseguido hasta entonces sobreponerse por completo a esa prevención, pero releyéndolo esos últimos días lo había comprendido por fin y amado sin reticencias. Sentía la necesidad de revisar un gran número de sus juicios: tenía la impresión de que una seria evolución acababa de producirse en ella. Me habló con un calor, una exuberancia casi insólitos; había algo forzado en su optimismo. Sin embargo, me alegré: había vuelto a cobrar nuevas fuerzas y me parecía que estaba acercándose mucho a mí. Me despedí con el corazón henchido de esperanzas.

Cuatro días después recibí unas líneas de la señora Mabile: Zaza estaba muy enferma; tenía una fiebre altísima y atroces dolores de cabeza. El médico la había hecho transportar a una clínica de Saint-Cloud; tenía necesidad de soledad y calma absolutas; no debía recibir a ninguna visita: si la fiebre no caía, estaba perdida.

Vi a Pradelle. Me contó lo que él sabía. Al día siguiente de mi encuentro con Zaza la señora Pradelle estaba sola en su departamento cuando llamaron a la puerta; abrió y se encontró ante una joven bien vestida, pero que no llevaba sombrero: en esa época era muy incorrecto. "¿Usted es la madre de Jean Pradelle? –preguntó–. ¿Puedo hablarle?" Se presentó y la señora Pradelle la hizo entrar. Zaza miraba a su alrededor; tenía una cara blanca y pómulos inflamados. "¿Jean no está aquí? ¿Por qué? ¿Ya está en el cielo?" La señora Pradelle asustada le dijo que ya iba a volver. "¿Usted me odia, señora?", preguntó Zaza. La otra protestó. "¿Entonces por qué no quiere que nos casemos?" La señora Pradelle trató de calmarla lo mejor posible; ya se había aplacado cuando poco más tarde llegó Pradelle, pero su frente y sus manos ardían. "Voy a acompañarla a su casa", dijo él. Tomaron un taxi y mientras iban a la calle de Berri ella preguntó con tono de reproche: "¿No quiere darme un beso? ¿Por qué no me ha besado nunca?" Él la besó.

La señora Mabile la metió en la cama y llamó al médico; se explicó con Pradelle: no quería la desgracia de su hija, no se oponía a ese casamiento. La señora Pradelle tampoco se oponía: no quería la desgracia de nadie. Todo iba a arreglarse pero Zaza tenía cuarenta grados de fiebre y deliraba.

Durante cuatro días en la clínica de Saint Cloud reclamó "mi violín, Pradelle, Simone y champaña". La fiebre no cayó. Su madre pasó la última noche junto a ella. Zaza la reconoció y supo que moría. "No se entristezca, mamá querida, dijo; en todas las familias hay una oveja negra: yo soy la oveja negra,"

Cuando volví a verla en la capilla de la clínica, estaba acostada en medio de un cantero de cirios y flores. Llevaba un largo camisón de tela burda. Su pelo había crecido, caía en mechass lacias alrededor de un rostro amarillento y tan delgado que apenas reconocí sus rasgos. Las manos con largas uñas pálidas alrededor del crucifijo parecían friables como las de una momia muy antigua. La señora Mabile sollozaba: "No hemos sido sino instrumentos entre las manos de Dios", le dijo el señor Mabile.

Los médicos hablaron de meningitis, de encefalitis, no se supo nada preciso. ¿Se trataba de una enfermedad contagiosa, de un accidente? ¿O Zaza había sucumbido a un exceso de fatiga y de angustia? A menudo de noche se me ha aparecido, muy amarilla bajo una capelina rosada, mirándome con reproche. Juntas habíamos luchado contra el destino fangoso que nos acechaba y he pensado durante mucho tiempo que había pagado mi libertad con su muerte.